



¿Cuál es la naturaleza del ser humano?

Carlos Aracil Orts- <https://amistadencristo.com>

*¿Es el ser humano
un compuesto de
espíritu, alma y
cuerpo?*

¿Cuál es la naturaleza del ser humano?

¿Es el ser humano un compuesto de espíritu, alma y cuerpo?

Carlos Aracil Orts

Sitio Web: <https://amistadencristo.com>

E-mail: carlosorts@gmail.com

Enero 2020. ALICANTE (ESPAÑA)

Las referencias bíblicas están tomadas de la versión Reina Valera de 1960 de la Biblia, salvo cuando se indique expresamente otra versión. Las negrillas y los subrayados realizados al texto bíblico son nuestros.

CONCESIÓN DE PERMISO

Carlos Aracil Orts, administrador del Sitio Web **AMISTAD EN CRISTO**, concede permiso sobre esta obra para:

- Copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra con fines didácticos a través de los medios que usted considere.
- Hacer obras derivadas.

Las condiciones son:

- No se puede usar esta obra para ningún fin comercial (Que no se venda más allá del costo de impresión y copiado; de ser posible la entrega sea gratuita).
- Se ha de dar reconocimiento a la fuente original a nombre del autor: **Carlos Aracil Orts**
- Anexar la dirección del sitio web: www.amistadencristo.com.
- Se ha de dar reconocimiento a los autores de cada referencia textual con derechos de autor (copyright) en su contenido; se habrán de reseñarlos y reconocerlos en los créditos (Las mismas fuentes se utilizan bajo los parámetros de ensayo, revisión, exposición y complemento de estudio).
- Se utilice para el avance de la causa de nuestro Señor Jesucristo (La edificación del Cuerpo de Cristo).

¿Cuál es la naturaleza del ser humano?

¿Es el ser humano un compuesto de espíritu, alma y cuerpo?

Versión: 31-01-2020

Carlos Aracil Orts
www.amistadencristo.com

Índice

1. Introducción*	6
--	---

Primera parte

2. La naturaleza del ser humano según la antropología bíblica	10
3. ¿Es el ser humano un compuesto de espíritu, alma y cuerpo?	14
4. Significado del término “carne” en la Biblia	27
5. Cómo vivir cristianamente	30

Segunda parte

6. ¿Cuál es la diferencia entre el alma y el espíritu?	37
7. ¿Qué es el alma humana?	45
8. ¿Qué es el espíritu humano?	54

Tercera parte

9. Solo hay vida eterna en Cristo	62
10. Conclusión	92

Cuarta parte (Apéndices)

1. El insoluble problema filosófico de la unión cuerpo-alma	112
2. El origen del ser humano	118
3. Resurrección versus inmortalidad del alma	132
4. Objeciones a la mortalidad del alma	180

Referencias bibliográficas.....	199
---------------------------------	-----

Capítulo 1

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:23).

1. Introducción*

Sin duda, la vida, ya sea del reino mineral, vegetal o animal, es un misterio, porque ¿acaso ha podido explicarnos la ciencia de nuestro tiempo, la que ha logrado descifrar el genoma humano y ha avanzado tanto en el conocimiento de la célula humana, y en las múltiples funciones de nuestro cerebro, cuál es el origen de la vida y en qué consiste ésta exactamente?, o lo que parece más simple: ¿cuál es el origen de la materia?

La ciencia parte de la hipótesis de que la vida surgió por generación espontánea, cuando, por azar, a través de miles de millones de años, se produjeron unas combinaciones químicas de las moléculas de ciertos elementos, como el carbono, el oxígeno, etc., en determinadas condiciones físicas de presión y temperatura, que evolucionaron hasta formar los primeros organismos unicelulares, los cuales añadiendo millones de años siguieron evolucionando, de forma inteligente, para ir formando la vida más compleja, hasta llegar a los primates o simios, y de ahí, con “un pequeño salto”, surgieron los homínidos, y finalmente el homo sapiens.

Sin embargo, esta teoría evolucionista contradice totalmente la Santa Biblia cristiana que afirma que *“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”* (Gn. 1:1), *“que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay”* (Hch. 17:24), y que *“constituyó el universo por Su Palabra”* (Heb. 11:3; cf. Sal. 33:6); *“porque Él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió”* (Sal. 33:9).

En el sexto día de la semana de la creación, Dios, –después de haber creado, en el día quinto, los seres que viven en las aguas y las aves del cielo (Gn. 1:20-

23)– creó los seres vivos terrestres –excepto el hombre– de la siguiente manera: *“dijo Dios: Produzca la tierra **seres vivos según su género**, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así. (25) E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno”* (Génesis 1:24-25).

Obsérvese que Dios *“mandó, y existió”* (Sal. 33:9). Pero la creación aún no había terminado, pues faltaba lo más importante, el hombre, al que le diría: *“Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra”* (Génesis 1:28).

Notemos que –a continuación, en ese mismo día sexto, después de la creación de los últimos animales– Dios creó al hombre de una forma distinta a los demás seres vivos, pues fue una creación especial: *“Entonces dijo Dios: **Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza**; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. (27) Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. (28) Y los bendijo Dios...”* (Génesis 1:26-28).

Aquí es necesario destacar y enfatizar, todo lo posible, que el ser humano adquiere la máxima dignidad que puede tener una criatura, solo por haber sido creado por Dios a Su imagen y semejanza; lo que contrasta con el concepto evolucionista del hombre, que le rebaja a lo sumo, porque no solo le concibe surgido por azar, sino también procediendo de los animales inferiores, haciendo al ser humano semejante a los animales de los que supuestamente desciende.

Por tanto, lo que diferencia fundamentalmente al ser humano del animal o bestia más inteligente que existe, es que, realmente, aquel fue creado a imagen y semejanza de Dios. Es decir, Dios hizo al hombre, además de un ser psicosomático, un ser espiritual, que le capacitaba para estar en comunión con Él. Sin embargo, desgraciadamente, esta última cualidad se perdió en la caída del primer hombre en el pecado, porque, a consecuencia de la misma, se produjo la separación de Dios y, con ello, su muerte espiritual; quedando el hombre reducido a un ser psicosomático, incapaz de tener comunión con Dios.

En el presente estudio, **en primer lugar**, trataremos de averiguar cuál es la **constitución del ser humano según la antropología bíblica**: ¿Es el ser humano un compuesto de cuerpo y alma según la tradicional creencia derivada de la tradición cristiana, que, a su vez ha sido influida y contaminada por la cultura y filosofía griegas y paganas?, o bien, como la Palabra de Dios, en varios textos, distingue perfectamente entre el alma y el espíritu humanos, ¿estaría formado el hombre de espíritu, alma y cuerpo, la unión de tres sustancias distintas y heterogéneas?

Esta última posibilidad se deriva de la interpretación aislada de varios textos del Nuevo Testamento, en los que, esas las palabras – espíritu, alma y cuerpo– aparecen juntas en la misma frase, y resultaría una incongruente redundancia tomar como equivalentes o sinónimos los vocablos “alma” y “espíritu”. Este es el caso de los textos que transcribo continuación:

1 Tesalonicenses 5:23: Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo.

Hebreos 4:12: Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

Observemos que el alma no es igual al espíritu, porque si así fuera se produciría una inexplicable e innecesaria repetición y redundancia en esos dos textos citados. Además, comprobaremos que el ser humano no está constituido o compuesto de dos partes o sustancias distintas separables, una material y física –el cuerpo– y otra totalmente opuesta –alma– que es espiritual. Y mucho menos, sería concebible al hombre como la una unión de tres sustancias heterogéneas como son espíritu, alma y cuerpo.

En **segundo lugar**, es necesario que tratemos de profundizar en el conocimiento de esas tres dimensiones o elementos, que parecen constituir al ser humano. Porque solo entendiendo el correcto significado de esas tres grandes y misteriosas palabras, que, según la Sagrada Escritura conforman todo nuestro ser, podremos desarrollar más óptimamente nuestras vidas, para progresar en armonía y de acuerdo con la voluntad y el plan de Dios. Y de esta manera, aprender a guardar, todo nuestro ser –los tres elementos que lo componen– *“irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo”* (1 Ts. 5:23).

Veremos en qué se diferencian el alma y el espíritu, y cuáles son sus funciones desde el punto de vista de la antropología bíblica: ¿Qué es el alma? ¿Qué es el espíritu? ¿Cómo coexisten en el ser humano sus tres dimensiones que lo componen –espíritu, alma y cuerpo (1 Ts. 5:23)–?

Dentro del cristianismo, por lo general, tanto los evangélicos como especialmente los católicos sostienen una posición dualista del ser humano, porque lo conciben como resultado de la unión del cuerpo –parte física o material– con el alma o espíritu –parte espiritual–. Por tanto, para la gran mayoría de los cristianos, los términos “alma” y “espíritu” son sinónimos. Es decir, las dos grandes ramas que representan el cristianismo coinciden en utilizar, indistintamente, cualquiera de estos dos vocablos para designar la parte espiritual del ser humano. Esta es una concepción dualista que no tiene su origen en la Sagradas Escrituras cristianas, sino que procede del paganismo y de la filosofía griega, específicamente la filosofía platónica y neoplatónica.

De esta concepción, dualista y equivocada del ser humano, nace también la falsa creencia en la inmortalidad del alma humana, que tanto católicos como protestantes en general sostienen y defienden “a capa y espada”. Entonces, ellos razonan así: cuando un ser humano muere, el componente material –su cuerpo– evidentemente muere, pero la parte espiritual –su alma o espíritu–, consideran que es una entidad que puede, no solo separarse del cuerpo, sino también seguir viviendo conscientemente, con independencia del mismo, en otra dimensión, ya sea el Cielo o el infierno.

A lo largo de este estudio, para probar lo erróneo de ambas doctrinas, expondré la enseñanza de las Sagradas Escrituras acerca de qué es el ser humano: ¿Es un ser compuesto de la unión del cuerpo y el alma, según el concepto cultural tradicional tan extendido, que procede de las influencias paganas y filosóficas? O bien, ¿es un ser unitario que se desarrolla en las tres dimensiones de espíritu, alma y cuerpo?

En último lugar, también averiguaremos si existen bases bíblicas que respalden, la muy popular doctrina de la inmortalidad del alma o del espíritu. Estudiaremos las incongruencias, inconsistencias y contradicciones que se derivan de creer que el espíritu o el alma, cuando muere el ser humano, sigue viviendo, una vida consciente en otra dimensión, como lo que en el cristianismo se conoce como el cielo o el infierno.

Primera parte

Capítulo 2

2. El ser humano en la antropología bíblica

La Biblia no dice que el ser humano esté compuesto de cuerpo y alma –visión dualista, filosófica y no cristiana, del hombre–, sino que todo él es un “alma viviente” (Gn. 2:7; cf, 1 Co. 15:45), que se desarrolla en tres dimensiones espiritual, psíquica y corporal (1 Ts. 5:23), todo ello producto de la acción creadora y restauradora del Espíritu de Dios.

A fin de comprender mejor el sentido del texto clave de Génesis 2:7, lo transcribo más abajo en las siguientes cuatro versiones: Reina-Valera, 1960 (RV 1960), La Biblia Textual (BTX), Sagrada Biblia-Versión de la LXX al español por Guillermo Jünemann (Jünemann) y Sagrada Biblia- Nacar Colunga-1994 (N-C):

Génesis 2:7 (RV, 1960): Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.

Génesis 2:7 (BTX): Entonces YHVH Elohim modeló al hombre de la tierra roja, e insufló en sus narices aliento de vida. Y el hombre llegó a ser alma viviente.

Génesis 2:7 (Jünemann): Y plasmó Dios al hombre, polvo de la tierra. E inspiró en su faz soplo de vida, y vino a ser el hombre en alma viviente.

Génesis 2:7 (N-C): Formó Yahvé Elohim al hombre del polvo de la tierra y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado.

Notemos que, de este texto, solo podemos deducir que Dios hizo al hombre de materia (“*polvo de la tierra*”), a la que le dio vida con Su “*aliento de vida*”. Por eso, esa materia se convierte en “ser viviente” o “alma viviente”. Es decir, el hombre es un ser viviente unitario.

Al parecer, si se analizara químicamente esa materia base se distinguirían varios elementos químicos, en distintas proporciones, como, por ejemplo, “*carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, azufre, fósforo, cloro, calcio, magnesio, potasio y sodio*”, etc. (1)

Lo que hizo, pues, Dios fue, con Su “aliento de vida”, crear, a partir de la materia, un cuerpo organizado, un cuerpo vivo, que equivale a la persona. Él creó al hombre de este modo, no porque no pudiera crearlo a partir de la nada, sino para enseñarnos que procedemos de la tierra, y que tenemos que volver a ella, “*pues polvo eres, y al polvo volverás*” (Gn. 3:19). Con el propósito de que no nos ensoberbecamos, y nos consideremos a nosotros mismos como dioses

inmortales, para que seamos humildes y reconozcamos que nuestra vida es efímera, y que le necesitamos a Él para que nos salve y nos dé vida eterna.

Por lo tanto, el hombre creado por Dios no es un compuesto de “cuerpo” y “alma”, concepto que la cristiandad adoptó por la influencia de la cultura y filosofía griegas.

Ahora viene a propósito citar unos párrafos del libro *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, que tienen especial significancia, porque su autor, don Juan Alberto Aguirre Rodríguez, fue sacerdote diocesano y párroco, Profesor de Estado, Orientador profesional y psicólogo, entre otras muchas cosas:

“[...] Un organismo vivo es un ser compuesto [...] [de] materia (átomos, moléculas, etc.) y, por otra, de un psiquismo, que los filósofos llamaron alma.” (2)

“[...] El alma no se añade al organismo, lo constituye, lo hace ser. En este sentido no está bien expresarse diciendo que el hombre está compuesto de un alma y un cuerpo.” (3)

“Hoy, es conveniente revisar la expresión corriente entre los católicos: “en la muerte, el alma del hombre se separa del cuerpo”. ¿Por qué hay que revisar esta manera de pensar que es tan común en la fe de los cristianos? Porque esta manera de pensar y de expresarse no viene de la Biblia sino de la filosofía griega (Platón, s. V a. C.).

[...]

La Biblia no enseña que el cuerpo y el alma puedan imaginarse como dos elementos capaces de disociarse y separarse y que también se les pueda unir de nuevo.” (4)

“Un hombre concreto (Juan, María, etc.), una persona es un cuerpo organizado, un organismo vivo, un cuerpo humano. **El principio de información (alma) más la materia integrada constituyen un cuerpo vivo.**

Cuando un hombre histórico muere, el cuerpo deja de existir. ¡Cuidado, pues! El cuerpo no se “descompone”. Lo que se descompone es el “cadáver”, que es un conjunto de moléculas ya disociadas por la muerte. “El cuerpo humano”, el hombre, el cuerpo vivo está compuesto de alma y materia múltiple.” (5)

“Según la enseñanza bíblica, el alma no es una parte del ser humano, por el contrario, designa simplemente al hombre entero, incluido el cuerpo. Así el término alma designa la vida humana o al hombre vivo: ‘Quien quiera ganar su alma la perderá; pero quien pierda su alma por causa mía, la hallará’ (Mt 16, 25)” (6)

“Los creyentes, en la perspectiva bíblica, afirmamos que la inmortalidad no es una propiedad natural del alma, tampoco un derecho.” (7)

Comparto mucho de lo expresado en los párrafos citados arriba, especialmente el contenido de los dos últimos: **“Según la enseñanza bíblica, el alma no es una parte del ser humano, por el contrario, designa simplemente al hombre entero, incluido el cuerpo [...]”** (6); y también el último, que afirma: **“[...] la inmortalidad no es una propiedad natural del alma, tampoco un derecho.”** (7)

No obstante, observemos que, el mencionado autor, a pesar de su correcta comprensión de la Biblia, no ha podido escaparse totalmente a las influencias de la filosofía y cultura grecorromana, pues aún evidencia un cierto dualismo

“materia-alma”, aunque bastante mitigado. Porque, por un lado, afirma: “[...] *El principio de información (alma) más la materia integrada constituyen un cuerpo vivo*” (5); o, también, cuando escribe: “[...] *El cuerpo humano, el hombre, el cuerpo vivo está compuesto de alma y materia múltiple*” (5). Estas afirmaciones están en contradicción con la siguiente cita –con la que estoy totalmente de acuerdo– que sostenía que “*Según la enseñanza bíblica el alma no es una parte del ser humano, por el contrario, designa simplemente al hombre entero, incluido el cuerpo. [...]*” (6).

Por otra parte, el autor se refiere a que el alma es la que informa a la materia integrada para constituir un cuerpo vivo. Esto quizá puede ser filosofía aristotélica, pero, de ninguna manera es lo que afirma la Biblia. Por el contrario, la Sagrada Escritura enseña que es el “aliento de vida” o “espíritu” (hebr.: *ruaj*, gr.: *pneuma*) el que da vida a la materia, como se ha podido comprobar, aunque, en lo que sigue, profundizaremos más en ello. El alma (hebr; *nefesh*; gr.: *psujé*) es el hombre completo, resultado de la vida que Dios dio a la materia.

Al comparar Génesis 2:7 con el texto del Nuevo Testamento, directamente relacionado, que se encuentra en 1 Corintios 15:45, se confirma lo revelado en el Antiguo Testamento, de que el ser humano es un “alma viviente”. Comprobémoslo:

1 Corintios 15:45: Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante

Notemos que en este texto se destaca la idea de que el hombre es un ser unitario; lo que está en total contraposición con el concepto tradicional derivado de la cultura y filosofía griega antigua, que defiende el dualismo, cuerpo-alma; dos elementos o sustancias totalmente antagónicos, que misteriosamente unidos son capaces de mantener su independencia, de tal forma que uno de ellos –el alma– sobrevive a la muerte del cuerpo. Esto, además de indemostrable bíblicamente, es también absurdo, ilógico, increíble e inexplicable.

Por lo tanto, mucho más racional y lógico es el pensamiento bíblico de que el alma humana es equivalente a la persona humana. El ser humano, todo él, es un alma viviente, resultado de la creación de Dios, que dio vida a la materia, al cuerpo físico y biológico, que previamente Él modeló, formó y compuso “del polvo de la tierra”, al insuflarle Su “aliento de vida”. Como veremos más abajo, este “aliento de vida” es el espíritu (heb: *ruaj*; gr.: *pneuma*), sin el cual, el cuerpo está muerto (Lc. 8:54-56; Stgo. 2:26). Veamos, por ejemplo, los siguientes textos, en que aparece la palabra “espíritu”:

Lucas 8:54-56: Mas él, tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. (55) Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer. (56) Y sus padres estaban atónitos; pero Jesús les mandó que a nadie dijese lo que había sucedido.

Santiago 2:26: Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

Obsérvese que no es el alma lo que proporciona vida al cuerpo sino el “espíritu” o “aliento de vida”, que, como veremos en el punto siguiente, se trata de la energía creadora de vida que solo Dios posee, mediante la cual ha dado vida también al resto de los seres vivos terrestres (compárese Gn. 2:7 con Gn. 6:17; 7:15, 22). Para cerciorarnos, leamos, por ejemplo, el texto de Génesis citado en primer lugar:

Génesis 6:17: Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá.

Por lo tanto, la acción de Jesús, de resucitar a la muchacha (Lc. 8:54-56), consistió en infundirle de nuevo el citado “espíritu de vida”, mediante el cual recobró la vida y con ella su consciencia; pero no se puede inferir de ahí que el espíritu que recobró la joven consistiera en su identidad personal, su yo sobreviviente y consciente, que, al salir de su cuerpo, hubiera ido a algún lugar conscientemente y regresase a la orden de nuestro Señor.

Capítulo 3

3. ¿Es el ser humano un compuesto de espíritu, alma y cuerpo?

Si el hombre, pues, es un ser unitario, ¿cómo entender que la Biblia se refiera a todo nuestro ser como formado o compuesto de “espíritu, alma y cuerpo” (1 Ts. 5:23)?

Para poder comprender esta aparente contradicción, primero de todo, debemos saber cuál es la condición del hombre antes de su conversión a Dios. Y, para ello, sería conveniente retrotraernos a los orígenes, y comprobar que la desobediencia del hombre a Dios fue un pecado de rebeldía, que tuvo como consecuencia su separación de Dios, lo que significó, en primer lugar, su muerte espiritual, lo que, con el tiempo, causó su muerte física (Gn. 2:17; 3:19; cf. Ro. 5:12; 1 Co. 15:21; Ef. 2:1).

Romanos 5:12: Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Efesios 2:1-10: Y él [Dios] os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, (2) en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, (3) entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. (4) Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, (5) aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), (6) y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, (7) para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Estos textos de arriba, nos revelan que el ser humano, desde que nace hasta su conversión a Dios, está muerto espiritualmente, y necesita recibir la vida espiritual que Dios le da cuando acepta a Cristo como su Redentor y Salvador.

Así como el primer ser humano, al morir espiritualmente, perdió la comunión con Dios, y se guiaba solo por los deseos de su “carne”, así mismo sucede con todos sus descendientes. Como veremos más abajo, todos nacemos siendo solo “carne”, porque esa es nuestra condición cuando estamos separados de, y en rebeldía contra, Dios; lo que supone que, desde entonces, fuimos gobernados por nuestra alma, que sigue *“los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos”* (Ef. 2:3).

¿En qué consistió esa muerte espiritual que sufrió el primer hombre?

Evidentemente, al rebelarse el hombre contra Dios, no solo le hizo perder su comunión con Él, sino que también su naturaleza humana quedó afectada, porque perdió su naturaleza espiritual, que no es otra cosa que la imagen de Dios con la que fue creado, lo que trataré de probar más abajo. Dios creó al hombre de una forma distinta a los demás seres vivos, pues fue una creación especial: *“Entonces dijo Dios: **Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza**; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. (27) **Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó**; varón y hembra los creó. (28) Y los bendijo Dios...”* (Génesis 1:26-28).

Viene muy a propósito la siguiente cita extraída del libro *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, cuyo autor, don Enrique Dussel, es doctor en filosofía, teólogo e historiador:

“En el relato del Génesis 2, 6-7, Adán es formado de la tierra (*apò tês gês*); es un hombre psíquico, anímico, animal (*eis psyjèn*). Mientras que en el Génesis 1. 26-27, se habla de la creación del hombre como imagen de Dios (*eikóna Theoû*). Este segundo era para Filón la “idea” primordial del hombre, para los cristianos era el primitivo Adán que habiendo perdido dicha *imagen* debía esperar un redentor para recuperar la semejanza divina (*amóosin*).” (8)

Obsérvese que estos textos de Génesis 1:26-27, enfatizan dos aspectos, cualidades o características – “a imagen” y “a semejanza” de Dios–, que el ser humano poseía antes de la caída en el pecado, y que se distinguen perfectamente en Génesis 1:26. Pero, el primer aspecto de los descritos, “imagen de Dios”, es muy enfatizado, al ser reiterado dos veces consecutivas en el versículo 27; de lo que se puede inferir su importancia.

El hombre, como “alma viviente”, sigue teniendo la semejanza a –pero no la imagen de– Su Creador, porque es aún un ser con una conciencia moral, que le permite distinguir entre lo bueno y lo malo; es capaz de amar, aunque sea egoístamente, y su alma dispone de una voluntad libre, porque no está coaccionada, aunque sí inclinada al mal. Sin embargo, dispone de todas las facultades afectivas e intelectuales en su mente, entendimiento que le capacita para pensar, razonar lógicamente, reconocerse a sí mismo, o tener conciencia de sí, crear e imaginar, etc. En todo eso consiste la semejanza del ser humano a Dios.

Puesto que, el hombre, ha perdido su espiritualidad, que le capacitaba para la comunión con Dios, no tendrá vida espiritual, ni podrá tener paz, ni gozo verdadero, hasta que Dios no vuelva a crear en él la Imagen de Cristo, que, a su

vez, es la imagen de Dios (2 Co. 4:4; Col. 1:15; Heb. 1:3). Leamos los textos citados:

1 Corintios 2:14: Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.

2 Corintios 4:4: en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.

Colosenses 1:12-17: con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; (13) el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, (14) en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. (15) El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. (16) Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. (17) Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten;

Hebreos 1:1-3: Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, (2) en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; (3) el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

Romanos 8:29: Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

Comprobemos en los textos citados, primero, que Cristo es la “Imagen de Dios”, y, en segundo lugar, que el propósito de Dios es transformar al “hombre natural” (1 Co. 2:14) a la Imagen de Cristo (Ro. 8:29), para convertirlo en el “nuevo hombre” (Ef. 4:24; Col. 3:10), de la nueva creación en Cristo, que sustituye al “viejo hombre” (Ro.6:6; Ef. 4:22; Col. 3:5) de la antigua creación que proviene de Adán.

Como decía en el párrafo anterior, para que el “hombre natural” (1 Co. 2:14) se convierta en un hombre espiritual, es necesario que Dios cree en él la “Imagen de Cristo”, lo que solo es posible mediante el nuevo nacimiento por el Espíritu Santo. Y para eso Dios envió a Su Hijo, –que también es el Hijo del Hombre– la imagen de Dios, para que todos los hombres que quieran la salvación y la vida eterna, sean semejantes a Su Hijo, Jesucristo. Es, pues, importante que leamos los textos de más abajo, porque especifican no solo la necesidad de nuestra colaboración o cooperación para recibir la Imagen de Cristo en nuestras vidas, sino que también concretan su significado; lo que sin duda nos ayudará a que Dios conforme la imagen de Su Hijo en nosotros.

Colosenses 3:5-10: Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; (6) cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, (7) en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. (8) Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. (9) No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, (10) y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno,

Notemos que, aunque Dios es el que crea en nosotros Su imagen a partir de la de Su Hijo, esto no se hace sin nuestro consentimiento y nuestra activa colaboración con Él. Por eso se nos insta a que hagamos morir todo lo negativo que procede de lo terrenal, la “carne”. Cuando nos convertimos a Cristo, Dios, por Su Espíritu Santo, nos da el poder de “despojarnos del viejo hombre” y “revestirnos del nuevo”, que ya es **“conforme a la imagen del que lo creó [Dios]”**.

Por tanto, Dios crea la imagen de Su Hijo, en todo nacido de nuevo, de forma parcial y potencial, no es una obra totalmente acabada, porque eso significaría someter o coaccionar la voluntad del creyente. Es decir, Dios ha transformado y capacitado al creyente para conseguir ese objetivo, liberando su voluntad de la esclavitud del pecado. Sin embargo, Dios no determina al creyente, sino que le permite que diariamente ejercite su voluntad, tomando sus propias decisiones y elecciones para la consecución de ese fin, en armonía con el Espíritu Santo que mora en aquél. La obra del creyente es, pues, hacer morir al “viejo hombre” y a las obras de la carne, hasta que el “nuevo hombre creado” según Cristo llegue a la plenitud de un verdadero hombre espiritual.

Leamos ahora unos pasajes paralelos que nos ayudan a complementar la visión de cuál es el propósito de Dios para el hombre, y cómo Él lo implanta en todos los seres humanos de buena voluntad.

Efesios 4:20-32: Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, (21) si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. (22) En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, (24) y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. (25) Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. (26) Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, (27) ni deis lugar al diablo. (28) El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. (29) Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. (30) Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. (31) Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. (32) Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

La victoria sobre todo lo negativo que se describe en los interesantes textos de arriba, es lo que caracteriza al hombre espiritual, en el que mora el Espíritu Santo (1 Co. 3:16; 6:19-20), que le dará Su poder y le capacitará, si él ejerce su voluntad, en armonía con la del Espíritu, para “[despojarse] *del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23)* y [renovarse] **en el espíritu de [su] mente**, (24) y [vestirse] *del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*” (Ef. 4:22-24).

Aunque el nuevo nacimiento del ser humano –cuyo significado es que Dios le ha dado la fe en Su Hijo y el poder sobre el pecado, y que ha venido a morar en la criatura el Espíritu Santo– se produce en un instante, análogamente a su nacimiento físico, también desde ese mismo momento, debe empezar el crecimiento espiritual, “renovando o transformando su entendimiento” (Ro. 12:1,2) –o “el espíritu de nuestra mente”– “hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:10).

Romanos 12:1-2: Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, **que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios**, que es vuestro culto racional. (2) No os conforméis a este siglo, **sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento**, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Con la idea preconcebida que todos poseemos, procedente de nuestra cultura y filosofía griega, enseguida, nosotros pensamos que, el apóstol Pablo, en los versículos de arriba (Ro. 12:1), se está refiriendo solo a una parte del ser humano, que es el cuerpo. Sin embargo, en la antropología bíblica, el cuerpo designa al ser humano total, porque no existe cuerpo humano sin vida, porque ya no sería un cuerpo, sino un cadáver. Esto se confirma en el versículo dos, cuando él nos exhorta a *“transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”* (v.2). El “entendimiento” no es una función del “cuerpo” según nuestros conceptos filosófico y cultural, sino del “alma”, entendida desde esa idea preconcebida. Notemos, además, que el Apóstol se dirige a “hermanos”, es decir, personas ya convertidas a Cristo, nacidas de nuevo por el Espíritu Santo, seres espirituales.

Aunque debemos dejar claro que esta condición o naturaleza espiritual no es una obra humana, sino obra de Dios, absolutamente un don de Su gracia. Sin embargo, a partir de esa condición, ya recibida por gracia, es cuando se nos pide que colaboremos con Dios: *“que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”* (Ro. 12:1); y esto consiste en la *“renovación de vuestro entendimiento”*. Y, solo entonces, cuando obedecemos a Dios voluntariamente y colaboramos con Él, *“comprobaremos cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*. (Ro. 12:2).

Añado a continuación unos textos para corroborar la idea de que Dios tiene el propósito de crear en el ser humano la Imagen de Cristo, a fin de hacerle apto para Su Reino Celestial:

2 Corintios 3:16-18: Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará. (17) Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. (18) Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

Colosenses 3:10: y revestido del nuevo [hombre], el cual conforme a la imagen del que lo creó [a imagen de Dios] se va renovando hasta el conocimiento pleno,

Por tanto, podemos deducir de los pasajes bíblicos anteriores que el ser humano necesita recobrar esa imagen de Dios, que tuvo el primer hombre antes de caer en el pecado; y, el único modo que Dios ha establecido es por medio de revestirse de la imagen de Jesucristo (véase Ro. 8:29; 1 Co. 15:49; 2 Co. 3:16-18; Col. 3:10; Ef. 4:24.). Leamos estos textos y tratemos de aplicarlos a nuestras vidas, si de verdad deseamos la paz ahora mismo, aquí en este mundo, y disfrutar o gozar de la vida eterna en el futuro.

Romanos 8:29: Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.

Como todos nacemos siendo “almas vivientes”, es decir, sin esa “imagen de Su Hijo”, que representa la naturaleza espiritual perdida a causa del pecado original, somos solo “carne” ante los ojos de Dios (Gn. 6:3), y el objetivo o propósito de Él es la transformación de nuestras vidas, para obtener esa semejanza con Cristo y convertirnos en seres espirituales. Pero, observemos que ello, aunque se consigue por gracia, pues es un don gratuito de Dios, precisa de nuestro asentimiento y colaboración, como antes comprobamos, pero que ahora reitero; porque solo comprendiendo bien la Palabra de Dios, podremos obedecerla. Vuelvo, pues a citar los textos de Romanos 12:1-2, para que meditemos y profundicemos en ellos.

Romanos 12:1-2: Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. (2) No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Se nos insta a que presentemos nuestros “*cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios*”; –no olvidemos que “cuerpo” es la persona entera, la totalidad del ser humano, no una parte del mismo–; pues bien, este sacrificio, consiste, en que si somos de Cristo hemos de crucificar “*la carne con sus pasiones y deseos*” (Gá. 5:24) –recordemos que la “carne” es el hombre natural o anímico, que todos somos desde el nacimiento físico– ; y se nos reitera, una y otra vez: “*Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne*” (Gá. 5:16). “*Porque los que*

*son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. (6) Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. (7) **Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios**; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; (8) **y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios**” (Ro. 8:5-8).*

Es decir, se nos exhorta –puesto que Dios ya nos ha concedido, con el nuevo nacimiento, la naturaleza espiritual– a colaborar con Él, a realizar nuestra parte, ejerciendo nuestra voluntad, para adquirir, día a día, la imagen de Cristo, que es asemejarse a la naturaleza espiritual que Él tiene como Hijo del Hombre, y que nos proporciona mediante el poder de Su Espíritu Santo. Esto es lo que significa *“transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”* (Ro. 12:2), que es la parte que a nosotros nos corresponde hacer. Y, si obedecemos, el resultado será que Dios nos transformará en seres espirituales.

Veremos a continuación unos textos importantes, que son claves para entender el proceso de espiritualización del hombre natural.

1 Corintios 15:45-50: Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. (46) Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. (47) El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. (48) Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. **(49) Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.** (50) Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.

Observemos que el postrer Adán es nuestro Señor Jesucristo. Y, en los textos de arriba, se está contrastando al “primer hombre caído”, terrenal, “alma viviente”, con “el segundo hombre, que es el Señor”, celestial, “espíritu vivificante”, porque Él es capaz de proporcionar la vida espiritual a los hombres caídos. ¿Qué significa para nosotros todo esto? ¿En qué afecta a nuestras vidas? En el versículo 49, se nos da la respuesta y la esencia del plan de salvación de Dios para la humanidad, que consistió en enviar a Su Hijo Jesucristo –el Hijo del Hombre, “espíritu vivificante”, es decir, el que da la vida espiritual al hombre– para que *“así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”* (1 Co. 15:49).

Viene muy a colación transcribir aquí unos párrafos extraídos del libro citado antes, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, porque complementan, corroboran y aclaran lo escrito antes:

“[...] El Dios vivo, en absoluto transcendente, asume la condición humana radicalmente, e instaura un nuevo orden. Este nuevo orden interpersonal no desdobra al hombre dualmente como el “cuerpo-alma” de los griegos, sino que irrumpe en la historia permitiéndole a ésta tener un doble destino. El hombre es uno, la situación del hombre es doble: o *dentro* de la Nueva Alianza con Dios, o *fuera* de

ella. No se trata de dos elementos al interior de la individualidad antropológica, sino de dos categorías: totalidad (*carne*), alteridad (Palabra, Espíritu)." (9)

"[...] El primer hombre (*prôtos ánthropos*), Adán, fue hecho alma viviente (*psyjén*); el último Adán es un espíritu vivificante (*pneûma*). Pero no es lo espiritual primero, sino lo psíquico primero y después lo espiritual. "El primer hombre, nacido de la tierra, es terrestre; el segundo hombre (*deúteros*) viene del cielo [...]. Y así como nos hemos revestido de la imagen del terrestre, nos es necesario revestimos también de la imagen del celeste (*tén eikóna tôu epouraníou*).

[...] "En primer lugar, Pablo nos habla de los dos órdenes que hemos indicado más arriba. El "cuerpo-psíquico" no expresa, de ninguna manera, un cuerpo y un alma, sino una *totalidad* viviente (*sôma* traduciría en este caso a "carne" o *basar*). Esto se puede probar porque "cuerpo-espiritual" no puede indicar un dualismo de cuerpo-espíritu, ya que dicha dialéctica entre cuerpo y espíritu nunca se ha dado ni entre los judíos ni entre los griegos. Lo que quiere significar "cuerpo-espiritual" es la *totalidad* biológica, viviente o carnal del hombre elevada al orden de Espíritu, lo que después se llamará la gracia. Hay un orden de lo meramente viviente y mortal; hay otro orden de lo espiritual, sobrenatural y definitivo." (10)

"[...] Adán es un hombre terrestre, el primer hombre. Jesucristo, en cambio, es el hombre celeste, que viene después y que otorga el Espíritu (que los hebreos llamaban *ruaj*). Con este Espíritu hay vida nueva y resurrección. Ese Espíritu que se da gratuitamente a los hombres los hace entrar en el Reino de Dios. No hay dualismo entre cuerpo y alma, sino que hay dos órdenes o categorías: el reino del hombre terrestre o carnal; el reino de Dios, reino celeste o espiritual. El primero es mortal, el segundo definitivo mediante la resurrección.

"El Verbo se hizo carne" significa entonces que Dios mismo se reveló a sí mismo irrumpiendo en la totalidad de la historia del hombre, como historia de la carne, y transformándola en historia del espíritu o Reino de Dios [...]" (11)

"[...] Adán es un hombre terrestre, carnal, psíquico, del que procedemos todos los hombres. Este Adán ha sido infiel y ha perdido la "imagen de Dios." [...].

El "hijo del hombre", Jesús de Nazaret, es el hombre celeste el nuevo Adán, el segundo Adán, el hombre espiritual. Este hombre es la imagen de Dios resucitada, más aún, es el que permite a todos los hombres ser partícipes de la semejanza con Dios. Nos decía Pablo en el texto citado: "Así como nos hemos revestido de la imagen del (hombre) terrestre, así nos es necesario revestirnos también de la imagen del celeste", que es imagen de Dios (véase 1 Co. 15:12-48) [...]" (12)

"Según la comprensión del hombre estudiada, el hombre no es "imagen de Dios" por naturaleza, sino por gratuita participación [...]

[...] Para el Nuevo Testamento, en cambio, el hombre obtiene por Jesucristo la semejanza de Dios y se transforma en imagen por el don sobrenatural del Espíritu. Se trata de una *nueva* condición. No existe entonces dualismo entre alma y cuerpo, sino bipolaridad entre el hombre terrestre y espiritual; entre el hombre descendiente del pecado de Adán y el hombre resucitado como imagen de Dios [...].

[...] El orden humano, finito, descendiente del Adán pecador puede perder el ser imagen de Dios por el uso de su libertad. Esta antropología es constitutivamente histórica. Se habla de un *primer* y *segundo* Adán, de un haber sido *antes* imagen y devenir *después* hombre carnal, se explica la *venida* en el tiempo del lógos eterno y la resurrección final de la humanidad [...]" (13)

"[...] El hombre *carnal* es primero, pero sólo el hombre *espiritual* tiene definitiva salvación." (14)

Por consiguiente, a partir de su caída, el primer ser humano pierde la imagen de Dios con la que fue creado –e igualmente todos sus descendientes nacen así, con la misma naturaleza caída y carnal–. Y al perder su condición espiritual, queda reducido a lo que el apóstol Pablo denomina el “**hombre natural**”, que “*no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente*” (1 Co. 2:14).

Ahora sería interesante averiguar el sentido de la palabra original griega que se ha traducido por “**natural**” (gr.: psuchikos: ψυχικός) (15), calificativo que san Pablo le da al hombre no nacido de nuevo en 1 Corintios 2:14; lo que en otros lugares, la misma Palabra de Dios denomina “carne”; para ello recurrimos al Comentario bíblico Mundo Hispano:

“El adjetivo “natural” se deriva del vocablo griego “alma” (*psique* ^{G5590}). Esta palabra, desde su contexto hebreo, se refiere al principio vital en el hombre. Parece ser “alma” (en el sentido hebreo) el resultado de la combinación de “carne” (*basar* ^{G1320}) y “espíritu” (*ruach* ^{G7308}).

“Sin la presencia de “espíritu” (respiración, aire) no hay “alma” o vida. Para la mentalidad hebrea, el origen del espíritu es Dios mismo. Es lo que imparte vida al hombre inerte y es don de Dios (ver Gn. 2:7). Sin espíritu en el hombre sólo queda un cadáver. Es obvio que la mentalidad hebrea (de la que estaba imbuido el Apóstol) es muy distinta a la griega que contraponía el “alma” con el “cuerpo”. En este texto Pablo afirma que el hombre natural es aquel que depende de su propio espíritu y no del Espíritu de Dios. Esto, en efecto, hace imposible que el hombre natural comprenda las cosas del Espíritu. Las ve sólo como locura y conceptos. Sin que el hombre permita que el Espíritu Santo lo oriente, no hay forma de que pueda entender el mensaje evangélico. Esto nos dice también que por muy elocuente que sea el predicador del evangelio, si el oyente no permite al Espíritu Santo obrar, no puede haber una verdadera comprensión o aceptación del evangelio. Esto es así porque la sabiduría del Espíritu es la palabra de la cruz de Cristo”. (16).

Este Comentario, de alguna manera, viene a confirmar que el ser humano tiene vida física y psíquica mientras permanece el aliento o espíritu de vida de Dios en él; pero no tendrá vida espiritual hasta que sea resucitado espiritualmente, es decir, nacido de nuevo, o, lo que es lo mismo, regenerado su ser entero, por la acción poderosa del Espíritu Santo (Jn. 3:3,5-6; cf. Tito 3:4-7).

Juan 3:3, 5, 6: Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que **el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios** [...] (5) Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. (6) **Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.**

Tito 3:4-7: Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, (5) **nos salvó**, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino **por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo**, (6) el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, (7) para que justificados por su gracia, **viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.**

Por tanto, el “hombre natural” debe ser regenerado por el Espíritu Santo para que pueda tener la vida espiritual, que es la única que le capacita para entrar en el Reino de Dios, y recibir la vida eterna.

La regeneración espiritual es la salvación que Dios ha prometido a todo el que quiera ser heredero de la vida eterna; porque sin esa resurrección o nuevo nacimiento nadie entrará en el Reino de Dios. El “hombre natural” es, pues, el alma humana –vida física y psíquica–, o sea, la persona que aún no ha sido resucitada por el Espíritu Santo (Ef. 2:5-6); o lo que es mismo, no “ha nacido de nuevo” (Jn. 3:3); y Jesucristo dijo: *“el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”* (Jn. 3:5).

Sin embargo, nuestro Señor Jesucristo, en este fundamental diálogo que sostuvo con un maestro judío llamado Nicodemo, después de desvelarle esa verdad esencial, le reveló otra verdad no menos importante: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Juan 3:6). Lo que sin duda significa, o es equivalente a, que *“Lo que es nacido de la carne es carnal, y lo que es nacido del Espíritu es espiritual”* (17). Es decir, mientras el ser humano no sea regenerado por el Espíritu Santo, su cuerpo –que también representa a la totalidad del hombre– no podrá ser templo de Aquel, es decir, no será habitado por el Espíritu Santo; y, por tanto, seguirá siendo solo “carne”.

Esta es la obra que Dios realiza en todos los que anhelan heredar la vida eterna –nadie es inmortal, ni tiene inmortalidad alguna, hasta que Dios no le glorifique en el día de la resurrección (Lc. 14:14: *“...te será recompensado en la resurrección de los justos”*)–. Y, para eso, son “justificados por su gracia”, mediante la fe en Cristo, como su Salvador (Ro. 5:1-2), y solo entonces, vienen *“a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna”* (Tito 3:7).

Romanos 5:1-2: Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; (2) por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.

Por tanto, para que podamos alcanzar esa vida eterna en Su reino, *“que la carne y la sangre no pueden heredar, ni la corrupción hereda la incorrupción”* (1 Co. 15:50), Dios tiene que efectuar, en aquellos que son dignos de Su elección, lo que prometió en Su Palabra: *“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. (27) **Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu**, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra”* (Ezequiel 36:26-27).

El alma humana es guiada por el Espíritu Santo, cuando el creyente es engendrado por Dios, nace de nuevo “del agua y del Espíritu” (Jn. 1:12-13; cf. 3:3,5,6). Esto es lo que le hace hijo de Dios (Ro. 8:14), y deja, por tanto, de ser solo “carne”.

Juan 1:12-13: Mas a todos los que le [a Jesús] recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; (13) los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Juan 3:3,5,6: Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. [...] (5) Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. (6) Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

Romanos 8:14: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.

Gálatas 4:6-7: Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (7) Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.

El corazón del ser humano, que es equivalente a la vida psíquica del alma, es todo lo que forma nuestro psiquismo, es decir, nuestros pensamientos, razonamientos, sentimientos y voluntad. Todo eso será renovado, y ya no tendremos ese corazón duro como la piedra, que es incapaz de tener misericordia con el prójimo y de amarle como a sí mismo. Entonces, seremos incapaces de mentir y pensar con malicia y maldad. Nuestra vida será transparente y santa, porque Dios habrá hecho nacer de nuevo al hombre natural, y vendrá a morar en él Su Santo Espíritu. Y Dios habitará en nuestro cuerpo, mediante Su Espíritu, y seremos templo de Dios, el Espíritu Santo, como prueban los siguientes textos:

1 Corintios 3:16: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?

1 Corintios 6:19-20: ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? (20) Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.

Por todo lo que antecede, a la pregunta, que nos formulábamos arriba **–¿cómo entender que la Biblia se refiera a todo nuestro ser como formado o compuesto de “espíritu, alma y cuerpo” (1 Ts. 5:23)?–**, respondemos que el hombre es un ser unitario, porque el “hombre natural” es un alma viviente o “cuerpo psíquico”; y, en absoluto, un compuesto de cuerpo y alma en el sentido griego. En cambio, en el nuevo orden en Cristo, cuando el “hombre natural” nace de nuevo, por la obra poderosa del Espíritu Santo, es transformado en el “nuevo hombre” u hombre espiritual. Y esto significa que, desde el momento que el “hombre natural” adquiere su naturaleza espiritual, ya es, a la vez, totalmente espíritu, totalmente alma, y totalmente cuerpo. Es decir, sigue siendo un “alma viviente” a la que se le ha añadido la “imagen de Cristo”, convirtiéndose entonces en un hombre espiritual, manteniendo su unidad antropológica que siempre tuvo, pero añadiendo a la naturaleza carnal, la naturaleza espiritual de este nuevo

orden; y, por eso, su cuerpo –la totalidad del ser humano– se convierte en templo del Espíritu Santo.

A fin de reafirmar y confirmar lo que antecede, cito unos párrafos extraídos del libro *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, cuyo autor es un sacerdote católico, licenciado en Teología, Profesor de Estado, Orientador Profesional y Psicólogo. Este autor viene a corroborar –lógicamente, con otras palabras– exactamente lo expresado arriba. Comprobémoslo:

“En la mística cristiana, el hombre psíquico o carnal está llamado a ser hombre espiritual por medio de una transformación ontológica, fruto del trabajo conjunto del hombre y de Dios (1 Cor 2, 14; Jn 3; 2 Cor 5, 17)” (18).

“‘Creo en la resurrección de los muertos’ significa, pues, que el hombre tiene un futuro personal después de la muerte, que nos ha sido prometido y dado gratuitamente por Dios: participar en la vida divina. Para integrarse en la participación de la vida divina, que es espiritual, debe sufrir una transformación que hace morir “el hombre viejo” y permite nacer al hombre nuevo. A esta transformación podemos también llamarla “resurrección.” (19)

“Esta transformación radical, a nivel del ser, auténtico nuevo renacimiento, en el fondo es el paso del orden físico, biológico y psicológico a un orden diferente que llamamos espiritual, divino. Esta nueva realidad del hombre es presentada en forma abundante a lo largo de todos los textos del Nuevo Testamento (Jn 1, 12; 3; 1 Cor 2, 14; 1 Cor 3, 1-3; 1 Cor 13, 9-13; 1 Cor 15, 45- 51; Rom 6, 3-6; Rom 7, 22-23; Rom 8, 5-9, etc). (20)

“El apóstol Pablo usa dos palabras para designar el cuerpo: “soma” (cuerpo) y “sarx” (carne). El cuerpo puede estar dominado por la carne debido a la ley, al pecado, y a la muerte. Pero también el cuerpo puede estar sometido al espíritu (Gál 5; Jn 3, 6; Rom 8, 6-8).

Cuerpo, carne en el lenguaje de Pablo significa simplemente lo humano sin la gracia de Dios; designa a Juan, María, etc. sin la vida en el Espíritu (Jn 6, 63; Gál. 5, 17-23; Rom 8). El cuerpo humano, Juan, María, etc. es quien experimenta el paso de la muerte a la vida. Por muerte, en este caso, se puede entender tanto la muerte física, como la no participación en la vida del Espíritu” (21).

“Digamos, una vez más, que, en el cristianismo, el hombre es un animal capaz de pasar del orden psicosomático al orden espiritual. El espíritu es un don; es participación gratuita de Dios.

El espíritu es lo que hace capaz al hombre de entrar en diálogo con Dios, sin confusión personal ni pérdida de identidad. Es lo que hace al hombre capaz de entender y comprender lo que el espíritu de Dios le dice. La fe, la esperanza y la caridad, como virtudes teologales, pertenecen al orden espiritual y entregan el mismo sentir, actuar y pensar de Dios.

El paso del orden natural al orden sobrenatural es una transformación que, en el hombre, se realiza a modo de proceso y constituye la experiencia mística de cada cual. Este nuevo nacimiento, crecimiento y maduración en el Espíritu se inicia en el Bautismo y se continúa a través de toda la vida por la oración, la participación en los sacramentos, el servicio a los hermanos, el trabajo de cada día, etc.” (22)

“Comienza una vida nueva... Por gracia, Dios llega al hombre, establece en él su morada. **Esa participación gratuita de Dios en un ser humano es lo que llamamos “espíritu”**. Este hombre renacido mira, siente y actúa en la perspectiva de Dios. La creación entera es percibida en armonía; la vida personal es acogida como regalo y tarea; la humanidad es cuidada como una familia que reconociendo al mismo Padre camina solidariamente hacia la Tierra Nueva. “Lo que ojo nunca vio, ni oído oyó, ni hombre alguno ha imaginado, lo que Dios ha preparado para los que lo aman”, lo revela Dios por medio del espíritu (Is 64, 4; 52, 15).” (23)

“El hombre sin el espíritu, el hombre que es sólo humano, simplemente psiquismo no acepta fácilmente lo que proviene del espíritu de Dios, le parece una locura, y no puede captarlo porque necesita para ello criterios espirituales (1 Cor 2,14).

[...]

En el cristianismo, la vida espiritual es el término normal del hombre en desarrollo, en formación. Ese hombre espiritual, que nace en el Bautismo, termina en la participación definitiva de la realidad de Dios [...]” (24).

Capítulo 4

4. Significado del término “carne” en la Biblia

En la Biblia, “carne” no se refiere solo al “cuerpo”, sino que este término designa el ser humano total, lo que es una prueba adicional de que el hombre es un ser unitario. “Carne” es el hombre natural o carnal, no convertido a Dios. En palabras del sacerdote católico, don Juan Aguirre Rodríguez: *“Cuerpo, carne en el lenguaje de Pablo significa simplemente lo humano sin la gracia de Dios”*. (25).

Cito a continuación unos aclaratorios párrafos del libro *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, del autor don Enrique Dussel, que vienen a confirmar o corroborar todo lo que antecede:

[...] “Carne” no significa, de ninguna manera, “cuerpo” (*sôma*) como para los griegos. En efecto, “cuerpo” en el Nuevo Testamento tiende a indicar el cadáver (que en hebreo se decía *gufáh*) (Mt.14,12; cf. Mt. 5,29). Tampoco “carne” se opone al “alma” (*psyjé*) en el sentido griego, porque “alma” en el Nuevo Testamento significa más bien “vida” (Ap. 16,3; cf. Mt. 2:19-20). “Carne” (*sárx*) que viene del hebreo *basar* indica la totalidad del hombre.” (26)

“El Verbo se hizo carne” [Jn. 1:14] significa entonces que Dios mismo se reveló a sí mismo irrumpiendo en la totalidad de la historia del hombre, como historia de la carne, y transformándola en historia del espíritu o Reino de Dios. [...]

Paralelamente a la dialéctica entre el “Verbo” y la “carne” se establece la de la Imagen de Dios y el hombre terrestre que ha perdido dicha semejanza divina por el pecado. Lo que debe considerarse especialmente es que en ningún momento hay dualismo antropológico, sino que se establece nuevamente una bipolaridad entre dos órdenes o categorías, y la “carne”, aunque muerta o caída, puede sin embargo ser resucitada. Además, la Imagen de Dios, Jesucristo, asumirá la totalidad de la condición humana, en su limitación, finitud, sufrimiento y muerte dando así un sentido a la corporalidad, un sentido positivo ya que es mediación de salvación.” (27)

[...] Es desde ya interesante ver que dicho personaje [el Verbo encarnado] es solidario de la condición humana ya que se llama hijo del “hombre”. Jesús se aplicó a sí mismo, con más frecuencia que ningún otro título, el de “Hijo del hombre” (véase, p.e.: Lc. 17:22 ss; Mt. 24:27, ss; Mc. 8:38ss). Pero, y esta diferencia es relevante, Jesús se aplica ese título junto con el de “Siervo de Yahveh”. Une entonces el prototipo escatológico con un hombre sufriente y *liberador* a la vez. “Las dos nociones, de Hijo del hombre y de *Ebed Yahveh* –nos dice Oscar Cullmann– existían ciertamente en el judaísmo; pero la que significa un hecho nuevo es que Jesús las reunió, es decir, unió los dos títulos expresando en el primero la majestad soberana, mientras que en el segundo indicaba la humillación más absoluta. Admitiendo que el judaísmo conocía la posibilidad de un mesías sufriente, es imposible demostrar que este sufrimiento haya sido asociado a la imagen del hombre celeste. [...]” (28)

La “carne” es enemiga de Dios “y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7-8).

Romanos 8:7-8: Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; (8) y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.

Puesto que las Sagradas Escrituras se refieren en muchas ocasiones a la “carne”, necesitamos saber qué entienden ellas por este término. Con ese fin en mente, examinemos el versículo 3 de la carta a los Efesios, que vimos anteriormente: “...también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los **deseos de nuestra carne**, haciendo **la voluntad de la carne** y de los pensamientos.” (Ef. 2:3). Esta es la condición del “hombre natural” o carnal antes de su conversión a Dios. No es otra cosa que el cuerpo psíquico humano, pero sin la Imagen de Cristo en él. En esa condición, el ser humano está muerto espiritualmente, al estar separado de Dios. La carne está siempre en oposición al Espíritu de Dios: “*Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis*” (Gá. 5:17).

La “carne” es egoísta, avariciosa, envidiosa, orgullosa, soberbia, altiva, discutidora o contenciosa, implacable, sin misericordia, no piensa más que en lo que pueda beneficiarla, pero no en lo que puede beneficiar al prójimo. Muchas y abominables son las obras de la carne; como, por ejemplo, la pequeña lista que nos proporciona el apóstol Pablo, y que transcribo, a continuación, para que evitemos caer en ellas:

Gálatas 5:19-21: Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, (20) idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, (21) envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.

Ahora, contrastemos las obras de la carne con los frutos del Espíritu, y comprobaremos cuán despreciables son aquellas y cuán hermosos y deseables son éstos:

Gálatas 5:22: Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, (23) mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. (24) Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. (25) Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. (26) No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

Fijémonos que esta “carne” está animada –es decir, tiene vida física y psíquica, pero sin la guía del Espíritu de Dios (Ro. 8:14)– porque es capaz no solo de sentir “los deseos” sino también de decidir llevarlos a cabo, mediante “la voluntad de la carne”; y además tiene una mente con sus pensamientos, lo que implica el intelecto, con su entendimiento y raciocinio, etc. Por tanto, no puede referirse

solo al cuerpo humano, aunque éste también tenga sus apetitos e instintos, sino que abarca al ser total, a la persona o, lo que es lo mismo, el alma humana. La “carne” tiene todas las funciones psicosomáticas de la totalidad del ser humano, pero mientras no sea transformada en espiritual, no morará el Espíritu de Dios en ella.

¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué Dios dice que el hombre es “carne” (Gn. 6:3)? Veamos cuándo y dónde Él lo expresa así:

Génesis 6:3, 5: Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años. [...] (5) Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

Verdaderamente, Dios dijo que “ciertamente el hombre es carne”, y *“es imposible que Dios mienta”* (Heb. 6:18). Pero, ¿por qué dijo Dios que el hombre es carne? ¿Será porque el ser humano, puesto que no es espíritu, está hecho, mayormente, de “carne y huesos” (Lc. 24:39)?

Realmente, el hombre no es llamado así a causa de que su cuerpo sea de carne, sino porque no es espiritual –mientras permanezca en su naturaleza pecaminosa original–, ya que desde que nace hasta que se convierte a Dios está separado de Él, le ignora, y no reconoce Su voluntad; y, además, *“el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”* (1 Co.2:14). Y, en su rebeldía y desobediencia, puede llegar a un punto de no retorno, como fue en el pasado, en *“que todo designio de los pensamientos del corazón [de los hombres]... era de continuo solamente el mal”* (Gn. 6:5).

Es conveniente reiterar que así como la “carne” es el “ser viviente” o “alma viviente”, que vive gracias al “aliento o espíritu de vida” de Dios, –aunque, por esa causa, tenga vida física y psíquica–, no poseerá, obviamente, vida espiritual, hasta que no sea resucitado o nacido de nuevo el “hombre natural” (Jn. 3:3,6; Ef. 2:6; etc.); y solo entonces, una vez reconciliado con Dios, el Santo Espíritu morará en él.

Capítulo 5

5. Cómo vivir cristianamente

¿Cómo podemos alcanzar la gran salvación prometida por Dios, que conlleva vida eterna en su Reino celestial?

¿Cómo llevar a la práctica las enseñanzas de la Biblia? ¿Cómo hacer para que Cristo viva en mí?

En principio, es muy sencillo, pues el primer paso es: *“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo...”* (Hch. 16:31); o bien, *“Y todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo”* (Hch. 2:21). Y si esto ya es una realidad, el creyente debe vivir en consonancia o coherencia con su fe, sabiendo que *“si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”* (Ro. 10:9). *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”* (Ro. 10:17).

Aunque la salvación y la fe son dones de la gracia de Dios (Ef. 2:8-10), se nos pide nuestra cooperación para crecer diariamente en fe y en santidad: *“En cuanto a la pasada manera de vivir, **despojaos del viejo hombre**, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, (24) **y vestíos del nuevo hombre**, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”* (Ef. 4:22-24).

Una vez obtenida la fe –obra de Dios–, empieza nuestra obra, que consiste en colaboración con el Espíritu de Dios, en despojarse del “viejo hombre”, y crecer en el “nuevo hombre” en Cristo. Esto se consigue perseverando cada día en el estudio de la Palabra de Dios y en la oración. Y tenemos la salvación asegurada, garantizada, primero, porque *“siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”* (Ro. 5:8) –este es un acontecimiento histórico que nadie puede cambiar–; y, en segundo lugar, porque el Espíritu Santo que mora en nosotros nos da el poder para vencer, y nos guía para elegir lo que más nos conviene en cada momento.

Sin embargo, hay que saber que nuestra salvación o vida eterna solo se ha hecho posible gracias a que *“Cristo murió por nuestros pecados”* (1 Co. 15:3); porque los llevó sobre Él en la cruz (1 P. 2:24), y en su “carne” asumió la penalidad del pecado, la muerte eterna, que es la que le correspondía al pecador. Por eso, cuando los pecadores le reciben o le aceptan como su sustituto, Él les da *“potestad de ser hechos hijos de Dios”*, “engendrados de Dios” (Jn. 1;12-13). Esto es el nuevo nacimiento (Jn. 3:3), que convierte al “hombre natural” (1 Co. 2:14), en “nueva criatura en Cristo” (1 Co. 5:17) o “nuevo hombre” (Ef. 4:22-24; Col. 3:9-10); y todo ello ha podido llevarse a cabo, porque los creyentes, por obra

y gracia de Dios y por su fe en Él, han sido *“hechos justicia de Dios en Cristo”* (2 Co. 5:21); es decir, han sido declarados justos ante Dios (Ro.3:21-26; cf. Ro. 5:1). Esto es el Evangelio de Jesús.

Romanos 3:22-25: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, (23) por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, (24) siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, (25) a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,

Romanos 5:1: Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Esta es la razón de que *“en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hch. 4:12). Solo tenemos que creer, con toda nuestra alma y con todas nuestra fuerzas, en la promesa de Jesucristo, de vida eterna, la cual Él cumplirá cuando nos *“resucite en el día postrero”* (Jn. 6:39-58). Veámoslo:

Juan 6:39-40: Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. (40) Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.

Juan 6: 44: Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.

Juan 6: 47: De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna.

Juan 6: 48-51: Yo soy el pan de vida. (49) Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. (50) Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. (51) Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.

Juan 8:51: De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte.

El último texto citado arriba precisa una explicación, porque **¿cómo entender la afirmación de Jesús, “el que guarda mi palabra, nunca verá muerte” (Jn. 8:51)?**, porque obviamente la muerte no ha dejado de existir y existirá hasta Su venida gloriosa.

La primera muerte es natural y, en la Biblia, se equipara con un estado de inconsciencia similar al sueño (Hch. 7:60; 1 Co. 15:51-57; etc.). En el texto citado arriba, Jesús debe referirse a la **“muerte segunda”** (Ap. 2:11; 19:20; 20:10; 20:14,15; 21:8).

Veamos lo que nos dice Él mismo en el siguiente texto:

Apocalipsis 2:11: El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.

Jesucristo nos asegura que si guardamos su Palabra nunca veremos muerte; “guardar Su Palabra” consiste en hacer la voluntad de Dios, o sea, vivir de acuerdo con la fe y la guía del Espíritu Santo, que mora en todo creyente (1 co. 3:16-17; 6:19-20). Y, “*nunca verá muerte*”, significa que “*no sufrirá daño de la segunda muerte*” (Ap. 2:11).

Mateo 25:46: E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna.

2 Tesalonicenses 1:6-10: Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, (7) y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, (8) en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; (9) los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, (10) cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron...

Necesitamos saber, que la segunda muerte es el “**castigo eterno**” (Mt.25:46), eterno en sus consecuencias, y, por tanto, definitivo, porque es “**pena de eterna perdición**” (2 Ts. 1:9), la cual reciben los malvados, después de ser resucitados para juicio, en la segunda resurrección, que se produce después del Milenio (Ap. 20:5-6,15).

Apocalipsis 20:4-6 (BLA95): También vi unos tronos, y sentados en ellos los que tienen poder para juzgar. Vi también las almas de aquellos a quienes les cortaron la cabeza por causa de las enseñanzas de Jesús y de la Palabra de Dios. Vi a todos los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y no habían recibido su marca en la frente o en la mano. Volvieron a la vida y reinaron mil años con el Mesías. (5) Esta es la primera resurrección. El resto de los muertos no volvieron a la vida hasta que se cumplieron los mil años. (6) ¡Feliz y santo es el que participa en la primera resurrección! La segunda muerte ya no tiene poder sobre ellos: serán sacerdotes de Dios y de su Mesías y reinarán con él mil años.

Apocalipsis 20:15: Y todo el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego.

Apocalipsis 21:8: Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.

Por tanto, el que “*nunca verá muerte*” es todo aquel que participa en la primera resurrección que se produce en la venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, porque son transformados en cuerpos semejantes al de Cristo resucitado, y arrebatados al Cielo a reinar con Él durante el Milenio. De ahí que todo el que participa de la primera resurrección es llamado: “*Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años*”

(Ap. 20:6). Todos los que tienen, pues, parte en la primera resurrección no verán la muerte segunda.

Juan 11:25-26: Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. (26) Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?

Jesús afirma **“aunque esté muerto, vivirá”**, luego la vida eterna es un suceso que está en el futuro, y por tanto, no se produce cuando uno muere sino cuando se resucite al fin de los tiempos. La condición para no morir eternamente es creer en Jesús.

Juan 14:3: Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.

Los salvos irán con Jesús al Paraíso cuando Él vuelva en gloria y los lleve consigo a ese Reino (1ª Tesalonicenses 4:13-18), preparado desde la fundación del mundo (Mateo 25:34).

¿Qué otras cosas debo realizar para seguir en el camino de salvación?

Si uno ha creído sinceramente *“Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”* (1 Co. 15:3), entonces, ha nacido de nuevo, y está *“en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Co. 5:17), y como consecuencia, *“el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; (15) y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”* (2 Co. 5:14-15).

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, (19) sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, (20) ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 P. 18-20).

Y todo ello ha sido posible porque *“Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, (5) aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), (6) y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”* (Ef. 2:4-6). Seamos, pues, agradecidos por tan gran amor y salvación que Dios nos da.

Es, pues, gracias a la redención o rescate (Mr. 10:45; cf. 1 Co. 6:20) efectuado por la muerte expiatoria de Cristo (Heb. 2:17; cf. Ap. 5:9), que, a partir de nuestro nuevo nacimiento, *“ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. (2) Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”* (Romanos 8:1-2). *“Gracias a Dios, que aunque erais esclavos del*

pecado”, al creer en Cristo y al obedecerle de corazón, “fuisteis libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia” (Ro. 6:17-18).

Romanos 6:17-18,22: Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina [el Evangelio de Cristo] a la cual fuisteis entregados; (18) y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. [...] (22) Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.

En coherencia con lo anterior, los que han sido regenerados, deben ejercer sus voluntades para que *“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias”* (Ro. 6:12). Es decir, *“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. (17) Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis”* (Gá. 5:16). *“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”* (Gá. 5:24).

Otras cosas que los cristianos deben tener presente para progresar en su vida cristiana y crecer en santidad cada día:

Negarse a sí mismo y tomar su cruz cada día (Lc. 9:23; cf. Mt. 16:24-25)

Lucas 9:23: Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.

Mateo 16:24-25: Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. (25) Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.

Confiar en Cristo implica creer “que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6).

Si Cristo murió por mis pecados, para que yo tuviera la vida eterna, debo saber *“que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado”* (Ro. 6:6). Recordemos que *“el cuerpo del pecado”* es el “viejo hombre”, la “carne”; no confundir con el concepto de la filosofía griega que considera el “cuerpo” una parte del ser humano.

Confiar en Cristo implica creer que nuestro yo carnal –“el hombre viejo”– “fue crucificado juntamente con Cristo” (Ro. 6:6). Esto fue un hecho pasado, histórico, pero que debemos actualizar cada día, ejerciendo nuestra voluntad, porque Dios la ha liberado de la esclavitud del pecado –esa fue Su obra–. Por eso ahora podemos vivir en Cristo; y coherentemente con esa fe iremos anulando a la carne, al “hombre viejo”, que significa: *“haced morir, pues, lo terrenal en vosotros”* (Col. 3:5). Es decir, Dios nos dio gratuitamente el nuevo nacimiento en el Espíritu; pero ahora empieza nuestra obra de colaboración con Él, con la guía

del Espíritu Santo, para santificarnos diariamente. Entonces, debemos poder decir, lo mismo que el apóstol Pablo: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gálatas 2:20). Pero mejor, meditemos en el contexto donde la Palabra de Dios nos da el secreto de la vida en Cristo:

Romanos 6:5-11: Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; (6) sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. (7) Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. (8) Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; (9) sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. (10) Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. (11) Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Romanos 8:7-10: Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; (8) y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. (9) Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. (10) Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia.

Notemos que, en primer lugar, todo cristiano auténtico es una persona que ha nacido de nuevo; y, por eso, mora Cristo en él, por medio de Su Espíritu, que es lo mismo que el Espíritu de Dios o el Espíritu Santo. Por esta razón ya pertenece a Cristo y su salvación está garantizada en Él. Ahora bien, en coherencia con esa nueva naturaleza espiritual otorgada gratuitamente como un don de Dios, ya no debemos vivir en la carne, aunque podamos hacerlo, porque nuestra voluntad ha sido liberada de la esclavitud del pecado, y ahora ya podemos elegir pecar o no pecar. Ahora, pues, no tenemos excusa, y debemos vivir en todo lo que realicemos –ejercitando nuestra voluntad renovada y santificada– colaborando diariamente con Dios.

De ahí que, si verdaderamente *“Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado”* (Ro. 8:10); es decir, la “carne” –no olvidemos nunca que cuerpo o “carne” es lo mismo, y se refiere a la totalidad del ser humano– siempre será pecado hasta nuestra muerte física; pero la diferencia con la vida anterior a la conversión, es que ahora hemos vencido a la “carne” porque “ya no vivo yo” –porque mi yo carnal fue crucificado con Cristo– ahora “vive Cristo en mí” (Gá 2:20), y como consecuencia –porque ya no vivo en la carne sino en el Espíritu– *“el espíritu vive a causa de la justicia”* (Ro. 8:10), es decir, ya tengo vida espiritual, aunque no en mi yo carnal, sino en mi yo espiritual, porque soy “nuevo hombre” o “nueva criatura en Cristo” (2 Co. 5:17).

2 Corintios 5:17-20: De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. (18) Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; (19) que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. (20) Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.

Hasta aquí la primera parte de este estudio bíblico. Y en la segunda parte, continuaremos analizando estos dos términos tan importantes que son “alma” y “espíritu”, y la diferencia que existe entre ellos. Y, para ello, en primer lugar, buscaremos algunos textos bíblicos que son importantes para averiguar lo que entiende la Biblia por “alma”; e igualmente, en segundo lugar, analizaremos los pasajes y versículos que se refieren al “espíritu” del hombre, y todo esto con ayuda de diccionarios bíblicos.

Segunda parte

Capítulo 6

6. ¿Cuál es la diferencia entre el alma y el espíritu?

Creo que, en lo que antecede, se ha podido comprobar que la Biblia diferencia totalmente el “alma” del “espíritu”, porque el primer vocablo –**el alma**– se refiere al ser humano completo –**la persona**–. El alma, pues, equivale a la vida física o biológica, y a la vida psíquica: los pensamientos, sentimientos y afectos y voluntad.

Cito abajo una definición sencilla pero elocuente, extraída del libro *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*

“[...] El alma constituye lo que llamamos un cuerpo vivo o un organismo.” (29)

El segundo término –**el “espíritu”**– comprende dos aspectos fundamentales que debemos saber distinguir. No obstante, existen muchas otras acepciones de este vocablo, cuya interpretación vendrá dada en función del contexto donde aparece esta palabra. Los dos significados más importantes los cito abajo:

1) El espíritu como “aliento de vida”, fuente o principio de la vida, que ya hemos visto su aplicación anteriormente.

2) El espíritu como la nueva naturaleza que se alcanza en Cristo, el nuevo hombre de la nueva creación; que representa al hombre espiritual del nuevo orden –regenerado por el Espíritu Santo–, el cual se opone al hombre natural, anímico o carnal al que todos pertenecemos por nacimiento físico.

En absoluto, el “espíritu”, en estos dos aspectos, se debe identificar con el Espíritu de Dios, el Espíritu de Cristo, o el Espíritu Santo, que se refieren a la misma Persona fuente de toda la vida espiritual humana. Porque ello sería caer en el panteísmo, que consiste en creer que los individuos son como una “chispa” del Espíritu.

Por otro lado, también sería un grave error creer que los seres humanos tenemos un espíritu o alma dentro, a la manera de la cultura y filosofía griegas.

A fin de reafirmar y confirmar este segundo y principal concepto de “espíritu”, vuelvo a citar del libro *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*

“Esta transformación radical, a nivel del ser, auténtico nuevo renacimiento, en el fondo es el paso del orden físico, biológico y psicológico a un orden diferente que llamamos espiritual, divino. Esta nueva realidad del hombre es presentada en forma abundante a lo largo de todos los textos del Nuevo Testamento (Jn 1, 12; 3; 1 Cor 2, 14; 1 Cor 3, 1-3; 1 Cor 13, 9-13; 1 Cor 15, 45- 51; Rom 6, 3-6; Rom 7, 22-23; Rom 8, 5-9, etc). (30)

“El uso de la razón es lo propio, lo característico del hombre “psíquico”. Sin embargo, siendo una excelente herramienta para el éxito en la vida personal, social, etc. por sí sola, de hecho entre las múltiples tareas y desafíos propios del hombre, tiende a la ofuscación del corazón, a la soberbia de la vida, a la competencia mezquina en las relaciones humanas. En cambio, la razón apoyada por el “espíritu”, por la fe, entrega visiones de la vida y del hombre que llevan a la paz, a la alegría, a la fraternidad (Rom 7, 13; Lc 10, 21; 2 Cor 11, 14; Judas Tadeo 1, 19; etc.).” (31)

Se desarrollan, a continuación los dos significados más importantes de la palabra espíritu: **primero**, el espíritu como “aliento de vida” y **segundo**, el espíritu como la nueva naturaleza que se alcanza en Cristo, el nuevo hombre de la nueva creación.

Primero. El “espíritu”, como “aliento de vida” o “espíritu de vida” (Gn. 6:17; 7:15; Ap.11:11).

Es el poder creador que solo posee Dios, capaz de generar todo tipo de vida. Por ello, como hemos visto arriba, cuando el espíritu o aliento de vida sale del cuerpo, éste deja de existir, es decir, muere. Y al perder la vida, la materia estructurada que formaba el cuerpo, se descompone. Además, este “aliento de vida” es común a los animales como veremos a continuación.

La ciencia puede analizar todos los componentes materiales del cuerpo humano, y reconocer las moléculas, los minerales, las proteínas, los aminoácidos, de que están hechos su carne, huesos, sangre, distintos órganos, cerebro, sistema nervioso, millones de células que los componen, incluso averiguar sus genes y genoma, ADN, etc.; pero no puede explicar por qué hay vida en cada minúscula célula. Este es el misterio de la vida, la que solo Dios puede dar, y Él la dio mediante su “aliento de vida”, lo que también es llamado en otros textos, “espíritu de vida” (Gn. 6:17; 7:15; Ap.11:11), “aliento de espíritu de vida” (Gn.7:22), o simplemente “espíritu” (Ec. 3:21; Ez. 37:5,6; Jn. 6:63; Stgo. 2:26;). Leamos los textos citados:

Génesis 2:7: Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.

Génesis 6:17: Y he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá.

Génesis 7:15: Vinieron, pues, con Noé al arca, de dos en dos de toda carne en que había espíritu de vida.

Génesis 7: 22: Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió.

En los textos presentados arriba, la Sagrada Escritura nos revela, en **primer lugar**, “el espíritu de vida”, que no puede ser otra cosa que una forma de nombrar a la fuente de la vida que procede de Dios, Su poder creador. En **segundo lugar**, que “el aliento de vida” (Gn. 2:7), que Él usó para crear al hombre es lo mismo que “el espíritu de vida”; y, en **tercer lugar**, que “el espíritu de vida” o “el aliento

de espíritu de vida” es común a “toda carne” (Gn. 6:17; 7:15,22); es decir, tanto a los animales como al hombre, les fue dada la vida de la misma manera, al proporcionarles Dios “el espíritu de vida”.

Los siguientes textos, que presento a continuación, sobreabundan en lo expresado anteriormente, porque hablan indistintamente del “espíritu” o del “espíritu de vida”, equiparándolos como el mismo poder dador de vida que solo procede del Creador, mediante el cual Él proporciona la vida a todos los seres vivientes, tanto seres humanos como animales.

Eclesiastés 3:18-21: Dije en mi corazón: Es así, por causa de los hijos de los hombres, para que Dios los pruebe, y para que vean que ellos mismos son semejantes a las bestias. (19) Porque lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros, y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. (20) Todo va a un mismo lugar; todo es hecho del polvo, y todo volverá al mismo polvo. (21) ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?

“Una misma respiración tienen todos”; esto es lo que les identifica como seres vivientes, que han sido creados con el mismo espíritu de vida; y cuando se retira este espíritu de todas sus células, el cuerpo muere; es decir, deja de ser un alma viviente para convertirse en algo inanimado e inerte.

Ezequiel 37:5,6: Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. (6) Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová.

Juan 6:63: El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.

Santiago 2:26: Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

Apocalipsis 11:11: Pero después de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies, y cayó gran temor sobre los que los vieron.

A los que podemos añadir otros dos textos importantes, en los cuales también se nombran ambos a la vez: el Espíritu Santo y el espíritu humano.

Juan 3:6: Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

Juan 4:24: Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

Observemos cómo en los citados textos se distingue o se diferencia perfectamente entre el espíritu humano –creación de Dios– del Espíritu de Dios, que es Dios mismo, que representa a la Tercera Persona de la Divinidad.

Debemos tener cuidado de no confundir el espíritu humano con el Espíritu de Dios —el Espíritu Santo—, porque sería caer en la filosofía panteísta y en el paganismo.

Por tanto, si los animales y los seres humanos son igualmente seres o almas vivientes, y han sido creados por Dios con el mismo "espíritu de vida" (Gn. 6:17, 7:15,22), ¿por qué los seres humanos son evidentemente superiores a los animales? ¿Por qué éstos no tienen entre otras cosas la capacidad de raciocinio, de pensar, la consciencia de sí mismos, la conciencia moral, con la capacidad de discernimiento entre el bien y el mal, y con ello toda su dimensión espiritual que les capacita para comunicarse con Dios?

Como vimos anteriormente, la respuesta, que nos da la Palabra de Dios, es que Él creó al hombre de una forma distinta a los demás seres vivos, pues fue una creación especial: *"Entonces dijo Dios: **Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza**; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. (27) **Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó**; varón y hembra los creó. (28) Y los bendijo Dios..."* (Génesis 1:26-28).

La Biblia, pues, nos revela que el ser humano es superior y distinto a la bestia, solo porque Dios lo ha querido crear a Su imagen y semejanza. Pero solamente cuando es creado de nuevo a imagen de Dios, es entonces cuando la "carne" se convierte en "espíritu", es decir se pasa de hombre natural, psíquico, carnal a hombre espiritual. Esto contradice radical y absolutamente la idea evolucionista, tan extendida y apoyada por los científicos en la actualidad. Porque, concebir al hombre surgido por azar y procediendo de los animales inferiores, le convierte en semejante a los animales de los que supuestamente desciende. Por tanto, lo que diferencia fundamentalmente al ser humano del animal o bestia más inteligente que existe, es que, realmente, aquel fue creado a imagen y semejanza de Dios.

Llegado a este punto, es conveniente, poner el ejemplo de la lámpara o bombilla eléctrica, aunque ya sea muy conocido, porque nos muestra una analogía fácil de entender. El cuerpo humano sin vida se equipararía a una lámpara que dispone de todos los elementos para dar luz, pero que solo emana luz cuando es capaz de recibir la corriente eléctrica que pasa por ella. Pues bien, la lámpara con todos su materiales de que está compuesta simbolizaría al cuerpo material, humano o animal; y la corriente eléctrica o la chispa que enciende la lámpara equivaldría al espíritu, o aliento que da vida al cuerpo inanimado de la bombilla; esta unión o conjunción da como resultado la luz, que representa al ser viviente o alma viviente, que en el hombre, a diferencia de los animales, le capacita para hablar, pensar, razonar, sentir, querer, decidir, etc.

Sin embargo, este "espíritu" o "aliento de vida" solo creó el "alma viviente" en Génesis 2:7, pues la imagen de Dios, que representa la naturaleza espiritual del

hombre, le fue dada como una característica separada en Génesis 1:26-28 (citados arriba), una previsión de Dios que, como se ha visto, era factible de perderse por su carácter condicional.

Por tanto, la creación del hombre de Génesis 2:7, corresponde a la naturaleza humana básica, es decir, la vida física y psíquica, pero no la vida espiritual, que capacita al hombre para comunicarse y relacionarse con Su Creador. Sin embargo, al caer en el pecado, el primer hombre perdió la Imagen de Dios que poseía –su naturaleza o condición espiritual–; lo que significó su separación de Dios. De ahí la necesidad del plan de salvación de Dios en Cristo, que da la opción a que los seres humanos se regeneren, aceptando a Cristo como Redentor y Salvador, “...para que **fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo**, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos” (Ro. 8:29).

Viene ahora a colación citar de nuevo unos párrafos que extraje del libro *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, cuyo autor, don Enrique Dussel, es doctor en filosofía, teólogo e historiador, los cuales están referenciados en el apartado segundo del presente estudio bíblico.

“En el relato del Génesis 2, 6-7, Adán es formado de la tierra (*apò tês gês*); es un hombre psíquico, anímico, animal (*eis psyjèn*). Mientras que en el Génesis 1. 26-27, se habla de la creación del hombre como imagen de Dios (*eikóna Theou*). Este segundo era para Filón la "idea" primordial del hombre, para los cristianos era el primitivo Adán que habiendo perdido dicha *imagen* debía esperar un redentor para recuperar la semejanza divina (*amóiosin*).” (32)

“[...] Adán es un hombre terrestre, el primer hombre. Jesucristo, en cambio, es el hombre celeste, que viene después y que otorga el Espíritu (que los hebreos llamaban *ruaj*). Con este Espíritu hay vida nueva y resurrección. Ese Espíritu que se da gratuitamente a los hombres los hace entrar en el Reino de Dios. No hay dualismo entre cuerpo y alma, sino que hay dos órdenes o categorías: el reino del hombre terrestre o carnal; el reino de Dios, reino celeste o espiritual. El primero es mortal, el segundo definitivo mediante la resurrección. (33)

“[...] Adán es un hombre terrestre, carnal, psíquico, del que procedemos todos los hombres. Este Adán ha sido infiel y ha perdido la "imagen de Dios." [...].

El "hijo del hombre", Jesús de Nazaret, es el hombre celeste el nuevo Adán, el segundo Adán, el hombre espiritual. Este hombre es la imagen de Dios resucitada, más aún, es el que permite a todos los hombres ser partícipes de la semejanza con Dios. Nos decía Pablo en el texto citado: "Así como hemos revestido la imagen del (hombre) terrestre, así nos es necesario revestimos también de la imagen del celeste", que es imagen de Dios (véase 1 Co. 15:12-48) [...].” (34)

“Según la comprensión del hombre estudiada, el hombre no es "imagen de Dios" por naturaleza, sino por gratuita participación [...].

[...] Para el Nuevo Testamento, en cambio, el hombre obtiene por Jesucristo la semejanza de Dios y se transforma en imagen por el don sobrenatural del Espíritu. Se trata de una *nueva* condición. No existe entonces dualismo entre alma y cuerpo, sino bipolaridad entre el hombre terrestre y espiritual; entre el hombre descendiente del pecado de Adán y el hombre resucitado como imagen de Dios [...].

[...] El orden humano, finito, descendiente del Adán pecador puede perder el ser imagen de Dios por el uso de su libertad. Esta antropología es constitutivamente

histórica. Se habla de un *primer y segundo* Adán, de un haber sido *antes* imagen y devenir *después* hombre carnal, se explica la *venida* en el tiempo del lógos eterno y la resurrección final de la humanidad [...]” (35)

“[...] El hombre *carnal* es primero, pero sólo el hombre *espiritual* tiene definitiva salvación.” (36)

Por esa causa, posteriormente, el ser humano precisará de una nueva creación o nuevo nacimiento, que necesitará de su participación y colaboración voluntaria.

Sin embargo, esto último corresponde a la segunda acepción del vocablo “espíritu”, con el que la Biblia designa a la totalidad del ser humano convertido, la “nueva criatura en Cristo” (2 Co. 5:17), que veremos a continuación con detenimiento.

No obstante, he anticipado aquí este segundo aspecto del vocablo “espíritu”, por la gran importancia que tiene para todo cristiano comprender bien este último significado. Y para respaldarlo, cito a continuación unos párrafos extraídos del libro *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*

“El peso de la tradición genética, las culturas, los sistemas económicos y políticos, las ideologías, más todo lo personal constituyen “el hombre viejo”. En la espiritualidad cristiana, éste debe morir para que nazca el hombre nuevo. Tanto lo innato como lo adquirido son transformados, divinizados conforme al designio creador y divinizador (Rom 6, 3-6; Col 2, 20; 3, 1-3; Rom 8, 5-9; Ef 2, 15; Col 3, 9-11).

En la mística cristiana, el hombre psíquico o carnal está llamado a ser hombre espiritual por medio de una transformación ontológica, fruto del trabajo conjunto del hombre y de Dios (1 Cor 2, 14; Jn 3; 2 Cor 5, 17).” (37)

1 Corintios 2:14: Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.

2 Corintios 5:17: De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

Segundo. El espíritu como fuente y evidencia de vida espiritual en el ser humano. O bien, la nueva naturaleza que se alcanza en Cristo, el nuevo hombre de la nueva creación.

En esta segunda acepción del vocablo “espíritu”, la Biblia designa a la totalidad del ser humano convertido, para representar la nueva condición o naturaleza que le caracteriza, que es la espiritual; porque su esencia ya no es la “carne” enemiga de Dios (Ro. 8:7), sino el “espíritu”, que simboliza la nueva vida que poseerá el hombre al renacer de Dios (Jn. 3:3). El ser humano, que es un “alma viviente”, o sea, “carne”, por esa transformación del don gratuito de Dios, pasa todo él, a “espíritu viviente” u “hombre espiritual”, lo que significa una regeneración de la “carne”. Es, en ese sentido, como la Palabra de Dios se refiere a “nuestro espíritu”, en Romanos 8:16, o al “espíritu del hombre” en 1 Corintios 2:11.

Romanos 8:16: El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.

1 Corintios 2:11: Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.

Por tanto, es un error inferir de estos textos que el ser humano tiene dentro de sí un espíritu, como tampoco es cierto que tenga un alma como una entidad independiente, susceptible de separarse del cuerpo. Esto sería caer en el dualismo o, incluso, en la tricotomía. Se debe entender, pues, que, generalmente, el “espíritu del hombre” designa al hombre espiritual, es decir, la totalidad del hombre nuevo en Cristo (Efesios 4:24; cf. Col. 3:9-10). Veamos los textos citados:

Efesios 4:22-24: En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Colosenses 3:9-10: No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, (10) y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno,

Notemos también el significado del vocablo “espíritu”, cuando el apóstol Pablo nos exhorta a “renovaos en el espíritu de vuestra mente”. (Ef. 4:23) ¿Acaso él nos está diciendo que en nuestra mente hay un espíritu? O ¿la mente es el espíritu? ¿No estará expresando que nos renovemos en el corazón o esencia o carácter de nuestra mente?

No obstante lo escrito hasta aquí, más abajo veremos los distintos significados que del término “espíritu” vierten dos diccionarios bíblicos.

El espíritu es, pues, principal y fundamentalmente, la totalidad del hombre nuevo en Cristo. Y contradeciría esencialmente a la Palabra de Dios, creer que exista dentro del hombre, como una entidad independiente, algo, que una vez desencarnado, dispone de vida consciente en sí mismo. La antropología bíblica, por el contrario, se refiere a la “carne” espiritualizada; es decir, la condición o naturaleza espiritual que el ser humano adquiere en el nuevo orden en Cristo, cuando es nacido de nuevo por el Espíritu Santo. Esto es lo que le convierte en el hombre espiritual, el cual se opone al hombre natural, anímico o carnal al que todos pertenecemos por nacimiento físico. O sea, espíritu –como totalidad de ser humano convertido– se contrapone a la “carne”, que no solo es el cuerpo sino el ser humano entero, la persona. Con esa nueva naturaleza espiritual el hombre ha recuperado su relación y comunión con Dios mediante el Espíritu Santo que mora en él; y además de “alma viviente”, es decir, “carne”, se convierte en “espíritu”, no una parte de él, sino todo él se transforma de hombre carnal a hombre espiritual.

Y para respaldar lo expresado arriba vuelvo a citar del libro *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, mencionado arriba:

“Digamos, una vez más, que, en el cristianismo, el hombre es un animal capaz de pasar del orden psicosomático al orden espiritual.

El espíritu es un don; es participación gratuita de Dios. **El espíritu es lo que hace capaz al hombre de entrar en diálogo con Dios, sin confusión personal ni pérdida de identidad.** Es lo que hace al hombre capaz de entender y comprender lo que el espíritu de Dios le dice. La fe, la esperanza y la caridad, como virtudes teologales, pertenecen al orden espiritual y entregan el mismo sentir, actuar y pensar de Dios.

El paso del orden natural al orden sobrenatural es una transformación que, en el hombre, se realiza a modo de proceso y constituye la experiencia mística de cada cual. Este nuevo nacimiento, crecimiento y maduración en el Espíritu se inicia en el Bautismo y se continúa a través de toda la vida por la oración, la participación en los sacramentos, el servicio a los hermanos, el trabajo de cada día, etc.” (38)

“Comienza una vida nueva... Por gracia, Dios llega al hombre, establece en él su morada. **Esa participación gratuita de Dios en un ser humano es lo que llamamos “espíritu”.** Este hombre renacido mira, siente y actúa en la perspectiva de Dios. La creación entera es percibida en armonía; la vida personal es acogida como regalo y tarea; la humanidad es cuidada como una familia que reconociendo al mismo Padre camina solidariamente hacia la Tierra Nueva. “Lo que ojo nunca vio, ni oído oyó, ni hombre alguno ha imaginado, lo que Dios ha preparado para los que lo aman”, lo revela Dios por medio del espíritu (Is 64, 4; 52, 15).” (39)

“El hombre sin el espíritu, el hombre que es sólo humano, simplemente psiquismo no acepta fácilmente lo que proviene del espíritu de Dios, le parece una locura, y no puede captarlo porque necesita para ello criterios espirituales (1 Cor 2.14).” (40)

Capítulo 7

7. ¿Qué es el alma humana?

No podemos responder a esta pregunta tan importante si no averiguamos, primero, cuáles son los vocablos que emplearon los autores inspirados de la Biblia, en sus idiomas originales, para referirse a la palabra que se ha convenido en traducir al español por “alma”. Y, segundo, sus significados etimológicos, en relación con los diversos contextos en que aparece el término mencionado. Para ello, he consultado algunos diccionarios bíblicos, y artículos de otros autores que han escrito al respecto, los cuales cito al final de este estudio, en el apartado correspondiente llamado “Referencias bibliográficas”.

Definición y etimología del vocablo “alma” en los idiomas originales de la Biblia, extraídas de diccionarios bíblicos y artículos de otros autores.

En el Antiguo Testamento, que se escribió mayormente en el idioma hebreo, el término empleado es *nephesh* (41) o *nefesh* (42), y en el Nuevo Testamento, que se escribió originalmente en griego, la palabra equivalente es *psyche*.

“En el griego del Nuevo Testamento la palabra «psyche» se usa como equivalente de la palabra hebrea «nefesh»” (43)

Existen, asimismo, otras transliteraciones del texto original sobre el término griego, que es traducido por “alma”, como pueden ser, p.e., *psyché* o *psyjé* o *psuche*.

“En el texto griego del NT, la palabra ψυχη (*psyjé*), que se suele traducir por **vida** o **alma**, se halla 102 veces.” (44)

Diccionario bíblico, Editorial Mundo Hispano, 2003. (Douglas, J.D. y Tenney, Merrill C. (Definición de “alma):

“**Alma** (heb., *nephesh*; gr., *psyche*). Es el ego inmaterial del hombre en sus relaciones normales con cosas terrenales y físicas. La “mente” (*nous*) es el yo en sus funciones racionales. Nuevamente, la “mente” (*phronema*) es el yo cuando se contempla profundamente. El “corazón” (*kardia*) es el yo cuando manifiesta una complejidad de actitudes. La “voluntad” (*thelesis*) es el yo cuando elige y decide. El “espíritu” (*pneuma*) es el yo cuando se le considera separado de las relaciones terrenales. Cuando se dice en los cielos que los muertos son bienaventurados al haber sufrido la muerte de martirio, a ellos se les llama *almas* (Apocalipsis 6:9). Cuando no hay referencia a su antigua experiencia corporal, a ellos se les llama *espíritus* (Hebreos 12:23). Estos nombres funcionales muchas veces se superponen.

“La diferencia entre el hombre y la bestia no es que el hombre tenga un alma o espíritu (Génesis 1:20; 7:15; Eclesiastés 3:21), sino que el hombre es creado a la imagen de Dios, mientras que la bestia no lo es.

“Las observaciones anteriores asumen una dicotomía, esto es, que existen solamente dos entidades sustantivas que constituyen a toda la persona: (1) el cuerpo, que a la muerte regresa al polvo, a la espera de la resurrección, y (2) el yo inmaterial, que si se regenera va al paraíso o cielo; si no, a la morada de los malvados muertos.

“Existen muchos, sin embargo, que sostienen un parecer tricótomos, argumentando que “alma” y “espíritu” son dos entidades sustantivas distintas, y el cuerpo, una tercera” (1 Corintios 15:44; 1 Tesalonicenses 5:23; Hebreos 4:12). (45)

Aunque el ser humano se puede desarrollar en tres dimensiones: “espíritu, alma y cuerpo” (1 Ts. 5:23), como veremos más abajo, lo cierto es que nace siendo un alma viviente, y es llamado “carne” por la Biblia; y solo cuando es regenerado por el Espíritu Santo, llega a ser, además, un ser humano espiritual. Esto mismo es lo que Jesucristo dijo (en su diálogo con Nicodemo): *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Juan 3:6). Lo que sin duda nos confirma que *“lo que es nacido de la carne es carnal, y lo que es nacido del Espíritu es espiritual”*. Es decir, mientras el hombre no reciba la regeneración espiritual, y, junto con ello, venga a ser morada del Espíritu Santo, no dejará de ser solo “carne”.

La confusión o identificación de alma con espíritu, que no tiene base bíblica alguna, tiene sus orígenes en el paganismo y especialmente en la influencia de la filosofía griega. Y de ahí mismo procede la errónea doctrina cristiana de la inmortalidad del alma o espíritu, por la que se infiere que se sobrevive a la muerte del cuerpo, y, entonces, se va al Cielo con Dios, si se es salvo; o, en caso contrario, el alma va al infierno, o sea, a los lugares llamados Seol (hebreo) o Hades (griego). A esto se refiere el Diccionario antes citado, en su penúltimo párrafo:

“Las observaciones anteriores asumen una dicotomía, esto es, que existen solamente dos entidades sustantivas que constituyen a toda la persona: (1) el cuerpo, que a la muerte regresa al polvo, a la espera de la resurrección, y (2) el yo inmaterial, que si se regenera va al paraíso o cielo; si no, a la morada de los malvados muertos.” (46)

Esta es la concepción clásica o “común” en la mayoría del cristianismo hoy día, la cual deriva no de la Biblia si no del paganismo y de la tradición filosófica. En el siguiente Diccionario bíblico, comprobaremos cómo, al considerar como equivalentes los vocablos “alma” (heb., *nephesh*; gr., *psyche*) y “espíritu” (heb.: *ruach*; gr.: *pneuma*), se trastoca el verdadero significado de alguno de estos términos, al atribuir a ambos las mismas funciones y propiedades, dando como resultado una gran confusión, y lo que es peor, una interpretación equivocada de la Biblia, que ha derivado en la doctrina falsa de la inmortalidad del alma o del espíritu.

Diccionario Editorial Caribe. Párrafos extraídos de la definición del vocablo “alma”.

A continuación añado varios párrafos que confirman, y contribuyen a discernir, el verdadero sentido bíblico del término *nefesh*, extraídos del Diccionario citado arriba:

“La palabra hebrea «nefesh», (que es uno de los vocablos traducidos generalmente en castellano por «alma») aparece 754 veces en el Antiguo Testamento. Como puede verse en la primera cita bíblica al respecto, significa «lo que tiene vida» (Gn. 2:7), y se aplica tanto al hombre como a los demás seres vivos (Gn. 1:20, 24, 30; 9:12, 15, 16; Ez. 17:9). Muchas veces se identifica con la sangre, como algo que es esencial para tener aliento y animación (Gn. 9:4: *Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis*; cf. Lv. 17:10-14; Dt. 12:22-24), y en el hombre es su principal característica que lo distingue de los seres irracionales” (Gn. 1:26).

“El alma expresa al hombre entero, a su total personalidad en muchas de las ocasiones en las que aparece en la Biblia” [...].

[...]

“Para el pensamiento hebreo el alma es inseparable del hombre total, es decir, que el alma expresa los hombres vivos. Tal vez aquí radica el origen de la identificación del alma con la sangre (Sal. 72:14); el alma está en la sangre (Lv. 17:10 s), y a veces se dice metafóricamente (?) que la sangre es la vida misma (Lv. 17:14; Dt. 12:23). (47)

Los párrafos citados arriba se ajustan al espíritu de las Sagradas Escrituras. No obstante, debo matizar que la Biblia no dice que el “alma” (*nefesh*) está en la sangre”, sino que la “*vida*” (*nefesh*) *de la carne en la sangre está*” (Lv. 17:11): Ahora es conveniente que leamos los textos citados – a los que añado el de Génesis 9:4– para cerciorarnos de que estamos en lo cierto, cuando afirmamos que no es lo mismo “vida” que “alma”, aunque, en algunos contextos, puedan tomarse indistintamente, pero, entonces, cambiaría su sentido:

Génesis 9:4: Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis.

Levítico 17:11: Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona.

En el texto de arriba (Lv.17:11) se pueden comprobar los distintos significados y usos frecuentes del vocablo hebreo *nefesh*: vida, alma y persona.

Levítico 17:14: Porque la vida de toda carne es su sangre; por tanto, he dicho a los hijos de Israel: No comeréis la sangre de ninguna carne, porque la vida de toda carne es su sangre; cualquiera que la comiere será cortado.

Deuteronomio 12:23: Solamente que te mantengas firme en no comer sangre; porque la sangre es la vida, y no comerás la vida juntamente con su carne.

En estos pasajes (Lv. 17:14; Dt. 12:23) que cita el Diccionario bíblico y en otros, como el citado antes, de Génesis 9:4, *nefesh*, no sería correcto traducirlo por “alma” sino que en este contexto se traduce por “vida”, porque *nefesh*, como cualquier palabra, tiene muchos, o varios, significados, pero “se suele traducir por “**vida**” o “**alma**”, que son sus usos más frecuentes, según corresponda por su contexto, como ya indiqué anteriormente.

Por lo tanto, la Biblia no afirma que “el alma está en la sangre” sino que “*la vida está en la* [o bien, es su] *sangre*” (Gn. 9:4; Lv. 17:11,14), o lo que es lo mismo, “*la sangre es la vida*” (Dt. 12:23) o bien “*la vida de toda carne es su sangre*” (Lv. 17:14). Fijémonos que, aunque *nefesh* (hebreo) o *psyche* (griego) puedan traducirse indistintamente por “vida” o “alma”, no siempre se pueden intercambiar

ambas palabras, sin que cambie el sentido de la frase, porque no son totalmente equivalentes alma y vida. Estaríamos afirmando algo distinto si tradujéramos, los citados versículos, de la siguiente manera, p. e.: “la sangre es el alma” (Dt. 12:23), o que “el alma de toda carne es su sangre”.

Observemos que cambiaría sensiblemente su significado o sentido que le quiso dar el autor del libro Sagrado: El alma posee la vida, pero no es la vida misma, porque la vida es una propiedad o característica o cualidad del alma; un alma es un ser vivo, es decir, un ser que tiene vida. La vida la da Dios al alma mediante su espíritu o aliento de vida. La pérdida de sangre puede suponer la pérdida de la vida, pero no necesariamente. Sin embargo, perder el alma puede significar no solo perder la vida de la persona en este mundo, sino también, que se pierda el ser humano eternamente.

A este respecto, me vienen a la memoria unos textos, de los libros de Génesis (35:16-19) y del libro primero de Reyes (17:20-22), que pueden clarificar aún más los usos frecuentes de *nefesh* en el AT, veámoslos:

Génesis 35:16-19: Después partieron de Bet-el; y había aún como media legua de tierra para llegar a Efrata, cuando dio a luz Raquel, y hubo trabajo en su parto. (17) Y aconteció, como había trabajo en su parto, que le dijo la partera: No temas, que también tendrás este hijo. (18) Y aconteció que al salirsele el alma (pues murió), llamó su nombre Benoni; mas su padre lo llamó Benjamín. (19) Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén.

1 Reyes 17:20-22: Y clamando a Jehová, dijo: Jehová Dios mío, ¿aun a la viuda en cuya casa estoy hospedado has afligido, haciéndole morir su hijo? (21) Y se tendió sobre el niño tres veces, y clamó a Jehová y dijo: Jehová Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él. (22) Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió.

Analizaremos primero el texto de Génesis 35:18, por el cual, puede que algunos, apoyándose en él, lo consideren una prueba más de la inmortalidad del alma, pues “*al salirsele el alma*”, la persona muere, y piensan que esa alma exhalada tiene, supuestamente, vida consciente, y Dios la traslada al infierno del Seol/ Hades, si fue malvada, o bien al Paraíso, si fue salvada, a la espera del juicio final, en la segunda venida de Cristo. Esto es una interpretación totalmente equivocada, pues la realidad/verdad no es tan truculenta sino mucho más sencilla. Primero, porque lo que sale de la persona al morir no es el alma sino el aliento de vida, y éste ya hemos visto que no es una entidad consciente.

Aunque, ciertamente, la palabra en el original hebreo que se ha traducido por “alma” es *nefesh*, ya sabemos que este vocablo se puede traducir por otras muchas, como, p.e., “vida” o “aliento”, etc. Por tanto, dado su contexto, seguramente se ajustaría más al pensamiento del autor sagrado, si tradujéramos simplemente “al salirsele la vida” o “al escapársele la vida”. El sentido real que se deduce del contexto sería “al salirsele el aliento, murió”. O bien, otras traducciones, que mejor se acercarían al significado contextual correcto, serían las de las siguientes versiones de la Biblia:

Biblia Latinoamericana, revisión 1995 (BLA95)

Génesis 35:18 (BLA95): Y dando el último suspiro, pues se estaba muriendo, lo llamó Ben-Oní (o sea, hijo de mi dolor), pero su padre le dio el nombre de Benjamín.

La Biblia de Nuestro Pueblo (BNP)

Génesis 35:18 (BNP): Con su último aliento, a punto de morir, lo llamó Benoní; pero su padre lo llamó Benjamín.

Con respecto a los textos de 1 Reyes 17:21-22 –“...volver el alma de este niño a él (22) “... y el alma del niño volvió a él, y revivió”–, aquí también *nefesh*, se ha traducido por “alma”, cuando realmente debería haber sido traducido por “vida”, que es claramente el sentido correcto que se deriva del contexto. Simplemente comparemos con otras versiones de la Biblia y comprobaremos que traducir *nefesh* con la palabra “vida”, concuerda mejor con el contexto y con el pensamiento del autor sagrado, que usar el vocablo “alma”:

Biblia de Jerusalén, 3ª Edición 2001 (JER 2001*)

1 Reyes 17:21-22 (JER 2001*): Se tendió tres veces sobre el niño, y gritó a Yahvé: "Yahvé, Dios mío, que vuelva la vida de este niño a su cuerpo." (22) Yahvé escuchó el grito de Elías, y volvió la vida del niño a su cuerpo y revivió.

Nueva Versión Internacional 1999 (NVI 1999)

1 Reyes 17:21-22 (NVI 1999): Luego se tendió tres veces sobre el muchacho y clamó: «¡Señor mi Dios, devuélvele la vida a este muchacho!» (22) El Señor oyó el clamor de Elías, y el muchacho volvió a la vida.

Biblia Latinoamericana, 1995 (BL95)

1 Reyes 17:21-22 (BL95): Entonces se tendió tres veces sobre el niño e invocó a Yavé: "Yavé, Dios mío, devuélvele a este niño el soplo de vida". (22) Yavé oyó la súplica de Elías y le volvió al niño la respiración: ¡estaba vivo!

Los autores consultados coinciden en que la traducción más usual para este término (heb.: *nefesh*, gr.: *psyche*) se corresponde a “alma, vida, sede de los sentimientos y afectos, etc” (48); y, como muy acertadamente expresa este Diccionario, en muchas ocasiones, *nephesh* se usa como sinónimo de “persona”.

Sin embargo, este diccionario cuando presenta el significado del vocablo “alma”, en mi opinión, le asigna unas funciones que son más propias del espíritu. Más abajo veremos otros párrafos, extraídos de este mismo contexto, donde el Diccionario citado arriba, al expresar su definición de la palabra “alma”, le atribuye propiedades, cualidades o funciones que concuerdan más con la idea que proporciona la Biblia sobre la palabra “espíritu” (heb: *ruach*; gr.: *pneuma*). Lo sigo comentando y analizando a continuación.

Análisis y comentarios a los siguientes párrafos, extraídos de la definición del vocablo “alma” del Diccionario Editorial Caribe.

“La primera función del alma es la de dar vida al cuerpo, y como la respiración es el signo principal de la vida física, de ahí que en hebreo, como en la mayoría de las lenguas, se designe con términos que se relacionan más o menos con la imagen del aliento. Este principio es la base donde radican los sentimientos, las pasiones, la ciencia, la voluntad (Gn. 28:8; 34:3; Éx. 23:9; 1 S. 1:15; Sal. 6:4; 57:2; 84:3; 139:14; 143:8; Cnt. 1:6; Pr. 19:2; Is. 15:4, etc.).” (49)

La Biblia no dice que “la función del alma es la de dar vida al cuerpo”, sino que *“El espíritu es el que da vida”* (Jn. 6:63). Otra vez se está identificando o confundiendo el alma con el espíritu. La vida, el aliento, la respiración siempre, en la Biblia, son resultados de la función del espíritu o aliento de vida que viene de Dios. Pero estamos de acuerdo –en la parte final del párrafo citado– en que *“Este principio [el alma] es la base donde radican los sentimientos, las pasiones, la ciencia, la voluntad”* (50). Ahora veamos el siguiente:

“Así, estar en vida es todavía tener aliento (2 S. 1:9; Hch. 20:10); cuando el hombre muere sale el alma (Gn. 35:18), es exhalada (Jer. 15:9), y si resucita vuelve el alma a él (1 R. 17:21).” (51)

Arriba expuse que no es ajustado a la Biblia afirmar que “cuando el hombre muere sale el alma (Gn. 35:18), es exhalada, y si resucita vuelve el alma a él (1 R. 17:21)” (51), porque pudimos comprobar que es el aliento de vida lo que exhala al morir el ser humano, que es todo él un alma viviente. De ninguna manera se le puede llamar alma (*nefesh*) a lo que se sale del cuerpo al morir, sino que es el espíritu o aliento de vida (*ruach*) lo que abandona el cuerpo.

Veamos cómo el párrafo de más abajo –del mismo Diccionario que analizamos– se refiere al “espíritu o aliento de vida” (*ruach* o *ruaj*):

“Otro término casi equivalente es «ruah», que designa un soplo vital, el principio de la vida y de los sentimientos (Pr. 20:27). El hombre es superior y se distingue de las bestias por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios (Gn. 2:7; 6:3; 7:22; 27:6; Lv. 17:11; Sal.104:29-30; Jb. 10:9-12; 27:3; 33:3-4).” (52)

Como ya se ha hecho evidente, no es admisible, bíblicamente hablando, afirmar que el alma (*nefesh*) es “casi equivalente” al espíritu o aliento de vida (*ruach*). De esta identificación o confusión proceden algunas de las falsas doctrinas que profesa actualmente el cristianismo: la inmortalidad del alma, el infierno, etc. Pero coincidimos plenamente en la segunda parte del párrafo citado arriba: *“El hombre es superior y se distingue de las bestias por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios”* (Gn 1:26-27; 2:7; etc.) (53).

“En todos los cuatro evangelios la palabra «pneuma», que es equivalente de «ruah», también se usa para indicar la vida espiritual, y la palabra «kardia» («corazón») se usa para expresar la vida psíquica del hombre.” (54)

Aunque nada tenemos que objetar sobre el anterior párrafo, sí me veo obligado a volver a discrepar en algunos aspectos de los dos que siguen a continuación:

“En el Nuevo Testamento, al contrario del Antiguo, **el alma puede vivir separadamente del cuerpo y es el principio que le da vida** (Lc. 8:55; 23:46; Hch. 7:59; Stg. 2:26). Claramente se habla de la supervivencia del alma (Lc. 23:46; 1 P. 3:19). Así que es sinónimo de espíritu, y cuando el apóstol Pablo habla de tres componentes del hombre, a saber: cuerpo, alma y espíritu, no debemos pensar en una verdadera tricotomía, sino en la distinción entre la vida biológica del hombre y

su vida espiritual, y que son salvos juntamente con su cuerpo, **porque Dios salva al hombre total (1 Ts. 5:23), que, si ahora está sometido a la muerte, será transformado y revestido de inmortalidad al final de los tiempos (1 Co. 15:53).** (El resaltado en letra negrilla no está en el original)

“[...] El hombre total resucitará, en alma y cuerpo, porque la muerte no termina con el hombre, ya que Dios, cuando lo creó, lo hizo inmortal, y si por el pecado la muerte entró en el mundo (1 Co. 15:22), por Cristo entró la vida. Aunque la Biblia no desarrolla la idea del alma de una manera abstracta como lo hace la filosofía, no obstante, es bien claro que en el Nuevo Testamento el alma que anima al hombre terrenal lo sobrevive y lo animará cuando, ya transformado y revestido de inmortalidad, tenga la plena visión de Dios.” (55)

No es cierto, ni posible, que el Nuevo Testamento contradiga al Antiguo Testamento, y que, aquel, apoye la idea de que “el alma puede vivir separadamente del cuerpo”; ni tampoco el alma es “el principio que le da vida [al cuerpo]” (ref: 55 p.p.). Se aducen los siguientes textos bíblicos para respaldar tales afirmaciones: Lc. 8:55; 23:46; Hch. 7:59; Stg. 2:26 y 1 P. 3:19. Vamos, pues a analizar dichos pasajes a fin de comprobar cuál es la correcta interpretación de los mismos:

Lucas 8:54-56: Mas él [Jesús], tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. (55) Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer. (56) Y sus padres estaban atónitos; pero Jesús les mandó que a nadie dijese lo que había sucedido.

Lucas 23:46: Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró.

Hechos 7:59-60: Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. (60) Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió.

Santiago 2:26: Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

1 Pedro 3:18-22: Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; (19) en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, (20) los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.

En todos estos pasajes del Nuevo Testamento la palabra usada en el original idioma, el griego, es *pneuma*, y se ha traducido correctamente por “espíritu”; y este vocablo, en lo que antecede, hemos visto que significa simplemente el aliento de vida; nada que ver con el alma, y menos aún que el espíritu tenga vida consciente independiente del cuerpo.

Por tanto, es un tremendo error referirse al “alma” (gr.: *psiché*) cuando la Palabra de Dios habla del “espíritu” (gr.: *pneuma*), con el intento de respaldar la extendida y falsa creencia de que “el alma puede vivir separadamente del cuerpo”; y, a renglón seguido, afirmar que, en los citados textos bíblicos, “Claramente se habla de la supervivencia del alma”; y luego justificar esta sarta de errores aseverando que el alma “es sinónimo de espíritu”.

No obstante, notemos que en los citados párrafos de arriba no todo son errores, pues si así fuese sería más fácil rechazarlos, pues, como suele ocurrir, el error y la verdad están mezclados. Por eso, del primer párrafo solo puedo salvar la parte final, que vuelvo a citar a continuación:

“[...] porque Dios salva al hombre total (1 Ts. 5:23), que, si ahora está sometido a la muerte, será transformado y revestido de inmortalidad al final de los tiempos (1 Co. 15:53).” (55) (parte resaltada en negrilla)

Esta es una interpretación correcta, porque coincide con la bíblica esperanza cristiana de la resurrección, no de los cuerpos, como dicen algunos sino de “los muertos”; es decir, Dios resucita no el cuerpo sino a la persona entera, tal como era su verdadera y auténtica identidad, recreándola totalmente: *“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”* (1 Co. 15:53).

Respecto de los dos párrafos de arriba, el que aparece en segundo lugar o más abajo, puedo compartirlo en parte, con algunos matices: Dios cuando creó al hombre no lo hizo “inmortal”, porque es evidente que nadie se libra de la muerte, y lo del “alma inmortal” es totalmente falso. Sin embargo, el hombre recibirá la vida eterna gracias a la redención efectuada por Cristo en la cruz. Y también asumimos las palabras del sabio Salomón: *“Dios ha puesto eternidad en el corazón de los hombres”* (Ec. 3:11), pero la palabra inmortalidad pertenece solo a Dios, que no tiene principio ni fin. Pero, al hombre, Dios le ha dado promesa de vida eterna en Cristo Jesús, mediante la resurrección de vida (Jn. 5:28-29; 6:39-40,47,51,54; 8:51; etc.).

Juan 5:28-29: No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; (29) y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

Juan 6:39-40,47,54,58: Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. (40) Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero [...] (47) De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. [...] (54) El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. [...] (58) Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente.

Con respecto al citado término hebreo *néfesh*, el padre jesuita Michel Souchon concuerda con lo que antecede, al referirse a sus significados e interpretación:

[*néfesh*] “En esta lengua es muy polisémico: alma, ser viviente, vida, deseo, relación consigo.... Se refiere a toda la persona en su totalidad y puede ser un sustituto del pronombre personal. Por ejemplo, cuando el salmista dice: «*Mi alma tiene sed de Dios*», expresa el deseo de todo su ser (Sal. 42, 2). Es posible traducir: «Tengo sed de Dios»” (56).

He observado que estos dos diccionarios bíblicos consideran, en la mayoría de las ocasiones, el término “espíritu” como sinónimo de “alma”. Y esta misma idea está muy extendida no solo entre los creyentes católicos sino también en muchos evangélicos, y en el mundo secular en general.

Creo que, en lo que antecede, se ha podido comprobar que la Biblia diferencia totalmente el “alma” del “espíritu”, porque el primer vocablo –“**alma**”– se refiere al ser humano completo –la persona–, y a la sede de los pensamientos, sentimientos y afectos. Y el segundo –“**espíritu**”–, comprende dos aspectos: a) el “espíritu” como ese poder o energía capaz de generar todo tipo de vida, que solo posee Dios; y b) el “espíritu” para designar a la persona humana convertida a Dios, al hombre nuevo en Cristo, que le capacita para su relación y comunión con Dios, de lo que seguimos hablando más abajo.

Capítulo 8

8. ¿Qué es el espíritu humano?

Aunque llegado a este punto, ya deberíamos distinguir correctamente entre espíritu y alma, y también los varios sentidos que la Biblia da a la palabra espíritu, no está demás ver lo que nos dicen los diccionarios bíblicos, respecto a este vocablo, como asimismo hicimos anteriormente con el término “alma”.

Definición y etimología del vocablo “espíritu” en los idiomas originales de la Biblia.

Aunque la etimología de la palabra “espíritu” en los idiomas originales de la Biblia tampoco puede aclararnos exactamente su significado, no deja de ser conveniente que lo consultemos en los diccionarios bíblicos especializados, porque, probablemente, en sus comentarios, podemos obtener algo más de luz al respecto; pero siempre haciendo uso del espíritu crítico; es decir, discerniendo entre la verdad –lo que sin duda está basado en la Biblia– y el error, que surge al dar por bíblico lo que no es más que tradición, paganismo y filosofía. Por eso presento los siguientes extractos de dos diccionarios diferentes:

Comento el siguiente párrafo de la definición de la palabra “espíritu”, del Diccionario bíblico, Editorial Mundo Hispano, 2003:

“**Espíritu** (hebreo., *ruach*, *aliento*, *espíritu*; griego, *neuma*, *viento*, *espíritu*). Uno de los sustantivos bíblicos [...] que designa el yo inmaterial en relaciones especiales. El yo es por lo general llamado espíritu en contextos donde sus aspectos corporales, emocionales e intelectuales no son prominentes, sino que el punto que se enfatiza es la relación directa del individuo con Dios (p. ej., Romanos 8:15b, 16; cf. Hebreos 12:22-24; **Apocalipsis 6:9**). La palabra bíblica espíritu puede tener un significado impersonal, tanto en hebreo como en griego y asimismo en castellano (p. ej., Romanos 11:8; Isaías 29:10). Las mismas palabras en hebreo y en griego traducidas espíritu pueden también significar viento o aliento (Juan 3:8; cf. 4:24). (57)

Si ignoráramos que, en general, la gran mayoría de cristianos considera como sinónimos las palabras “alma” y “espíritu”, nos resultaría muy chocante que este Diccionario, para referirse al “espíritu”, cite, entre otros textos, el versículo de **Apocalipsis 6:9**, que claramente se refiere al alma (gr.: *psuché*). Comprobémoslo, en algo de su contexto:

Apocalipsis 6:9-11: Cuando abrió el quinto sello, vi bajo el altar las almas de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían. (10) Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra? (11) Y se les dieron vestiduras blancas, y se les dijo que descansasen todavía un poco

de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.

Aquí, sin duda, el término traducido por “alma” procede del original griego *psuché*, y, por tanto, en ningún caso se puede hacer sinónimo al vocablo *pneuma*, que significa “viento” o “espíritu”.

Con lo expuesto hasta aquí en este estudio, ya estamos en condiciones de inferir que estas “almas” –“*de los que habían sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían*”–, no pueden ser espíritus humanos que han sobrevivido después de morir sus cuerpos; porque ya hemos comprobado que al morir el cuerpo, muere la persona entera, pues el ser humano no es un compuesto de cuerpo y alma, del que pueda separarse el alma, como una entidad independiente capaz de tener vida propia e inmortal; porque el alma es la persona entera, y muere con el cuerpo cuando se exhala su espíritu.

Por otro lado, esta escena de los mártires muertos bajo el altar que “*clamaban a gran voz*”, claramente se trata de un recurso literario o figura retórica del lenguaje, de uso relativamente frecuente en las obras literarias, denominado prosopopeya; similar a otros semejantes que se encuentran en la Escritura, que consiste en presentar o describir algo inanimado o inerte, como capaz de hablar o de hacer una actividad inteligente –véase Lc. 16:22,23: “...y *murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos...*”; cf. Gn. 4:10: “*la voz de la sangre [de Abel] clama..*”; Stgo. 5:4: “...*clama el jornal de los obreros*”–, acciones que solo pueden corresponder a los seres vivos.

De estos ejemplos mencionados, analizaremos, por considerarlo, más importante, **la parábola de Jesús sobre “el rico y Lázaro”** (Lc. 16:19-3124):

Lucas 16:19-31: Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor. (20) Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, (21) y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. (22) Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. (23) Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. (24) Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. (25) Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. (26) Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. (27) Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes [a Lázaro] a la casa de mi padre, (28) porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. (29) Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; oíganlos. (30) El entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. (31) Mas Abraham le dijo: Si no oyen

a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.

Fijémonos que, cuando el rico estaba siendo atormentado en el Hades, se lo describe teniendo ojos y lengua, y hablando a la distancia con Abraham; lo cual es imposible, porque, primero, los muertos no pueden ver con sus ojos y tampoco hablar con su lengua, ni tampoco un espíritu tiene miembros o partes de un cuerpo humano; y, segundo, mucho menos aún puede un muerto, que está consumiéndose y siendo atormentado en la parte del infierno del Hades, hablar con Abraham –igualmente muerto–, que supuestamente estaría viviendo en la parte paradisiaca del Hades, que poco tendría que ver con el infierno.

Por otra parte, observemos que la parábola no dice en ningún momento que el rico, el mendigo Lázaro y Abraham sean espíritus, sino que Jesús se refiere a ellos como personas. Todo lo cual demuestra que solo se trata de una parábola, cuyo fin es transmitir enseñanzas morales o espirituales. En este caso, Jesús nos alerta, en primer lugar, de los riesgos de la avaricia; y, principalmente, en segundo lugar, de que no esperemos observar hechos milagrosos para decidir creer en la verdad revelada: la petición que el rico hace a Abraham de que envíe a Lázaro a que testifique a sus cinco hermanos es rechazada, porque *“Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno **se levantara de los muertos**”* (Lc.16:31).

Nótese que la única forma que un muerto puede volver a vivir –y poder realizar alguna actividad– es si *“se levantara de los muertos”*, es decir, siendo resucitado, como en el caso del otro Lázaro, el hermano de Marta y María y amigo de Jesús (Jn. 11:11–37), que volvió a la vida, porque Jesús le resucitó.

Análisis del párrafo extraído de la definición del vocablo “espíritu”, del Diccionario Editorial Caribe.

A estas alturas a las que hemos llegado, ya no puede resultar sorprendente, o, al menos, peculiar o muy curioso, que este diccionario, cuando da la definición del vocablo “espíritu”, en la página 259, vuelve a referirse al término “alma” (*nephesh*), aunque, en esta ocasión, le da a este término el sentido correcto como sinónimo de “persona”. Sin embargo, seguramente, volver a referirse a *nephesh* (alma) cuando está definiendo la palabra “*ruach*” (espíritu), no tiene mucho sentido, excepto, si se consideran las palabras “alma” y “espíritu” equivalentes, con el mismo significado, lo que no sería admisible ante la evidencia bíblica, que indudablemente los diferencia. Comprobémoslo:

[...] Con frecuencia, se emplea el término alma para expresar la parte inmortal del ser humano, y en ocasiones se usa para denotar la persona como en el pasaje de Génesis 46:26: «Todas las personas (heb.: «*nephesh*»: alma) que vinieron con Jacob a Egipto»; [o bien] «el alma que pecare, esa morirá» (Ez. 18:4, 20); [en el NT:] «ocho almas» (gr.: «*psuchē*») fueron salvadas en el arca (1 P. 3:20). Como ya se ha indicado antes, el término hebreo generalmente traducido como «alma» es «*nephesh*»; en muchos casos se traduce como «vida», como en Jonás 1:14: «No perezcamos por la vida [alma] de este hombre.» En el NT, el término «*psuchē*»,

también mencionado antes, se usa tanto de la vida como del alma (cf. Mt. 16:25, 26).

Mateo 16:25-27: Porque todo el que quiera salvar su vida [*psuchē* o *psyché*] la perderá; y todo el que pierda su vida [*psuchē*, *psyché*] por causa de mí, la hallará. (26) Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma [*psuchē* o *psyché*]? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma [*psuchē* o *psyché*]?

“El alma, cuando es distinguida del espíritu, lo es como el asiento de los apetitos y deseos. El rico dijo: «Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, bebe, regocíjate» (Lc. 12:19). Aquella noche le fue pedida su alma. La salvación del alma no puede ser distinguida de la salvación de la persona”. (58)

Observemos que *psuchē* o *psyché* (griego), al igual que *nephesh* (hebreo), no se pueden traducir automáticamente por “alma”, sino que en muchos casos, debe traducirse por “vida”, a fin de no cambiar el sentido verdadero de la Palabra de Dios.

En general, estoy de acuerdo con lo que expresan estos párrafos, excepto en dos cosas: **primero**, que se utilicen –como ha hecho este Diccionario– los términos *nephesh* (hebreo) y *psuchē* (griego), que ya hemos comprobado se traducen por “alma” o “vida”, para la definición de la palabra “espíritu” (*ruach*), porque obviamente aquellos términos no tienen nada que ver con el vocablo “espíritu”, que procede de *ruach* (hebreo) y de *pneuma* (griego). Lo **segundo**, que de ningún modo se puede admitir, es que se insinúe que la Sagrada Escritura apoya la idea o creencia de que “el término alma expresa la parte inmortal del ser humano”. Más abajo presentaré los textos que prueban que el alma muere con el cuerpo, puesto que es inseparable de éste, porque el alma es la misma persona o el ser humano total.

Continúo comentando otro párrafo que el anterior Diccionario bíblico, (Editorial Caribe) añade, respecto a la definición del vocablo “espíritu”.

“El hombre está compuesto por cuerpo y alma, aunque en ciertos pasajes se añade «espíritu». Tanto el alma como el espíritu se ponen en contraste con el cuerpo, significando el componente incorpóreo del hombre; sin embargo, hay una distinción entre alma y espíritu. Con frecuencia, se emplea el término alma para expresar la parte inmortal del ser humano, y en ocasiones se usa para denotar la persona, como en el pasaje de Gn. 46:26” [...] (59)

Este párrafo del citado Diccionario, –aunque no solo reconoce que existe una diferencia entre alma y espíritu, sino también que el término “alma “en ocasiones se usa para denotar la persona”–, nos evidencia una vez más, que la mentalidad de los cristianos ha sido impregnada y contaminada por las ideas de la filosofía griega y del paganismo. Esto es un hecho evidente, **primero**, porque se utiliza el mismo lenguaje de la filosofía, asumiendo sus mismos postulados de la composición del ser humano – “cuerpo y alma”–, lo que contradice totalmente a la Biblia, como ya hemos podido comprobar en lo que antecede. Y, en **segundo**

lugar, porque, al igual que la filosofía, sostiene la inmortalidad del alma, volviendo a ir contra la Sagrada Escritura. Esta falsa o errónea doctrina cristiana –tomada de la filosofía, del paganismo y de la tradición– sostiene que en la muerte del ser humano, el alma se separa del cuerpo y sobrevive de forma consciente. Sin embargo, no existe prueba bíblica alguna que fundamente ese concepto, y que apoye que el alma es inmortal; porque la Biblia dice claramente, entre otras cosas que expondré más abajo, que solo Dios es inmortal (1 Ti. 6:16).

1 Timoteo 6:16: el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno.

Incluso, en este mismo Diccionario, en su definición del vocablo “alma”, se reconoce lo siguiente:

“Para el pensamiento hebreo el alma es inseparable del hombre total, es decir, que el alma expresa los hombres vivientes. Tal vez aquí radica el origen de la identificación del alma con la sangre (Sal. 72:14); el alma está en la sangre (Lv. 17:10 s), y a veces se dice metafóricamente (?) que la sangre es la vida misma (Lv. 17:14; Dt. 12:23)” (60)

Si esto es cierto –“el alma es inseparable del hombre total, es decir, que el alma expresa los hombres vivientes”– y lo es, porque lo respalda la Biblia, también tiene que ser verdad que, con el hombre, muere no solo su cuerpo sino también su alma, porque ambas cosas son inseparables.

Ahora, sigamos leyendo algunos párrafos más, que componen la definición y explicación que este diccionario da respecto al vocablo “espíritu”:

“El espíritu es, característicamente, la parte más elevada del hombre, marca la individualidad consciente, y así distingue al hombre de la creación. Dios sopló en la nariz del hombre el aliento de la vida, y por ello el hombre fue puesto en relación con Dios, y no puede realmente ser feliz separado de Él, ni en su existencia presente ni en la eternidad. Los términos usados son, respectivamente, el heb. «ruach» y el gr. «pneuma», y son los mismos que se usan constantemente para denotar el Espíritu de Dios o Espíritu Santo, y los ángeles como espíritus, así como los espíritus malos”.

La palabra de Dios es cortante y penetra hasta partir el alma y el espíritu del hombre (He. 4:12), aunque pueda no ser fácil para el hombre ver esta división. El apóstol oraba por los tesalonicenses para que el espíritu (que probablemente es contemplado como el asiento de la obra de Dios), así como el alma y cuerpo, fueran santificados (1 Ts. 5:23). En la Epístola a los Hebreos leemos de los «espíritus» de los justos hechos perfectos (He. 12:23): su puesto es con Dios por medio de la redención. Aquí, es evidente que «espíritus» significa las personas fuera de sus cuerpos.

Al haber sido dado el Espíritu Santo al cristiano, como la energía en él de la vida en Cristo, es exhortado a orar con el espíritu, a cantar con el espíritu, a andar en el espíritu, de forma que en algunos casos es difícil distinguir en estos pasajes entre el Espíritu de Dios y el espíritu del cristiano”. (61)

Con relación a estos párrafos, que se refieren al espíritu humano, me remito a lo escrito en puntos anteriores; en los que dije que el ser humano no es un compuesto de espíritu, alma y cuerpo, sino que todo él es un cuerpo viviente o alma viviente, desde que nace hasta su conversión a Dios, y se le identifica en la Biblia con el vocablo “carne”. Ahora bien, cuando nace de nuevo o es regenerado, es considerado “espíritu”; o, lo que es lo mismo, ser humano espiritual, pues ha recibido la vida espiritual mediante el Espíritu Santo, y todo él es un hombre nuevo en Cristo, habiéndose despojado del viejo hombre.

También vimos que el término “espíritu” puede tener otros significados dependiendo de su contexto, como, por ejemplo, la esencia del ser humano, su yo más elevado, su parte espiritual más íntima, el corazón de su psique, etc.

Por lo demás, tengo que objetar la interpretación errónea que este Diccionario hace de Hebreos 12:23, porque no es en absoluto “evidente que «espíritus» significa las personas fuera de sus cuerpos”:

“En la Epístola a los Hebreos leemos de los «espíritus» de los justos hechos perfectos (He. 12:23): su puesto es con Dios por medio de la redención. Aquí, es evidente que «espíritus» significa las personas fuera de sus cuerpos” (62)

Pero antes de proceder a analizar este texto, leámoslo en su contexto:

Hebreos 12:22-24: sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, (23) a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, (24) a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.

Podemos estar de acuerdo en que se puede usar la palabra “espíritus” para designar o significar “personas”, es decir, una parte puede representar al todo, o a la totalidad del ser humano; pero sin inferir de ello, que los espíritus humanos pudieran tener una vida consciente fuera de sus respectivos cuerpos humanos; ni mucho menos afirmar que los citados “espíritus” o personas ya estuvieran viviendo gloriosa y conscientemente con Dios en el Cielo. Porque la Palabra de Dios es muy clara al respecto, y no da lugar alguno a creer que las almas o los espíritus humanos puedan estar viviendo con Dios, antes del día de la resurrección de los justos muertos, porque la Biblia ha establecido que este hecho ocurrirá, al fin del mundo, en el día de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo.

Así lo prueban muchos textos bíblicos, que revelan que solo en el día de la resurrección las personas salvadas recibirán su recompensa, o sea, la vida eterna, como, por ejemplo, los siguientes:

Lucas 14:13-14: Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; (14) y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero **te será recompensado en la resurrección de los justos.**

Nótese cuándo se recibirá la recompensa: **“en la resurrección de los justos”** (Lc. 14:14).

Juan 14:2-6: En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. (3) Y si me fuere y os preparare lugar, **vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.** (4) Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. (5) Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? (6) Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

¿Cuándo resucitará Jesús a los salvos que hayan muerto?

Juan 6:39: Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite **en el día postrero.**

Observemos que Jesucristo hace énfasis en que Él resucitará a los creyentes en el día último, porque, para que lo entendamos bien, nos lo vuelve a repetir, en el versículo siguiente, y otros:

Juan 6:40: Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; **y yo le resucitaré en el día postrero.**

Juan 11:23-26: Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. (24) Marta le dijo: **Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.** (25) Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. (26) Y todo aquel que vive y cree en mí, **no morirá eternamente.** ¿Crees esto?

De estos dos últimos textos destacamos que, en primer lugar, Marta sabía perfectamente que Jesucristo resucitaría a su hermano lázaro, **“en el día postrero”**. Y, en segundo lugar, nuestro Señor le aseguró a ella, y a todos los que quieran oír, que **“todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”**. Eso significa que, verdaderamente, ya sea creyente o no creyente, muere realmente la totalidad de su ser, no solo una parte –el cuerpo–, como entiende la cultura tradicional popular, influida por la cultura y filosofía griegas. La diferencia entre el destino de uno –el creyente– y otro –el incrédulo–, se infiere lógica y consecuentemente, porque el creyente no morirá eternamente, y, en cambio, el incrédulo sí morirá eternamente.

Si fuera verdad que todos tenemos un alma o espíritu inmortal, y que todos los salvos que mueren y que han muerto están, en sus almas o espíritus inmortales, viviendo eternamente en el Cielo o en el Paraíso con Dios ¿qué sentido tendría lo que dijo Jesús: **“no morirá eternamente?”** (Jn 11:26).

¿Cuándo irán los salvos a encontrarse con Jesús?

La respuesta es completamente explícita en los textos de arriba: cuando Él vuelva de nuevo (Jn. 14:2-6). Pero si se quieren más evidencias, compárese 2 Timoteo 4:6-8 con 1 Ts. 4:13-18, que cito abajo.

2 Timoteo 4:6-8: Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. (7) He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. (8) Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

1 Tesalonicenses 4:13-18: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. (14) Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (15) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (16) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (18) Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

¿Cuándo le dará el Señor, juez justo, al apóstol Pablo, la corona de justicia?

“En aquel día”; ¿a qué día se refiere Pablo? Al día de *“su venida”*.

Existen otros muchos textos que han sido malinterpretados para tratar de hacer creer que la Biblia sostiene que el alma o el espíritu sobreviven a la muerte. En la tercera parte del presente estudio, que sigue a continuación, serán tratados y analizados algunos pasajes más de la Palabra de Dios.

Tercera parte (**)

Capítulo 9

9. Solo hay vida eterna en Cristo

¿Qué ocurre con el alma y el espíritu cuando muere la persona? ¿Hay alguna parte en el ser humano que sobreviva a la muerte?

En lo que antecede, vimos que la Biblia distingue perfectamente entre alma y espíritu. Recordemos que eso se hizo evidente en muchos textos. Pero, ahora bastará que, nuevamente, comparemos el texto de la creación del hombre de Génesis 2:7, con el de 1ª Corintios 15:45, para volver a confirmar que el ser humano no es una dualidad, resultado de la unión de cuerpo y alma, sino que es un “alma viviente”, que como hemos visto arriba se puede manifestar y desarrollar en tres dimensiones: espiritual, psíquica y corporal.

Génesis 2:7 (RV 1960): Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.

Génesis 2:7 (BTX): Entonces YHVH 'Elohim modeló al hombre de la tierra roja, e **insufló en sus narices aliento de vida. Y el hombre llegó a ser alma viviente.**

1 Corintios 15:45: Así también está escrito: **Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente;** el postrer Adán, espíritu vivificante.

Además, se probó bíblicamente hasta la saciedad, que el ser humano no consta de partes separables, sino que es “carne”, un cuerpo viviente o psíquico indivisible, y cuando se convierte a Dios, es transformado en “nuevo hombre” o “nueva criatura” en Cristo (2 Co.5:17); pero sin dejar de ser una unidad psicósomática indivisible e inseparable, a la que se ha añadido la dimensión espiritual, que no es más que la imagen de Cristo (Ro. 8:29), que le convierte en un ser humano espiritual a Su semejanza. Y así como Cristo murió y resucitó, también el hombre muere y resucitará en el día de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo. Y esto es evidente en toda la Biblia, y para no cansar al lector, creo que bastará citar los siguientes textos:

1 Corintios 15:20-23: Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. (21) Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. (22) Porque así como en Adán todos mueren, **también en Cristo todos serán vivificados.** (23) Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; **luego los que son de Cristo, en su venida.**

Como el ser humano no está compuesto de partes separables, cuando una persona – un alma viviente– muere, muere toda ella, porque al exhalar el aliento

o hálito de vida, desaparece la vida, y deja de haber un cuerpo vivo, para convertirse en un cadáver.

Citamos a continuación un párrafo extraído de un artículo de Internet cuyo autor, el padre jesuita Michel Souchon, no suscitará sospechas de sectarismo o particularismo.

“La palabra de Jesús puede servirnos de guía cuando dijo en la cruz: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu». Del mismo modo que Él entrega su vida, su *néfesh* (la muerte en la cruz «por nosotros los hombres y por nuestra salvación»), encomienda su espíritu, su *rouah*, a las manos de su Padre, abandonándose con confianza y esperanza. Si usted me pregunta qué quedará después de la muerte, me gustaría responder de manera provocadora: ¡nada! ¡No le quedará nada, ni cuerpo, ni alma, ni espíritu, ni conciencia! No espere que pueda salvar su vida sin perderla. Pero Dios, a quien encomienda su aliento, Dios, eso esperamos, acogerá en Sí la vida, el alma y el espíritu que usted habrá entregado en el servicio a los otros y encomendado con confianza a su tierna misericordia”. (padre Michel Souchon, jesuita) (63)

A continuación, respondo a una serie de preguntas u objeciones que muchos suelen plantear ante la extrañeza, sorpresa y descorazonamiento que les produce pensar que el ser humano no consta de partes separables –como había aprendido o le habían enseñado–, y que, por tanto, no puede existir ni un alma ni un espíritu humanos que, separados del cuerpo, puedan sobrevivir a la muerte.

Primera. ¿Dónde va el espíritu (heb: *ruaj*; gr.: *pneuma*) cuando uno muere según la Biblia?

Eclesiastés 12:7 nos dice: “y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio”.

En este versículo, se sugieren dos cosas. La primera es evidente para todo el mundo, y nadie puede negar que “*el polvo vuelva a la tierra*”. Y la segunda, “*el espíritu vuelva a Dios que lo dio*”, se trata del “aliento de vida” (Gn. 2:7), o “espíritu de vida” (Gn.6:17; 7:15,22; cf. Jn. 6:63; Ap. 11:11), que, como ya estudiamos, es el poder, energía o fuente de vida, que solo el Creador puede dar. Está claro que *polvo* se refiere a la “carne” –el ser humano entero– que al morir se descompone y al final se convierte en polvo (Génesis 3:19; véase también: Salmo 104:29; Daniel 12:2).

Génesis 3:19: Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.

Salmos 104:29: Escondes tu rostro, se turban; Les quitas el hálito, dejan de ser, Y vuelven al polvo.

Daniel 12:2: Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.

Con textos, como los de arriba, cuyo significado es tan claro y evidente ¿cómo aún existen tantas personas que creen que el espíritu, o el alma, sobrevive a la muerte del cuerpo, porque piensan que es algo separable del cuerpo e inmortal?

Es importante que notemos que, los últimos tres pasajes, no afirman en absoluto que solo el cuerpo muerto o cadáver vuelve a la tierra y el aliento o espíritu va a Dios, como una entidad consciente que sobrevive a la muerte y que represente la identidad de la persona. No se trata, pues, del espíritu humano –al modo de la cultura tradicional de influencia griega–, sino del aliento de vida o espíritu que se exhala al morir, que pertenece a Dios y no al hombre.

La Biblia nunca habla de partes en el ser humano –porque esa visión, como ya dijimos, pertenece a la filosofía y cultura griegas–, sino que en todos los casos se refiere al ser humano entero. Analicemos cada uno los tres textos citados arriba:

Comentario a Génesis 3:19

El hombre entero es el que vuelve a la tierra, *“porque de ella fuiste tomado”*. Dios no le está diciendo al primer hombre, “tu cuerpo o tu cadáver se convertirá en polvo y volverás a la tierra, y tu espíritu, no te preocupes, porque volverá a mí”. No hay partes en la constitución del ser humano, todo él muere, cuando le llega la hora, y es enterrado, y se convierte en polvo con el tiempo. Porque creer que los seres humanos somos “chispas” separadas o desprendidas del Espíritu de Dios, es una doctrina pagana y atea que se llama panteísmo.

Comentario a Salmos 104:29

Observemos, en primer lugar, que el salmista está dirigiéndose a Dios, cuando le dice; *“Escondes tu rostro, se turban; Les quitas el hálito, dejan de ser, Y vuelven al polvo”*. Y, en segundo lugar, démonos cuenta que se refiere a las criaturas de Dios, y no dice que sean sus cadáveres los que “vuelven al polvo”, sino que, cuando Él les quita el hálito, “dejan de ser”, es decir, dejan de existir o de tener vida, porque los cuerpos sin aliento de vida, son cadáveres; no “deja de ser” solo una parte de la criatura cuando muere, sino toda ella.

Si entendemos que ese “espíritu de vida” con el que Dios creó al ser humano, forma una parte del individuo, y, cuando éste muere, esa parte vuelve a Dios, convertida en la identidad de esa persona, y en una entidad o ser consciente, llegaríamos a la incongruencia de que todos, los que han muerto y continuamente mueren, están con Dios, independientemente de si han hecho el bien o el mal cuando estaban viviendo en el cuerpo. Además estaría en abierta contradicción con el resto de la Biblia.

No cabe, pues, otra posibilidad que la de entender el espíritu, en este contexto, como el hálito o aliento que proporciona la vida al ser humano y que es común a todas las criaturas. Al igual que todos estamos formados de la misma carne y sangre, así también todos tenemos el mismo tipo de energía vital que nos da la vida.

Segunda. Si cuando uno muere no sobrevive ni el alma ni el espíritu, ¿cómo se garantiza la supervivencia de nuestra identidad, es decir, todo lo que hemos llegado a ser a lo largo de nuestra vida?

La respuesta es muy sencilla: Dios, en su infinita memoria, mantiene perfecto registro de las identidades, y de todo lo que han llegado a ser todas las personas de la humanidad, desde el comienzo de su existencia hasta el fin del mundo. Por tanto, el psiquismo del individuo o persona, es decir, entendimiento, pensamientos, afectos, memoria, voluntad, etc., incluida su espiritualidad o grado de santificación –esto último en caso de que la persona hubiera alcanzado su conversión a Dios durante su vida terrenal, o sea, antes del momento de morir–, pues bien, nada de ello desaparece al morir, sino que ha sido guardado o registrado por Dios en Su memoria (véase 2 Ti. 1:12).

2 Timoteo 1:12: Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y **estoy seguro** que [Dios] es poderoso para **guardar mi depósito para aquel día**.

En “aquel día”, el de la venida gloriosa de Cristo, Dios recreará a todos los muertos infundiéndoles sus identidades, que fueron preservadas en el Ser infinito. En eso consiste precisamente la resurrección, y no en que Dios infunda los supuestos espíritus o almas humanos inmortales en los cuerpos. Porque Dios no resucita cuerpos y luego les infunde las almas. Dios resucita seres humanos, individuos, la totalidad de sus seres. No puede, por tanto, resucitar el cuerpo como una parte separada del alma, porque en él va incluido todo su ser, como se ha demostrado en este estudio, porque el hombre es un ser unitario, y no está formado por partes separables, como el alma, de la filosofía y cultura griegas.

Las Sagradas Escrituras siempre nos remiten a la esperanza de la resurrección como la única garantía de vida eterna de los cristianos (1 Co. 15:22-23).

1 Corintios 15:22-23: Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. (23) Pero cada uno en su debido orden: **Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida**.

Por tanto, en “aquel día”, a que se refiere Pablo, el día último, de la venida gloriosa de nuestro Señor, cuando ocurra la resurrección de los muertos, *“en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y **los muertos serán resucitados incorruptibles**, y nosotros seremos transformados”* (1 Co. 15:52), entonces recibiremos la vida eterna, en cuerpos espirituales perfectos, y, en ellos van incluidos nuestro psiquismo y nuestra espiritualidad.

Igualmente, fijémonos que, el Apóstol, se refiere a “los muertos”, los que ***“serán resucitados incorruptibles”***, no sus cuerpos, porque no existe una parte separada –llamada alma o espíritu–, independiente del cuerpo que haya podido sobrevivir. Y por eso, Dios recrea la totalidad del ser humano, pero al transformarle en incorruptible le transmite o le infunde todos sus rasgos característicos de su identidad, psiquismo, espiritualidad y personalidad, adquiridos durante la vida terrena, cuyo ***depósito*** tiene Dios. Y Él, en ese día del final del mundo, transformará a los salvos en cuerpos espirituales perfectos, de manera que cada uno podrá reconocerse entre sí, los que en su vida terrestre se hubieran conocido.

Analicemos ahora otro texto muy importante que habla claramente que los muertos duermen en el polvo, no solo sus cuerpos, sino la totalidad de ser humano:

Daniel 12:2. “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”.

Este texto aún es más claro, si cabe, que los anteriores. ¿Quiénes son “los que duermen en el polvo de la tierra”, [que] “serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua”? La respuesta es evidente: “los que duermen en el polvo de la tierra” son todos los que han muerto. Notemos que no se habla de sus cuerpos ni de sus cadáveres, sino que Daniel se refiere a “ellos” –los individuos muertos–, “los que duermen en el polvo”. Unos –los salvos– recibirán la vida eterna, cuando sean despertados, en la resurrección del día final (véase 1 Co. 15:35-55; cf. 1 Ts. 4:13-18; Jn. 11:25; Hch. 24:15), y otros –los injustos– serán resucitados, solo para juicio y condenación (Jn. 5:28-29).

Juan 5:28-29: No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; (29) y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

Obsérvese que Jesús coincide en todo con la profecía de Daniel, porque habla también de dos resurrecciones una para vida eterna y otra para juicio o condenación; y semejantemente a Daniel, Jesús no se refirió a los cuerpos muertos, sino a los individuos muertos, porque no dijo “vendrá hora cuando todos los [cadáveres] que están en los sepulcros oirán su voz”, ya que “los que están en los sepulcros” se refiere a la totalidad del individuo, porque un cadáver no es más que materia inerte, pero representa a un individuo –con su nombre y apellidos e identidad personal– que murió.

Hechos 24:15: teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.

Conviene aquí hacer un inciso, para aclarar que la resurrección de los injustos no es realizada simultáneamente con la de los justos, sino al fin del Milenio (Ap. 20:5,6). Los siguientes textos, que presento a continuación, son los únicos, en toda la Biblia, que se refieren a cuándo serán resucitados los injustos, y se les nombra como, “*El resto de los muertos [que] no volvieron a la vida hasta que se cumplieron los mil años*” (Ap. 20:5). Leámoslo en su contexto:

Apocalipsis 20:4-6 (BLA95): También vi unos tronos, y sentados en ellos los que tienen poder para juzgar. Vi también las almas de aquellos a quienes les cortaron la cabeza por causa de las enseñanzas de Jesús y de la Palabra de Dios. Vi a todos los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y no habían recibido su marca en la frente o en la mano. Volvieron a la vida y reinaron mil años con el Mesías. (5) Esta es la primera resurrección. El resto de los muertos no volvieron a la vida hasta que se cumplieron los mil años. (6) ¡Feliz y santo es el que participa en la primera resurrección! La segunda muerte ya no tiene poder sobre ellos: serán sacerdotes de Dios y de su Mesías y reinarán con él mil años.

Por otra parte, es evidente que los únicos textos explícitos que hablan de la resurrección de los muertos, que son 1 Corintios 15:35-55 y 1 Tesalonicenses 4:13-18, se refieren solo a la resurrección de los justos. Y esto último se deduce porque solo ellos han de ser transformados en incorruptibles a la semejanza de Cristo. No cabe duda, pues, que estos justos –resucitados en el día de la venida gloriosa de Cristo se corresponden con los que habla Apocalipsis 20:4, que *“Volvieron a la vida y reinaron mil años con el Mesías. (5) Esta es la primera resurrección”*. Esta idea es confirmada cuando se refiere a ellos como incluidos en “la primera resurrección” (v5), y que por ello son considerados “bienaventurados” porque *“la segunda muerte ya no tiene poder sobre ellos...”* (v.6).

Por tanto, los que resucitarán al fin del Milenio, se corresponden a una segunda resurrección, que su único fin es el juicio condenatorio y la segunda muerte, como lo declaró Jesús que sucedería (Jn.5:28-29). Así se infiere lógicamente de los textos citados de Apocalipsis (20:4-6), especialmente el versículo 5: *“El resto de los muertos no volvieron a la vida hasta que se cumplieron los mil años”* (Ap. 20:5). Estos, pues, son los injustos resucitados al final del Milenio, que tienen como único destino final la segunda muerte (Ap.2:11; 20:6; 20:14; 21:8).

Como arriba vimos, la memoria infinita de Dios registra las vidas y personalidades de todos los seres humanos, con todos sus rasgos característicos y definitorios, y obras o acciones realizadas por ellos, a fin de garantizar que todos los resucitados recibirán, junto con sus identidades reconocibles en el día de la resurrección, también la recompensa que corresponde a los hechos realizados mientras vivían. Por eso, viene aquí al caso recordar que la Biblia también nos habla del “libro de la vida”, en el que están registrados los nombres de todos lo que han de ser o son salvos. En la Sagrada Escritura, “nombre”, significa, la identidad de esa persona –su yo–, lo que ha llegado a ser hasta el final de sus días.

Aunque bastaría con la infinita memoria de Dios para guardar los depósitos de toda la humanidad salva, Él, además, ha querido que, en ese “libro de la vida”, de “los vivientes y de los justos” (Éx. 32:32; Sal. 69:28), estén registradas las vidas de todos ellos, como una garantía adicional para sus criaturas.

Éxodo 32:32-33: que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito. (33) Y Jehová respondió a Moisés: Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro.

Salmos 69:28: Sean raídos del libro de los vivientes, Y no sean escritos entre los justos.

Pero, además, la Biblia se refiere a otros “libros” –tampoco sabemos en qué formato se escriben– en los que Dios recoge y registra las acciones u obras de aquellos que van a juicio de condenación, y, posiblemente, los rasgos de sus vidas enteras. Especialmente registra sus obras o acciones malvadas; porque estos libros contienen las pruebas de cargo por las que serán juzgados todos los que no se hallen escritos en el libro de la vida (Ap. 20:15; cf. Dn. 7:10; Ap. 20:12).

Daniel 7:10: Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, **y los libros fueron abiertos.**

Apocalipsis 20:12: Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; **y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida;** y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

Apocalipsis 20:15: **Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.**

Notemos que en Daniel 7:10, se describe la visión profética que recibió Daniel, en la que se refleja una escena de juicio, cuyo Juez es Dios, y que empieza cuando *“los libros fueron abiertos”*. Lógicamente, esto ocurre al final de la historia de este mundo, y después del Milenio, porque de no ser así no podrían ser juzgadas todas las generaciones humanas que han existido desde el principio de la creación del hombre hasta el fin del mundo. Esta escena de juicio que visionó Daniel –hace ahora unos 2600 años– es la misma que se le reveló al apóstol Juan, que se describe en Apocalipsis 20:11-15.

Apocalipsis 20:11-15: Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. (12) Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; **y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.** (13) Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. (14) Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. (15) Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

Los libros que “fueron abiertos” son los que registran las vidas y acciones de los injustos, y ambas profecías designan a los que se pierden: *“y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”* (Ap. 20:12). Este es el juicio final, ante el Gran Trono Blanco (Ap. 20:11), de todos los que se pierden.

Sin embargo, todos las personas que se salvan, no tienen parte en ese juicio, porque fueron inscritas en el “libro de la vida” (Ap. 3:5; 13:8; 21:27).

Apocalipsis 3:5: El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.

Apocalipsis 13:8: Y la adoraron todos los moradores de la tierra **cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero** que fue inmolado desde el principio del mundo.

Apocalipsis 21:27: No entrará en ella [en la Nueva Jerusalén] ninguna cosa inmundada, o que hace abominación y mentira, sino **solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.**

Nada tienen que temer los salvos, porque *“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”* (Ro. 8:1); porque todos ellos, sin faltar ni uno, están inscritos en el “libro de la vida del Cordero”, de “los vivientes y de los justos” (Éx. 32:32; Sal. 69:28), y también están registradas las vidas de todos ellos. Aunque, bastaría con la infinita memoria de Dios, para guardar los depósitos de toda la humanidad salva.

Hecho todo este excurso o digresión, para aquellos que piensan que si no hay alma o espíritu que sobreviva a la muerte de forma consciente, entonces no se garantizaría la supervivencia de nuestra identidad, es decir, de todo lo que hemos llegado a ser a lo largo de nuestra vida.

Tercera. ¿Quién es “la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos”? ¿Dónde están los espíritus de los justos hechos perfectos” (Hebreos 12:23).

Como siempre se debe hacer, un texto no se debe analizar sin tener en cuenta su contexto. Situémoslo, pues, dentro de su contexto:

Hebreos 12:22-24: sino que os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, (23) a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, (24) a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel.

El autor del libro de Hebreos está exhortando a los cristianos para que sean conscientes del gran compromiso y responsabilidad que significa no ya pertenecer a la Iglesia invisible de Dios, sino simplemente acercarse a ella, que se simboliza por *“la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la Celestial”* (Heb. 12:22). Esta se corresponde con *“la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos”* (Heb. 12:23). Con ello se refiere a todos los creyentes, de todas las épocas que, por haber sido salvados, *“están inscritos en los cielos”*. Son todos los que tienen ciudadanía (Fil. 3:20) en la *Jerusalén la Celestial*. Como hemos podido comprobar en la respuesta a la anterior objeción, esta circunstancia solo representa que sus nombres están inscritos en el “libro de la vida del Cordero” (Ap.13:8; 20:12,15; etc.), pero en absoluto implica que los espíritus o las almas de los salvos estén viviendo en el Cielo, como se ha demostrado en lo que antecede.

Entendamos lo que el autor intenta transmitirnos. Él hace contraste entre la situación del Israel primitivo y el estado de la Iglesia invisible de Dios –todos los miembros que la conforman a nivel mundial–, entre el monte de Sinaí –el Antiguo Pacto de la Ley–, y el monte de Sion –el Nuevo Pacto en la sangre de Cristo, “que por muchos es derramada” (Mt. 26:28)–. Comprobemos que, en el Antiguo Pacto, Dios se manifestó a Moisés, en el monte Sinaí, a fin de entregarle las “Tablas del Pacto” –la Ley de los Diez mandamientos–, con un gran estruendo y solemnidad: *“vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento”* (Éx. 19:16). El contraste estriba en que, antiguamente, Dios habló a su pueblo, por los profetas, pero *“en estos postreros días nos ha hablado por*

el Hijo” (Heb. 1:1-3); lo que debería hacer que la humanidad entera tuviera más respeto y temor, ante tal acercamiento del “*Rey de los siglos, invisible, al único y sabio Dios*”; porque solo a Él corresponde el “*honor y gloria por los siglos de los siglos*” (1 Ti. 1:17); pero muchos permanecen indiferentes y ajenos a que “*Dios fue manifestado en carne*” (1 Ti. 1:16).

El escritor de Hebreos nos quiere decir, que si la revelación y manifestación de Dios, del pasado, causó tanto pavor y estremecimiento en todos los que se acercaban al Monte Sinaí, mucho más respeto deberíamos tener los cristianos, al acercarnos al “monte de Sion”, que representa Su Iglesia universal. Fundamentalmente significaría nuestro compromiso en dar testimonio de nuestra fe, en amarnos unos a otros, y en llevar una vida coherente con la misma, pues ahora estamos en la presencia de “*Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel*” (Heb. 12:24). O sea, ahora no tenemos excusa, porque sabemos que Cristo murió en la cruz, derramó Su sangre, entregó Su vida, por nuestros pecados.

De ahí que si ahora, “*pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, (27) sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. (28) El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. (29) ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?*” (Hebreos 10:26-29).

¿Quiénes son, pues, “los espíritus de los justos hechos perfectos” (Heb. 12:23)?

Son todos aquellos que están inscritos en el libro de la vida del Cordero. Por tanto, se refiere tanto a los creyentes del Antiguo Pacto como del Nuevo Pacto. Pero en absoluto pueden ser espíritus desencarnados que están ya en el Cielo gozando en el Paraíso con Dios.

Se llega a esta conclusión, **en primer lugar**, porque, como dijimos en lo que antecede, ningún ser humano puede vivir en el Cielo, como espíritu puro, porque su naturaleza humana es unitaria y no consta de partes separables; solo los ángeles son naturalmente espíritus puros. **En segundo lugar**, porque los seres humanos muertos no vuelven a vivir hasta el día de la resurrección, en la venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo. Y, **en tercer lugar**, como un argumento más, la Palabra de Dios afirma que los famosos grandes héroes de la fe, aquellos que creyeron firmemente en las promesas de Dios, célebres por su confianza y fe en Dios, citados en el capítulo 11 del libro de Hebreos – Abel (v.4), Enoc (v.5), Noé (v.7), Abraham, Isaac y Jacob (v.8-10, 17-21), Sara (v.11), José (v.22), Moisés (v.23-29), Rahab la ramera (v.31), Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas (v.32)– “*no recibieron lo prometido*” (Hebreos 11:39).

Hebreos 11:39-40: Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, **no recibieron lo prometido**; (40) proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.

Si con lo que antecede, alguno no estuviera conforme, y quisiera seguir creyendo que los salvos están en el Paraíso o en el Cielo, viviendo solo como espíritus o almas desencarnados, no lea lo que sigue, porque se puede convencer que aquellos, citados arriba, que fueron vencedores y fieles en la fe, todavía “no recibieron lo prometido” (Heb. 11:13,39).

Cuarta. ¿Qué ocurrió con todos estos grandes en la fe del Antiguo Testamento? ¿Han alcanzado el Paraíso o la Ciudad Celestial “cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Heb. 11:10)?

“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. [...] (16) Pero anhelaban una mejor [patria], esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (Hebreos 11:13,16).

Abraham también “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10).

“Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido” (Hebreos 11:39).

Sin embargo, para ser rigurosos no debemos olvidar que la Palabra de Dios nos habla de tres gloriosas excepciones en el Antiguo Testamento, que corresponden a Enoc, Elías y Moisés; pues estos tres fueron al Cielo.

Respecto a este último, la Biblia registra claramente que “murió allí Moisés siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. [...] Era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió...” (Dt. 34:5,7). Sin embargo, el apóstol Judas nos da una indicio fundamental, cuando en su epístola registra que “el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés” (Judas 9).

Judas 1:9: Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando con él por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda.

De aquí no es difícil deducir que el arcángel Miguel venció al diablo, rescatando el cuerpo de Moisés. Pero no vayamos a equivocarnos, porque el cuerpo no es su cadáver, que no sirve para nada pues no es otra cosa que polvo, sino que el cuerpo representa la totalidad del ser humano; y aquí significa su resurrección corporal gloriosa, porque sabemos “que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción” (1 Corintios 15:50).

Esto es difícil de entender a causa del pensamiento de la filosofía y cultura griegas, que sostiene que el ser humano es un compuesto de cuerpo y alma, y ese concepto ha contaminado la antropología bíblica, que preconiza la unidad del ser humano, como cuerpo o alma viviente, indistintamente, como se ha defendido en todo este estudio.

No sabemos cuándo Dios resucitó a Moisés, pero es evidente que fue antes de que Jesús se transfigurara en gloria cuando subió a “un monte alto”, acompañado de Pedro, Juan y Jacobo (Mt. 17:1-4; cf. Mr. 9: 1-9; Lc. 9:28-36), porque allí se presentaron “*dos varones que hablaban con él [Jesús], los cuales eran **Moisés y Elías; (31) quienes aparecieron rodeados de gloria**, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén. (32) Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, **vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él**”* (Lc. 9:30-32).

Comparemos los textos citados en los Evangelios Sinópticos de san Mateo y san Lucas:

Mateo 17:1-3: Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; (2) y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. (3) Y he **aquí les aparecieron Moisés y Elías**, hablando con él.

Lucas 9:28-36: Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. (29) Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. (30) **Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías; (31) quienes aparecieron rodeados de gloria**, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén. (32) Y **Pedro y los que estaban con él** estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, **vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él**. (33) Y sucedió que apartándose ellos de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías; no sabiendo lo que decía. (34) Mientras él decía esto, vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. (35) Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. (36) Y cuando cesó la voz, Jesús fue hallado solo; y ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto.

Nótese que no fueron las almas o espíritus, de Moisés y Elías, los que aparecieron con Jesús transfigurado en ese monte, sino ellos mismos con cuerpos glorificados a la semejanza del de Cristo resucitado; así fue como Pedro, Juan y Jacobo “*vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él*” (Lc. 9:32; cf. 2 P. 1:16-18). Seamos conscientes de que si hubieran sido los espíritus de Moisés y Elías, no hubieran podido ni siquiera ser vistos por nadie. Además ya hemos comprobado que Moisés había sido resucitado con un cuerpo glorioso. Y con respecto a Elías, las Sagradas Escrituras registran que nunca murió, sino que “subió al cielo en un torbellino” (2 R. 2:11), es decir, fue transformado en un instante en cuerpo incorruptible e inmortal, y arrebatado por Dios al Cielo, sin gustar la muerte. Veamos el versículo completo donde se registra.

2 Reyes 2:11: Y aconteció que yendo ellos y hablando, he aquí un carro de fuego con caballos de fuego apartó a los dos; y Elías subió al cielo en un torbellino.

El primer personaje que registra la Biblia, que fue “*traspuesto para no ver muerte*”, fue Enoc (Heb. 11:5 cf. Gn. 5:21-24).

Génesis 5:21-24: Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén. (22) Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y

engendró hijos e hijas. (23) Y fueron todos los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años. (24) Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.

Este suceso extraordinario ha sido corroborado por el autor del libro de Hebreos: *“Por la fe **Enoc fue traspuesto para no ver muerte**, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios”* (Hebreos 11:5).

Con Enoc completamos las tres excepciones: los únicos personajes Enoc, Elías y Moisés que, con cuerpos gloriosos a la semejanza del cuerpo de Jesús resucitado, están en el Cielo. Los dos primeros –Enoc y Elías– son prototipos de los santos vivos en la Parusía, que Jesús transformará en cuerpos gloriosos e inmortales; y el tercero –Moisés– prototipo de los santos muertos que serán resucitados en cuerpos incorruptibles e inmortales, en la Parusía del Señor Jesús en gloria.

En relación con la bendita esperanza que todo cristiano tiene en la resurrección de los muertos (véase 1 Corintios 15), no podemos dejar de citar aquí la resurrección de *“muchos cuerpos de santos que habían dormido”* (Mt. 27:51-53), que se produjo junto con la resurrección de Jesucristo, simultáneamente o poco después; porque Dios quiso darnos más evidencias de este maravilloso evento que sucederá cuando Cristo regrese en gloria, para que nadie desespere.

Mateo 27:51-53: Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; (52) y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; (53) y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él [Cristo], vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos.

El alma es mortal (Ezequiel 18:4,20; Mateo 10:28; Hechos 2:34; 13:36; Romanos 6:23; 1ª Corintios 15:18, 32).

Ezequiel 18:4: He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá. (20) El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él.

Hechos 2:34: Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,*

Hechos 13:30-38: Mas Dios le levantó [a Cristo] de los muertos. (31) Y él se apareció durante muchos días a los que habían subido juntamente con él de Galilea a Jerusalén, los cuales ahora son sus testigos ante el pueblo. (32) Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, (33) la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús; como está escrito también en el salmo segundo: Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy. (34) Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David. (35) Por eso dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción. (36) Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción. (37) Mas aquel [Cristo] a quien Dios levantó, no vio corrupción. (38) Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de él se os anuncia perdón de pecados,

Romanos 6:23: Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

1 Corintios 15:18,20: Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. (20) Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.

1 Corintios 15:32: Si como hombre batallé en Efeso contra fieras, ¿qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos.

Todos los pasajes citados arriba añaden más pruebas al concepto bíblico, de que sin resurrección no hay vida después de la muerte. Dios es *“el único que tiene inmortalidad”* (1ª Timoteo 6: 15,16). La Palabra de Dios se refiere a la muerte segunda como el castigo final de Dios a los malvados, concepto que pretende mostrar la absoluta aniquilación o destrucción de todo vestigio de la vida o existencia de los malvados (Apocalipsis 2:11; 20:14; 21:8).

Apocalipsis 2:11: El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.

Apocalipsis 20:14: Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda.

Apocalipsis 21:8: Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.

También, en muchas ocasiones se utiliza el verbo “destruir” para significar la acción final que Dios opera con los impíos (Sal. 92:7; 1ª Co. 3:17; 2ª Ts. 2:8; Judas 5; Apoc. 11:18). Esto debería ser suficiente prueba de la mortalidad del alma o espíritu. Los textos citados hablan que Dios puede destruir –no solo el cuerpo sino también el alma– la totalidad del ser humano, en el infierno, que, como veremos más abajo, se trata de la *gehenna*, símbolo de la segunda muerte.

Salmos 92:7: Cuando brotan los impíos como la hierba, Y florecen todos los que hacen iniquidad, Es para ser destruidos eternamente.

1 Corintios 3:16-17: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (17) Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.

2 Tesalonicenses 2:8: Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida;

Judas 1:5: Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron.

Apocalipsis 11:17-18: diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. (18) Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.

Mateo 10:28: Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a **aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.**

El texto anterior (Mt. 10:28) merece una explicación, porque muchos han querido ver en él, la confirmación del dualismo cuerpo-alma de la cultura y tradición griega y pagana. Sin embargo, alma, como ya sabemos, es la totalidad del ser humano, es decir, la persona. En cambio, el cuerpo aquí representa la vida física y psíquica –la vida terrenal– que posee el ser humano, puesto que no existe cuerpo sin vida, porque si así fuera, ya no podríamos hablar de cuerpo sino de cadáver, que es materia inerte.

Por tanto, a los humanos nos pueden matar el cuerpo que es temporal y terrestre, es decir, destruir nuestra vida humana, pero eso no significa ser destruidos para siempre, porque no pueden destruir la persona que somos, que pertenece a Dios, porque *“nuestra/vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”* (Col. 3:3). De ahí que tengamos *“esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos”* (Hch. 24:15). Por consiguiente, todos los que mueren, ya sea por causas naturales, accidentes, etc., o asesinados, Dios les resucitará cuando corresponda, los justos en el día de la venida gloriosa de Cristo, y los injustos, después del Milenio, para juicio y destrucción eterna o muerte segunda.

Pero nadie puede negar, que Dios es el único que tiene la prerrogativa de decidir destruirnos por la eternidad, si así lo considera justo; o como dijo Jesús: *“E irán éstos [los injustos] al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”* (Mt. 25:46); es decir, una destrucción que tiene consecuencias eternas, perdición para los injustos, porque ellos *“sufrirán pena de eterna perdición”* (2 Ts. 1:9). Por eso, el texto en cuestión dice, que solo Dios es el que *“puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”* (Mt. 10:28). La palabra original, que se ha traducido por “infierno”, en el griego, es *“gehenna”*, que es el lugar donde, en las afueras de Jerusalén, se quemaba la basura de forma permanente, y representa a la “segunda muerte” o destrucción de consecuencias eternas.

Veamos la nota que la Biblia de las Américas (LBLA) inserta, como comentario al vocablo infierno, que aparece también en Mateo 5:22.

“Infierno de fuego. El término *infierno* (gr.*guénna*) se refería a un valle fuera de Jerusalén (heb., *gue-hinnom*, i.e., valle de Hinom), donde algunos de los reyes de Judá adoraban ídolos. Esta adoración incluía sacrificios humanos por fuego (2 Cr 28:3; 33:6; Jer 7:31; 32:35). Más tarde el valle se usaba como lugar para quemar basura, y se convirtió en un símbolo del lugar de castigo eterno, debido a los fuegos que ardían allí constantemente” (64)

Su fuego casi permanente fue la razón de que se convirtiera en una figura de la segunda muerte –el castigo eterno–, que es *“el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”* (Ap. 21:8; cf. Ap. 20:14). Aunque el apóstol Juan identifica el lago de fuego con la segunda muerte, ambos son símbolos del

castigo eterno, perdición eterna, o destrucción eterna. Porque realmente no importa el medio que Dios use para castigar a los malvados, sino que su destino es el de “eterna perdición” (2 Ts. 1:9). Comprobemos que en Apocalipsis 20:9, Dios ejecuta a todos los injustos, que fueron resucitados en la segunda resurrección, al final del Milenio, haciendo descender fuego del cielo sobre ellos. Leamos el texto que lo prueba:

Apocalipsis 20:9: Y subieron sobre la anchura de la tierra [los que fueron resucitados al fin del Milenio], y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y **de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió**” (Ap. 20:9).

La esperanza de los creyentes de la Biblia nunca estuvo puesta en la inmortalidad del alma, sino en la resurrección y en adquirir la ciudadanía celestial – *Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo*, (Filipense 3:20)–. Es, solo entonces, cuando Él venga en gloria en su segunda venida (1ª Ts. 4:13-18), que todos los salvos serán acogidos en las moradas celestiales que Cristo fue a preparar (Jn 14:1-3) para ellos.

Para terminar esta objeción, es interesante la siguiente cita del libro *El dualismo en la antropología de la cristiandad*:

“R. Schnackenburg (*Christliche Existenz nach dem Neuen Testament*, Munich, 1967, pp. 13 ss.) se apoya en el texto de Mateo 10, 28, donde se habla de alma-cuerpo que pueden ser arrojados al infierno. ¿Sería dualismo? Se distinguen, es verdad, pero no se separan. Se afirma por otra parte la resurrección pero no la inmortalidad. Si no puede matarse el alma es porque nos es vedado (Mateo 6, 25), pero no por ser inmortal.” (65)

Quinta. ¿Qué quiere decir: “*ni permitirás que tu Santo vea corrupción*” (Hch. 2:27; 13:35)?

Significa que tanto el Seol como el Hades son lugares donde se corrompen los cuerpos de los seres humanos. Es lo mismo que ocurre en las sepulturas o tumbas. Un cadáver, a los pocos días después de ser enterrado, empieza a descomponerse, hasta convertirse en polvo con los años. Dios no permitió que esto le ocurriera al cuerpo de Jesús porque fue resucitado al tercer día de su muerte –Jesús murió un viernes antes de la puesta del sol, y resucitó el domingo de madrugada (66) 61)–: “*Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.*” (Hechos 2: 27).

El apóstol Pedro, que en el texto anterior (Hch. 2:27) ha citado el Salmo 16:10 del rey David, lo explica magistralmente en los versos siguientes (Hechos 2: 29-35)

Hechos 2:29-35: Varones hermanos, se os puede decir libremente del **patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.** (30) Pero **siendo profeta**, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, (31) viéndolo antes, **habló de la resurrección de Cristo,**

que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción. (32) A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. (33) Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. (34) **Porque David no subió a los cielos;** pero él mismo dice: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,* (35) *Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.*

San Pedro explica el significado del Salmo 16:10; y por eso, se refiere de nuevo al Rey David que, aunque murió y fue sepultado, “siendo profeta”, por la revelación que Dios le dio, profetizó sobre *“la resurrección de Cristo, que su alma no sería dejada en el Hades, ni su carne vería corrupción”* (Hch. 2:31); es decir, David tuvo la revelación del Salmo (16:10), que anticipaba lo que ocurriría más tarde al Mesías. Y san Pedro termina ratificando que, aunque el rey David fue profeta, murió y fue sepultado como todo el mundo, “... **David no subió a los cielos;**” (Hechos 2:34). Como profeta tuvo el privilegio de conocer que Cristo Jesús nacería, según la carne, de su descendencia (verso 30) y le fue revelado que Jesús sería resucitado, por lo que *“su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción”* (Verso 31). Esto significa, pues, que solamente la resurrección evitó la corrupción del cuerpo de Jesús, porque, por la misma recreada la vida de su alma, que había dejado de existir por tres días inclusivos.

Con relación a los dos últimos versículos – “... pero él mismo [David] dice: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,* (35) *Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.*” (Hch. 2:34-35:)—, son también citas del Salmo 110:1. Y en este salmo, el rey David relata que oyó al Señor –Jehová, Dios Padre– decir al “Señor” de David –que es Jesucristo–, que después de Su resurrección, Él [Cristo: “*mi Señor*”] ascendería al Trono Celestial para sentarse a la diestra de Dios Padre, “*Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies*”. Cuando esa profecía se cumpla se producirá la venida gloriosa de nuestro Señor para arrebatarse a los suyos al Cielo con Él. El apóstol Pablo se refiere también a ese suceso futuro del fin del mundo, y de la victoria final sobre el pecado, la muerte y el diablo. Lo podemos ver en los siguientes textos, que no viene al caso comentar, pero que son bastante explícitos por sí mismos:

1 Corintios 15:23-28: Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego **los que son de Cristo, en su venida.** (24) **Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre,** cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. (25) **Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies.** (26) Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. (27) Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. (28) Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.

Sexta. “Cristo en nosotros es la esperanza de gloria” (Col. 1:27). Si con la muerte perdemos la comunión con Cristo perdemos la esperanza en la resurrección.

Colosenses 1:27: a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.

¿Por qué el creyente perdería la comunión con Cristo cuando muere? Al contrario, cuando uno muere siendo creyente, se supone que está en comunión con Dios, y cuando sea despertado en la resurrección, para él no ha habido ninguna interrupción. Es como acostarse por la noche en plena unión con Cristo, y despertarse al día siguiente ¿Se ha perdido la comunión con Cristo por un periodo de inconsciencia más o menos largo?

Ni la muerte puede romper los lazos de amor y comunión que nos unen a Cristo (Romanos 8:38-39).

Además, la Palabra de Dios nos garantiza que ni la muerte puede romper los lazos de amor y comunión que nos unen a Cristo (Romanos 8:38-39).

Romanos 8:38-39: Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, (39) ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

¿Por qué temer que la muerte nos haga perder la comunión y el amor de Cristo?
¿Por qué no ejercemos más fe en la Palabra y el poder de Dios?

Cristo ha vencido al pecado, el diablo y la muerte. Pero eso no significa que no vamos a sufrir la muerte temporal, salvo que Jesucristo aparezca en gloria antes de que muramos. En cualquier caso, la unión con Él no se interrumpe, pues *“si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él”* (Ro.6:8).

Romanos 6:8-9: Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; (9) sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él.

No importa el tiempo que pase hasta Su venida, durante el sueño de la muerte no tenemos consciencia de nada, y cuando seamos despertados por Él, no habrá habido separación alguna para nosotros.

“Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (Romanos 14:8-9).

Séptima. El apóstol Pablo da a entender que cuando se deja el cuerpo se está en la presencia del Señor (2ª Corintios 5:8).

2 Corintios 5:8: pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.

Aquí, el apóstol Pablo expresa su deseo de estar pronto con el Señor, como nos gustaría a todos los creyentes. Pero cuando expresa su deseo –*“más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”* (2 Co. 5:8)—, es muy posible que él estuviera recordando la experiencia que tuvo catorce años atrás (2 Co. 12:2), cuando *“fue arrebatado al Paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar”* (2 Co. 12:4). Fue muy

impresionante, impactante, emocionante, maravilloso, y algunos adjetivos más que se nos ocurran, lo que experimentó el Apóstol en aquella ocasión; aunque ninguno de esos calificativos podrá expresar “las palabras inefables” que él oyó. Comprobémoslo:

2 Corintios 12:1-4: Ciertamente no me conviene gloriarme; pero vendré a las visiones y a las revelaciones del Señor. (2) Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo. (3) Y conozco al tal hombre (si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), (4) que fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar.

Sin embargo, resulta, al menos, chocante, que el Apóstol, cuando visitó el Paraíso, solo se refiere a que allí “*oyó palabras inefables*”. Podemos suponer que no solamente oyó, sino que también visionó imágenes del Paraíso, situado en el tercer Cielo, el lugar donde habita “*el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, (16) el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén*” (1 Ti. 6:15-16).

En cualquier caso, que este servidor sepa, san Pablo nada nos ha relatado de esas “palabras inefables”, y mucho menos nos ha descrito imágenes del Paraíso, en el supuesto que Dios se las mostrase. Al parecer, fue una revelación que Dios consideró necesaria dársela en especial para él, a fin de fortalecer su ánimo y su fe, puesto que iba a enfrentar duras pruebas en su vida de apóstol, como las siguientes que nos relata: “*...en trabajos más abundante; en azotes sin número; en cárceles más; en peligros de muerte muchas veces. (24) De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. (25) Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; (26) en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; (27) en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; (28) y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias*” (2 Co. 11:23-33; cf. 2 Co. 12:10; 2 Co. 4:8-11; etc.).

En absoluto podríamos dudar de sus palabras, que “*fue arrebatado hasta el tercer cielo*”, donde él ubica el “Paraíso” (2 Co.12:3,4); pero eso es todo lo que sabemos, porque él mismo ignora cómo fue arrebatado, “*si en el cuerpo, o fuera del cuerpo*”. Aunque la Biblia dice que “nada hay imposible para Dios” (Lc. 1:37), sabemos que hay cosas que Él no puede hacer, por muchos motivos, por ejemplo, transgredir sus propias leyes naturales y morales, y tampoco, realizaría cosas obviamente absurdas e ilógicas, del estilo de, p.e, hacer que un círculo sea un cuadrado, etc.

Por eso, ¿cómo haría Dios algo que va contra toda lógica, –en su primera hipótesis de que hubiera sido arrebatado “sin el cuerpo”– como sería dejar el cuerpo de Pablo en la Tierra, y, llevarse de él, sus sentidos y su cerebro para que pudiera ver, o, al menos, oír, y comprender todo lo que le iba a revelar?

¿Por qué iba Dios a realizar ese absurdo, cuando Él tiene infinitos recursos lógicos para revelar y alentar al Apóstol, de múltiples maneras? ¿Acaso Dios no ha utilizado, a lo largo de la historia humana, a sus profetas del AT, y les ha proporcionado todas las visiones proféticas necesarias para llevar a cabo Su Plan de salvación de la humanidad? Y, sin necesidad de remontarse tan atrás, comprobemos que el apóstol Juan *“estaba en el Espíritu en el día del Señor”* (Ap.1:10), cuando empezó a recibir *“la Revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto”* (Ap.1:1).

Además, hoy día, la ciencia sabe que estimulando determinadas zonas del cerebro, las personas pueden experimentar un sinnúmero de sensaciones, pensamientos, emociones, incluso visiones. Los científicos aseguran que ciertas personas, que han pasado por estados de coma, en situaciones cercanas a la muerte, han experimentado, como una sensación de desdoblamiento, de estar fuera del cuerpo, pero esto es algo que solo ha podido ser visto directamente en su cerebro, no mediante ningún sentido exterior. Como, p.e., la visión del famoso túnel con una deslumbrante luz al final del mismo, y una sensación de inmenso gozo, etc., se deben a que el propio cerebro ha producido, ya por sí mismo o por medicamentos aplicados al paciente, una estimulación de su cerebro, que le ha hecho experimentar la sensación de que estaba fuera del cuerpo, y aun viéndose así mismo en la mesa del quirófano.

¿Acaso, pues, no podía Dios, en su poder infinito, haber transmitido a san Pablo todas esas “palabras inefables” e incluso las imágenes del Paraíso, que considerara necesarias para fortalecer al Apóstol, con solo estimular ciertas partes de su cerebro, que no puede sino conocer Dios?

Por otra parte, ya fuera de la revelación bíblica, en cierto libro (67), y en algún artículo o vídeos de Internet, que leí o vi, hace unos tres años, recuerdo ahora que fueron tres vídeos en Youtube (68), en los que en algunos de ellos – especialmente, en el citado libro–, se describían una especie de los llamados “viajes astrales”. En concreto, en uno de los vídeos mencionados, se presentaba una entrevista a James Durhan, el cual declaraba que podemos visitar el Cielo, mientras vivimos en esta Tierra. De hecho, él afirmaba que ha ido varias veces allí, que se ha presentado ante el trono de Jesús, y, una de las veces, recibió de Él dos piedras, que al asirlas en sus manos se derritieron, y sintió un fuego sobre ellas.

Durhan, además, explicaba, que él podía impartir, imponiendo sus manos sobre otras personas, la facultad citada de visitar el cielo, entre otras; y, adicionalmente, proporcionar a las personas la capacidad de curar una gran cantidad de enfermedades. El tal Durhan pretende que todos podemos hacer lo que él hizo, pero, en mi opinión, eso no pertenece al Evangelio de la Gracia de Dios. Es más, puede ser algo diabólico, porque puede tratarse de “un viaje astral”, que suelen practicar muchos espiritistas y algunos que forman parte de la llamada “New Age”.

No tiene en absoluto nada que ver con lo que, en el Nuevo Testamento, nos relata el apóstol Pablo, que *“fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables que no le es dado al hombre expresar”* (2 Co. 12:4). No obstante, lo que experimentó Pablo, de alguna manera es comparable con estos viajes

astrales que, al parecer, realizaron Durhan y otros muchos. Además, el caso de san Pablo es único en toda la Biblia; es una gracia que le quiso conceder Dios debido a los muchos vituperios y sufrimientos que el Apóstol tendría que sobrellevar, y, para que pudiera soportarlo; es decir, para así fortalecerle y darle ese ánimo, que le permitiera afrontar todos los peligros a los que se enfrentó y salir victorioso.

Con respecto a estos viajes astrales, desde mi perspectiva bíblica, creo que son peligrosos, y que con toda probabilidad se trata de otra artimaña del diablo, quien *“engaña al mundo entero”* (Ap. 12:9; cf. 1 P. 5:8; 1 Jn. 5:19). Pues esto de ir al cielo, es decir, trasladarse virtualmente por el espacio sideral, a la manera astral, –y curar enfermedades– lo hacen, también, muchas personas que no son cristianas, o que siendo cristianas se han dejado atrapar por esos *“mensajeros celestiales demoniacos”*, que se hacen pasar por los ángeles de Dios (2 Co. 11:13-15), pero que son demonios, que nos llevarán a nuestra ruina moral y física.

A propósito, en uno de estos vídeos, el personaje llamado Sid –que realiza las entrevistas a los que han experimentado esos supuestos viajes astrales– cuenta, que antes de su conversión a Cristo, llegó a sufrir una situación en la que se sentía como esclavizado por los “guías espirituales de la New Age”, pero que logró escapar de esos ángeles caídos que le poseían, al convertirse al cristianismo. Por eso la Biblia nos advierte sobre el peligro de las *“huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”* (Efesios 6:12); porque ellas se presentan como “ángeles de luz” (2 Co. 11:13-15), tratando siempre de imitar a Dios y a sus ángeles, a fin de engañar a la gente, que no cree en la Sagrada Escritura, o bien no atiende a sus consejos y advertencias.

2 Corintios 11:13-15: Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. (14) Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. (15) Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras.

Resumiendo, la experiencia del apóstol Pablo fue totalmente auténtica; él experimentó realmente que Dios le había trasladado al Paraíso, que está en el tercer Cielo –situado más allá del primer cielo –el atmosférico–, y fuera de los confines del segundo cielo, que es el espacio sideral, pues el tercer cielo es donde está el trono de Dios y del Cordero (Ap. 22:1,3; cf, Ap. 4:2,4; 7:9,17).

Sin embargo, basándonos en que Dios nunca puede realizar un absurdo, es razonable deducir, que san Pablo “no fue arrebatado fuera del cuerpo”, para ser trasladado al tercer cielo. Es más, me atrevo a afirmar que, tampoco Dios trasladaría allí, aunque lo pudiera hacer, a un ser humano completo, formado de carne y sangre –es decir, sin haber sido previamente transformado en cuerpo espiritual–, porque eso, de alguna manera, también sería transgredir Sus propias leyes naturales que Él creó y, también, contradecir Su Palabra. Porque, cuando conocemos un poco a Dios, sabemos que Él no utiliza su infinito poder para realizar acciones milagrosas, si puede resolver lo mismo, simplemente actuando ordinariamente sobre la naturaleza que ha creado; es decir, si Dios podía mostrarle a san Pablo el Paraíso y que escuchara todo lo que oyó, no tenía

necesidad de trasladarle al tercer Cielo, sino que podía revelarle en visión todo ello sin ningún problema. Es muy cierto lo de un conocido dicho popular, que nos aconseja “no matar moscas a cañonazos”. No sería, pues, propio que nuestro Dios actuara sobrenaturalmente cuando puede hacer lo mismo de forma ordinaria.

No obstante, me parece que con lo dicho hasta aquí no está totalmente respondida la pregunta que lleva implícita la cabecera de esta objeción:

¿El apóstol Pablo da a entender, realmente, que cuando se deja el cuerpo se va a la presencia del Señor (2ª Corintios 5:8)?

Para poder entender correctamente el versículo citado de 2 Corintios: 5:8, es necesario que lo estudiemos en su contexto, es decir, los ocho primeros versículos del capítulo 5.

Analizaremos, en primer lugar, 2ª Corintios 5:1-8, pero también, en segundo lugar, otro pasaje en Filipenses 1: 20-25, que también se ha malinterpretado debido a las ideas preconcebidas de la cristiandad sobre la inmortalidad del alma, que proceden, como hemos visto, de la cultura y filosofía griegas. Pero, recordando que las diversas interpretaciones que se hagan de estas frases del apóstol Pablo, deberían estar siempre en armonía con todo el resto de la Biblia, y especialmente, con los pasajes de otras epístolas escritas por el mismo apóstol, como son 1ª Corintios 15 y 1ª Tesalonicenses 4:13-18.

Tanto en 1ª Corintios 15: 51-57 como en 1ª Tesalonicenses 4: 13-18, Pablo nos revela el misterio de la resurrección, explicándonos que en dicho evento la muerte y el sepulcro serán vencidos, dejarán de existir, y nuestro cuerpo mortal corruptible sería revestido de inmortalidad: *“los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”* (1ª Corintios 15:52). Y en 1ª Tesalonicenses 4:13-18, explica que la resurrección tendrá lugar cuando Jesús aparezca por segunda vez en gloria. En ese momento se traen a la vida los que durmieron en Cristo, con un cuerpo incorruptible, y junto con los que en ese momento viven, son transformados con un cuerpo espiritual semejante al que tuvo Cristo cuando resucitó, y son arrebatados y trasladados al encuentro con Jesús.

Por supuesto, los no creyentes que vivan cuando venga Jesús, no son transformados sino que mueren porque no pueden soportar el resplandor de su gloria, y los muertos impíos *“...no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años...”* (Apocalipsis 20:5). Al final de esos mil años se produce la resurrección de todos los malvados de todas las épocas, y cuando intentan cercar el campamento de los santos y la ciudad amada son destruidos por fuego (Apocalipsis 20:7-10). Por eso dice el apóstol Juan en Apocalipsis 20:6, *“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinaran con él mil años.”*

Por tanto, a la luz de toda la Biblia, y especialmente de los textos citados antes vamos a estudiar lo que nos está diciendo san Pablo en 2ª Corintios 5:1-9:

2 Corintios 5:1-9: Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. (2) Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; (3) pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. (4) Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. (5) Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. (6) Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (7) (porque por fe andamos, no por vista); (8) pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. (9) Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables.

Verso 1: *Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.*

¿Qué representa la morada terrestre?

Una lectura poco profunda nos podría dar la impresión de que el apóstol está presentando la morada celestial, una casa eterna en los cielos hecha por Dios, en contraste con la morada terrestre frágil y efímera. Sin embargo, Pablo llama al cuerpo de los seres humanos “*nuestra morada terrestre*”, y lo compara con un tabernáculo, tienda o carpa. Nuestra morada en este cuerpo de carne y huesos, es provisional en tanto que vivimos en este mundo, en peregrinación a la tierra prometida, como también es precario habitar en una tienda de campaña como las que el propio Pablo fabricaba.

¿En qué radicaba la esperanza de Pablo? ¿Cuál era su consuelo?

Pablo tenía la absoluta convicción de que, si su morada terrestre se deshiciera, es decir, si moría, su vida sería restaurada, mediante la resurrección, con un cuerpo espiritual (1ª Corintios 15:35-55). Este cuerpo ya no tendría la precariedad de una tienda como el cuerpo de la morada terrestre, sino que poseería la solidez y la eternidad de un edificio, de una casa no hecha de manos humanas sino por Dios mismo. En todo momento de su vida Pablo espera en la resurrección, en la segunda venida de Cristo, como la solución al problema de la muerte (Véase 2ª Timoteo 4:6,7; 2ª Corintios 1:9; 1ª Tesalonicenses 4: 13-18; Efesios 3: 20).

Verso 2: *“Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial;”*

¿Cuál es el gran deseo de Pablo?

“Deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial”, ¿acaso está Pablo diciendo que quiere ser liberado del cuerpo terrestre, lo que implicaría

haber muerto previamente, y ser trasladado en espíritu al cielo? Evidentemente, de ninguna manera, nadie, ni siquiera los que piensan que el espíritu tiene vida consciente al morir, puede hacer decir eso al versículo 2. Lo que él está afirmando es su inmenso deseo de que el cuerpo terrestre, lo mortal, se revista de inmortalidad (1ª Corintios 15:53), es decir, sea revestido de la “habitación celestial”, la morada eterna e inmortal.

Verso 3: “*pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos*”.

¿Cuándo preferiría Pablo ser revestido de inmortalidad, después de muerto o mientras estuviese viviendo en la morada terrestre?

Sin duda, Pablo y creo que todos preferiríamos “*ser hallados vestidos y no desnudos*” cuando ese evento ocurra. “**Vestidos**”, pues, representa viviendo en el cuerpo mortal, y “**desnudos**” significa cuando el cuerpo terrestre se deshiciere. Él está expresando su deseo de que se produzca esa maravillosa transformación de su cuerpo mientras vive, como así lo confirman sus palabras en 1ª Tesalonicenses 4:17: “*Luego **nosotros los que vivimos**, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos [los muertos resucitados] en las nubes para recibir al Señor en el aire...*”.

Verso 4: “*Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.*”

¿Quiénes son los que están en este tabernáculo? Son todos aquellos que están viviendo y gimen porque la morada terrestre, el cuerpo mortal se desgasta, sufre, y tiene que deshacerse cuando uno muere, si Cristo no llega antes. Pero Pablo sigue insistiendo y expresando su gran anhelo de no “*ser desnudado*”, es decir, no quisiera gustar la muerte, sino que su cuerpo mortal fuera revestido *por la vida*. Se trata de la misma esperanza que presenta en 1ª Corintios 15:51, 53: “*He aquí, os digo un misterio: no todos dormiremos; pero todos seremos transformados, 53 Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.*”

Verso 5: “*Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu.*”

Dios nos ha hecho para que tengamos vida eterna en Cristo Jesús. Las arras, es decir, la prenda, el pago anticipado, la garantía de que obtendremos esa vida, es el Espíritu Santo que se nos ha dado al aceptar el sacrificio expiatorio de Jesús por nuestros pecados. Las arras, son pues, el anticipo de la herencia eterna que tenemos asegurada al haber sido adoptados hijos de Dios: “*En él [Cristo] también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para la alabanza de su gloria.*” (Efesios 1:13, 14; véase además: Colosenses 1:12,13; Romanos 8:14-17).

Verso 6, 7: “Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor 7 (porque por fe andamos, no por vista);”

“Entre tanto que estamos en el cuerpo” significa estar vivo, pues cuando uno muere, deja de existir no solo su cuerpo sino la totalidad del ser humano. En la mentalidad hebrea, cuerpo es sinónimo de la totalidad del ser, no una parte como en la cultura griega. Pero la confianza de Pablo en las promesas del Señor es total. Él había visto y escuchado a Jesús en el camino a Damasco, y recibido los dones del Espíritu Santo de una forma especial, como correspondía a un apóstol de Jesús. Aunque Pablo, fue muy privilegiado con respecto a los creyentes de “a pie”, mientras estuviese en “**el cuerpo**” es decir, en este mundo, al igual que nosotros, tenía que caminar por fe no por vista, puesto que tampoco podía ver al Señor desde su morada terrestre.

Verso 8: “Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.”

Nuevamente, Pablo expresa, además de su absoluta confianza en las promesas de Jesús, su reiterado deseo de estar con Cristo, sin conocer la muerte. Por eso dice “quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”. Es la expresión del anhelo de todo cristiano, estar con Cristo, lo que no es compatible con el cuerpo corruptible de la morada terrestre. Ausente del cuerpo pero no “desnudado” sino “revestido de la habitación celeste”. Pablo está diciendo que preferiría ya no estar en el cuerpo, es decir, en este mundo, teniendo que sufrir en su propia carne tantas tribulaciones, diversas pruebas, aflicciones y enfermedades, etc., por Cristo. Querría estar ya con Él, pero sin pasar por la muerte.

¿Está deseando Pablo morir, por tanto, ser desnudado, o sea desprendido del cuerpo terrestre, para ir en espíritu a la presencia del Señor?

La respuesta afirmativa a esta pregunta, no tiene base bíblica alguna, incluso contradice los propios deseos de Pablo afirmados en el verso 4: “...**Porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida**”. Lo que él quiere, no es morir e ir en espíritu a estar con el Señor, cosa que aunque lo desee sabe que no es posible, si no fuese antes revestido, y transformado, su cuerpo mortal en otro inmortal y espiritual. Si al morir, el espíritu, de forma consciente, fuera inmediatamente a gozar de la presencia del Señor, no se necesitaría antes ser revestido con un cuerpo inmortal, como afirma el mismo Pablo en 1ª Corintios 15, y 1ª Tesalonicenses 4:13-17.

¿Cómo se deben interpretar las palabras de Pablo –“...teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil. 1:23), a la luz de toda la Biblia?

Analicemos ahora el siguiente pasaje en que Pablo manifiesta de nuevo su deseo de estar con Cristo.

Filipenses 1:21-26: Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. (22) Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. (23) Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, **teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor;** (24) pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. (25) Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe, (26) para que abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros.

Verso 21,22: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. (22) Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger.”

Esta declaración demuestra que Pablo estaba entregado totalmente a la obra de Cristo. Estaba dispuesto a todo, a sufrir las mayores penalidades y a morir si fuese preciso si ello redundaba en una mayor extensión de la predicación del evangelio, y muchas más almas llevadas a Cristo. Él mismo lo expresa al final del versículo 20: “...Ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte”.

Por un lado, era consciente de cuán necesaria e importante era su misión (Ver v.25). Pablo había demostrado sobradamente que no se arredraaba ante las penalidades, constantes persecuciones, peligros y azotes (Hechos 16:22, 23, 37; 2 Corintios 11:24-28, etc.).

Por otra parte, morir también representaba liberarse de todas esas pruebas, sufrimientos, dolores, que el experimentó por Cristo. Por tanto, si dependiera de él, elegir su destino, no sabría escoger lo que resultaría mejor para la gloria de su Señor. Puesto que su esperanza estaba puesta en Cristo, en la resurrección prometida para los creyentes, no temía la muerte.

Verso 23: “Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; 24 pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros.”

Como ya hemos visto Pablo se acomodaba a todo y a todos para ganar almas para Cristo. Creo que cualquier cristiano fiel y ferviente se identificaría con estas palabras de Pablo, *teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor*, y las haría suyas. En mi opinión, no pienso que Pablo deseara morir, aunque, muchas veces, no le faltaron motivos para ello (ver versos anteriores). No obstante, su fervor, fe, entusiasmo y amor a Cristo hacía que no le importara entregar su vida si con ello glorificaba a su Maestro.

Sin duda, “*estar con Cristo... es muchísimo mejor*”, significa, pues, el descanso completo de todos sus dolores, fatigas, sufrimientos, etc.

Otra explicación plausible sería que, Pablo, al expresar su deseo de partir y estar con Cristo, pensaría que le gustaría ser arrebatado como fue Elías, transformado en un abrir y cerrar de ojos, y convertido esto mortal en inmortal e incorruptible (1ª Corintios 15:51-56). Porque él sabía perfectamente “que la carne y la sangre

no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción" (1ª Corintios 15:50). Su deseo ferviente no lo convierte en una posibilidad real, si Dios quisiera podría ser traspuesto, así como lo fue también Enoc: Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios" (Hebreos 11:5).

Probablemente sea éste el significado de la declaración de Pablo del versículo de Filipenses 1:23: "...*teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor*". No obstante, su esperanza, a lo largo de todas sus epístolas, está puesta en el día de la resurrección, cuando venga Jesús por segunda vez en gloria con sus santos ángeles, como indican todos los textos estudiados, que más abajo volveré a citar.

Los textos de 2ª Corintios 5:8 y Filipenses 1:23, tomados aisladamente y leídos superficialmente nos pueden dar la impresión de que Pablo piensa que el cristiano al morir se reúne inmediatamente con Cristo. Esta interpretación estaría en total contradicción, con el contexto, las mismas epístolas de San Pablo y el resto de la Biblia. En cualquier caso, el apóstol no está hablando del alma ni del espíritu, y en ningún momento dice que su alma desencarnada va al cielo nada más morir, sino que expresa su ferviente deseo de reunirse con Cristo, lo que sólo se puede producir como él mismo ha explicado, revestido con un cuerpo incorruptible e inmortal, en la segunda venida de Nuestro Señor; lo que representa sólo un instante, desde que uno cae en el profundo sueño de la muerte hasta el momento de ser despertado.

Se trata, pues, de creer y aceptar lo que es más evidente en la Biblia, lo que reúne muchas pruebas. La verdad es una sola. No puede ser al mismo tiempo, una cosa y la contraria. Por otro lado, la creencia en que los espíritus o las almas de los muertos tienen vida eterna consciente, ha llevado a otros errores mucho más perniciosos como el que se produce en los fenómenos espiritistas donde la gente cree sinceramente que se está comunicando con los espíritus de sus familiares o conocidos fallecidos, cuando en realidad se trata de los espíritus malignos o demonios.

También es muy lamentable que debido a esta doctrina, la cristiandad en general crea que, el Dios de amor, en el que confiesan creer, tiene en sí mismo tal carácter que es capaz de condenar a los no salvos con un infierno eterno de torturas y tormentos.

Sin embargo, la cuestión que aquí se plantea es la siguiente:

¿Creía Pablo que al morir iba inmediatamente a la presencia de Cristo?

Si la muerte es un estado inconsciente, –el lapso de tiempo, variable de unos a otros en cuanto a tiempo real, que transcurre desde el momento en que se muere hasta el instante en que los muertos son despertados por la voz de Cristo en la resurrección (Daniel 12:2; Juan 5:28-29; 1ª Corintios 15; 1ª Tesalonicenses 4:13-18, etc.)–, entonces, el tiempo no cuenta, puesto que en ese estado no se

siente nada. El momento de morir y el de estar o encontrarse con Cristo, se experimenta como ir inmediatamente a su presencia.

¿Cuándo esperaba Pablo recibir la “corona de justicia” nada más morir o “en aquel día”, cuando el Señor venga?

2ª Corintios 1:8-10: Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremano más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. 9 Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; 10 el cual nos libró, y nos libra, y en quien esperamos que aún nos librá, de tan gran muerte.

Filipenses 3:10,11: a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, 11 si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.

2ª Timoteo 4:7,8: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Por tanto, en “aquel día”, a que se refiere Pablo, el día último, de la venida gloriosa de nuestro Señor, cuando ocurra la resurrección de los muertos, *“en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y **los muertos serán resucitados incorruptibles**, y nosotros seremos transformados”* (1 Co. 15:52). Igualmente, fijémonos que son “los muertos”, los que son resucitados incorruptibles, no sus cuerpos, porque no existe una parte separada del cuerpo que haya podido sobrevivir. Y por eso, Dios recrea la totalidad del ser humano, pero al transformarle en incorruptible le transmite o le infunde todos sus rasgos característicos de su identidad, psiquismo, espiritualidad y personalidad, adquiridos durante la vida terrena, cuyo **depósito** tiene Dios (2 Ti. 1:12). Y aunque Él, en ese día del final del mundo, todos los salvos serán transformados en seres espirituales perfectos, cada uno podrá reconocerse entre sí, los que en su vida terrestre se hubieran conocido.

2ª Timoteo 1:12: Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quien he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.

¿A qué depósito se está refiriendo Pablo? Sin duda tiene que ser algo importante, pues sólo Dios es poderoso para guárdese. Posiblemente, se está refiriendo a su vida e identidad como persona, su carácter y personalidad que le identifican, que él ha construido durante toda su vida mientras estaba en el cuerpo, y cuyas obras están escritas en el libro de la vida del Cordero (Apocalipsis 21:27).

Hasta aquí la respuesta a esta objeción. Pasamos a la siguiente:

Octava. “Dios no es Dios de muertos, para Él todos viven” (Lucas 20:38).

Respecto a este texto, sería bueno ver un poco de contexto como el que sigue:

Lucas 20:36-38: Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección. (37) Pero en cuanto a que los muertos han de resucitar, aun Moisés lo enseñó en el pasaje de la zarza, cuando llama al Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. (38) Porque Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.

“No pueden ya más morir [...] al ser hijos de la resurrección” (Lucas 20:36), luego antes de la resurrección no tenían la inmortalidad, y, por tanto, ningún tipo de vida consciente. *“Dios no es Dios de muertos [...] pues para Él todos viven”*, significa que, aunque realmente estén muertos, algún día resucitarán, se les dará la vida de nuevo, por el poder del Dador de la vida, que es Cristo (Hechos 3:15). El versículo 37 es clave porque claramente indica que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, personas evidentemente muertas, no es Dios de muertos, no por la razón de que estuvieran sus espíritus vivos, sino porque los *“muertos han de resucitar”*; y la explicación de Cristo es irrefutable.

Además, naturalmente que para Dios todos viven, porque antes de que existiera vida en este mundo, el planeta Tierra, ya vivían en la mente de Dios todos los que habían de ser salvos y todos los hijos de perdición (Efesios 1:3-13; Romanos 8:28-39; 2ª Timoteo 1:9; 1ª Pedro 2:8; 2ª Pedro 2:9; Judas 4; etc.).

2ª Timoteo 1:9: quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos,

Por tanto, no se puede aportar el texto de Lucas 20:38 –*“Dios no es Dios de muertos, para Él todos viven”*– como prueba de la inmortalidad del alma; porque la Palabra de Dios no prueba en absoluto, con ese texto, la existencia de la vida fuera del cuerpo; por el contrario, apoya más la idea de la mortalidad del alma, y de que solo hay vida después de la resurrección.

A modo de conclusión de esta tercera parte

Para terminar, cito de nuevo del libro *“el Dualismo en la antropología de la cristiandad”*.

[...] Jesús nunca dijo: “yo soy la inmortalidad” –como lo expresaba la antropología helénica– sino que exclamó: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn. 11:25), en consonancia con la antropología hebrea. Es decir, no se piensa en la inmortalidad del “alma” (alma que no tiene sentido para el pensamiento cristiano primitivo) sino en la resurrección del hombre. De la inmortalidad, o mejor de la supervivencia de algo del hombre después de la muerte, se dice poco y nada. La doctrina posterior de la inmortalidad del alma en el pensamiento cristiano, ciertamente, y sin por ello calificar el hecho, será de influencia helenística, particularmente platónica, donde el alma es considerada como una substancia inmortal y autónoma. En el Nuevo Testamento no hay nada de esto. Tomemos dos ejemplos opuestos. En el relato de la muerte de Lázaro (Jn. 11:1-44) tanto sus familiares como los discípulos y el mismo Jesucristo dan a Lázaro por muerto, y no se habla

de ningún tipo de supervivencia, aunque no se la niega –lo que nos indica, al menos, su poca importancia–. Por el contrario, un Sócrates había exclamado: "Si vamos a la morada del Hades [...] ¡Cuánto no daría cualquiera de vosotros por estar en compañía de Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero! Yo, por mi parte, morir quiero mil veces" (*Apología de Sócrates*, 41 b)". (69)

"El griego enfrenta la muerte serenamente, ya que cree conocer la doctrina de la inmortalidad y liberación de su alma. En cambio, el hebreo o el cristiano primitivo ve a la muerte como fruto del pecado, como una muerte real, como un hecho que hace gemir, llorar, espantarse. Lloraba y se entristecía María, y el mismo Jesús lloraba ante su amigo Lázaro (Jn. 11:35,38). Nada se habla de su inmortalidad, sólo se recuerda que su cadáver "huele ya, porque es el cuarto día" (Jn. 11:39).

Aún más clara es la doctrina de la muerte en la actitud de Jesús ante la misma muerte. Se dice que "comenzó a sentir tristeza y angustia" (Mt. 26:37); exclamó ante el terror de la muerte: "si es posible, pase de mí este cáliz" (Mt. 26:37), y al fin: "¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?" (Mt. 27:46; cf. Sal. 22; Is. 52:13-53:1-17). La muerte no es tomada como un simple pasaje de un mundo de aquí abajo, donde el alma estaba penando en un cuerpo, hacia un mundo de arriba, donde liberada el alma contemplaría lo divino en inefable felicidad. Todo lo contrario. La muerte es muerte. Si no hay resurrección todo no tiene sentido. Jesucristo vence con su muerte a la muerte, pero la experimenta en su radical anonadamiento. La esperanza de la resurrección no quita a la muerte su sentido profundo y dramático. Estamos ante una antropología radicalmente distinta a la indoeuropea o griega.

Para el Nuevo Testamento la resurrección de Jesucristo significa la instauración de una nueva situación histórica en la humanidad. Gracias a Él los hombres participan ahora de una "filiación adoptiva" de Dios (Ef. 1:5), y una Nueva Alianza sin fronteras (superando así el estrecho particularismo del nacionalismo judío) se propone a todos los hombres: "Pues la gracia de Dios (*járis toû Theoû*), fuente de salvación para todos los hombres (*pâsin anthrópois*) , se ha manifestado" (Tito 2:11). (70)

"Este universalismo no se limita a los sabios, a los ascetas, a los aristócratas o filósofos, a sólo el alma por la liberación del cuerpo, sino a todos los hombres, por muy miserable que sea su condición. Se trata de toda una antropología *ya dada*, integralmente, cuyas implicaciones los cristianos estaban todavía muy lejos de imaginar, pero que revolucionarán el ámbito entero de la historia universal." (71)

Capítulo 10

10. Conclusión

Llegado a este último punto del presente estudio, con poco más de 80 páginas escritas hasta aquí, me pregunto si habrá algún lector tan paciente y aplicado, y que le gusten estos temas, que haya sido capaz de leer hasta esta conclusión.

Soy consciente que, como me suele pasar últimamente, quizá me haya extendido más de la cuenta; pero, en cualquier caso, recomiendo que nadie deje de leer la conclusión de ningún estudio, y puedo afirmar que, la presente conclusión, es especialmente importante, como para no pasarla por alto.

Por otro lado, temas relacionados con este estudio, los he tratado abundantemente en esta web. Ver la lista de artículos en Referencias bibliográficas. (**)

Analicemos a continuación, algunos pasajes importantes del Nuevo Testamento, en los que aparece la palabra “espíritu”, a fin de discernir su significado, en diversos contextos, como, por ejemplo, los siguientes:

“Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (Mateo 26:41).

Jesús pronunció estas palabras en el Getsemaní, después que celebró la última Cena, y anunciara su inminente muerte y resurrección, y la negación de Pedro. Y estando allí, *“tomó consigo a Pedro, a Jacobo y Juan [los hijos de Zebedeo], y comenzó a entristecerse y angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad.”* (Mr. 14:33-34). Jesús fue un poco más adelante y oró, y *“Vino luego a sus discípulos”* (v.40), pero *“los halló durmiendo”*, y les amonestó por no haber sido ellos capaces de velar con Él, ni una “hora”. Es en ese momento cuando les dirige esas palabras llenas de comprensión y compasión: *“Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”* (Mt. 26:41).

¿Por qué se durmieron Pedro, Jacobo y Juan, y no fueron capaces de solidarizarse con la terrible angustia por la que atravesaba Su Maestro, y fueron sordos a su petición de acompañarle en la oración?

Jesús les comprendió perfectamente, porque les dijo: *“el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”*. Los tres discípulos fueron los mismos que contemplaron la gloria de Jesús en el monte de la transfiguración (Mt. 17:1-8). El mismo apóstol Pedro, mucho después, relata este acontecimiento diciendo *“que vieron con sus propios ojos su majestad”* [la de Cristo transfigurado en gloria] (2 P. 1:16-18). Aunque sus discípulos eran hombres espirituales, al parecer, el

espíritu, que representaba la vida espiritual de ellos, aún no había alcanzado la plenitud suficiente, para lograr dominar las necesidades o deseos de la “carne”; porque no fueron capaces de acompañarle en su angustia ni un momento.

Esta experiencia que sufrieron los tres discípulos citados, me recuerda a la que tuvo el apóstol Pablo: “Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer está en mí, pero no el hacerlo” (Ro. 7:18). Los discípulos que acompañaron a Jesús, seguro que su “espíritu” estaba dispuesto a obedecerle, y velar y orar, pero todavía confiaban más en su “carne”, es decir, en sus fuerzas naturales, que en el poder del Espíritu Santo, que posiblemente aún no habían recibido en plenitud.

Los textos que voy a comentar y analizar ahora, son importantísimos, porque se refieren a la oración que elevó Jesucristo al Padre, instantes antes de Su muerte en la cruz.

“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiando mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró” (Lucas 23:46).

Y no está demás que comparemos la versión del evangelista Lucas con las versiones de los otros tres evangelistas:

Mateo 27:50: Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu.

Marcos 15:39: Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

Juan 19:30: Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

La oración de Jesús instantes antes de morir fue muy parecida a la que expresó Esteban, el primer mártir cristiano: “Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hch. 7:59).

Hechos 7:59-60: Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. (60) Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió.

Notemos que la única diferencia fundamental entre la oración de Jesús y la de Esteban consiste en que Aquel la dirige al Padre, y, en cambio, Esteban invoca a su “Señor Jesús”; lo que representa una prueba más de la divinidad de Cristo, porque solo Dios puede ser Señor de la vida y de la muerte: “...*también el Hijo a los que quiere da vida*” (Jn. 5:21). Por tanto, el significado, de encomendar o entregar a Dios el espíritu, que deduzcamos para la oración de Jesús, será el mismo que el de la invocación de Esteban: “*Señor Jesús, recibe mi espíritu*”.

Al averiguar cuál fue el “espíritu” que entregó Jesús al Padre, sabremos también el significado de la invocación al Señor Jesús, que hizo Esteban, instantes antes de morir.

¿Qué significa, pues, la oración de Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”?

Antes de responder esta pregunta, es necesario que averigüemos, en qué se diferencia Jesús, como Hijo del Hombre, de cualquier otro hombre. La Biblia nos revela que Jesucristo fue semejante en todo a los demás hombres, excepto en el pecado (Jn, 8:46; 2 Co. 5:21; Heb. 4:15; 7:26; 1 P. 1:19; 1 Jn. 3:5; etc.). A diferencia de los demás seres humanos, Él nació sin pecado original, y aunque “*fue tentado en todo según nuestra semejanza*” (Heb. 4:15), nunca cometió pecado. Para respaldar esta aseveración, cualidad o carácter único del Jesucristo–Hombre, transcribo solo los tres pasajes siguientes:

2 Corintios 5:21: Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Hebreos 4:15: Porque no tenemos un sumo sacerdote [se refiere a Cristo] que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

1 Juan 3:5: Y sabéis que él [Cristo] apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.

Aunque Jesucristo fue “nacido de mujer” (Gá. 4:4; cf. Lc. 1:30-35) como el resto de seres humanos, lo que nació de María, fue engendrado del Espíritu Santo (Mt. 1:20-21). Comprobémoslo:

Mateo 1:20-21: Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. (21) Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

Lucas 1:30-35: Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. (31) Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. (32) Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; (33) y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. (34) Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. (35) Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.

Gálatas 4:4-7: Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, (5) para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. (6) Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! (7) Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.

La única causa por la que Jesús nació sin pecado original, es decir, sin las tendencias egoístas y pecaminosas de la “carne”, solo está en que fue engendrado por el Espíritu Santo, que le infundió la “imagen de Dios” (Col. 1:15; Heb. 1:3), que había perdido el primer hombre.

Colosenses 1:15-16: Él [Cristo] **es la imagen del Dios invisible**, el primogénito de toda creación. (16) Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.

Hebreos 1:1-3: Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, (2) en estos postreros días **nos ha hablado por el Hijo**, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; (3) **el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia**, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

Y aquel Verbo –que “era en el principio con Dios” (Jn. 1:2), “y el Verbo era Dios” (Jn. 1:1)– **fue hecho carne**, *y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*” (Juan 1:14).

Cuando decimos que “el Verbo se hizo carne”, podemos caer en el concepto de la filosofía y cultura griegas, y entender que el Hijo de Dios tomó solo el “cuerpo”, pero esto sería totalmente erróneo. Porque, como ya comprobamos en lo que antecede, la “carne” de la que fue hecho el Verbo o Palabra de Dios, no se refiere al cuerpo humano sino al ser humano entero. A propósito viene bien citar del libro *El dualismo en la antropología de la cristiandad*.

[...] "carne". No significa, de ninguna manera, "cuerpo" (*sôma*) como para los griegos. En efecto, "cuerpo" en el Nuevo Testamento tiende a indicar el cadáver (que en hebreo se decía *gufáh*) (Mt. 14:12; 5:29). Tampoco "carne" se opone al "alma" (*psyjé*) en el sentido griego, porque "alma" en el Nuevo Testamento significa más bien "vida" (Ap. 16:3; Mt. 2:19-20). "Carne" (*sárx*) que viene del hebreo *basar* indica la totalidad del hombre, como por ejemplo cuando se dice: "Ningún hombre (*oúk pasa sárx*) tendrá la vida salva" (*Mateo 24, 22*). Se trata de indicar dos órdenes o categorías: el orden divino del cual la *Dabar* o Palabra divina es la revelación; el orden humano o la totalidad que se nombra sintética y simbólicamente con el término *carne*. En este sentido, la antropología de Juan es idéntica a la de Pablo. Consideremos este fundamental texto cristológico "[Jesucristo poseyendo] la forma divina (*morfêtheoû*), no pretendió guardar celosamente el rango de igual a Dios, sino que se anonadó (*ekénosen*) a sí mismo, hasta tomar la condición de siervo (*doúlon*) deviniendo semejante (*omoiómati*) a los hombres (*anthrópon*)" (Fil. 2:6-7). (72)

"[...] El Dios vivo, en absoluto transcendente, asume la condición humana radicalmente, e instaura un nuevo orden. Este nuevo orden interpersonal no desdobra al hombre dualmente como el "cuerpo-alma" de los griegos, sino que irrumpe en la historia permitiéndole a ésta tener un doble destino. El hombre es uno, la situación del hombre es doble: o *dentro* de la Nueva Alianza con Dios, o

fuera de ella. No se trata de dos elementos al interior de la individualidad antropológica, sino de dos categorías: totalidad (*carne*), alteridad (Palabra, Espíritu).

[...] El primer hombre (*prôtos ánthropos*), Adán, fue hecho alma viviente (*psyjén*); el último Adán es un espíritu vivificante (*pneûma*). Pero no es lo espiritual primero, sino lo psíquico primero y después lo espiritual. El primer hombre, nacido de la tierra, es terrestre; el segundo hombre (*deúteros*) viene del cielo [...]. Y así como nos hemos revestido de la imagen del terrestre, nos es necesario revestimos también de la imagen del celeste (*tén eikóna tôu epouraníou*)" (1 Co. 15:44-49).

En primer lugar, Pablo nos habla de los dos órdenes que hemos indicado más arriba. El "cuerpo-psíquico" no expresa, de ninguna manera, un cuerpo y un alma, sino una *totalidad* viviente (*sôma* traduciría en este caso a "carne" o *basar*). Esto se puede probar porque "cuerpo-espiritual" no puede indicar un dualismo de cuerpo-espíritu, ya que dicha dialéctica entre cuerpo y espíritu nunca se ha dado ni entre los judíos ni entre los griegos. Lo que quiere significar "cuerpo-espiritual" es la *totalidad* biológica, viviente o carnal del hombre elevada al orden de Espíritu, lo que después se llamará la gracia. Hay un orden de lo meramente viviente y mortal; hay otro orden de lo espiritual, sobrenatural y definitivo." (73)

"[...] Adán es un hombre terrestre, el primer hombre. Jesucristo, en cambio, es el hombre celeste, que viene después y que otorga el Espíritu (que los hebreos llamaban *ruaj*). Con este Espíritu hay vida nueva y resurrección. Ese Espíritu que se da gratuitamente a los hombres los hace entrar en el Reino de Dios. No hay dualismo entre cuerpo y alma, sino que hay dos órdenes o categorías: el reino del hombre terrestre o carnal; el reino de Dios, reino celeste o espiritual. El primero es mortal, el segundo definitivo mediante la resurrección.

El Verbo se hizo carne" significa entonces que Dios mismo se reveló a sí mismo irrumpiendo en la totalidad de la historia del hombre, como historia de la carne, y transformándola en historia del espíritu o Reino de Dios." (74)

"El 'hijo del hombre', Jesús de Nazaret, es el hombre celeste el nuevo Adán, el segundo Adán, el hombre espiritual. Este hombre es la imagen de Dios resucitada, más aún, es el que permite a todos los hombres ser partícipes de la semejanza con Dios. Nos decía Pablo en el texto citado: "Así como hemos revestido la imagen del (hombre) terrestre, así nos es necesario revestimos también de la imagen del celeste", que es imagen de Dios." (75)

"El hombre es considerado una creatura divina, constituido en el ser desde su origen radical e individualmente. El hombre es primeramente *carne*, la totalidad, que comprende en algunos casos explícitamente el cuerpo y el alma griega, y vida (usándose frecuentemente la palabra *psyjés* para expresar dicha noción). El *espíritu* en cambio constituye otro orden, el de la nueva Alianza: la alteridad. El orden de la carne, indivisible, ha sido originado como procedente del "primer Adán", padre de los hombres, que son corruptibles. El orden del espíritu ha sido constituido por el "segundo Adán", Jesucristo, el que resucitando inaugura el estado definitivo del hombre. Por ello la doctrina que cuidadosamente se enseña no es la de la inmortalidad del alma, tentación de un cierto dualismo y que por ello es dejada un tanto en la sombra, sino la de la resurrección del muerto, afirmación de la unidad del hombre." (76)

“Como puede verse esta antropología se va constituyendo en sus elementos esenciales dentro del horizonte de la historia. Hay un "primer Adán", individuo de donde procede la especie humana (no se trata de una doctrina de la individuación de la especie, sino de la especificación del individuo); después viene la plenitud de los tiempos en que irrumpe en la historia el "segundo Adán" y constituye el orden del espíritu, que, por su parte, abre la posibilidad de la resurrección futura o escatológica.” (77)

¿Por qué Dios, el Verbo, “fue hecho carne”?

Esto fue necesario, porque Jesucristo debía vencer donde la humanidad había fracasado. Y para que esa victoria fuera efectiva, real y creíble, era imprescindible que ocurriera sobre el propio terreno donde había surgido el pecado, la muerte y al diablo. Solo de este modo, el Hijo de Dios, que es a la vez el Hijo del Hombre, podía llevar, sobre sí mismo, nuestros pecados en la cruz (Heb. 9:28; 1 P. 2:24), para poder realizar la expiación de los mismos, y poder rescatar y redimir a la perdida humanidad.

Hebreos 9:28: así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.

1 Pedro 2:24: [Cristo] quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.

Porque solo de esta manera pudo Cristo adquirir el derecho de rescatarnos y redimirnos y llevarnos al Padre, y darnos a conocer Su Imagen, y, por medio de Su Espíritu, transformarnos, con el nuevo nacimiento, en Su misma imagen (Ro. 8:29). Veamos ahora la explicación que da la Palabra de Dios:

Hebreos 2:14-18: Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él [Jesucristo] también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, (15) y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. (16) Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. (17) Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. (18) Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

Hebreos 5:7-9: Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. (8) Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; (9) y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen;

¿Qué clase de “carne” fue la de Jesucristo? ¿Fue exactamente idéntica a la de cualquier ser humano?

Ya hemos visto que la Palabra de Dios afirma que Cristo *“debía ser en todo semejante a sus hermanos”* (Heb. 2:17). *“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él [Jesucristo] también participó de lo mismo”* (Heb. 2:14). Para que Cristo pudiera redimirnos del pecado, primero, Él no podía ser “carne” pecaminosa, ni cometer pecado alguno en toda su vida, porque de no ser así, Él mismo hubiera necesitado un salvador para satisfacer la justicia que Dios exige; y, segundo, tenía que morir por nuestros pecados (1 Co. 15:3), satisfaciendo la pena de muerte que corresponde a cada pecador, entregando Su vida en sustitución de la de los pecadores. Por eso, *“por nosotros [Dios] lo hizo pecado, **para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él**”* (2 Co. 5:21).

Por tanto, Jesucristo era “carne” –en el sentido de ser humano total–, por cuanto participó de la misma “carne y sangre” que sus hermanos; es decir, su carne era idéntica a la de cualquier ser humano, en lo que a la sustancia material de su cuerpo se refiere. Sin embargo, la Palabra de Dios tiene mucho cuidado en que distingamos entre la “carne”, de la que está hecha la humanidad pecadora, en el sentido del ser humano completo, y la “carne” de la que fue hecho Jesucristo, cuando tomó “cuerpo” –no en el sentido griego– de la virgen María.

A este respecto, cito el siguiente pasaje, que algunos interpretan inadecuadamente: *“Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a **su Hijo en semejanza de carne de pecado** y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; (4) para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”* (Romanos 8:3-4).

Obsérvese, el delicado matiz del apóstol Pablo para expresar que la “carne” que tomó el Verbo, Hijo de Dios, es “semejante a la carne de pecado”, que es común a toda la humanidad, pero no idéntica, porque “la carne” de Jesús no heredó el pecado original, porque nació en santidad, engendrado con la imagen de Dios. Esto queda confirmado, porque el Ángel Gabriel le dijo a la Virgen María que *“**el Santo Ser que nacerá**” será llamado Hijo de Dios*” (Lc. 1:35). Cristo es, pues, Hijo de Dios doblemente, en Su naturaleza humana, porque fue engendrado por el Espíritu Santo, recibiendo la Imagen del Padre; y, en Su naturaleza divina, por haber sido engendrado eternamente por Dios Padre.

La mayoría de los cristianos siempre hemos entendido que en Jesucristo hay dos naturalezas, la humana y la divina; pero no dos personas, sino solo una Persona: Dios Hijo, la segunda Persona de la Divinidad. Es decir, en Cristo no puede haber un “Yo” humano y un “Yo” divino, sino que Él es un único “Yo soy” (Jn. 8:58; cf. Éx. 3:14), el Ser que es por sí mismo, increado. Existen en el NT

muchos textos que lo confirman y no dejan lugar a dudas, citamos, por ejemplo, los siguientes:

Lucas 10:22 (cf. Mt. 11:27): Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.

Solo Dios, Ser infinito, puede conocerse a Sí mismo. Si Jesucristo fuera una persona humana, como tal “Yo humano”, sería incapaz de conocer al Ser Divino, pero Jesucristo es la Palabra de Dios –el Verbo– que se hizo “carne”, y “habitó entre nosotros”: *“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. (2) Este era en el principio con Dios. (3) Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. (4) En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. [...] (14) Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”* (Jn. 1:1-4,14).

Veamos más pasajes que demuestran que el Jesús-Hombre es la misma Persona que Dios, el Hijo, segunda Persona de la Divinidad.

Juan 1:18: A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

Juan 5:26: Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo;

Juan 8:58: Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.

Juan 14:9-11: Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? (10) ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. (11) Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

Juan 16:15: Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.

Sin embargo, existe casi total acuerdo que en Cristo hay dos voluntades –la del Hombre y la del Verbo–, porque si Él dispusiera de una sola voluntad la de Dios, entonces Su vida no sería meritoria, porque no podría decidir más que en un sentido, el de la voluntad de Dios. Y sería caer en una de las muchas herejías que ha habido en la historia del cristianismo, como el monofisismo, que defiende que Jesús solo tenía una naturaleza, la divina.

Al respecto, transcribo un párrafo extraído del libro *Introducción a la historia de las religiones*, del Dr. Antonio Bantué, Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile:

“[...] Luego vinieron los problemas sobre la relación entre humanidad y divinidad en la persona de Jesús que dividió a los teólogos entre “monofisitas”, liderados por Eutiques, quienes consideraban que Jesús sólo tenía una naturaleza (mono-fisis), la divina, negando que fuera un hombre real, sino sólo “aparente” (docetismo); mientras que, por el otro lado, había los “nestorianos”, liderados por Nestorio, quienes consideraban que Jesús era sólo de naturaleza humana y no era realmente persona divina, en la línea de la anterior herejía arriana. Para enfrentar esta discusión se reunieron dos grandes Concilios Ecuménicos en el siglo quinto: Éfeso (431), que definió la personalidad divina de Jesús desde el primer instante de su concepción, lo cual implicaba también el dogma mariológico de la “maternidad divina” de María (“theotokos”), y luego el Concilio de Calcedonia (451) que definió la doble naturaleza de la única persona divina de Jesús: la naturaleza divina propia de la persona del Verbo encarnado, contra los nestorianos, y que Nicea había definido ya como eternamente “engendrado por el Padre y consubstancial a El”, y la naturaleza humana propia de su humanidad real y no sólo aparente, contra los “docetismos” monofisitas.” (78)

La unión hipostática de las dos naturalezas en una Persona Divina es un misterio, que está actualmente fuera de nuestro alcance.

Después de este largo inciso, que creo que era necesario, abordamos de nuevo, la respuesta a la pregunta que nos ocupa:

Queremos saber a qué se refiere Cristo con “mi espíritu”, cuando, poco antes de morir en la cruz, oró, *“Padre, en tus manos encomiendo **mi espíritu**”* (Lc. 23:46), que en las versiones paralelas de los Evangelios de Mateo y Juan, se relata simplemente, que *“**entregó el espíritu**”* (Mt. 27:50; cf. Jn. 19:30), y el Evangelio de Marcos se limita a describir el hecho de la muerte de Jesús, con las palabras: *“**había expirado**”* (Mr. 15:39). Lo comparábamos con la invocación semejante del protomártir Esteban que instantes antes de morir apedreado por los fariseos, dijo, *Señor Jesús, **recibe mi espíritu*** (Hch. 7:59).

¿El espíritu que salió de Jesucristo y de Esteban, al instante de morir, es algo así como el alma inmortal de la filosofía y cultura griegas, una entidad que al separarse del cuerpo, sigue viviendo en otra dimensión, con consciencia propia?

Si lo que hemos venido sosteniendo en el presente estudio, es cierto, si realmente el hombre es un ser unitario, entonces, también es una realidad que el ser humano no está compuesto de partes que sean susceptibles de separarse, puesto que él es “carne” –un cuerpo psíquico– indivisible en partes. Pero aun, en el supuesto de que una parte –el espíritu o el alma– pudiera separarse del cuerpo, en absoluto podría ocurrir que la citada “parte” formara una entidad autónoma e independiente capaz de tener vida propia consciente y sobrevivir a la muerte del cuerpo, y, tampoco podría ser inmortal, porque solo Dios es inmortal (1 Tim 6:16).

1 Timoteo 6:15,16: [...] el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, (16) **el único que tiene inmortalidad**, que habita en luz inaccesible;

a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.

En todos estos pasajes, a los que me estoy refiriendo (Mt. 27:50; Lc. 23:46, Hch. 7:59; etc.) la palabra usada en el original idioma griego es *pneuma*, que se ha traducido correctamente por “espíritu”. Por tanto, es un tremendo error referirse al “alma” (gr.: *psiché*) cuando la Palabra de Dios habla del “espíritu” (gr.: *pneuma*), con la intención de poder respaldar la extendida y falsa creencia de que “el alma puede vivir separadamente del cuerpo”.

¿Qué significado tiene, pues, el “espíritu”, en los textos analizados?

Se trata del “aliento de vida” (Gn. 2:7), o “espíritu de vida” (Gn.6:17; 7:15,22; cf. Jn. 6:63; Ap. 11:11), que, como ya estudiamos, es el poder, energía o fuente de vida, que solo el Creador puede dar. Obsérvese que no es el alma lo que proporciona vida al cuerpo sino el “espíritu” o “aliento de vida”, que es la energía creadora de vida que solo Dios posee, mediante la cual ha dado vida también al resto de los seres vivientes terrestres.

Sin embargo, en el nuevo orden en Cristo, el ser humano pasa de ser solo “carne” – “hombre natural” o “cuerpo psíquico”–, a “espíritu”, en contraposición a “carne”, que es su estado primigenio, que representa al hombre adámico, antes de la conversión a Dios. Es decir, en Cristo, el ser humano adquiere la cualidad de “espíritu”, u “hombre espiritual”.

Por tanto, en los contextos citados, ambos “espíritus” –el de Jesús, encomendado al Padre, al instante de morir, así como el espíritu de Esteban, que, en las mismas circunstancias, pide que sea recibido por el Señor Jesús– pueden representar la totalidad de sus respectivos seres humanos; es decir, sus respectivas identidades, lo que han llegado a ser en el transcurso de sus vidas, por las que, tanto el Señor Jesús como Esteban, ruegan, –el primero al Padre, y el segundo al propio Señor Jesús– para que sean guardadas en depósito (2 Ti. 1:12), o preservadas por Su infinito poder en Su seno, hasta el día de la resurrección. Recordemos el texto, ya citado en lo que antecede, que apoya esa interpretación:

2 Timoteo 1:12: Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que [Dios] es poderoso para guardar mi depósito para aquel día.

En el texto anterior, el apóstol Pablo expresa que su seguridad está puesta en Dios, porque Él guardará su “depósito para aquel día”. ¿A qué depósito se refiere? Notemos que, en primer lugar, su esperanza y seguridad está puesta en Dios, porque ese depósito solo lo puede guardar Él. Y, en segundo lugar, su depósito ha de ser guardado por Dios “para aquel día”. ¿Podemos intuir de qué día se trata? Sin duda, Pablo se refiere al día de la resurrección, en la segunda venida de nuestro Señor Jesús. Veamos uno de los textos que lo prueba:

2 Timoteo 4: 7, 8: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. (8) Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Con estas premisas, no es difícil inferir que el “depósito”, en este contexto, al que se refiere el Apóstol, no puede ser otra cosa que su vida entera, su identidad o totalidad de su ser, todo lo que él ha llegado a ser en su existencia terrena. Dios, pues, guarda en ese depósito, toda la esencia de lo que fue Pablo –su “espíritu”, en el sentido de su ser entero espiritual, u hombre espiritual–; y lógicamente, por extensión, Dios guarda también el de todos los seres humanos. Él no puede olvidar nada porque Su memoria es infinita, como Ser infinito que es. Además, todos los que se salvan están inscritos en el “libro de la vida” (Ap. 3:5; 13:8; 21:27), del que ya se habló anteriormente.

De ahí, que Esteban ore al Señor Jesús para que reciba su “espíritu” (Hch. 7:59), es decir, su ser espiritual entero; porque su esperanza, como la de todos creyentes, está puesta en la resurrección al fin del mundo (1 Co. 15:35-55; 1 Ts. 4:13-18), cuando será restablecida y recreada, su vida o identidad, en cuerpo espiritual, a la semejanza del cuerpo espiritual con el que resucitó Jesucristo (1 Co. 15:20,42,45), al tercer día. Es, pues, este gran acontecimiento histórico, la garantía de resurrección de todos los creyentes; y puesto que Cristo resucitado es las primicias de los salvos (1 Co. 15:20), también éstos recibirán cuerpos espirituales semejantes al suyo, en el día de la resurrección.

1 Corintios 15:20: Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.

Observemos, que aunque Jesús resucitó al tercer día, y, por tanto, solo interrumpió su vida durante unas pocas horas, para el caso es lo mismo, puesto que Jesús es un hombre como lo fue Esteban, y Su vida quedó en manos de Dios hasta su resurrección al tercer día. Por eso Él dijo, “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc.23:46), o como lo relatan Mateo y Juan: “*entregó el espíritu*”.

Comprobemos en los siguientes textos, que nuestra única esperanza está en la resurrección en el día de la venida gloriosa de nuestro Señor Jesús (véase 1 Ts. 4:13-18; cf. 1 Co. 15:23-55).

1 Tesalonicenses 4:13-18: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. (14) Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (15) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (16) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (18) Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

1 Corintios 15:39-53: No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. (40) Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. (41) Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. (42) Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. (43) Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. **(44) Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.** Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. (45) Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. (46) Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. (47) **El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo.** (48) Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. (49) **Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial.** (50) Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. (51) He aquí, os digo un misterio: **No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, (52) en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.** (53) Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.

Notemos que la vida después de la muerte solo será posible mediante la resurrección de los muertos (no de los cuerpos), que inauguró Jesucristo, al tercer día de su muerte, como primicias de todos los seres humanos, que la alcanzarán, si han creído en Él (1 Co. 15:13-14).

1 Corintios 15:13-14: Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. (14) **Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe.**

1 Corintios 15:15-19: Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. **(16) Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó;** (17) y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. (18) **Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron.** (19) Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.

Fijémonos que son los “muertos” –seres humanos o personas muertos–, los que resucitarán, no solo sus cuerpos, como dicen muchos. La recreación en la resurrección es de la totalidad del ser humano, pero Dios infunde en los resucitados los caracteres y personalidades adquiridas en su vida terrenal. Esta es nuestra fe, y nuestra única esperanza está en la resurrección de Cristo: “*Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. [...] Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial*” (1 Co. 15:44,49). Reiteramos que el sentido bíblico de “cuerpo animal” o “cuerpo espiritual” no es el de la filosofía y cultura griegas, sino que, el Apóstol, se está refiriendo al ser humano como una totalidad. La vida eterna solo existe mediante Cristo y Su resurrección.

Sin embargo, no puedo acabar este estudio o librito, sin antes responder a unas últimas objeciones que algunos lectores me han solido plantear, que están estrechamente relacionadas, con todo lo que antecede, y sirven para complementar y, a la vez, concluir lo que iba a ser un artículo más, y ha terminado siendo un libro de poco más de cien páginas, dependiendo del tamaño del papel y de la letra en que se vaya a formatear.

En lo que sigue, pues, responderé brevemente a las preguntas que fueron el principal objetivo del presente estudio bíblico.

¿Está el hombre formado por espíritu, alma y cuerpo, como dice la Biblia?

El ser humano no está compuesto de partes separables, que puedan tener vida propia de forma independiente; es decir, él no es el resultado de la unión de dos sustancias o entidades heterogéneas, como son cuerpo y alma, en el sentido de la filosofía y cultura griegas; y mucho menos podría estar formado por tres sustancias tan distintas como serían espíritu, alma y cuerpo, consideradas, también, estas tres entidades desde el pensamiento y concepto helenísticos.

Como se probó en lo que antecede, el ser humano es un cuerpo vivo o alma viviente, es una unidad psicósomática, llamada “carne” en la Biblia (Gn. 6:3; Jn. 3:6; Ro. 8:5; etc.), y que designa al “hombre natural” (1 Co. 2:14; etc.), también llamado psíquico o anímico; y él es así desde que nace hasta que se convierte a Dios, mediante la regeneración producida por el Espíritu Santo; lo que le transforma en el hombre o ser humano espiritual (Jn. 3:3; Tito 3:4-5), u hombre nuevo de la nueva creación (Ef. 4:22-30; cf. Col. 3:1-14), siendo su cuerpo templo del Espíritu Santo (1 Co. 3:16; 6:19; 2 Co. 6:16) en el que mora Dios, y vive Cristo en él (Gá. 2:20).

Antes de seguir, veamos, ahora, unos párrafos, que vienen a colación, y que corresponden a los dos autores diferentes que he venido citando hasta aquí, y que interpretan la Biblia de la misma manera, la cual, este servidor, también comparte con ellos:

“[...] Adán es un hombre terrestre, carnal, psíquico, del que procedemos todos los hombres. Este Adán ha sido infiel y ha perdido la "imagen de Dios." [...] (Enrique Dussel) (79)

“[...] El hombre *carnal* es primero, pero sólo el hombre *espiritual* tiene definitiva salvación.” (Enrique Dussel) (80)

“Según la enseñanza bíblica, el alma no es una parte del ser humano, por el contrario, designa simplemente al hombre entero, incluido el cuerpo. Así el término alma designa la vida humana o al hombre vivo: “Quien quiera ganar su alma la perderá; pero quien pierda su alma por causa mía, la hallará” (Mt 16, 25). (Juan Aguirre) (81)

Así lo confirmó Jesucristo cuando, lapidariamente, dijo: “*Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*” (Jn. 3:6), que viene a significar que “Lo que nace de la carne es carnal; y lo que nace del Espíritu es espiritual”. Es decir, cuando se produce la regeneración del ser humano –su nuevo nacimiento por el Espíritu Santo–, la totalidad del hombre es transformada

en espíritu, no que Dios infunda un espíritu en su carne o mente, al modo de la filosofía griega. Y a partir de ese momento, Dios le pide que se santifique por completo, todo su ser: “*espíritu, alma y cuerpo*”, y que “*sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesús*” (1 Ts. 5:23).

Tengamos en cuenta que, antes de la conversión, el hombre era un cuerpo psíquico o “carne”, pero al recibir el nuevo nacimiento, como “**nueva criatura**” en Cristo (2 Co. 5:17) adquiere su condición o naturaleza espiritual, y recibe la vida espiritual; pero hasta su muerte física no puede dejar de ser “carne”, o cuerpo psíquico, porque esa es la naturaleza que obtuvo en su nacimiento físico. De ahí que el apóstol Pablo nos exhorte de la siguiente manera: “*Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. (10) Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia*” (Ro. 8:9-10).

¿Qué quiere decir Pablo, cuando dice que “el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia” (Ro. 8:9-10)?

En primer lugar, para entender la Palabra de Dios, necesitamos despojarnos de la concepción filosófica griega –común en nuestra cultura y tradición– del ser humano, que lo considera formado de cuerpo y alma; porque si no lo hacemos así, nunca vamos a entender la Biblia, ni al Apóstol.

Cuando Pablo nos dice que “*si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive...*”, no se está refiriendo al cuerpo humano de la concepción griega, sino al “cuerpo” de la antropología bíblica. Y desde esta perspectiva, “el cuerpo” no es una parte del hombre, sino que es el hombre mismo, el “hombre viejo”, es decir, la “carne”. Pero ¿realmente nuestro cuerpo está muerto a causa del pecado? La afirmación de Pablo será una realidad en nuestras vidas si verdaderamente Cristo vive en nosotros por Su Espíritu; porque entonces podremos decir junto al Apóstol, “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó así mismo por mí*” (Gá. 2:20).

Así pues, creer en Cristo supone “que hemos muerto al pecado” (Ro. 6:2) es decir, ya no vive mi yo carnal, el “hombre viejo” (Ef. 4:22,24; cf. Col. 3:3,5,9-10), que era pecaminoso, porque ahora “Cristo vive en mí” (Gá. 2:20), porque, ahora, mi cuerpo es templo del Espíritu Santo (1 Co. 3:16; 6:19), lo que me ha convertido en hombre espiritual, la “nueva criatura” en Cristo (2 Co. 5:17).

Todo esto es posible porque “**Cristo murió por nuestros pecados**” (1 Co. 15:2) en una cruz. Sin embargo, para que el “morir al pecado” o “despojarse del viejo hombre” (Ef. 4:22; cf. Col. 3:9) se hagan realidad en nuestras vidas, es preciso que seamos “*plantados juntamente con Cristo en la semejanza de su muerte, [para que] así también lo seremos en la de su resurrección*” (Ro. 6:5); “*se siembra cuerpo animal [o psíquico], resucitará cuerpo espiritual*” (1 Co. 15:44). Aunque estos textos se refieren especialmente a la resurrección del día de la segunda venida de Cristo, se aplican también a la transformación que se experimenta

cuando se pasa de ser cuerpo psíquico a cuerpo espiritual, pues es también una verdadera resurrección espiritual o nuevo nacimiento.

¿Cómo se consigue, pues, esa resurrección espiritual del “hombre natural” (1 Co. 2:14) –que es “carne” o “cuerpo psíquico” – que le convierte, o transforma, en “nuevo hombre” (Ef. 4:24) –hombre espiritual, “nueva criatura” en Cristo (2 Co. 5:17)? ¿Cómo pasamos de la teoría a la práctica en la vida cotidiana?

En primer lugar, cuando el Espíritu Santo nos convence “*de pecado, de justicia y de juicio*” (Jn. 16:9), –es decir, de que somos pecadores y reos de juicio de condenación, por lo que necesitamos revestirnos de la justicia que Dios otorga al creyente en Cristo (Ro. 3:21-26; cf. 2 Co. 5:21)–, no debemos endurecer nuestros corazones, sino obedecer a la Palabra de Dios que nos exhorta: “*Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. (39) Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare*” (Hch. 2:38-39).

En segundo lugar, debemos vivir en esa fe en Cristo, en su obra salvadora y redentora, y siendo coherentes con ella, trataremos siempre de ejercitar nuestra voluntad actuando de acuerdo a la Palabra de Dios: “*sabiendo esto, que **nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él** [Cristo], para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. (7) Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. (8) Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él*” (Ro. 6:6-8).

Debemos entender bien que, “*para que el cuerpo del pecado sea destruido*”, –reitero que Pablo no se está refiriendo al cuerpo de la filosofía griega, sino al hombre viejo pecaminoso, al ser humano carnal–, cuando creímos en Cristo, “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”; y al ejercitar diariamente esa fe, haremos morir o anular a nuestro viejo hombre –“el cuerpo de pecado”–.

Observemos que el Apóstol no está diciendo que debemos ser crucificados con Cristo, sino que, por Su muerte en la cruz, que es un hecho pasado, obtenemos el perdón de los pecados, la justificación ante Dios, y con ello la vida eterna. Y esto es posible, porque, cuando Cristo fue crucificado, todos los pecadores que, Dios, en Su presciencia, sabía que serían salvos, fueron –sus cuerpos de pecado, legalmente– crucificados con Cristo: “*Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; (15) y por todos murió, **para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.** (16) De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. (17) De modo que **si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas***” (2 Corintios 5:14-17).

Aunque Dios, “*de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas*” (Stgo. 1:18), y, además, “*es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad*” (Fil. 2:13),

Él no hará nada sin nuestro tácito consentimiento, y nunca coaccionará, ni impondrá Su voluntad soberana, de tal manera que coarte nuestro libre albedrío. Por eso la Palabra de Dios –que conjuga perfectamente la soberanía de Dios con la libertad humana– nos exhorta: *“ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”* (Fil. 2:12) 11); y, *“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. (12) **No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias;** (13) **ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia**”* (Ro. 6:11-13).

Con el nuevo nacimiento, la “carne” deja de ser esclava del pecado, porque el hombre nuevo –como hijo de Dios– es guiado por el Espíritu Santo (Ro. 8:14). Pero esa guía permite nuestra libre elección entre las distintas opciones que la vida nos presenta, y nunca nos coacciona; por eso debemos dar siempre *“gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; (18) y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia”* (Ro. 6:17-18). Es decir, seguiremos venciendo a las tendencias de la carne, mientras permanezcamos fieles al Evangelio de la Gracia de Dios, a Cristo, al que “fuimos entregados”, porque así lo quisimos.

Porque ahora tenemos libertad de pecar y no pecar, pero se nos exhorta a seguir el camino de la santificación, al que todos hemos sido llamados: *“Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto **la santificación, y como fin, la vida eterna.** (23) Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Ro. 6:22-23). Y **se nos vuelve a advertir**: *“porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis”* (Ro. 8:13), **y nuevamente**: *“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. (17) Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis”* (Gálatas 5:16-17). *“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. (25) Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”* Gálatas 5:24,25).

Ciertamente, Cristo obtuvo la victoria sobre el pecado, la muerte, y el diablo, y nos apropiamos de Su victoria, mediante la fe en Él. Y desde ese momento, ya somos una nueva criatura en Cristo, es decir, el hombre viejo ha muerto, y ha nacido el hombre nuevo, porque nuestro *“viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. (7) Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. (8) Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él”* (Ro. 6:6-8).

Sin embargo, todo eso fue la obra de Dios en nuestras vidas, y ahora, es cuando empieza nuestra colaboración con Dios, ejerciendo diariamente esa voluntad libre, que corresponde al hombre espiritual guiado por el Espíritu de Dios. Y esto se consigue obedeciendo a la palabra de Dios y al Espíritu Santo. Por eso se

nos exhorta a: **“despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, (24) y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.** (Ef. 4:22-24; cf. Col. 3:).

Esta debe ser nuestra obra diaria en colaboración con Dios. Pero sería bueno leer los textos citados en su contexto, y meditar en ellos, porque son muy clarificadores y señalan el camino de santidad de todo cristiano verdadero. Leámoslos:

Efesios 4:17-32 Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, (18) teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; (19) los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza. (20) Mas vosotros no habéis aprendido así a Cristo, (21) si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. (22) **En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, (24) y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.** (25) Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. (26) Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, (27) ni deis lugar al diablo. (28) El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. (29) Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. (30) Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. (31) Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. (32) Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

Volviendo a la pregunta inicial, ¿qué quiere decir el apóstol Pablo cuando hace una oración para que **“el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”** (1 Ts. 5:23)?

¿Está quizá Pablo afirmando que “todo vuestro ser”, se compone de “espíritu, alma y cuerpo” al modo de la filosofía y cultura griegas?

En absoluto, porque sería contrario a las Sagradas Escrituras y al pensamiento del Apóstol, que es hebreo o judío de pura cepa, *“circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; (6) en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable. (7) Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo”* (Fil. 3:5-7).

¿Cómo explicamos, pues, su oración de arriba –**“todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo”**?

¿Quizá Pablo se ha dejado influenciar por la filosofía griega?

Eso sería imposible para el apóstol Pablo, por su condición de “hebreo de hebreos” (Fil. 3:5). Queda, pues, solo una explicación sencilla, si nos despojamos del peso y tremenda influencia de la cultura y tradición que nos han ofuscado durante tanto tiempo: san Pablo está dirigiéndose al creyente, cuyo ser total es cuerpo psíquico, o sea “carne” –esto es lo que tiene en común con el inconverso–, pero aquel se diferencia de éste, en que ha nacido de nuevo por el Espíritu Santo, ha sido transformado en “nueva criatura” (2 Co.5:17), en “nuevo hombre” (Ef. 4:24; cf. Col. 3:10), ser humano espiritual, *“hecho conforme a la imagen del que lo creó”* (Col. 3:9).

Por consiguiente, el ser humano no tiene un espíritu o un alma a la manera griega, sino que todo él, es un alma viviente, y cuando se convierte a Cristo es transformado por el nuevo nacimiento en un espíritu viviente, o nuevo hombre en Cristo. Recordemos las palabras de Cristo: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”* (Jn. 3:6).

A este respecto, es necesario no olvidar que el plan de Dios de salvación consiste en recrearnos a “la imagen de Su Hijo” (Ro. 8:29; cf. 2 Co. 3:18). Pues bien, todo el ser del creyente –espíritu, alma y cuerpo– es el “nuevo hombre”, “conforme a la imagen del que lo creó”, pero no deja de ser por ello, también cuerpo psíquico, por tanto, “la nueva criatura” en Cristo, recreada a la imagen del Hijo de Dios, tiene que ser santificada por entero, y guardada irreprochable hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, en sus tres dimensiones, las dos por el nacimiento físico –cuerpo psíquico– y la espiritual por el nuevo nacimiento.

Por tanto, una vez que Dios, *“de Su voluntad, nos hizo nacer por la Palabra de verdad”* (Stgo. 1:18; cf. 1 P. 1:23), es, entonces, cuando recibimos la vida espiritual, que libera a nuestra voluntad de la esclavitud del pecado (Ro. 6:16-18,22); de ahí, que *“ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna”* (Ro. 6:22). Es decir, la obra que correspondía solo a Dios ya terminó cuando nos dio el nuevo nacimiento, o sea, cuando recibimos la vida espiritual; pero, a partir de ese momento empieza nuestro camino de santidad –para dar como fruto nuestra “santificación”–, mediante nuestra obra de cooperación o colaboración con Él. Y nuestro obrar debe consistir en proseguir diariamente en el estudio y la obediencia de Su Palabra: *“Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas”* (Stgo 1:21); teniendo como objetivo “la vida eterna”.

“Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, para que el cuerpo de pecado sea destruido [o anulado], a fin de que no sirvamos más al pecado” (Ro. 6:6). Esto fue esencialmente obra de Dios, pero una vez recibida en nosotros la vida espiritual por el Espíritu Santo, empieza nuestra carrera como cristianos, que implica ejercer diariamente nuestra voluntad liberada, para “hacer morir lo terrenal” (Col. 3:1); que consiste en *“despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de*

vuestra mente, (24) y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:22-24; cf. Col. 3:9).

Debemos poder decir, como san Pablo, *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20).* Pero sigamos reflexionando con los siguientes textos del mismo Apóstol:

Colosenses 3:1-25: (5) Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; (6) cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, (7) en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. (8) Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. (9) **No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre^(B) con sus hechos, (lo) y revestido del nuevo,^(C) el cual conforme a la imagen del que lo creó^(D) se va renovando hasta el conocimiento pleno,** (11) donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. (12) Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; (13) soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros^(E) si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. (14) Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. (15) Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. (16) La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. (17) Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

El Apóstol sigue exhortándonos a que comprobemos si obramos en armonía con nuestra creencia: *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. (2) **Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.** (3) Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (4) Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3:1-4).* Es decir, si verdaderamente obramos como cristianos, tenemos que “hacer morir lo terrenal” (Col. 3:5), buscar “las cosas de arriba”, y ser conscientes que “nuestro viejo hombre ya fue crucificado juntamente con Cristo” (Ro. 6:6). Por tanto, *“hemos muerto, y vuestra/nuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3);* pero también hemos resucitado con Cristo. Si mi vida está en Cristo, también puedo decir: *“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Fil. 1:21).*

Se trata solo de vivir en coherencia con nuestra fe y en armonía con la guía del Espíritu Santo, porque Dios ya nos da Su poder para vencer diariamente si se lo pedimos. Para llevar a la práctica todo lo que hemos aprendido es necesario que leamos una y otra vez los siguientes textos y dejarnos persuadir de la Palabra de Dios, mediante el poder del Espíritu Santo. Reflexionemos de nuevo:

Si así lo hacemos, es decir, si vivimos en obediencia y coherencia a la Palabra de Dios, podremos decir lo mismo que el apóstol Pablo: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”* (Gá. 2:20). Porque entonces “ya no vivo yo” –el hombre viejo, la “carne”– sino que “vive Cristo en mí” carne, porque ahora “somos templo del Dios viviente” (2 Co. 6:16; cf. 1 Co. 6:9-20). *“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”* (1 Co. 6:19-20)

1 Corintios 6:19-20: ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? (20) Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.

Por todo esto debemos ser agradecidos a Dios: *“Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús”* (1 Ts. 5:18).

2 Tesalonicenses 2:13-17: Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, (14) a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. (15) Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra. (16) Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, (17) conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra.

Apéndice 1

1. El insoluble problema filosófico de la unión cuerpo-alma

En los capítulos anteriores hemos podido comprobar que las Sagradas Escrituras conciben al hombre como un ser unitario, una unidad psicosomática, un “alma viviente” (Gn. 2:7; cf. 1 Co. 15:45). Sin embargo, la idea de que el ser humano es un compuesto de cuerpo y alma procede de la filosofía; y es totalmente ajena a la Palabra de Dios. Los filósofos de ninguna época han sido capaces de explicar cómo una sustancia material como es el cuerpo puede unirse con una sustancia inmaterial que es el alma, para formar la unidad sustancial que es el hombre.

En el presente apéndice veremos los problemas filosóficos derivados de concebir al hombre como un compuesto de cuerpo y alma, la unión de dos sustancias o entidades heterogéneas, una material y otra espiritual.

Aunque esta concepción antropológica del ser humano como compuesto de alma y cuerpo es antiquísima, en nuestra cultura helénica, proviene principalmente del gran filósofo griego Platón (c. 427-347 a. C.) (82), y de sus seguidores neoplatónicos. Viene a propósito destacar su conocido concepto dualista radical del hombre: “Para Platón, el cuerpo es la cárcel del alma, y ésta aspira volver al mundo de las Ideas” (83). Él sostiene, por supuesto, que el alma humana es inmortal y que “está sometida a la *metempsicosis* o *reencarnación*. Platón toma esta concepción del orfismo pero la desarrolla de formas originales” (84). Es decir, para Platón, “el alma es nuestra parte divina...Fue creada antes que el cuerpo y es inmortal” (85), es decir, es preexistente al cuerpo humano.

La metempsicosis en el *Fedón*. Platón plantea que las almas se acostumbran de alguna manera a habitar el cuerpo. Cuando el cuerpo muere las almas vagan por los cementerios hasta que, impelidos por el deseo de lo corpóreo, se reencarnan en otro cuerpo humano o animal. Si el alma ha sido virtuosa en vida podrá optar a reencarnarse en el cuerpo de un animal manso o en el de una persona justa”. (86)

“Las ideas de los presocráticos sobre el alma quedaron eliminadas por la gran especulación de Platón. Influido por filosofías orientales, por los órficos y por los pitagóricos, defendió un dualismo radical entre alma y cuerpo. El alma era de origen divino, simple, espiritual, única, inmortal, venida al cuerpo como castigo por un pecado y encarcelada en él (Diálogos *República* y *Fedro*). Sólo mediante la ascesis intelectual puede purificarse, ascender dialécticamente de lo sensible a lo inteligible, hasta el recuerdo de las ideas que contempló felizmente en otra vida y que volverá a contemplar cuando se encuentre liberada del todo (*Fedón*). El alma tiene tres

partes o, al menos tres funciones distintas, *racional, irascible y concupiscible (República)*. Es adecuadamente distinta del cuerpo y sólo está accidentalmente unida a él como el piloto en la nave o el auriga en el carro (*Fedro*). Esta concepción se despliega sobre el trasfondo de un dualismo general entre materia y espíritu, entre el mundo corpóreo sin más valor que el aparential y el mundo ideal, espiritual, inmutable y eterno de las esencias. El cuerpo humano pertenece al mundo aparential de la materia; el alma al mundo eterno de las esencias”

Aristóteles, con más sentido realista, intentó superar el dualismo platónico alma-cuerpo. El hombre es una única realidad, una única naturaleza en la que el cuerpo es la materia y el alma la forma. La forma, el alma, es el principio determinante del hombre en cuanto tal. El alma queda definida así con una definición ya clásica: «*Anima autem id est quo vivimus et quo sentimus ac intelligimus primo*». (El alma es aquello por lo cual radicalmente vivimos, sentimos y entendemos). El alma es, pues, el principio que convierte al cuerpo en cuerpo humano, en hombre con todas sus cualidades específicas. El cuerpo sólo por el alma es un cuerpo humano, vivo dotado de movimiento, de capacidad de sentir y de entender. **El hombre, pues, no consta de cuerpo y alma, como dos entidades distintas, sino que es un cuerpo material cuya forma o principio determinante es el alma, en una perfecta unidad.** En realidad, esta noción de alma, como forma del ser vivo, es aplicable también a las plantas, en cuanto que ellas también viven, y a los animales en cuanto que viven y sienten. El principio vital radical por el que las plantas asimilan, se autoforman y se reproducen, el principio vital radical por el que los animales además sienten, es lo que se llama, siguiendo la terminología aristotélica, el «alma» de los vegetales y el «alma» de los animales. En el hombre el alma además de alma (*psiqué*) es espíritu (*nous, pneuma*), un principio de ser y de obrar superior e inmaterial, cualitativamente distinto de la materia, como veremos después, capaz de entender y de libertad que sin embargo anima y vivifica también todas las funciones corporales del hombre. El alma humana es así principio de vida espiritual y corporal.

En el pueblo hebreo no existía la concepción dualista del hombre. La palabra hebrea *nefesh* que se tradujo por *psiqué*, significa sencillamente la vida o fuerza vital”. (Párrafos citados del libro “Antropología filosófica”, p. 244-245) (El enfatizado en negrilla no está en el original) (87)

Aristóteles (Estagira, 384 a. C. - 322 a. C.) (88), aunque discípulo de Platón, elaboró una teoría original, llamada *hilemórfica* o *hylemórfica*, con la que se apartaba del dualismo de su maestro: “El alma es la forma del cuerpo....Alma y cuerpo no son dos sustancias distintas, sino que son dos componentes de una única sustancia. Por definición, entonces, Aristóteles no podrá sostener que el alma es inmortal, pero sí que hay una parte del alma que sobrevive a la muerte” (89).

“Aristóteles fue discípulo de Platón pero su potencia intelectual le llevó a disentir del maestro en muchos temas y a construir una filosofía con no pocas influencias platónicas pero absolutamente original. Así sucedió también en la Antropología. [...] para Aristóteles alma y cuerpo se unen substancialmente como dos naturalezas incompletas, como materia (*ylé*) y forma (*topcprl*), en una sola naturaleza. Desaparece el dualismo platónico. El alma, o forma del cuerpo, es el principio esencial que da a la materia el ser cuerpo humano vivo” (90). p.53

Llegado a este punto, se hace necesario hablar de santo Tomás de Aquino (1225-1274), en primer lugar, porque es “la figura indiscutidamente cumbre del pensamiento medieval cristiano” (91), y en segundo lugar, porque “se inspira fundamentalmente en Aristóteles pero sintetizado con la antropología cristiana” (92).

El autor, Carlos Valverde, en su libro *Antropología filosófica*, del que he entresacado la mayoría de citas para este primer apéndice, describe y resume admirablemente el pensamiento de Santo Tomás de Aquino sobre esta cuestión del ser humano:

“[...] El hombre es un ser situado en las fronteras de lo material y de lo espiritual porque es un ser en el que dos sustancias incompletas, cuerpo y alma, se funden para formar una naturaleza completa, singular, un *suppositum rationale*. Resume en sí todas las perfecciones de los seres sensibles y los eleva, por la forma espiritual, hacia una mayor semejanza con Dios. Por ello, ocupa el puesto más alto y noble en toda la creación. Sin embargo, el alma humana ocupa el ínfimo lugar entre los seres espirituales en cuanto que tiene que valerse de la materia para el conocimiento, al menos para el conocimiento inicial.

El alma, por su naturaleza simple y espiritual, no puede ser originada por ninguna potencia material sino únicamente creada en su mismo ser, pero crear, es decir, poner en la existencia un ser es propio sólo de Dios. El alma no preexiste al cuerpo. [...] El alma humana es sustancia incompleta destinada a formar con el cuerpo una única naturaleza o principio de acción. Por eso, en cierto sentido, el hombre es más digno que el alma en cuanto que es más completo. **Sólo el hombre es persona, no lo es el alma de por sí, aunque pueda subsistir con independencia del cuerpo. El alma es forma substancial y forma única y total del cuerpo, por eso está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes. Por eso también es el único principio de toda vida humana**”. (93) p.54

“[...] El alma es creada por Dios, piensa santo Tomás, infundida en el organismo como sustancia incompleta, constituye con el cuerpo una única sustancia completa, es *forma unica corporis*; es inmaterial e inmortal, **puede existir independientemente del cuerpo**; es el principio vital del hombre y le hace capaz de actos espirituales intrínsecamente independientes de la materia”. (94) (El enfatizado en negrilla no está en el original) (p.246)

Es muy fácil decir que el alma es inmortal, desde la filosofía, pero otra cosa muy distinta es probarlo mediante las Sagradas Escrituras. Además, esta premisa – pensada por santo Tomás: Dios crea el alma y la infunde en el organismo humano como “sustancia incompleta”–, plantea serios e insolubles problemas, como, por ejemplo, los que enumero a continuación:

Primero, ¿cómo el alma –sustancia incompleta inmaterial o espiritual– puede unirse con el cuerpo material para formar una única sustancia completa?

Es decir, ¿cómo se realiza esa unión entre el alma y la materia para que pueda existir una verdadera unión sustancial entre dos sustancias incompletas tan distintas y heterogéneas, como son la una y la otra? Y que, además, de esa

unión derive la única sustancia completa que es el hombre. Si desde la filosofía se ha formulado esta importante cuestión, también la filosofía debería saber responderla, para que tuviera alguna credibilidad.

“Los escolásticos defendieron siempre que el alma es una sustancia incompleta y que sólo por la síntesis con el cuerpo forma una sustancia completa, un sujeto. Podemos decir, más concretamente, que alma y cuerpo son dos coprincipios de la *misma sustancia* que es la persona. Así desaparece todo dualismo radical que creaba innumerables e insolubles dificultades en los sistemas dualistas de Platón, Descartes, Spinoza, Leibniz o Malebranche, cuando se trataba de explicar la interacción cuerpo-alma, alma-cuerpo. Precisamente por esa unidad substancial, hemos repetido que no son los sentidos los que sienten, ni el entendimiento el que conoce, ni la voluntad la que decide, sino la persona entera. Por esa unidad, las condiciones fisiológicas pueden influir en la perfección o imperfección de los actos superiores, intelectuales o volitivos, en los estados de ánimo, etc. **Cómo sea, más en concreto, esa unión permanece en el ámbito de lo que no sabemos con exactitud y de lo que acaso no sepamos nunca. La última razón es que ignoramos qué es, en qué consiste, en última instancia, la materia y mucho más ignoramos qué es, en última instancia, el espíritu. De ahí que con razón podemos hablar del misterio del hombre y del misterio del ser**”. (p.257). (El enfatizado en negrilla no está en el original) (95)

Segundo, ¿cuándo y cómo infunde Dios el alma en cada ser humano? ¿En el momento de la concepción?

“Cada persona es engendrada por sus padres, pero el hecho desconcertante es el siguiente: Cuando un hombre y una mujer engendran un hijo realizan un acto puramente biológico, la fusión de una célula masculina con una célula femenina. Lo admirable es que de un acto biológico nace un ser que supera esencialmente todo lo biológico. Nace un ser espiritual, una persona. Este hecho ya nos está remitiendo a una causalidad distinta y superior”. (Pág. 273 de Antropología filosófica). (96)

Si aceptamos que Dios infunde el alma en el momento de la concepción, entonces “se afirma que los padres solo engendran el cuerpo del hijo y Dios el alma, como si cada uno diese el ser a una parte del hombre. **Los padres no serían padres del hijo sino del cuerpo del hijo.** El hombre tendría un ser doble, pero hemos dicho que el ser del alma es un «ser en el cuerpo». **Además, si el alma viene de fuera del cuerpo, esto supondría que, al menos un instante, el alma habría tenido una existencia independiente del cuerpo y el cuerpo una existencia sin alma.** Pero Dios no actúa desde fuera del mundo ni puede existir cuerpo *humano* sin alma. No parece que se pueda aceptar una preexistencia del alma aunque fuese momentáneamente”. (97)

(Lo enfatizado no está en el original) (pág. 272 de Antropología y Pág. 30-31, Cap. VII. Unidad y dualidad).

Hasta aquí se nos han hecho evidentes, en primer lugar, los problemas derivados de considerar al ser humano como el resultado de la unión de dos sustancias incompletas tan heterogéneas, por ser una, el cuerpo –material– y otra, el alma –espiritual–. Y, en segundo lugar, las dificultades se acrecientan hasta hacerse insuperables cuando tratamos de dilucidar el origen del alma humana, que

estudiaremos más extensamente en el apéndice N.2. Finalmente, en tercer lugar, se plantea el problema de la pervivencia del alma; porque se cree que, con estas premisas filosóficas que conciben al ser humano un compuesto de alma y cuerpo, en la muerte se separa del cuerpo, y sigue viviendo en otra dimensión. Esto se abordará con detenimiento en el apéndice N. 3.

Tercero, ¿cómo puede el alma –una sustancia incompleta, que está sustancialmente unida al cuerpo, hasta el extremo de formar una única sustancia, la unidad psicosomática que es el hombre–, tener existencia o vida consciente, independientemente del cuerpo, cuando se separa del mismo por la muerte?

A continuación transcribo unos cuantos párrafos más, extraídos del mismo libro citado anteriormente, que explican que realmente “no hay dualismo entre alma y cuerpo, sino entre el principio de información que llamamos alma y la materia informada, **constituyendo ambas el cuerpo vivo que es el sujeto hombre**”. (98). Esto mismo se reafirma y confirma cuando se describe brillantemente la total y absoluta unión que existe entre las dos sustancias incompletas –alma y cuerpo– que componen al hombre: “Por eso, en rigor, tampoco es correcto decir «tengo un alma» o «tengo un cuerpo» sino «soy un alma-cuerpo». Es ociosa la pregunta ¿dónde está el alma?, porque el alma viva es lo que constituye el cuerpo vivo todo él” (99).

Puesto que los párrafos a los que me refería arriba me parecen muy importantes y esclarecedores, es mejor que los leamos en su contexto, porque parece que tratan de eliminar todo tipo de dualismo en el ser humano, ajustándose de esta manera al espíritu o sentir de la Biblia. Pero esto hace mucho más difícil seguir sosteniendo aún la pervivencia del alma, como una entidad autónoma y consciente, una vez que se ha separado del cuerpo por la muerte. Leamos y comprobemos dicho extremo por nosotros mismos.

[El alma] “Se trata de un principio puramente metafísico que no subsiste en sí como cosificado sino sólo en su función informante y definidora de la esencia, en cuanto fundamento unitario y primordial de toda la vida humana. Es, por tanto, aquello que constituye al hombre como tal en todo su ser, el supremo principio en su unidad y totalidad [...]. El alma espiritual en cuanto *forma corporis* es precisamente aquello que determina y fundamenta la *unidad esencial* de todo el hombre»” (100) Pág. 269

“El alma hace existir al cuerpo material como un cuerpo humano, como sustancia viva, no de manera efectiva sino formal, le confiere su organización, su unidad, sus múltiples actividades vegetativas, sensitivas, intelectuales, afectivas, ya que, contra lo que opinaba Avicbrón y la Escuela franciscana del siglo XIV, no existen en el hombre muchas formas sino sólo una con la que el hombre queda constituido en un todo unitario y en la formalidad de hombre.

Es evidente que el cuerpo humano está integrado por átomos, células, tejidos y sistemas complejíssimos con funciones específicas. Pues bien, lo que decimos es que esos componentes reales quedan como «sobreinformados» y asumidos en la unidad ontológica y operativa del ser humano uno. Por eso decimos también que es el alma la que, al establecer la estructura esencial y unitaria del ser humano,

posibilita que todos los actos sean actos de un único ser, de un único yo que se realiza en la historia de manera espiritual-personal. En sentido estricto, pues, no hay dualismo entre alma y cuerpo, sino entre el principio de información que llamamos alma y la materia informada, constituyendo ambas el cuerpo vivo que es el sujeto hombre. Por eso, en rigor, tampoco es correcto decir «tengo un alma» o «tengo un cuerpo» sino «soy un alma-cuerpo». Es ociosa la pregunta ¿dónde está el alma?, porque el alma viva es lo que constituye el cuerpo vivo todo él.

En esta perspectiva hylemórfica se explican perfectamente las tentativas, verdaderamente interesantes, de la medicina y la psiquiatra contemporánea que investigan los nexos íntimos que existen entre trastornos psíquicos y perturbaciones somáticas y viceversa. Alguien ha observado que la ciencia médica actual ha venido a reconciliarse con la Antropología de santo Tomás". (101) (p.270)

"[...] Se llama dualismo a la concepción de alma y cuerpo como dos substancias completas y adecuadamente distintas (Platón, Descartes). Pero santo Tomás ha hecho ver que el hombre es un yo encarnado, carne animada o si se prefiere alma encarnada. El hombre entero es alma y a la vez cuerpo. Como veremos más adelante, el cuerpo humano es la expresión del alma hacia el mundo sensible y hacia el mundo histórico. El hombre no es ni sólo cuerpo ni sólo alma. Tampoco cuerpo más alma. Es todo entero y al mismo tiempo lo uno y lo otro, alma y cuerpo. Cuando vemos a alguien no vemos un cuerpo sino una persona. (102) (p.271).

¿Nos damos cuenta ahora que cuando nos apartamos de las claras enseñanzas de la Biblia y nos metemos en complejas filosofías, fácilmente caemos en el error y nos podemos perder en esa maraña de diversas teorías?

En el siguiente apéndice N. 2, trataré del espinoso problema del origen del alma o ser humano.

Apéndice 2

El origen del alma o ser humano

Traducianismo/generacionismo vs. Creacionismo

1. ¿El aliento de vida que Dios sopló en la nariz de Adán (Gn. 2:7) es el alma o el espíritu o es algo distinto de los dos términos anteriores?

Responder a esta cuestión es fundamental para interpretar correctamente el versículo 7 del capítulo 2 del primer libro de la Biblia, el Génesis; porque este texto es clave para comprender lo que es el hombre, y, con ello, qué es el alma, sobre la que tanto se ha escrito en todas las épocas, pero casi siempre para caer en el dualismo de creer que el ser humano es un compuesto de alma –lo espiritual– y cuerpo –lo material–, por la gran influencia de la cultura y filosofía griegas.

A fin de comprender mejor el sentido del texto clave de Génesis 2:7, lo vuelvo a presentar aquí de la misma manera que lo hice en capítulo 2 de este libro, escogiendo las siguientes cuatro versiones de la Biblia: Reina-Valera, 1960 (RV 1960), La Biblia Textual (BTX), Sagrada Biblia-Versión de la LXX al español por Guillermo Jünemann (Jünemann) y Sagrada Biblia- Nacar Colunga-1994 (N-C):

Génesis 2:7 (RV, 1960): Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.

Génesis 2:7 (BTX): Entonces YHVH Elohim modeló al hombre de la tierra roja, e insufló en sus narices aliento de vida. Y el hombre llegó a ser alma viviente.

Génesis 2:7 (Jünemann): Y plasmó Dios al hombre, polvo de la tierra. E inspiró en su faz soplo de vida, y vino a ser el hombre en alma viviente.

Génesis 2:7 (N-C): Formó Yahvé Elohim al hombre del polvo de la tierra y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado.

Obsérvese que el texto inspirado declara que Dios hizo al hombre –no su cuerpo– de “*polvo de la tierra*”; y, acto seguido, animó esa materia con Su “*aliento de vida*”. Es decir el Creador crea a la criatura humana, convirtiendo la materia en un “ser viviente” o “alma viviente”. Aunque Dios pudo haber creado al hombre simplemente mediante una orden suya, así como hizo con el resto de los seres vivientes (Gn. 1:20-21,24-25), eligió crearlo a partir del polvo de la tierra con un fin pedagógico, para enseñarnos que procedemos de la tierra, y que tenemos que volver a ella, “*pues polvo eres, y al polvo volverás*” (Gn. 3:19). Y con el propósito de que no nos ensoberbeczamos, y nos consideremos a nosotros mismos como dioses inmortales, para que seamos humildes y reconozcamos

que nuestra vida es efímera, y que le necesitamos a Él para que nos salve y nos dé vida eterna.

Al comparar Génesis 2:7 con el texto del Nuevo Testamento, directamente relacionado, que se encuentra en 1 Corintios 15:45, se confirma lo revelado en el Antiguo Testamento, de que el ser humano es un “alma viviente”. Comprobémoslo:

1 Corintios 15:45: Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.

De lo que antecede, en primer lugar, se puede deducir que el hombre creado por Dios no es un compuesto de “cuerpo” y “alma”, concepto que la cristiandad adoptó por la influencia de la cultura y filosofía griegas; sino que el hombre es un ser viviente unitario o alma viviente; es decir, según la Biblia, el alma es la totalidad del ser humano, es decir, la persona.

Por tanto, cuando hablamos del origen del alma, nos estamos refiriendo al origen del hombre entero, y no del alma considerada desde la filosofía como solo la parte espiritual del ser humano.

De la misma manera lo interpreta el ilustre y gran teólogo español Juan Luis Ruiz de la Peña, en su libro *Imagen de Dios*:

“No es extraño, pues, que *basar* y *nefes* [traducido del hebreo: “carne” y “alma”) se utilicen indistintamente para denotar al hombre entero, funcionando como sinónimos: Jb.14:22; Sal 16:9-10; 63:1; 84:2,3; etc. [...]” p. 22. (103)

“Esta constatación nos conduce a una conclusión importante: la pareja *basar-nefes* [“carne”-“alma”] no remite a partes o aspectos diversos de la estructura humana (como ocurre con el binomio cuerpo-alma) que se sumarían para dar como resultado el hombre entero. Cada uno de esos términos es expresión englobante de lo humano: **todo el hombre es (y no tiene) *basar*** [“carne”]; **todo el hombre es (y no tiene) *nefes*** [“alma”]. Con otras palabras: el hombre es unidad psicosomática, cuerpo animado y/o alma encarnada. **Todo ello quiere decir que al pensamiento antropológico bíblico le es ajena una concepción dualista o dicotómica**” p.23 (El enfatizado en negrilla y entre corchetes no están en el original) (104)

Y, en segundo lugar, lo que Dios sopló/insufló/inspiró sobre el primer hombre no es el alma, sino “aliento de vida”, lo que también es designado, en Génesis 6.17; 7:15,22, por “espíritu de vida”. En los citados textos, Dios dice que va a traer “*un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya ‘espíritu de vida’ debajo del cielo*” (Gn. 6:17; cf. 7:15). Y, por si quedaba alguna duda, Génesis 7:22, al describir la consumación del designio de Dios, registra: “*Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió*”.

La Sagrada Escritura enseña, pues, que el “aliento de vida” o “espíritu de vida” (hebr.: *ruaj*, gr.: *pneuma*) es el que da vida a la materia, como se ha podido comprobar. El alma (hebr; *nefesh*; gr.: *psujé*) es el hombre completo, resultado

de la vida que Dios dio a la materia. Por eso, “*el cuerpo sin espíritu está muerto*” (Stgo. 2:26), porque, según dijo Jesús, “*El espíritu es el que da vida*” (Jn. 6:63).

Igualmente, inserto unos párrafos del mismo libro y autor citados arriba, para corroborar mi interpretación (en adelante: **el enfatizado en negrilla no está en el original**):

[Con referencia a Génesis 2:7] “Una vez que el autor [del libro de Génesis] nos ha hablado de una tierra a la espera de aquel [el primer hombre] que ha de darle sentido con su actividad, procede sin más a narrarnos su aparición: «formó Yahvé Dios al hombre con polvo del suelo e insufló en sus narices aliento de vida y resultó el hombre un ser viviente». **La primera reflexión que nos dicta la lectura del verso [...] es que con él se confirma netamente el carácter unitario de la comprensión hebrea del ser humano. Lo que Dios «forma» del polvo no es el cuerpo, sino «el hombre». Lo que Dios «insufla» no es el alma, sino el «aliento» (*neshamah*), vocablo prácticamente sinónimo de *nefes*”. El resultado de esta operación en dos tiempos es el «ser viviente (*nefes hajja*). p. 30-31 (105)**

“Este modo de describir la acción creadora de Dios viene sugerido por un hecho de experiencia: al término de su vida, el hombre exhala el aliento y se convierte en polvo; **luego, en cuanto ser vivo, consta de estos dos elementos, polvo y aliento. La popularidad de esta representación esta atestiguada por varios pasajes escriturísticos**: «todos han salido del polvo y todos vuelven al polvo. ¿Quién sabe si el aliento de vida de los humanos asciende hacia arriba (una vez muertos)?» (Ec. 3:20-21); Yahvé «sabe de qué estamos plasmados, se acuerda de que somos polvo» (Sal 103:14); «les retiras el soplo y expiran y a su polvo retornan» (Sal 104:29). p.31 (106)

Es, pues, necesario reiterar que el citado “espíritu de vida” o “aliento de vida” no es el alma sino que es lo que proporciona vida a la materia inerte, en definitiva se trata del poder dador o creador de vida que solo Dios posee, mediante el cual ha dado vida a “toda carne” (comparemos Gn. 2:7 con Gn. 6:17; 7:15, 22). Otros textos en los que la Biblia se refiere al espíritu como fuente de la vida humana son Ezequiel 37:5,6 y Apocalipsis 11:11.

Ezequiel 37:5,6: Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: **He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis.** (6) Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, **y pondré en vosotros espíritu, y viviréis;** y sabréis que yo soy Jehová.

Apocalipsis 11:11: Pero después de tres días y medio **entró en ellos el espíritu de vida enviado por Dios, y se levantaron sobre sus pies,** y cayó gran temor sobre los que los vieron.

Por tanto, no debemos considerar, generalmente, alma y espíritu como dos términos equivalentes o sinónimos, porque el alma humana es la persona, el resultado de la acción del espíritu de vida de Dios sobre la materia.

Aunque en el capítulo 6 del presente libro me referí a los significados más importantes de la palabra “espíritu” que se usan en la Biblia, en el apartado

siguiente, seguiremos describiendo y profundizando en ellos, especialmente cuando el vocablo “espíritu” es aplicado al ser humano, o en relación con él mismo.

2. Significados del término espíritu en la Biblia cuando es aplicado al hombre. ¿Es el ser humano un compuesto de espíritu, alma y cuerpo?

A continuación cito del mismo libro de Ruiz de la Cuesta mencionado arriba, diversos usos de los términos “espíritu” [heb: *ruah*, gr: *pneuma*], “alma” [heb: *nefes*, gr: *psyché*] y “carne” [heb: *basar*, gr: *sarx*] en la Biblia:

“El término [espíritu] *pneuma* reviste en Pablo diversos significados, de acuerdo nuevamente con la polivalencia del hebreo *ruah*. Ante todo, y al igual que en el Antiguo Testamento, donde *nefes* y *ruah* son frecuentemente equivalentes, «Pablo puede usar *pneuma* en un sentido análogo a *psyché*»: así, en 1 Co 16:18 *pneuma* está por el pronombre personal, como en 2 Co 2:13 (compárese el «mi *pneuma* no tuvo punto de reposo» con la expresión sinónima de 2 Co 7:5: «no tuvo sosiego nuestra *sarx* [“carne”]»); en ambos textos, tanto *pneuma* como *sarx* son reducibles al pronombre personal). Lo mismo se diga del empleo de *pneuma* en las saluciones finales de Ga 6:18 y Flp 4:23: «que la gracia... sea con vuestro *pneuma*», esto es, con vosotros.

En un solo texto aparecen opuestos [cuerpo y espíritu] *soma* y *pneuma*: «yo..., ausente en cuanto al cuerpo, presente en cuanto al espíritu...» (1 Co. 5:3). El sentido es claro: aunque *físicamente* ausente, Pablo se hace intencionalmente *presente* para juzgar al miembro prevaricador de la comunidad. Esa presencia intencional equivale a la presencia personal del apóstol: «reunidos vosotros y mi *pneuma* (= y yo)...» (v.4)” p.72. (107)

- El espíritu como “aliento de vida”, fuente o principio de la vida, que ya hemos visto su aplicación anteriormente.

- El espíritu como don de Dios en contraposición a la "carne"

“Como ya ocurre con *ruah*, *pneuma* puede también denotar el espíritu comunicado por Dios, el don gracioso (el carisma) con que Dios distingue al hombre abierto al diálogo con Él: «a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu... Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que viene de Dios» (1 Co 2:10.12). p.72 (108)

“De esta última acepción de *pneuma* Pablo va a hacer un uso particularmente relevante en la típica contraposición *sarx-pneuma* [carne-espíritu]. La voz *sarx* (carne) significa ante todo, y como el hebreo *basar* (al que traduce comúnmente en los LXX), la naturaleza humana, el hombre en su condición nativa, la esfera de lo constitutivamente débil y caducable: Rm 6:19 («hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne»); cf. Rm 1:3; 4:1; 9:3; 1 Co 10:18; Ga 4:23,29, donde la fórmula «según la carne» {*katá sárka*), lejos de ostentar el

sentido peyorativo al que luego nos referiremos, alude a la descendencia biológica y a la consiguiente solidaridad con un grupo humano". P.72-73 (109)

- El espíritu como la nueva naturaleza que se alcanza en Cristo, el nuevo hombre de la nueva creación; que representa al hombre espiritual del nuevo orden –regenerado por el Espíritu Santo–, el cual se opone al hombre natural, anímico o carnal al que todos pertenecemos por nacimiento físico.

Con otras palabras, Ruiz de la Peña, en el libro citado antes, corrobora lo anterior, y, además, sobreabunda explicando detalladamente los significados que tiene la palabra “espíritu” (heb: *ruah*; gr: *pneuma*) en la Biblia, y cómo se debe interpretar cuando este término se aplica al hombre. Comprobémoslo:

“[...] El término *ruah* significa primeramente brisa, viento: Gn 3:8; Ex 10:13; Is 7:2; consiguientemente, significará la respiración (Gn 41:8) o incluso la vitalidad (Gn 45:27; Jue 15:19). Pero en la mayoría de los casos se usa para denotar el espíritu de Yahvé; en algunos casos menos, la comunicación que de ese espíritu hace Yahvé al hombre.

Se trata, por tanto, a diferencia de *nefes*, no ya del aliento inmanente al ser vivo, sino de una fuerza creadora o de un don divino específico: Jb 33:4; 34:14-15; Sal 33:6; 51:10-11; 104:29-30; Is 31:3 (obsérvese aquí el doble paralelismo “humano-carne / divino-espíritu”); Ez 11:19; 36:26-27. Estamos, en suma, ante «un concepto teoantropológico» **con el que se expresa una nueva dimensión del hombre: la de su apertura a Dios**, lo que hoy llamaríamos el carisma sobrenatural: Is 11:2; 1 S 10:10; 16:13; Nm 24:2. En esta línea, los profetas pueden ser llamados «los hombres del espíritu», en cuanto poseedores de un carisma distinguido: Nm 27:18; Os 9:7”. p.24 (110)

“La no rara contraposición *basar-ruah* [carne-espíritu] (Is 31:3) no reproduce la oposición dualista entre lo material y lo inmaterial; expresa más bien la dialéctica entre la finitud y limitación de la criatura y el poder omnímodo del Dios soberano y creador. El hombre, que en cuanto ser-en-sí es *nefes* [alma] o *basar* [carne], está consagrado a la caducidad y la impotencia, pero no es una entidad clausurada sobre sí o abierta solo en sentido horizontal. Es también lo verticalmente abierto, el ser capaz de sostener una relación dinámica con Dios, quien por la colación del *ruah* [espíritu] sostiene su precariedad connatural, apuntala su debilidad y posibilita el trascendimiento de la nativa condición *carnal* por la participación del don divino”. p.24-25 (111)

“Resumiendo: el hombre no es objeto en el Antiguo Testamento de una definición abstracta, esencialista o genérica, al estilo de las acuñadas por la tradición filosófica. Más bien se le describe como unidad psicosomática, dinámica, multidimensional, y como sujeto de una triple relación constitutiva: al mundo y a los demás seres vivos, con los que tiene de común el ser *carne* animada por un aliento propio o *nefes*; al semejante, que ha de ser visto como prolongación de su misma carne; al Dios que lo creó y cuyo *ruah* puede acoger en su estructura existencial. **En pocas palabras, el hombre: a) es *basar* [carne] en cuanto ser mundano, solidario de los demás seres, y particularmente de sus semejantes; b) es *nefes* [alma] en cuanto ser equipado con un dinamismo vital inmanente; c) participa del *ruah* [espíritu] en cuanto receptor del influjo carismático de Dios, que lo pone a su servicio y lo llama a un destino salvífico.**

De estas tres dimensiones significativas, la más importante cualitativamente es la tercera, en la que se plasma la decisiva relación Dios-hombre. El hecho de que Dios haya creado por la palabra implica que el creador espera de la criatura

una respuesta; el hombre es la criatura mediante la cual la creación responde *verbalmente* al creador. La creación del mundo por la palabra se va a prolongar en nuevas e incesantes palabras creativas. Y así, lo mismo que Dios «llamó» al pueblo a la existencia (Ex 19:3-6), de igual modo «llama» al hombre singular: Dt 6:4-9; 30:15-20. El ser humano vive literalmente de esa llamada y se mantiene en la existencia en la medida en que está a la escucha, perseverante y atento, de la palabra divina". p.25 (112)

“Sólo una vez aparece *psyché* junto a *soma*, en 1 Ts 5:23: «que todo vuestro ser, el espíritu (*pneûma*), el alma (*psyché*) y el cuerpo (*soma*) se conserve sin mancha...». **Esta enumeración del *pneûma*, la *psyché* y el *soma* no pretende sugerir una concepción tricotómica del hombre, como si éste se compusiera de tres elementos diversos; es un modo típicamente hebreo de designar a la persona en la totalidad de sus dimensiones.** Expresiones parecidas aparecen en Dt 6:5 («amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza»; cf. Mc 12:29-32); Sal 16:9-10 (en Dios descansan «el corazón», «las entrañas», «la carne», «el alma» del israelita piadoso); etc. P.71 (113)

Por tanto, es una interpretación totalmente errónea, basándose esencialmente en la primera epístola a los Tesalonicenses (5:23), afirmar, como algunos hacen, que el hombre tiene espíritu, alma y cuerpo; pues la Biblia no considera que en nosotros existan dos entidades o sustancias autónomas o independientes como serían el cuerpo y el alma en el sentido filosófico, y mucho menos sería posible que tuviéramos, además un espíritu. Por el contrario, el concepto bíblico no es que el hombre **tiene** espíritu, cuerpo y alma, sino que **es** a la vez espíritu, alma y cuerpo. Es decir, somos almas vivientes o cuerpos vivientes, y los que han nacido de nuevo son además espíritus, es decir, espirituales, pero no que tengan un espíritu, como algunos creen, porque eso es imposible bajo cualquier tipo de vista que se mire, biológico, filosófico o bíblico.

[...] En sentido estricto, pues, no hay dualismo entre alma y cuerpo, sino entre el principio de información que llamamos alma y la materia informada, constituyendo ambas el cuerpo vivo que es el sujeto hombre. Por eso, en rigor, tampoco es correcto decir «tengo un alma» o «tengo un cuerpo» sino «soy un alma-cuerpo». Es ociosa la pregunta ¿dónde está el alma?, porque el alma viva es lo que constituye el cuerpo vivo todo él. (p.270) (Carlos Valverde). (114)

“Cuán ajena resulte a Pablo en esta comprensión de *lo carnal* el esquema dicotómico del tipo cuerpo-alma, se pone de manifiesto en el hecho de que el apóstol use como sinónimos los adjetivos «carnal» (*sarkikós*) y «anímico» (*psychikós*) en 1 Co 2:14; 3:1; 15:44; *psychikós* es opuesto, no a lo *corpóreo* o *carnal*, sino a lo *espiritual*, es decir, a lo derivado de la esfera del Espíritu divino. El hombre psíquico, como el hombre carnal, es aquel que, privado de la relación vivificante con Dios y su Espíritu, conduce una existencia «animal», esto es, sólo dinamizada por sus fuerzas y recursos naturales, meramente terrenos y, en cuanto tales, limitados. p.74 (Ruiz de la Peña) (115)

“[...] *soma* [cuerpo] designa, por de pronto, al hombre entero: «por *soma* puede ser denotado el hombre, *la persona como totalidad*»; «el *soma* es la persona entera»; «para Pablo el *soma* no designa sólo una parte del hombre, sino el hombre visto desde un cierto aspecto»; **«la frecuente traducción del *soma* paulino por *persona*, *personalidad*, o incluso *individualidad*, se justifica por el hecho de que la palabra mienta siempre al hombre entero, no a una parte**». Se ha hecho proverbial la frase de Bultmann al respecto: «el hombre no *tiene* un *soma*, sino que es *soma*» p.74-75 (Ruiz de la Peña) (116)

El predicador y escritor Watchman Nee, de origen chino, fue el más destacado preconizador, promotor y acérrimo defensor de la teoría sofisticada y antibíblica que sostiene que el ser humano es un compuesto de “espíritu, alma y cuerpo”. Decir que “el espíritu se relaciona con el cuerpo por medio del alma” es hacer separaciones y divisiones dentro del ser unitario que es el hombre, y es un puro artificio. Y también creer que el alma y el espíritu tienen una realidad física, que podría ser “energética como un campo de energía, pero con forma y estructura”, es pura entelequia, es decir, imaginación. Esto prueba que cuando uno se separa de la Biblia se cae en infinidad de errores y abstracciones absurdas, que solo conducen a una mayor confusión.

Considerar que tenemos un alma como sustancia autónoma representa un gran problema, porque ello implica, en primer lugar, explicar su fusión con el cuerpo, y cómo podría ser independiente del mismo a pesar de ello. Y también debemos explicar su origen. Pero, si a lo anterior se le añade un “espíritu”, la naturaleza simple y unitaria del hombre se convierte en un artificio inexplicable, improbable, ilógico, antinatural, antibíblico, etc. Un total absurdo e increíble.

La visión antropológica o concepto del hombre que tiene el apóstol Pablo “es fundamentalmente el del Antiguo Testamento” (117)p.70. Así lo prueba y explica Ruiz de la Peña, en los siguientes párrafos extraídos de su libro citado antes, *La Imagen de Dios*:

“[...] La continuidad con el Antiguo Testamento se manifiesta en la expresión *pásá psyché*, que traduce literalmente al hebreo *kol nefes*, con el significado de «ser vivo» o, más concretamente, «ser humano»: Rm 2:9; 13:1. La equivalencia *psyché-nefes* se impone, por lo demás, en el uso paulino sin excepciones; *psyché* significa, como *nefes*, la fuerza vital propia de cada ser, el mismo ser y, en fin, el hombre o el pronombre personal. Rm 11:3 y 1 Co 15:45 citan respectivamente a 1 R 19:10 y a Gn 2:7; en Rm 16:4, 1 Ts 2:8 y Flp 2:30, la ecuación *psyché* = *vida* es palmaria; en 2 Co 12:15, el «vuestras almas» está evidentemente por el pronombre «vosotros». P. 70-71 (118)

“En resumen, *soma* [cuerpo] es el hombre incardinado en el espacio-tiempo (2 Co 5:6-10), solidario de los demás hombres (1 Co 6:15-16), portador de la imagen de Adán y capaz de reproducir la imagen de Cristo (1 Co 15:49), sometido

a la debilidad de su condición natural y llamado a una gloriosa transformación de su modo de existencia (1 Co 15:42-44, 50-53; Rm 8:11). Pablo, prolongando la tradición veterotestamentaria y remodelándola a sus nuevas necesidades, hace del concepto soma «la clave de bóveda» de su antropología, que le permite diseñar al hombre en las plurales dimensiones de su ser relacional, no como magnitud comprensible en su cerrada individualidad, sino siempre como lo co-implicado con Dios y con su prójimo. Dicho concepto, liberado de la connotación peyorativa que el apóstol asigna a la sarx [carne], deviene el más apto para significar las diversas vicisitudes por las que el sujeto humano atraviesa en su existencia personal y en su relación con Dios.

e) De cuanto antecede podemos extraer las conclusiones siguientes. **En Pablo las nociones antropológicas remiten siempre al hombre concebido como totalidad indivisible. Particularmente significativa al respecto es la ausencia de la contraposición alma-cuerpo como partes distintas y mutuamente separables del mismo yo, así como la importancia que cobra en Pablo el término soma.** Ese yo encarnado, unitario, es un ser relacional, que se logra o se malogra en su encuentro con el prójimo y con Dios; es un sujeto responsable, capaz de optar por la afirmación de sí mismo o por la apertura al Espíritu, que lo sustrae al ámbito de la sarx para introducirlo en una nueva esfera vital. p.77 (119)

“En ese caso, aun «viviendo en la carne», ya no vive «según la carne»; su «cuerpo viviente», que es ahora «templo del Espíritu», está llamado a transformarse en «cuerpo espiritual». El hombre-carne no tiene porvenir, subyace al imperio de la caducidad y de la muerte. El hombre-cuerpo, en cambio, puede anexionarse al «cuerpo de Cristo que es la Iglesia» y traspasar así su finitud nativa”. P.77-78 (120)

3. El origen del alma o ser humano

¿Infunde Dios el alma en cada ser humano en el momento de la concepción?

El origen del alma humana tal y como se concibe en la filosofía plantea varios problemas insolubles, que muy acertadamente destaca Carlos Valverde, en su magnífica obra: “Antropología filosófica”:

“Cada persona es engendrada por sus padres, pero el hecho desconcertante es el siguiente: Cuando un hombre y una mujer engendran un hijo realizan un acto puramente biológico, la fusión de una célula masculina con una célula femenina. Lo admirable es que de un acto biológico nace un ser que supera esencialmente todo lo biológico. Nace un ser espiritual, una persona. Este hecho ya nos está remitiendo a una causalidad distinta y superior”. (p.273 de Antropología filos. Carlos Valverde) (121)

Ese es el misterio de la vida, que se complica mucho más cuando se intenta resolverlo aceptando que Dios infunde el alma en el momento de la concepción, entonces ocurriría lo siguiente, según la obra citada arriba –*Antropología filosófica*, de Carlos Valverde–:

[Cuando se dice que Dios infunde el alma] “[...] se afirma que los padres solo engendran el cuerpo del hijo y Dios el alma, como si cada uno diese el ser a una parte del hombre. **Los padres no serían padres del hijo sino del cuerpo del hijo.** El hombre tendría un ser doble, pero hemos dicho que el ser del alma es un «ser en el cuerpo». **Además, si el alma viene de fuera del cuerpo, esto supondría que, al menos un instante, el alma habría tenido una existencia independiente del cuerpo y el cuerpo una existencia sin alma.** Pero Dios no actúa desde fuera del mundo ni puede existir cuerpo *humano* sin alma. No parece que se pueda aceptar una preexistencia del alma aunque fuese momentáneamente”. (p.272 de Antropología filosófica. Carlos Valverde). (122)

¿Nos damos cuenta ahora que cuando nos apartamos de las claras enseñanzas de la Biblia y nos metemos en complejas filosofías, nos podemos perder en esa maraña de diversas teorías?

Sin embargo, suponer que Dios infunde el alma a cada ser humano, conllevaría otra gran dificultad: ¿cómo explicaríamos entonces la herencia del pecado original? Porque si nuestra alma ha sido creada por Dios directamente entonces es perfecta y no tiene pecado; y Él no puede ser su autor.

¡Cuánto más sencillo y ajustado a la Palabra de Dios es creer que Adán fue creado con la capacidad de generar el ser humano entero! Y esto es muy factible y lógico que sea así, porque el hombre no es un compuesto de una sustancia material –el cuerpo– y de otra inmaterial o espiritual –el alma–, sino que, de acuerdo con la Biblia, es un ser unitario. Así lo confirma el teólogo J.L. Ruiz de la Peña:

“Se puede, en suma, decir, como decía la Biblia: el hombre es alma, el hombre es cuerpo. A condición, empero, de que, cuando decimos «alma», entendamos por ella no un espíritu puro, sino un coprincipio de la realidad humana, cuya razón de ser es la encarnación. Y que cuando decimos «cuerpo», lo estemos pensando como lo que es: una porción de materia animada, espiritualizada. Hablar del alma y del cuerpo separadamente es ceder a la imaginación que los yuxtapone y a la raíz helenista de nuestra mentalidad occidental que los escinde. Emplear aquí el verbo *tener* (yo *tengo* alma, *tengo* cuerpo) resulta, cuando menos, ambiguo, porque induce una objetivación del alma o el cuerpo que los distancia del sujeto de la frase”. p. 130-131 (123)

“Recapitulando: el hombre no es ni sólo cuerpo ni sólo alma. No es tampoco cuerpo más alma, al modo de dos entidades completas y meramente adosadas. Es «todo entero y al mismo tiempo lo uno y lo otro, alma y cuerpo. Mas el alma y el cuerpo no son idénticos entre sí». Nos resta, pues, indagar el contenido (no dualista, pero tampoco monista) adscribible a las proposiciones «el hombre es cuerpo», «el hombre es alma»” p.134 (124)

Por tanto, si aceptamos dicha premisa bíblica, es decir, que el hombre entero es generado por el hombre, se resolverían tres problemas simultáneamente:

Primero, puesto que el alma es el hombre entero, es éste el que engendra la totalidad del ser humano; no engendra solo el cuerpo –la parte material–, encargándose Dios de crear e infundir el alma o parte inmaterial. Ya hemos visto arriba, que los problemas que esta hipótesis crea son muchos más que los que resuelve.

Segundo, se comprendería de inmediato por qué todos los seres humanos nacen sin excepción con la herencia del pecado original; es decir, todos hemos heredado la condición caída de Adán, y por eso, no solo somos egoístas desde el mismo nacimiento, sino también incapaces de amar al prójimo, y mucho menos de reconocer y amar a Dios. Lo cual solo se consigue cuando se experimenta la conversión a Cristo o nuevo nacimiento, mediante la gracia de Dios.

De esta manera se explica perfectamente la herencia del pecado (Sal. 51:5; Ro. 5:12; 1 Co. 15:21,22):

Salmos 51:5: He aquí, en maldad he sido formado, Y en pecado me concibió mi madre.

Romanos 5:12: Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

1 Corintios 15:21-22: Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. (22) Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.

Tercero, puesto que el ser humano no está compuesto de partes, es totalmente inadmisibles pensar que cuando se produce su muerte, una parte de él –el alma– se separa y pervive eternamente, de forma consciente. Muere el hombre entero y resucitará el hombre entero en la venida gloriosa de Cristo (véase, p.e.: Lc.20:35-36; Jn.6:39,40,44; 11:23-26; 1 Co. 15: 22-23). La vida terrena tiene un

comienzo y un final la muerte, “*porque la paga del pecado es la muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*” (Ro. 6:23). La muerte, consecuencia de que “el pecado entró en el mundo por un hombre” (Ro. 5:12), nos corresponde a todos, puesto que “todos estamos bajo pecado” (Ro. 3:9-18,23); es el fin del periodo que Dios concede a cada ser humano, para que se desarrolle y se convierta a Él. Después de la muerte no habrá vida hasta “la resurrección en el día postrero” (Jn.6:39,40,44; 11:23-26); y “*El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte*” (Ap. 2:11). Luego no existe la inmortalidad del alma que siempre ha defendido la filosofía, pero sin prueba bíblica alguna que la apoye.

Viene a propósito volver a citar de la obra de Ruiz de la Peña:

“En una antropología dualista, *muerte* es la separación del alma (inmortal) y del cuerpo (mortal) o, con otras palabras, la liberación del alma, que continúa existiendo sin verse afectada por la muerte, puesto que es *inmortal por naturaleza*. Con tales premisas, la *resurrección* se admitirá, a lo sumo, por puro formalismo o escrúpulo dogmático, pero sin que signifique mucho más que la devolución al alma de un aditamento exterior, sin el que podría pasarse perfectamente. En suma, la categoría clave es aquí *inmortalidad*: literalmente, *no-muerte*, negación idealista de la letal gravedad del morir.

En una antropología unitaria, por el contrario, *muerte* es, según vimos, el fin del hombre entero. Si a ese hombre, a pesar de la muerte, se le promete un futuro, dicho futuro sólo puede pensarse adecuadamente como *resurrección*, a saber, como un recobrar la vida en todas sus dimensiones; por tanto, también en la corporeidad. Lo que aquí resulta problemático es el concepto de *inmortalidad*; habrá, pues, que precisar qué se entiende bajo tal concepto en la antropología cristiana y qué relación existe entre inmortalidad y resurrección. En todo caso, está claro que la categoría cristiana clave, en el contexto de la esperanza en una victoria sobre la muerte, es *resurrección*, no inmortalidad”. p.144 (125)

Ahora voy a terminar con el tema del origen del alma, que corresponde a este apéndice (N. 2). No obstante, en el siguiente apéndice (N. 3), aportaré más argumentos contra la falacia de la inmortalidad del alma.

Los primeros escritores cristianos creyeron que el alma de los padres engendraba el alma de los hijos.

Cito abajo de la obra *Antropología filosófica* de Carlos Valverde:

[...] algunos de los primeros escritores cristianos creyeron que el alma de los padres engendraba el alma de los hijos (traducianismo), así se explicaba mejor la transmisión del pecado original.

Entre los filósofos cristianos, **a partir del siglo XIII, se defiende el creacionismo:** el alma humana, puesto que no puede tener causa alguna material, tenemos que admitir que es creada y como nadie sino Dios tiene la potencia de crear, **hay que admitir que cada alma humana es inmediatamente creada por Dios.** Pero con esto no se acaban las dificultades porque no podemos menos de hacernos a continuación otra pregunta: ¿cuándo y cómo es creada el alma?” (P. 272) (126)

Esta doctrina llamada traducianismo o generacionismo se ajusta al espíritu de la Biblia.

El primer párrafo de la cita anterior afirma que esa doctrina la sostenían ya los primeros escritores cristianos. Sin embargo, el “creacionismo” defiende que Dios ha creado directamente todas las almas, y va infundiéndolas en cada embrión, en el momento de la concepción. Pero esta doctrina, que aparece “a partir del siglo XIII” (ver cita arriba) solo es apoyada por la tradición y filosofía cristiana.

El traducianismo o generacionismo, como vimos arriba, es la única doctrina que puede explicar la herencia del pecado, y, además, es bíblica, porque tiene los siguientes fundamentos en la Palabra de Dios:

Primero: Dios creó al hombre “varón y hembra” (Gn. 1:27; cf. 5.2); esto significa que la pareja humana forma una especie, así como los animales forman distintas especies, que se generan o derivan de las primeras parejas que Dios mandó que existieran en el principio de la creación. Dios es el creador y originador de las primeras especies o especies originales, pero una vez creadas por Él, todas nacen o proceden o derivan de las primeras que existieron, sin necesidad que Dios tuviera que intervenir en la creación de cada uno de los descendientes de las distintas especies.

Génesis 1:27: Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Génesis 5:2: Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron creados.

Segundo. Eva es “*madre de todos los vivientes*” (Gn. 3:20), y también es cierto que “*la mujer procede del varón*” (Gn. 2:21-23; cf. 1 Co. 11:8).

Génesis 3:20: Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes.

Génesis 5:1: Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo.

Génesis 2:21-23: Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. (22) Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. (23) Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.

1 Corintios 11:8: Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón.

Tercero. “*Adán...engendró un hijo a su imagen y semejanza conforme a su imagen...*” (Gn. 5:3).

Génesis 5:3: Y vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y llamó su nombre Set.

Es decir, él transmitió a su hijo la imagen y semejanza que había recibido directamente de Dios, sin que fuera necesario que Dios volviera a intervenir en

cada uno de los procesos de la concepción de los seres humanos. Cito, como complemento aclaratorio, unos párrafos de un artículo de Internet:

“El Traducianismo es la teoría de que un alma es generada por los padres biológicos junto con el cuerpo físico. El apoyo al Traducianismo es el siguiente: (A) En Génesis 2:7, Dios sopló en la nariz de Adán aliento de vida, haciendo que Adán fuera un “alma viviente”. En ninguna otra parte de la Escritura se dice que Dios ejecutara nuevamente esta acción. (B) Adán engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen (Génesis 5:3). Los descendientes de Adán parecían ser “almas vivientes” sin que Dios hubiera soplado sobre ellos. (C) Génesis 2:2-3 parece indicar que Dios cesó Su obra creadora. (D) El pecado de Adán afectó a todos los hombres – tanto física como espiritualmente – esto tiene sentido si alma y cuerpo proceden de los padres. La debilidad del Traducianismo es que no es claro el cómo un alma inmaterial pueda ser generada a través de un proceso enteramente físico. El Traducianismo sólo puede ser verdad si el cuerpo y el alma están íntimamente conectados.

[...] La debilidad del Creacionismo [doctrina que enseña que Dios infunde el alma a cada embrión humano en el momento de la concepción] es que presenta a Dios creando continuamente nuevas almas humanas, mientras que Génesis 2:2-3 indica que Dios cesó Su obra de creación. También, puesto que toda la existencia humana - cuerpo, alma, y espíritu - está infectada por el pecado y Dios crea un alma nueva para cada ser humano, ¿cómo es que esa alma está entonces infectada con el pecado?” (127)

Realmente, en el sentido bíblico no podemos hablar del origen del alma –la parte inmaterial del hombre en la concepción helénica– sino del ser humano entero, que es alma viviente.

A este respecto, viene a propósito volver a citar de la obra *Imagen de Dios* de Ruiz de la Peña:

“A la pregunta por el origen del hombre cabe, pues, responder de dos maneras: el hombre es efecto de una causalidad trascendente (creación); el hombre es efecto de una causalidad inmanente (evolución, generación). ¿Son compatibles ambas respuestas? Como acabamos de ver, **la *Humani Generis* apostaba por la compatibilidad**; más aún, formulaba concretamente tal compatibilidad según el modelo (que podríamos llamar «salomónico») del reparto de competencias: **la cuestión del origen del cuerpo es entregada a la jurisdicción de las ciencias, mientras que la fe se reserva el pronunciamiento sobre el origen del alma. Con otras palabras, la afirmación científica atañe a la parte corporal de la estructura humana; la afirmación creyente, a la parte espiritual.**

La glosa que acaba de ofrecerse de la solución propuesta por la encíclica de Pío XII es, admitámoslo, un tanto malévol, pero tiene la ventaja de alertar de inmediato acerca de sus limitaciones. **La primera y más obvia es que dicha solución no responde, en rigor, a la pregunta planteada. La pregunta versa, en efecto, sobre el origen del hombre; la encíclica, en cambio, nos habla del origen del cuerpo y del alma, no del hombre.** Con ello corre el riesgo de no satisfacer a ninguna de las dos afirmaciones antes reseñadas; la fe sostiene que el hombre — no el alma— es creación de Dios; el saber profano y el lenguaje ordinario estiman que el hombre —no el cuerpo— es hijo de sus padres o efecto del proceso evolutivo de hominización. **Añádase todavía que la interpretación propuesta por Pío XII no resulta fácilmente integrable en el dogma mariológico básico de la maternidad divina de María. María es madre de Dios en cuanto que es madre del hombre Jesús, que es personalmente Dios. Si fuese madre del cuerpo de Jesús, sería harto dudoso que se le pudiera reconocer la dignidad de madre de Dios.**” P.255 (128)

“La solución papal adolece, en suma, de un cierto dualismo antropológico (al menos al nivel de la terminología utilizada), no resuelve la cuestión planteada, que sustituye por otras cuestiones (del origen del hombre se pasa al origen de dos partes del hombre), y no da razón ni de la afirmación bíblica ni de la afirmación científica, habida cuenta de que ambas se refieren al hombre, no a uno u otro de sus componentes. Cuando Mivart la propuso, esta explicación podía ser útil para iniciar el diálogo entre la fe y las ciencias; un siglo más tarde resulta anacrónica y es escasamente operativa.

Un planteamiento correcto de la cuestión debe partir de uno de los datos básicos de la antropología bíblico-teológica: el hombre es unidad sustancial de espíritu y materia. Ambos principios, siendo esencialmente diversos, están intrínseca y mutuamente referidos, y ello significa que lo que se diga de cualquiera de los dos se dice, *eo ipso*, de la unidad sustancial por ellos constituida. **Si se dice que el cuerpo procede de una causa intramundana, se está diciendo lo mismo del hombre. Si se dice que el alma es creada por Dios, se está diciendo que el hombre es creado por Dios. Cuerpo y alma no existen por si mismos: existen en y por el hombre.**” P. 256 (129)

“Hasta aquí, la teoría general sobre el obrar creador de Dios en el mundo. Apliquémosla ahora a nuestro asunto. Dios y los padres —o los prehomínidos— son *causa* del hombre. No causa parcial; Dios crea al hombre entero, y los padres lo son del hombre entero. Ninguna de las dos concausas anula a la otra; ninguna basta por si misma de hecho; las dos terminan en el hombre entero, no en una parte del mismo”. P.257-258 (130)

“Nuestra cuestión es fundamental para la visión cristiana del hombre. Pues esa visión afirma su unidad en cuanto al origen: el hombre entero fue creado por el mismo y único Dios. Y afirma lo mismo en cuanto al fin: el hombre entero será salvado en su integridad psicosomática (resurrección) y no en la supervivencia fraccionaria de una de sus partes (inmortalidad del alma sola).” p.92-93 (131)

Todo lo que antecede prueba que el hombre es un ser unitario, por lo que no consta de partes que se separan cuando él muere; y aun partiendo del supuesto filosófico y no bíblico, de que el ser humano fuera un compuesto de cuerpo y alma, o cuerpo y espíritu, ninguna de las partes tendría autonomía o independencia para vivir otra vida de forma consciente; pues, la separación de las mismas produce la muerte del hombre entero, que **no volverá a vivir hasta el día postrero** cuando sea resucitado en la resurrección de los justos (Jn. 5:28-29; 6:39,40,44; etc.).

En el siguiente apéndice (N.3), desarrollo este tema que, aun dentro del cristianismo, suscita mucho debate y apasionamiento por parte de unos y otros, los que defienden que el alma es inmortal, y los que sostienen que es mortal; porque estos últimos creen que la esperanza del cristiano recae solo en la resurrección de los muertos **“en el día postrero”**, y no en la inmortalidad del alma. De ahí el título de este último apéndice: **Resurrección versus inmortalidad del alma.**

Apéndice 3

Resurrección versus inmortalidad

1. La Sagrada Escritura no habla de resurrección de los cuerpos sino de “resurrección de los muertos”

La afirmación del enunciado que encabeza esta sección es totalmente cierta y evidente, como se puede comprobar; porque la Biblia no concibe al ser humano formado por dos partes –cuerpo más alma– sino como una unidad psicosomática. Además, está en completa armonía no solo con el Antiguo Testamento, sino también con el Nuevo Testamento, tanto en los Evangelios como en las epístolas de san Pablo. En lo que sigue nos concentraremos mayormente en el pensamiento del Apóstol al respecto, porque fueron muchas las epístolas que escribió, e igualmente su actividad misionera fue muy extensa.

Cuando el apóstol Pablo estaba en Atenas, *“discutía en la sinagoga con los judíos y piadosos, y en la plaza cada día con los que concurrían. (18) Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección. (19) Y tomándole, le trajeron al Areópago, diciendo: ¿Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas? (20) Pues traes a nuestros oídos cosas extrañas. Queremos, pues, saber qué quiere decir esto”* (Hch. 17:17-20).

Eran muy curiosos los atenienses, *“Pero cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez”* (Hch. 17:32). Esto se debe a que antiguamente, y también en la Edad Media, e incluso en la Modernidad, al considerar al hombre constituido de dos partes –cuerpo y alma–, por la influencia helénica, se ha tendido a despreciar una parte –el cuerpo–, y sobrevalorar el alma, que consideraban lo único valioso del ser humano, porque creían que aquella era inmortal. Este es otro motivo por lo que en general se ha minusvalorado la resurrección, pensando que afectaba solo al cuerpo, cuando realmente la resurrección es del ser humano entero, y no solo del cuerpo.

A continuación inserto unos párrafos más abajo, de la obra *Imagen de Dios*, en los que el teólogo católico Juan Luis Ruiz de la Peña afirma que **“La muerte es el fin del hombre entero”** (p. 136), que refuerzan lo que estoy defendiendo en estas páginas.

“Nuestro teólogo [Gilberto de la Porrée] difiere también del concepto de persona manejado por Hugo de San Víctor: sólo el hombre, ese *quiddam tertium* que surge de la unión alma-cuerpo, es persona. El alma no lo es; es «parte de la persona»;

consiguientemente, tampoco lo es el alma separada. **La muerte, disolución de la unión en que el ser humano consistía, es realmente el fin del hombre; éste deja de ser tal. La resurrección lo será, pues, no del cuerpo, sino del hombre.** [...]”p.104 (132)

“La disputa entre las dos corrientes parece acceder así a un punto muerto. La concepción aristotélica del alma-forma *esencial* del cuerpo tiene la innegable ventaja de suministrar una segura base de sustentación a una visión del hombre como unidad psicofísica y, por ende, explica bien la fe resurreccionista. Pero tiene también un inconveniente: en cuanto forma del cuerpo, el alma aristotélica está demasiado ligada a la materia para no resultar afectada por la naturaleza y el destino de ésta: **no se ve cómo un alma-forma del cuerpo pueda ser espiritual y rebasar la mortalidad propia del mismo.**” p.104-105 (133)

“En suma, la doctrina platónica del alma ponía en peligro la unidad sustancial que el hombre es; la doctrina aristotélica de la unidad sustancial cuestionaba la espiritualidad e inmortalidad del alma. La filosofía griega planteaba, pues, un dilema espinoso: o se situaba al alma tan cerca de la divinidad que se desgarraba la unidad del hombre, o se la concebía tan internalizada en la materialidad corporal que se la hacía perecedera como el propio cuerpo.” p.105 (134)

“Lo que llamamos *cuerpo* no es sino la materia informada por el alma; no preexiste a esta función informante, ni coexiste con (o al margen de) ella; cuando, por tanto, mentamos el cuerpo, «estamos mentando el alma» (*Summa Theol.* 1,76,4 ad I); el cadáver, materia ya no informada por el alma, no es cuerpo humano.” (135)

“*Ser mortal.* La muerte desmundaniza y destemporaliza al hombre, le sustrae del ámbito espacio-temporal que lo constituía. **Lo cual quiere decir que la muerte es el fin del hombre entero.** Suponer que el sujeto del verbo *morir* es el cuerpo, no el hombre, equivale a ignorar que, según venimos diciendo, el hombre es cuerpo; la banalización de la muerte como fenómeno epidérmico, amén de chocar con la intuición que todos tenemos de su terribilidad, es una forma de regresión hacia **el dualismo antropológico**. La muerte ha de ser tomada en serio, porque el hombre es corpóreo, mundano y temporal y porque todas estas dimensiones constitutivas de su ser quedan radicalmente afectadas por ella.” p.136 (136)

Por ese mismo “dualismo antropológico” de influencia helénica, la mayoría de personas interpreta erróneamente al Apóstol, creyendo que cuando él habla del “cuerpo” se refiere solo a la parte material del hombre en esa concepción filosófica, cuando realmente san Pablo está designando al ser humano entero, porque él no se sujetaba a la tradición helénica, y menos a la cristiana, que en su tiempo concebía al hombre como lo que es, una unidad psicosomática. Citamos unos ejemplos para confirmarlo:

Romanos 7:24: ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este **cuerpo de muerte**?

Romanos 6:6: sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que **el cuerpo del pecado** sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.

Romanos 12:1-2: Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis **vuestros cuerpos** en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. (2) No os conforméis a este siglo, sino **transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento**, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

En los dos primeros textos transcritos arriba, tanto “cuerpo de muerte” (Ro. 7:24), como “cuerpo de pecado” (Ro. 6:6), se refieren al hombre entero, y significan igualmente nuestro ser carnal, nuestra naturaleza carnal, que todos poseemos, heredada de Adán, y que tiende al pecado. En absoluto la Biblia considera al cuerpo independientemente de la totalidad y unidad que el hombre es.

Con respecto a Romanos 12:1-2, viene a propósito repetir la explicación que di en el presente libro, ligeramente retocada, en el comienzo del Capítulo 3, titulado [¿Es el ser humano un compuesto de espíritu, alma y cuerpo?](#):

“Con la idea preconcebida que todos poseemos, procedente de nuestra cultura y filosofía griega, enseguida, nosotros pensamos que, el apóstol Pablo, en los versículos de arriba (Ro. 12:1), se estaba refiriendo solo a una parte del ser humano –el cuerpo–. Sin embargo, en la antropología bíblica, el cuerpo designa al ser humano entero. Esto se confirma en el versículo dos, cuando él nos exhorta a *“transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”* (v.2). Supuestamente el “entendimiento” no es una función del “cuerpo” según nuestros conceptos filosófico y cultural, sino del “alma”, entendida desde esa idea preconcebida. Pero nosotros decimos que esa función no es del cuerpo ni del alma, entendidos como separables sino del ser humano entero, que es una unidad psicosomática, indivisible en partes.

Notemos, además, que el Apóstol se dirige a “hermanos”, es decir, personas ya convertidas a Cristo, nacidas de nuevo por el Espíritu Santo, seres espirituales; pero, a pesar de ello, –puesto que nunca dejamos de ser “carne” en el sentido bíblico–, constantemente es necesario que, mientras permanezcamos en esta vida terrena,elijamos libremente proseguir evolucionando hacia completar esa transformación espiritual, mediante la renovación de nuestro entendimiento.

Aunque debemos dejar claro que esta condición o naturaleza espiritual no es una obra humana, sino obra de Dios, absolutamente un don de Su gracia. Sin embargo, a partir de esa condición de libertad, de la esclavitud del pecado, en Cristo, ya recibida por gracia, es cuando se nos pide que colaboremos con Dios: *“que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional”* (Ro. 12:1); y esto no corresponde solo a una parte del hombre –el cuerpo–, sino al ser entero, porque consiste en la *“renovación de vuestro entendimiento”*. Y, solo entonces, cuando obedecemos a Dios voluntariamente y colaboramos con Él, *“comprobaremos cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”*. (Ro. 12:2).

Se nos insta, pues, a que presentemos nuestros *“cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”*; –no olvidemos que “cuerpo” designa, la mayoría de las veces, en la Biblia, a la persona entera, la totalidad del ser humano, no una parte del mismo–; pues bien, este sacrificio, consiste, en que si somos de Cristo hemos de crucificar *“la carne con sus pasiones y deseos”* (Gá. 5:24) –recordemos que la “carne” es el hombre natural o anímico, que todos somos desde el nacimiento

físico—; y se nos reitera, una y otra vez: *“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”* (Gá. 5:16). *“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. (6) Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. (7) **Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; (8) y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”*** (Ro. 8:5-8).

Es decir, se nos exhorta –puesto que Dios ya nos ha concedido, con el nuevo nacimiento, la naturaleza espiritual– a colaborar con Él, a realizar nuestra parte, ejerciendo nuestra voluntad, para adquirir, día a día, la imagen de Cristo, que es asemejarse a la naturaleza espiritual que Él tiene como Hijo del Hombre, y que nos proporciona mediante el poder de Su Espíritu Santo. Esto es lo que significa *“transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”* (Ro. 12:2). Esta es la parte que a nosotros –los creyentes– nos corresponde hacer. Y, si obedecemos, el resultado será que Dios nos transformará en seres espirituales.” (137)

Esta concepción bíblica del hombre como ser unitario –que corresponde no solo al Antiguo Testamento sino también a todo el Nuevo Testamento, aunque ahora nos estamos refiriendo especialmente a la visión del apóstol Pablo– es confirmada también, entre otros muchos eruditos, por un gran teólogo, Juan Luis Ruiz de la Peña, en su obra *Imagen de Dios*, que por pertenecer al catolicismo, no puede suscitar reticencias de pensamiento sectario en sus concepciones bíblicas. Cito abajo varios párrafos muy clarificadores de dicha obra:

“Para el ámbito en el que surgen los escritos del Nuevo Testamento que nos interesan, **sigue siendo válida, en líneas generales, la constante antropológica hebrea del hombre-unidad psicosomática**. Sobre este extremo no se sabría insistir suficientemente; la mayoría de los especialistas lo subrayan con énfasis.” p.63 (138)

“En el momento en que se redactan los sinópticos y las cartas paulinas, la idea de un estado de «desencarnación», como eventual forma de existencia humana, no ha aparecido todavía en el judaísmo palestino; lo hará hacia los últimos años del siglo I. **Antes de esa fecha, el término *psyché* [alma] connota en las fuentes literarias judías rasgos corporales.**” p. 63-64 (139)

“Advertimos esto no para prejuzgar nuestra cuestión, sino para cuestionar la hipótesis (posible en principio) de un giro antropológico en el Nuevo Testamento, propiciado por supuestos avances de las concepciones judías de la época hacia una antropología helenista; **tales avances no son verificables**. Habrán de ser, pues, los propios textos neotestamentarios los que respondan por sí mismos a la cuestión.” p. 64 (139)

Los párrafos de arriba citados de Ruiz de la Peña, confirman que los escritos del Nuevo Testamento siguen, en líneas generales, **“la constante antropológica hebrea del hombre-unidad psicosomática”**. En las citas que transcribo a continuación, el mencionado autor analiza el término griego *psyché* [alma, vida] que aparece en el Nuevo Testamento en sustitución del hebreo *nefes* [alma, vida], “verificando que la equivalencia entre ambos términos es obvia e indiscutible”; lo cual él demuestra aportando argumentos, ejemplos y comparaciones entre diversos versículos del NT. Para mejor entendimiento del

lector, me permito transcribir los textos de la Biblia a los que el autor hace referencia en sus explicaciones de más abajo:

Marcos 8:35-37: Porque todo el que quiera salvar su vida (*psyché* = *nefes*), la perderá; y todo el que pierda su vida (*psyché* = *nefes*) por causa de mí y del evangelio, la salvará. (36) Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma (*psyché* = *nefes*)? (37) ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma (*psyché* = *nefes*)?

Mateo 16:25-27: Porque todo el que quiera salvar su vida (*psyché* = *nefes*), la perderá; y todo el que pierda su vida (*psyché* = *nefes*) por causa de mí, la hallará. (26) Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma (*psyché* = *nefes*)? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma (*psyché* = *nefes*)? (27) Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.

Lucas 9:24-25: Porque todo el que quiera salvar su vida (*psyché* = *nefes*), la perderá; y todo el que pierda su vida (*psyché* = *nefes*) por causa de mí, éste la salvará. (25) **Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo (*psyché* = *nefes*)?**

Mateo 10:39: El que halla su vida (*psyché* = *nefes*), la perderá; y el que pierde su vida (*psyché* = *nefes*) por causa de mí, la hallará.

Lucas 17:33: Todo el que procure salvar su vida (*psyché* = *nefes*), la perderá; y todo el que la pierda, la salvará.

Juan 12:25: El que ama su vida (*psyché* = *nefes*), la perderá; y el que aborrece su vida (*psyché* = *nefes*) en este mundo, para vida eterna la guardará.

“*Psyché* aparece 37 veces en los sinópticos. De ellas son muy frecuentes los lugares en que **la equivalencia *psyché-nefes* [gr.-heb: alma, vida]; es obvia e indiscutible; como ya hemos visto, tal equivalencia está avalada por el uso de los LXX** [Los Setenta autores que elaboraron la Septuaginta, traducción al griego de la Biblia hebrea]. Es importante al respecto el texto de Mc 8:35 (cf. Mt 16:25; Lc 9:24; Mt 10:39; Lc 17:33), que contiene una célebre sentencia (semejante a la que se encuentra en Jn 12:25): «quien quiera salvar su *psyché* la perderá; pero quien pierda su *psyché* por mí y por el evangelio, la salvará». **Aquí no se habla de dos modos de existencia, el terreno del ser humano encarnado y el celeste del alma desencarnada; se habla más bien de una vida (*psyché* = *nefes*) contemplada como unidad indivisible, que se logra o se malogra en la medida en que se acepte o se rechace el seguimiento de Jesús,** sin que se nos describa más precisamente en qué consiste la *sotería psychés*.” (141)

“[...] Mientras que Mc 8:35 y paralelos inculcan la necesidad de seguir a Jesús, Mc 8:36-37 (=Mt 16:26) resalta un axioma de la sabiduría popular: la vida es el bien supremo, vale más que los restantes bienes. En todo caso, la sinonimia *psyché-nefes* es puesta al descubierto por la versión de Lc 9:25, donde la *psyché* de Mc y Mt ha sido sustituida —probablemente en atención a los lectores griegos del tercer evangelio— por el pronombre reflexivo.

Los dos *logia* citados no suponen, pues, una antítesis alma-cuerpo; la antítesis gira en torno al doble sentido de la palabra «vida» {*psyché*}, que puede significar tanto el principio de la existencia terrena, la *vitalidad*, cuanto la salvación, la *vida* en su acepción plenaria, ofrecida a los que creen en Cristo. No es cuestión aquí del valor del alma inmortal, como se entendió a menudo, sino del valor de la obra salvífica de Cristo, único medio de que dispone el hombre para asegurarse la *vida*.” p. 65 (142)

“El uso veterotestamentario de significar al hombre entero con el término *nefes* se trasluce de nuevo en textos como Mc. 10:45 [“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”], donde Jesús se apropia el destino del Siervo de Yahvé (Is 53:11), consistente en la entrega de la *vida* en favor de «los muchos», y Mt 11:29 (quien toma sobre sí el yugo de Jesús encuentra descanso para su *vida*), que es un eco de Jr 6:16. En Mc 3:4 (Y les dijo: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla? Pero ellos callaban) (= Lc 6:9), «*psyché* significa, por sinécdoque, un hombre, una persona». En Lc. 12:16-20 (v.19: y diré a **mi alma**: **Alma**, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, **come, bebe**, regocíjate 20 Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte **tu alma**; y lo que has provisto, ¿de quién será?), *psyché* designa indistintamente el yo (v. 19) y la *vida* (v.20), remitiéndonos a expresiones hebreas características: **la nefes «come y bebe»** (Ec. 3:13) o **«es tomada»** (Jb 27:8; 31:30). Mt 26:38 (= Mc 14:34) evoca Sal 42:6, con *nefes* funcionando como pronombre personal. En fin, el cotejo de Lc 21:19 —«con vuestra perseverancia salvaréis *tás psychás hymôm*— y Mc 13:13 —«el que persevere hasta el fin, ése *foûtos*) se salvará»— **confirma de nuevo la equivalencia *psyché-nefes*, dado que *nefes* se usa comúnmente como pronombre personal.**” p. 65-66 (143)

“Podemos concluir que *psyché*, en el lenguaje de los sinópticos, recubre el significado de la palabra hebrea *nefes*, y no responde al concepto «alma» de una antropología «alma-cuerpo».” p. 66 (144)

Con los argumentos bíblicos citados arriba, Ruiz de la Peña concluye que, en los Evangelios, *psyché* [alma, vida] equivale a *nefes* [alma, vida], y **ambos términos, griego y hebreo, designan al hombre entero**, y de ninguna manera pueden utilizarse en el sentido filosófico de “contraposición dualista alma-cuerpo”. Él, también, nos da la clave de interpretación de los términos *psyché-sôma* [alma-cuerpo], tal como se combinan en Mateo 6:25 (cf. Mt. 6:31) y Lucas 12:22-23 (cf. Lc. 12:29), que, de primera impresión, pudieran designar cierto dualismo alma-cuerpo. Leamos los textos citados, y luego veremos su explicación.

Mateo 6:25: Por tanto os digo: No os afanáis por **vuestra *psyché* [alma, vida], qué habéis de comer o qué habéis de beber**; ni por vuestro ***sôma* [cuerpo], qué habéis de vestir**. ¿No es la *psyché* [alma, vida] más que el alimento, y el *sôma* [cuerpo] más que el vestido?

Mateo 6:31: [“**Vosotros**” no aparece pero está implícito] No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?

Lucas 12:22-23: Dijo luego a sus discípulos: Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis. (23) La vida es más que la comida, y el cuerpo que el vestido.

Lucas 12:29: **Vosotros**, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud.

Ruiz de la Peña evidencia que en “la primera parte del verso (Mt. 6:25), *sôma* [cuerpo] y *psyché* [alma, vida] significan lo mismo, [porque] señalan indistintamente al hombre entero; cumplen en suma una mera «función de pronombres reflexivos»” (145); como se demuestra al comparar Mateo 6.25 con Mateo 6:31, y sus homólogos de Lucas 12:22-23 con Lucas 12:29; pues cuerpo y alma de Mt. 6.25 y Lc. 12:22-23, son sustituidos en los textos relacionados de Mt 6:31 y Lc. 12:29, por el pronombre “**vosotros**”, que designa el hombre entero; porque “los verbos «comer», «vestir», que antes se habían repartido entre

psyché y *sôma* respectivamente, tienen por único sujeto el pronombre de primera persona” (146); es decir, tanto *sôma* [cuerpo] como *psyché* [alma, vida] significan lo mismo, porque a ambos términos se les han asignado funciones físicas: el cuerpo necesita el vestido, y el alma o la vida precisa comer y beber para sobrevivir. “Pero, añade, en la segunda mitad del verso ambos [parecen ser] usados de suerte que está subyacente el concepto de «cuerpo» en cuanto contradistinto de «alma»” (147). [Pero] “Contra esto puede objetarse que *psyché* hace una clara referencia a «la vida física», puesto que es relacionada directamente con los alimentos. Sería extraño, además, que el mismo término recibiera en la misma frase dos sentidos distintos.” (148).

Por tanto, se puede concluir que “el hombre entero es quien está en causa, tanto para alimentarse como para vestirse; «*alma* y *cuerpo* son aquí sólo dos aspectos de la persona biológica», uno de los cuales (el *alma*) es la dimensión interior, que necesita comer para vivir, y el otro (el *cuerpo*) la dimensión exterior, que precisa cubrirse con el vestido” (149).

En resumen: no pueden interpretarse, pues, los textos citados arriba como si tuvieran cierta contraposición dualista *alama-cuerpo*, al estilo helénico, por las razones y argumentos apuntados: **primero**, porque es lógico que *sôma* y *psyché* signifiquen lo mismo a lo largo de todo el verso (Mt. 6:25); **segundo**, porque los textos relacionados (Mt. 6:31 y Lc. 12:29), **el pronombre “vosotros” designa al hombre entero, que toma el lugar de *sôma* y *psyché***. Y en tercer lugar, “los verbos «comer», «vestir», que antes se habían repartido entre *psyché* y *sôma* respectivamente, tienen por único sujeto el pronombre de primera persona. Es decir, el hombre entero es quien está en causa, tanto para alimentarse como para vestirse; «*alma* y *cuerpo* son aquí sólo dos aspectos de la persona biológica», uno de los cuales (el *alma*) es la dimensión interior, que necesita comer para vivir, y el otro (el *cuerpo*) la dimensión exterior, que precisa cubrirse con el vestido” (150).

Otro pasaje de los Evangelios que los defensores de la inmortalidad del alma han esgrimido, interpretándolo a la manera helénica, y de forma sesgada y parcial, es el que el mismo autor analizará a continuación, porque reconoce: “el texto que presenta más dificultades a la interpretación que venimos proponiendo es Mt 10:28 (= Lc 12:4-5): «no temáis a los que matan el *sôma*, pero no pueden matar la *psyché*; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición *psyché* y *soma* en la gehena»” (151).

A fin de facilitar al lector mejor comprensión de dichos textos los transcribo abajo, usando la versión de la Biblia Reina-Valera, 1960:

Mateo 10:28: Y no temáis a los que matan el cuerpo [*sôma*], mas el alma [*psyché*] no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma [*psyché*] y el cuerpo [*sôma*], en el infierno [la gehena].

Lucas 12:4-5: Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. (5) Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed.

“Varios exegetas ven aquí un síntoma de que el pensamiento antropológico empieza a helenizarse; el alma inmortal, inasequible a la acción de los asesinos, continuaría viviendo una vez muerto el cuerpo”. (152); pero realmente, “[...] el texto opone el temor a Dios («el que puede perder alma y cuerpo en la gehenna») y el temor a los perseguidores (que sólo pueden «matar el cuerpo»); no se está argumentando «a partir de la naturaleza del cuerpo y del alma», sino sobre la base del poder ilimitado de Dios «y desde una perspectiva escatológica». Por tanto, se forzaría el texto si se pretendiese deducir de él indicaciones sobre la constitución ontológica del hombre. En todo caso, la segunda parte del verso, que contempla al hombre de la existencia posmortal como «psyché y soma», obliga a descartar la idea de que el v.28a se haya escrito pensando en un alma separada que sobreviva a la muerte del cuerpo” (153).

Evidentemente si el alma humana (vista desde el pensamiento helénico) fuese inmortal, ni siquiera Dios podría destruirla en la gehenna.

Ruiz de la Peña, antes de dar su interpretación al texto citado (Mt. 10:28), nos expone: “En varios pasajes de Mt *soma* designa al hombre entero. Así en 6:22-23, donde se pasa sin transición de *soma* —vv.22-23a— al pronombre personal —v.23b—. En 27:52-53 los «cuerpos de los santos» del v.52 son «los santos» del v.53, conjeturables tras el participio masculino —no neutro— *exelthontes*. En 5:29-30, la expresión «todo tu cuerpo» (*hólon tó soma soü*) equivale, según el paralelo de 18:8.9, al hombre entero.” (154)

“En cuanto al uso de *soma* en el relato de la última cena (Mt 26,26), Schweizer estima que «denota originariamente y ante todo el yo, la persona de Jesús»; se habría elegido este vocablo, y no *sarx* (que aparece en el discurso eucarístico de Jn 6,48ss.), porque *soma* «designa a menudo al hombre en trance de morir»” (155).

“Este significado de *soma* como denotativo del hombre entero asumiría el uso prevalente que del término hacen los LXX: «*soma* (en los LXX) denota al hombre en su aspecto global... (Con *soma*) siempre se designa al hombre como totalidad»; en este empleo «está ausente el uso griego para denotar los cuerpos inorgánicos... y falta también la comprensión de *soma* como organismo cerrado en si mismo... *Soma* designa al hombre en cuanto totalidad».” (156)

“Esta interpretación, en la que *psyché* y *soma* remitirían indistintamente al hombre entero, y no a dos componentes diversos, se confirma si se atiende al paralelo de Lc 12,4-5.

Lucas 12:4-5: Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. (5) Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed.

Efectivamente, el texto lucano deja caer el binomio *psyché-sóma*, reteniendo la expresión «matar el *soma*» y omitiendo la expresión paralela «matar la *psyché*», seguramente porque a los destinatarios de este evangelio, que entenderían por *psyché* el concepto helénico de *alma*, les sería sumamente difícil captar la idea original de la sentencia, al resultarles incomprensible el giro «matar el alma».” (157)

“e) Así pues, y volviendo a Mt 10:28, podríamos parafrasear la sentencia evangélica de la forma siguiente: el poder humano sólo es capaz de privar al hombre de su existencia terrena, de su ser temporal y mundano (*soma*), pero no puede quitarle la *vida* (*psyché*); en cambio, el poder de Dios abarca a la persona hasta sus últimas consecuencias; puede quitar al hombre la *vida* enviándolo a la gehenna o muerte eterna” (158).

“*Recapitulemos*: el examen del material sinóptico ha revalidado las advertencias hechas al comienzo de este apartado. No hemos descubierto ningún texto donde aparezca inequívocamente el esquema *sôma-psyché* en su acepción griega — componentes distintos del hombre entero. En los contados lugares que utilizan a la vez los dos términos, éstos revisten un significado diverso del que le otorga el esquema dicotómico helenista. Cuando *psyché* se emplea en solitario, tras el término reconocemos fácilmente el hebreo *nefes*. Algo semejante ocurre con *soma* usado aisladamente, que evoca el significado de *basar*, al que traduce corrientemente en la versión de los LXX.” (159)

Una vez hecho evidente que tanto *sôma* [cuerpo] como *psyché* [alma, vida], términos presentes en los Evangelios, no pueden interpretarse desde el pensamiento helénico sino desde el propio sentido de la Biblia entera, el citado autor, concluye también acerca de estos mismos vocablos, pero, en esta ocasión, refiriéndose a los escritos del apóstol Pablo, con las explicaciones que transcribo abajo:

“Falta, pues, en Pablo «la contraposición dualista alma-cuerpo». Más aún; Stacey y Schweizer han observado que resulta llamativo el que Pablo omita el vocablo *psyché* [alma] en pasajes donde, si la suya fuera una antropología de cuño helenista, su uso se revelaría ineludible; tal es el caso, por ejemplo, de 2 Co 5:1-5 y Flp 1:21-23, donde se trata del destino inmediatamente subsiguiente a la muerte del propio Pablo. **En 1 Co 15:29-32, el apóstol formula taxativamente la alternativa «o muerte o resurrección» y silencia por completo la tercera vía que podía representar la idea griega de la inmortalidad del alma. Ni siquiera más adelante, en los vv.35-49, cuando habla de la dialéctica continuidad-ruptura entre el hombre de la existencia temporal y el de la existencia resucitada, se menciona la *psyché*.** Ciertamente, en ninguno de estos casos puede tratarse de un olvido casual; más bien hay que pensar que aquí se está reflejando una posición deliberada, según la cual la voz *psyché* [alma] no desempeña ningún papel en la concepción paulina de la relación entre la vida presente y la futura. p.71 (160)

Los textos de 2 Corintios 5:1-5 y Filipenses 1:21-23 —“donde se trata del destino inmediatamente subsiguiente a la muerte del propio Pablo”— a los que se refiere Ruiz de la Peña arriba, han sido analizados y comentados por mí en este libro, en el capítulo 9, titulado *Solo hay vida eterna en Cristo*, en la séptima objeción. En cuanto a los textos de 1 Corintios 15 y otros similares, en que “el apóstol formula taxativamente la alternativa «o muerte o resurrección» y silencia por completo la tercera vía que podía representar la idea griega de la inmortalidad del alma”, los vuelvo también a citar y comentar en el epígrafe siguiente.

2. La Biblia no habla de inmortalidad del alma sino de resurrección de los muertos.

Tanto los católicos como los evangélicos que creen en la inmortalidad del alma caen en flagrante contradicción porque no fundamentan esta doctrina en las

Sagradas Escrituras, sino que la sostienen y defienden basados en los postulados de la filosofía, influenciados por la tradición cultural y religiosa.

No obstante, desde el punto de vista humano –no desde la Revelación de Dios– es comprensible que muchas personas crean y defiendan la inmortalidad del alma. **En primer lugar**, porque el ser humano, por lo general, no quisiera tener que morir algún día, o como dijo Salomón: “Dios ha puesto eternidad en el corazón de los hombres” (Ec. 3:11).

En segundo lugar, la razón por la que esta creencia está tan arraigada es porque desde siempre el hombre no ha acabado de creerse que la muerte –si no hubiera resurrección– es algo muy serio, porque es el final de la vida. Ya Platón, influido a su vez por el orfismo desarrolló la teoría de la inmortalidad del alma y de su preexistencia, etc., como ya hemos visto en el apéndice 1. A partir de él y de sus seguidores se fue desarrollando la idea en todo occidente. Más tarde, la mayoría de los Padres de la Iglesia se dejaron llevar por la fuerte influencia helénica reinante.

En tercer lugar, la inmortalidad del alma se ha enseñado en todos los catecismos católicos o protestantes. De ahí que son millones de personas que así lo han aprendido y creído ciegamente, sin detenerse a analizar por sí mismos lo que la Biblia revela. Realmente los que así piensan, no necesitan la resurrección en absoluto, incluso para ellos es un estorbo, porque si el alma se ha liberado del cuerpo, al morir éste, ¿qué necesidad hay de volver a encerrar el alma en un cuerpo, puesto que éste es como una cárcel? ¿Qué beneficio proporciona que el espíritu de un muerto vuelva a revestirse de carne, por la resurrección, si se es más libre sin el cuerpo?

En cuarto lugar, se prefiere la inmortalidad del alma, porque psicológicamente es más consolador pensar que, cuando uno muere, inmediatamente, su yo, o algo espiritual, que defina a la persona, va a vivir en otra dimensión –el Cielo, para los creyentes–; además, sin el estorbo de este cuerpo terrenal, que san Pablo llama “cuerpo de muerte” (Ro. 7:24), aunque él se refiere al hombre entero, como se verá más adelante.

Veamos a continuación lo que escribió Ruiz de la Peña en su libro *Imagen de Dios*, que vengo citando, sobre: **“El problema de la inmortalidad del alma”**:

“El problema de la inmortalidad del alma

Desde que Cullmann dio a luz su célebre opúsculo sobre el dilema inmortalidad-resurrección, son incontables los libros o artículos de exegetas y dogmáticos, tanto católicos como protestantes, que reproducen ese título u otro análogo. **La teología protestante de la primera mitad del presente siglo [XX] se opuso decididamente a la doctrina de la inmortalidad del alma, fundamentalmente por dos razones: porque, a su entender, no era bíblica, sino filosófica, y porque estaría en contradicción con la fe en la resurrección.** Barth añade un tercer motivo: declarando dogma de fe la inmortalidad del alma, la Iglesia católica ha canonizado una antropología dualista.” p.149 (161)

“En efecto, cuando Letrán V define la inmortalidad del alma, su intención es atajar el error de Pietro Pomponazzi, según el cual el alma racional no es singular y propia de cada hombre, sino que es un principio universal participado en cada ser humano; por el contrario, el alma propia es mortal. Lo que Pomponazzi negaba, en realidad, era la victoria sobre la muerte de la persona singular concreta. **Letrán V no define la inmortalidad de un alma-espíritu puro, sino la del «alma forma**

del cuerpo»; se está apuntando, pues, a la supervivencia del hombre entero, a lo que bíblicamente se denomina *resurrección*.” p150 (162)

Participo con el autor en que la Biblia no apoya en absoluto que el alma humana sea inmortal. En primer, lugar porque la Sagrada Escritura tiene una concepción unitaria del ser humano, no compuesto de partes, como ya se ha demostrado en lo que antecede. En segundo lugar, porque en toda la Escritura no aparecen las palabras “inmortal” o “inmortalidad” aplicadas a la naturaleza del ser humano.

Vamos, pues, a buscar en la Palabra de Dios dónde aparecen dichos vocablos, y analizar si cabe algún tipo de fundamento bíblico para esa creencia.

La palabra inmortal aparece una sola vez en la Biblia y se aplica solo a Dios (1 Ti. 1:17):

1 Timoteo 1:17: Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Y el término “**inmortalidad**” **se registra solo en cinco textos en toda la Biblia:** Romanos 2:7; 1 Corintios 15:53 y 54; 1 Timoteo 6:16, y 2 Timoteo 1:10. En uno de ellos –Primera epístola a Timoteo (6:16)– se afirma que Dios es “**el único que tiene inmortalidad**”. Ahora nos referimos solo a él, y más adelante, analizaremos también los otros cuatro.

1 Timoteo 6:16: el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.

Al leer el contexto desde el versículo 11, comprobamos que esta declaración la dirige el apóstol Pablo a su discípulo Timoteo, exhortándole a que siga “*la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre*” (v.6:11), pelee “*la buena batalla de la fe*”, y eche “*mano de la vida eterna...*”. (v.12). Leamos los textos completos en su contexto:

1 Timoteo 6:11-16: Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. (12) Pelea la buena batalla de la fe, **echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado**, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos. (13) Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, (14) que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, (15) la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, (16) el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.

Notemos que a Timoteo no se le dice, “Ten esperanza en la inmortalidad de tu alma”, sino “*echa mano de la vida eterna*”, porque esta vida eterna es la recompensa que obtienen todos los que se salvan por la gracia de Dios (Lc. 14:14; 1 Co. 9:24-25; Fil. 3:7-14,20-21); y dicha recompensa no se obtiene cuando uno muere, sino “*en la resurrección de los justos*”:

Lucas 14:13-14: Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; (14) y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero **te será recompensado en la resurrección de los justos**.

1 Corintios 9:24-25: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. (25) Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, **pero nosotros, una incorruptible**.

Se nos exhorta a que obtengamos la anhelada recompensa —“la corona incorruptible o vida eterna”—, con el símil o metáfora de un atleta que compite corriendo en un estadio, a que nos abstengamos de todo lo que pueda impedir conseguir el objetivo. Como cristianos, pues, *“despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, (2) puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”* (Heb. 12:1-2).

El apóstol nos insta a que seamos imitadores de él (Fil. 3:17), a que no seamos “enemigos de la cruz de Cristo” (Fil. 3:18), a que no confiemos en nuestra *“propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe; (10) a fin de conocerle, y **el poder de su resurrección**, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte”, (11) si en alguna manera llegase a **la resurrección de entre los muertos**”* (Fil. 3:9-11).

Observemos que Pablo pone todo el énfasis en **el poder de la resurrección** de Cristo, y, por eso, toda su esperanza está puesta no en una supuesta inmortalidad del alma, sino en **la resurrección de entre los muertos**. Leamos el contexto:

Filipenses 3:12-14,18-21: No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. (13) Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, (14) prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. [...] (18) Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; (19) el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal. (20) **Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; (21) el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya**, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.

El apóstol Pablo nos revela que *“nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo”* (Fil. 3:20); pero los cristianos no esperamos ser ciudadanos del cielo porque, inmediatamente al morir, se nos traslada a él, gracias a la supuesta inmortalidad del alma; sino que, fijémonos bien, nuestra confianza y fe está puesta en que *“esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” ... el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya*” (Fil. 3:20-21).

Para entender correctamente al Apóstol, no olvidemos que, toda la Biblia y él mismo, con la palabra “cuerpo” no se designa solo a la parte material del hombre –como hace la tradición y filosofía helénica– sino que designa al ser humano entero.

Si la inmortalidad del alma fuese verdad, ¿por qué el apóstol Pablo reitera una y otra vez, y hace tanto hincapié en que *“si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; (17) y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. (18) Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron”* (1 Co. 15:16-18)? Es decir, si no hubiera resurrección de muertos, todos los que “durmieron” –murieron o perecieron–, significa que nunca más volverían a vivir; entonces ¿dónde está la inmortalidad del alma?

Si verdaderamente hubiera inmortalidad del alma, no habría hecho falta la resurrección de Cristo, ni que Él nos ***“resucite en el día postrero”*** (Jn. 6:39,40,44, etc.) en Su venida gloriosa. Si el alma sobrevive a la muerte de una manera consciente y va directamente al cielo, ¿qué necesidad hay de esperar a la resurrección para recibir la recompensa de la vida eterna?

Juan 6:39: Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, **sino que lo resucite en el día postrero.**

Juan 6:40: Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, **y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.**

Juan 6:44: Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; **y yo le resucitaré en el día postrero.**

Juan 6:54: El que come mi carne y bebe mi sangre, **tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.**

Si es verdad que el alma humana es inmortal, ¿por qué *“es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”* (1 Co. 15: 53)?

Los defensores de la inmortalidad del alma aducen que es solo el cuerpo lo que necesita la inmortalidad, porque el alma ya es inmortal en sí misma. Pero si estudiamos los textos en los que el versículo anterior (15:53) se inserta, comprobaremos que Pablo no se refiere a los **“cuerpos”** sino a los **“muertos”** (1 Co. 15:52); porque no puede morir solo una parte –el cuerpo–, mientras permanece viva la otra parte –el alma–, puesto que el hombre es un ser unitario, una unidad indivisible, no la suma de dos partes. Por tanto, si éste es indivisible o inseparable en partes, cuando muere el hombre, todo él deja de ser consciente.

1 Corintios 15:50-55: Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción. (51) He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, (52) en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y **los muertos** serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. (53) Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, **y esto mortal se vista de inmortalidad.** (54) Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y **esto mortal se haya vestido de inmortalidad,** entonces se cumplirá la

palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. (55) ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?

Sin embargo, lo que cada ser humano ha alcanzado durante toda su vida terrena, su vida entera, queda depositado en Dios. De ahí que Jesús dijo: *“Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para Él todos viven”* (Lc. 20:38). Para Dios, que existe en la eternidad, todo es un eterno presente. Por eso, el apóstol Pablo pudo decir: *“yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para **guardar mi depósito para aquel día**”* (2 Ti. 1:12).

Nótese que **aquel día**, al que se refiere Pablo, es el de la venida gloriosa de Jesús, *“el día postrero”*, en el que, él y todos los santos, serán resucitados, es decir, recreados a partir de ese depósito guardado en Dios; *“porque habéis muerto, vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria”* (Col. 3:3-4).

Comprobemos que el día que el Apóstol esperaba, ya sea recibir “la corona incorruptible” (1 Co. 9:25), o “la corona de justicia” (2 Tim. 4:7-8), en definitiva, recibir la vida eterna, **es “el día postrero”**, el de la venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, cuando Pablo y el resto de santos serán resucitados y revestidos de inmortalidad, en cuerpos gloriosos (1 Co. 15:53-54).

2 Timoteo 4:7-8: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. (8) Por lo demás, **me está guardada la corona de justicia**, la cual me dará el Señor, juez justo, **en aquel día**; y no sólo a mí, **sino también a todos los que aman su venida**.

Por tanto, esa afirmación –“el cuerpo muere pero no el alma”– es totalmente incongruente. Porque hemos podido comprobar hasta aquí, lo siguiente:

- 1) La Biblia concibe al hombre como un ser unitario –un alma viviente–, no un compuesto de cuerpo más alma. Por tanto, donde no hay partes es imposible decir o pensar que, con la muerte, una parte se separa y pervive de forma consciente. Además, en el supuesto que existiese algo en el hombre que al morir se separa, sería necesario demostrar bíblicamente que ese “algo” sea una entidad viviente capaz de tener vida consciente.
- 2) La Palabra de Dios ofrece a los creyentes la esperanza de la vida eterna solo mediante la resurrección de los muertos. La fe en Cristo se caracteriza fundamentalmente en fe en su resurrección:

1 Corintios 15:1-8, 20-23: Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; (2) por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. (3) Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: **Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; (4) y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras;** (5) y que apareció a Cefas, y después a los doce. (6) Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. (7) Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; (8) y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. [...] Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. (21) **Porque**

por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. (22) Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. (23) Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Co. 15:20-23).

Los textos citados muestran de forma evidente y con contundencia, que **“los que son de Cristo [son resucitados] en su venida”**; pero nótese que la Palabra de Dios no habla de los “cuerpos de los muertos”, sino que se refiere, indudablemente a las personas muertas en Cristo, pues no se resucitan cuerpos sino seres humanos enteros.

- 3) No existe ningún ser humano inmortal, porque la Palabra de Dios declara rotundamente que solo Dios es inmortal (1 Ti. 6:16). La condición de la inmortalidad no existe ni en el hombre ni en ninguna criatura, ni siquiera en los ángeles.

1 Timoteo 6:16: el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén

Ya hemos constatado que, de los cinco únicos textos que contienen la palabra “inmortalidad”, uno, el que acabamos de ver, se aplica a Dios; y los otros cuatro se refieren a la condición de inmortalidad que se obtiene cuando Dios concede, a los que son de Cristo, la vida eterna en la resurrección del día postrero, mediante la transformación de su naturaleza mortal en inmortal (1 Co. 15:53-54).

1 Corintios 15:53-54: Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. (54) Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.

Nos queda comentar los restantes dos textos que contienen la palabra inmortalidad, que son Romanos 2:7, y 2 Timoteo 1:10, que los transcribo a continuación:

Romanos 2:4-8: ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? (5) Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, (6) el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: **(7) vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad**, (8) pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia;

2 Timoteo 1:9-10: [Dios] quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, (10) pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio,

El significado del texto de Romanos 2:7 es clarísimo, porque simplemente afirma que la inmortalidad, que no es algo inherente a la naturaleza humana, es el resultado de la vida eterna – que a su vez es la recompensa que Dios concede a los que son de Cristo en Su venida (1 Co. 15:23; Lc. 14:14; Jn. 6:39,40,44), y

no antes—, los cuales la adquieren cuando, *“perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad”* (Ro. 2:7). Si es necesario buscarla es porque el ser humano no posee inmortalidad de forma intrínseca, es decir, *per se*.

Finalmente, la palabra inmortalidad aparece por quinta y última vez en 2 Timoteo 1:10; y si leemos también el versículo 9, aprendemos algo muy importante, que a muchos no les gusta: Dios *“nos salvó y llamó con llamamiento santo, **no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos**”* (2 Ti. 2:9). Me refiero a que la Escritura afirma que la salvación es *“según el propósito de Dios”*, y solo por gracia, *“no conforme a nuestras obras”* (cf. Ef. 2:8-9). Esta gracia de Dios para salvación de la humanidad consiste en la entrega de Su propio Hijo (Jn. 3:16), para rescatarnos por medio de su sangre derramada, *“como de un cordero sin mancha y sin contaminación, (20) ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros”* (1 P. 1:18-20; cf. 2 Co. 5:21).

2 Corintios 5:19-21: que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. (20) Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. (21) **Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.**

1 Pedro 1:18-25: sabiendo que **fuisteis rescatados** de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, (19) sino **con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero** sin mancha y sin contaminación, (20) **ya destinado desde antes de la fundación del mundo**, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, (21) y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.

Estos textos nos han explicado en que se fundamenta el don de la gracia de Dios: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn 3:16). Ahora podemos comprender mejor lo que decía el apóstol Pablo a Timoteo: *“...ahora ha sido manifestada [la gracia] por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y **la inmortalidad por el evangelio**”* (2 Ti.1:10).

Los textos citados arriba, junto con 1 Corintios 15:1-8, que también vimos, conforman el corazón del Evangelio, que se manifestó o se anunció con la aparición o primera venida de Cristo. La vida eterna o inmortalidad solo se ha hecho posible por la vida –encarnación del Hijo de Dios–, su muerte expiatoria o vicaria y su resurrección. Su vida a cambio de la de todos los creyentes; por eso Él venció a la muerte, con Su muerte en la cruz (Heb. 2:14-18) y posterior resurrección (1 Co. 15:1-8), y obtuvo para los que creen en Él, la vida eterna; y esta es la única inmortalidad que ha dado a luz el Evangelio, la que se obtiene por el don de la gracia de Dios.

1 Corintios 15:1-8, 20-23: Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; (2) por el cual

asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. (3) Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: **Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; (4) y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras;** (5) y que apareció a Cefas, y después a los doce. (6) Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. (7) Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; (8) y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. [...] Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.

Hebreos 2:14-18: Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él [Cristo] también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, (15) y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. (16) Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. (17) Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. (18) Pues en cuanto él [Cristo] mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

Llegado a este punto, es necesario hacer una aclaración muy importante: “la muerte que quitó” nuestro Señor Jesucristo, no es la muerte que sucede a cada ser humano cuando, por una causa o por otra llega al final de su vida terrena; sino que Jesucristo libra a todo creyente de la muerte eterna o muerte segunda (Ap.2:11;20:14; 21:8), aquella que da *“retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; (9) **los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, (10) cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros)**”* (2 Ts. 1:7-10).

A este propósito, y para completar esta importante doctrina de “la segunda muerte”, viene bien citar aquí unos párrafos de un artículo titulado **[Por qué Jesucristo puede salvarnos de la muerte](#)**, que publiqué en esta web hace varios años:

“En Romanos 5:12-21, el apóstol Pablo da a entender que la muerte que todos conocemos es causada por la transgresión de Adán (Véase Romanos 5:17-18). Pablo, a fin de que penetre en nuestras mentes esta verdad fundamental, reitera, en más de una ocasión, que *“...el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”* (Romanos 5:12), y en Romanos 5:16, afirma de nuevo que **“...el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación.”**

San Pablo intenta que comprendamos que aunque por culpa de un solo pecado, el de Adán, todos vamos a sufrir una primera muerte cuando finalicen nuestros días en esta vida, esa muerte no es definitiva, es sólo un sueño, que no tiene consecuencias eternas, pues todos –los que son de Cristo– seremos resucitados cuando Cristo regrese en gloria para trasladar a sus santos al cielo (1ª Ts. 4:13-18).

1 Tesalonicenses 4:13-18: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen

esperanza. (14) Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (15) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (16) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (A) (18) Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

Por otro lado, él nos hace ver que el don de la misericordia y gracia de Dios hacia los hombres es mucho más abundante que su justicia y juicio, que vino sobre la humanidad a causa del pecado de Adán. A pesar de que los seres humanos cometemos muchos pecados en nuestra corta vida, si nos arrepentimos y convertimos, Dios perdona todos nuestros pecados, por medio de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Por tanto, nuestra salvación está asegurada porque Cristo venció a la muerte con su muerte y resurrección. Nuestra parte consiste sólo en creer que eso es verdad, reconocer nuestra condición de pecador, y arrepentirnos; y cuando aceptamos a Jesús como Salvador y Redentor, obtenemos, en ese mismo instante la justificación y reconciliación ante Dios, resultando asegurada nuestra salvación, y la vida eterna mediante la resurrección, cuando Él venga (véase 1ª Corintios 15).

Así mostró Dios su infinita misericordia hacia la humanidad caída: el Cordero de Dios (Juan 1:29,36) inmolado (Salmo 85:10, Apocalipsis 5:1-14) y destinado desde antes de la fundación del mundo (1ª Pedro 1:20), toma nuestro lugar y entrega su vida para recibir la muerte segunda que a todos nos corresponde por nuestras transgresiones (Romanos 3:23; Romanos 6:23; Efesios 2:1); y con su resurrección obtiene la victoria sobre esa muerte, garantizando con ello, la vida eterna a todos los que lo aceptan como salvador y redentor de la humanidad (1ª Corintios 15:54-57).

En este momento, quizá sea necesario aclarar que Cristo no sufrió la primera muerte sino la segunda muerte. Puesto que Jesús no heredó el pecado de Adán, debido a que su Padre es Dios mismo (Mateo 1:20; Lucas 1:35), Él no podía morir de muerte natural, y tampoco podía morir como los mártires, porque ellos recibirían la muerte por dar testimonio de su fe en el Salvador; sin embargo, Cristo entregó Su vida voluntariamente (Mr. 10:45; Jn.5:26; 10:17-18) para satisfacer la justicia de Dios, que exige la muerte del pecador; por eso declara San Pablo *“que si uno murió por todos, luego todos murieron; (15) y por todos murió..”* (2 Corintios 5:14-15); y, al final de este capítulo, para que no puedan quedar dudas, remata magistralmente diciendo que [Dios], *“Al que no conoció pecado [Cristo], por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:14-21). Pero no nos perdamos todo el contexto porque no tiene desperdicio:

2 Corintios 5:14-21: Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; (15) y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. (16) De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. (17) De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. (18) Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió

consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; (19) que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. (20) Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. (21) Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Es decir, Jesús no podía morir como un mártir de la fe, porque Él entregaba Su vida para asumir en sí mismo la pena de muerte, que les hubiera correspondido a todos los seres humanos por sus pecados –*“Porque la paga del pecado es muerte...”* (Romanos 6:23)–, *“a fin de que Él [Dios] sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”* (Romanos 3:21-26). O sea, Dios no habría obrado con justicia si hubiera eximido, sin más, del castigo que corresponde a los transgresores; por eso Cristo es la justicia de Dios (Ro. 3:22;) y nuestra justicia (Jer. 23:5-6; 33:15,16; cf. 1 Co. 1:30), porque Él asume el castigo de nuestros pecados.

Jeremías 23:5-6: He aquí que vienen días, dice Jehová, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. (6) En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: **Jehová, justicia nuestra.**

1 Corintios 1:30: Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;

Y lo asombroso es que este maravilloso Plan de Salvación de la humanidad, que estaba predestinado por Dios desde la eternidad, fue anunciado por el profeta Isaías uno setecientos años antes de que Cristo se encarnara. Veámoslo:

Isaías 53:3-12: Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. (4) Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. (5) **Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.** (6) Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; **mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.** (7) Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; **como cordero fue llevado al matadero;** y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca. (8) Por cárcel y por juicio fue quitado; y su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido. (9) Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca. (10) Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. **Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.** (11) Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; **por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos.** (12) Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y **fue contado con los pecadores, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores.**

Ahora podemos comprender mejor la diferencia entre la muerte de Jesús y la de un mártir por la fe; porque éste último muere en armonía y unión con Dios, incluso, puede morir cantando de alegría por entregar su vida, testimoniando así

de su fe; pero Jesús, además de todos los sufrimientos físicos que experimentó como cualquier hombre, sintió, al momento de afrontar Su muerte –muerte segunda–, el juicio de Dios sobre todos los pecados de la humanidad, que al estar asumidos por Él mismo como Hombre, supuso que Dios le abandonara, cortando ese vínculo de unión que tuvo durante toda Su vida terrenal: esta separación radical que se produjo en ese momento le movió a exclamar: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*” (Mateo 27:46). **Es decir, tuvo una especie de angustia mental, porque en ese momento, se produjo una completa separación de Dios.**

Mateo 27:46: Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Por lo tanto, la muerte de Jesús es distinta a la de cualquier mártir, porque, aun cuando hasta ese momento Él había dependido de Dios, como cualquier otro hombre, en Su muerte se consuma el juicio y la condenación de Dios, por todos los pecados cargados sobre Él, como nuestro sustituto –de los salvos–, esto es la muerte segunda. Y Su resurrección demuestra que venció al pecado, la muerte y al diablo.

Si el lector quiere ampliar sobre el tema tratado arriba puede leer también: [¿Qué muerte sufrió Jesús en la cruz la primera muerte o la segunda?](#)

Era esencial, pues, que el Salvador del mundo, no estuviera afectado del pecado original para que su sacrificio fuera válido. Y como tampoco cometió ningún pecado en su vida personal, Él fue idóneo para ofrecerse como rescate por todos los pecados que nos condenaban a la muerte eterna, y que fueron cargados sobre Él (Mateo 20:28; Marcos 10:45, 1ª Timoteo 2:6; Romanos 8:3; 2ª Corintios 5:21).

Veamos a continuación como los siguientes versículos bíblicos continúan incidiendo en que la culpa de Adán se imputa a todos sus descendientes, a causa de lo cual, es decir “por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres”, es decir, la muerte primera que todos conocemos:

Romanos 5:18,19: Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. (19) Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

Así como participamos de la transgresión de uno, Adán, es decir, algo que no hemos cometido personalmente se nos atribuye; del mismo modo, cuando creemos y aceptamos a Jesús, también se nos imputa la justicia que no es nuestra, sino la que Cristo ganó para nosotros en la cruz, siendo obediente a Dios hasta la muerte.

Por eso, la Biblia desmitifica el sentido de la primera muerte equiparándola o identificándola con el sueño, o una inconsciencia total, porque para Dios todos siguen existiendo o viviendo en Su memoria infinita, hasta que se realice la segunda resurrección –la de los injustos (Dn. 12:1-2; Jn. 5:28-29; Hch. 24:15)–

en el día del juicio ante el Gran Trono Blanco, y se aplique la segunda muerte a todos los condenados (Ap. 20:5-15).

Por tanto, para Dios, un muerto es como alguien que duerme. Así lo calificó Jesús en Juan 11:11-13: *“Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy a despertarle.... (13) pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro;..”*. Igualmente el apóstol Pablo, en 1ª Corintios 15:51 se refiere a que no todos estarán muertos cuando regrese Jesús en gloria, diciendo *“....No todos dormiremos...”*.

La primera muerte, pues, no afecta a nuestro destino eterno, y la segunda muerte no afecta a los que reconocen que Jesucristo es “el camino, la verdad y la vida y la resurrección” (Jn. 11:25), y aceptan su sacrificio expiatorio –Su muerte, en lugar de la que les corresponde a ellos por sus transgresiones (Ap. 20:5-6). Por tanto, ya no debemos temer tampoco a la segunda muerte, pues Jesús obtuvo su victoria sobre la misma, mediante su vida de perfecta obediencia al Padre, muerte vicaria y resurrección. Nuestra salvación está en manos de Dios (Apocalipsis 7:10), nuestra parte es sólo confiar por fe en Él y en Cristo, no dudando de su poder y amor para con nosotros.

Aunque la vida del hombre es corta, efímera y precaria, creemos que Dios da, a lo largo de la vida de todo ser humano, suficientes oportunidades para que se arrepienta de sus malas acciones y trate de obrar rectamente. De ahí lo importante que los años que viva se utilicen de una manera correcta, haciendo el bien, no despilfarrando el tiempo, ni realizando excesivo trabajo que le impida de ocuparse de las cosas espirituales. Sólo en esta vida decidimos nuestro destino eterno (Hebreos 9:27). No hay más oportunidades de arrepentirse después de muerto.

La creencia católica de que las almas, que en esta vida no se han purificado suficientemente, van al “Purgatorio” – permaneciendo en ese lugar o estado, que se supone nada agradable ni feliz, hasta que Dios considere que se han purificado lo suficiente, y entonces decida llevarlas al Cielo– no tiene fundamento en la Biblia, ni tiene sentido a la luz de lo que venimos diciendo que el alma humana no existe separada del cuerpo, y mucho menos sobrevive al mismo, en la muerte.

Hemos, pues, comprobado que la primera muerte, es fundamentalmente consecuencia del pecado de Adán, puesto que si Adán no hubiera pecado tampoco habría habido muerte. Por tanto, nadie puede escapar a ella, excepto los dos casos singulares, relatados en la Biblia, de Enoc y Elías, que fueron traspuestos al cielo sin haber gustado la muerte primera (Hebreos 11:5; 2ª Reyes 2:11). Entonces, ¿tanto el inicuo como el creyente que ha sido justificado y salvo en Cristo Jesús pasan igualmente por la primera muerte? Así es, pero hay una diferencia esencial, los malvados serán resucitados para condenación (Juan 5:28, 29), y los creyentes justos para vida eterna, y *“la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos,”* (Apocalipsis 20:6; véase también: 2:11; 20:14; 21:8).

Daniel 12:1-2: En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, **todos los que se hallen escritos en el libro. (2) Y muchos de los que duermen en el**

polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.

Juan 5:28-29: No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; (29) y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

Puesto que todos participamos de la primera muerte, fácilmente podemos concluir que el sacrificio de Jesús en la cruz nos libra de la segunda muerte, la pena o paga que nos correspondería a causa de todas las transgresiones que realizamos a lo largo de nuestra vida. Por tanto, sólo los que acepten a Cristo como Salvador personal –es decir, los que asuman en sus vidas que Él murió en sustitución de ellos mismos, como pecadores arrepentidos– serán librados de la segunda muerte, que es la erradicación definitiva del universo de todo vestigio de mal”. (163)

El alma humana no es inmortal

Todo lo anterior es una prueba más de que el hombre es un ser unitario, por lo que no consta de partes que se separan cuando él muere; y aun cuando fuera un compuesto de cuerpo y alma, o cuerpo y espíritu, ninguna de las partes tiene autonomía o independencia para vivir otra vida de forma consciente; pues, la separación de las mismas es la muerte del hombre, y **no volverá a vivir hasta el día postrero** cuando sea resucitado en la resurrección de los justos (Jn. 5:28-29; 6:39,40,44).

3. Resurrección versus inmortalidad del alma

Un estimado amigo que está muy convencido de la inmortalidad del alma, como sabe que me gusta mucho la lectura de los libros que desarrollan temas de las Sagradas Escrituras, tuvo el detalle de regalarme el libro titulado *¿Tiene sentido la vida?*, de William A. Orozco. El cual terminé de leer el pasado día 29 de octubre de 2019.

Como tengo por costumbre, he ido tomando notas de todo lo que me llamaba la atención del citado libro; y reconozco que me ha gustado prácticamente todo lo escrito en el mismo, excepto que el autor intente defender la inmortalidad del alma sin aportar textos y argumentos bíblicos, y que acepte sin más la tradición cristiana y pensamiento helénico predominante en nuestra cultura; como, por ejemplo, cuando dice:

“En la Biblia la muerte no es dejar de existir. Es una separación entre el cuerpo y el alma.” p. 150 (164)

¿Dónde la Biblia registra esa afirmación? ¿Cuáles son los argumentos bíblicos que la respaldan? Esto es una declaración sin fundamento bíblico alguno. Simplemente no es verdad, porque solo es pura filosofía, que da por hecho que el ser humano es un compuesto de cuerpo y alma, cuando la Biblia dice que todo él es un alma viviente (Gn. 2:7; cf. 1 Co. 15:45). En este libro **¿Cuál es la naturaleza del ser humano?** –último publicado en esta web–, al que le estoy añadiendo estos apéndices, he tratado este tema con la suficiente profundidad y base bíblica.

El siguiente párrafo de William –que transcribo abajo– prueba su errónea interpretación de la Biblia, en especial, del lugar llamado el Seol, que en el NT se llama Hades, y que no representa otra cosa que el sepulcro, como se puede demostrar si se hace con objetividad un estudio de la Biblia.

“En el AT, la muerte no es dejar de existir. Cuando muere alguien va al Seol, lugar de los muertos. Allí conserva la conciencia de sí mismo y del lugar donde está (Dt.32:22; Is. 14:11-15). No obstante, el Seol no es propiamente un lugar al que se desee ir. En el AT, morir, entrar al Seol, es ingresar a un lugar de sombra y olvido, donde el hombre pierde la fuerza y la vitalidad, un lugar donde su vida es prácticamente anulada (Job 38:17; Sal. 88:3-5). De ahí la preferencia de la vida en contraste con la muerte. No existe una distinción clara ente el lugar donde van los justos y aquel donde van los perdidos, aunque en la literatura rabínica posterior se desarrolla la idea del Seol dividido en dos, un lugar para los justos y otro para los impíos. Es solo con la llegada de Jesús que se revela con mayor claridad el misterio de la muerte y su tránsito a la vida eterna, como lugar de eterna plenitud o de eterna condena. (165)

Aunque ya he escrito varios artículos, en los que abordo este tema, en <https://amistadencristo.com>, más adelante volveré a referirme al Seol-Hades.

La Palabra de Dios reitera en muchísimas ocasiones que la esperanza del cristiano está puesta **en la resurrección de los muertos**, prometida por Jesucristo y sus apóstoles; y en absoluto se nombra la inmortalidad del alma.

A continuación, me limito a citar algunos párrafos, que me han llamado la atención, extractados del citado libro *¿Tiene sentido la vida?*, y a comentarlos, por ejemplo, su observación sobre Juan 11:25-26:

Juan 11:24-26: Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero. (25) Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. (26) Y **todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.** ¿Crees esto?

El autor escribió: “La vida cristiana y su sentido depende en cierta medida de la respuesta a la pregunta: “*¿Crees esto?*” (166). Y ¿qué es “esto”, a lo que Jesucristo se refiere? ¿Acaso Él, cuando dice –“*Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá*”–, no se está refiriendo a que la única solución para la muerte está en la resurrección en el día postrero?

¿Qué significa “*aunque esté muerto, vivirá*”? ¿Será porque su alma –no la bíblica sino la de la filosofía– es inmortal o porque Jesús le resucitará en el día postrero?

La respuesta está en el versículo 26 –“*todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente*”–; porque si “*no morirá eternamente*” depende de creer en Jesús, cuando alguien no cumpla esa condición significa que morirá eternamente; es decir, para vivir eternamente hay que creer en Él, y no solo eso sino llevar una vida congruente con esa creencia de obediencia y amor a Dios y a su Palabra, y amor al prójimo. La inferencia de esta premisa es inmediata si hubiese inmortalidad del alma Jesús no podría afirmar, que se puede morir eternamente si no se cree en Él, en la manera correcta.

El autor, finalmente, no tiene más remedio que reconocer que también en el Antiguo Testamento, se habla de **la resurrección**, y que ésta ha sido siempre la única esperanza de la humanidad:

“[...] En el AT... la idea de vida eterna no era del todo desconocida. Daniel 12:2 menciona literalmente este concepto: “*y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua*”. (167)

Naturalmente que la vida eterna no era desconocida en el AT, **pero siempre está unida a la resurrección**. La Biblia nunca habla de que el alma humana es inmortal, sino de que solo hay vida eterna en, o por, Cristo Jesús, y únicamente mediante **la resurrección de los muertos** (Jn. 5:28-29; 6:39,40).

Juan 5:28-29: No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; (29) y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

Juan 6:39: Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, **sino que lo resucite en el día postrero**.

Juan 6:40: Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y **yo le resucitaré en el día postrero**.

Obsérvese que, en los textos del Evangelio de san Juan, Jesucristo no se refiere a la resurrección del cuerpo del que murió, sino a la resurrección de su ser entero, porque ¿qué sentido tiene resucitar solo el cuerpo, sin el alma? Cuando Él dice que “los que están en los sepulcros oirán su voz”, claramente se refiere al hombre entero el único que es capaz de oír, de ninguna manera un cuerpo – del pensamiento helénico– puede oír sino está unido a un alma. Además, Jesús declara que los que están en los sepulcros, que no pueden ser otros que los muertos, no les llama con su voz, dirigiéndose, por una parte al cuerpo que está en el sepulcro y, por otra, al alma que supuestamente está en el cielo.

Por otro lado, ¿por qué no nos hace pensar el hecho de que nuestro Señor repita en tres versículos consecutivos, –“**le resucitaré en el día postrero**”– lo muy importante y significativa que es esta verdad para el cristiano?

Como William no encuentra fundamento en la Biblia para su creencia de que el alma es inmortal –como es lógico que le sucediera–, no tiene más remedio que recurrir a una fuente externa a la Biblia, por ello cita al Catecismo de la Confesión de Fe de Westminster, que también está contaminado de la tradición cristiana heredada de la influencia helénica, a fin de apoyar la doctrina de la inmortalidad del alma en la que cree:

“Después de la muerte, los cuerpos de los seres humanos, vuelven al polvo y experimentan putrefacción; pero sus almas (que no mueren ni duermen), al tener una subsistencia inmortal, inmediatamente **vuelven a Dios quien las dio**. Las almas de los justos, siendo entonces hechas perfectas en santidad, son recibidas en lo más alto de los cielos, donde contemplan el rostro de Dios, en luz y gloria, esperando la plena redención de sus cuerpos. Las almas de los malvados son arrojadas al infierno, donde permanecen en tormentos y en tenebrosidad total,

reservadas para el juicio del gran día. Aparte de estos dos lugares para las almas separadas de sus cuerpos, la Biblia no reconoce ningún otro". (168)

Sin embargo, a continuación, el autor, aunque cree en la inmortalidad del alma por la herencia cultural, su sinceridad y conocimiento bíblico, le impulsan a reconocer lo siguiente que, aunque contradice su creencia anteriormente expresada, le reconcilia con la Palabra de Dios:

"La resurrección es la piedra angular de la fe cristiana, si no hay vida futura todo el mensaje cristiano sería una farsa, la muerte de Cristo será en vano y no habría ninguna esperanza para nosotros, en palabras de Pablo: *'Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. (14) Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe'* (1 Corintios 15:13-14)" (169).

Claramente, el autor afirma que "si no hay resurrección de muertos no hay vida futura y todo el mensaje cristiano sería una farsa" (170). Si el alma humana fuera inmortal "per se", la vida futura después de la muerte existiría con independencia de que hubiera resurrección o no la hubiera, porque estaría basada en la propia naturaleza ontológica o antropológica del ser humano, y no en Cristo.

Por eso, los que creen en la inmortalidad del alma tienen un serio problema, cuando se empeñan en sostener lo siguiente:

"[...] sus almas (que no mueren ni duermen), al tener una subsistencia inmortal, inmediatamente **vuelven a Dios quien las dio**" (frase anteriormente citada, que el autor extrajo del Catecismo de la confesión de Fe de Westminster). (171)

Esta declaración, que ya vimos que no se corresponde con la Biblia, además, plantea muchos problemas, como, por ejemplo, el del origen del hombre ya tratado en el Apéndice n.2 de este libro: si Dios es el que infunde las almas en el momento de la concepción del embrión humano, ¿cómo se explica la herencia del pecado? Lo que Él crea es perfecto; Dios no es el autor del pecado.

Dejemos ya el concepto del alma abordado desde la filosofía. Ya vimos que el concepto bíblico de alma se refiere al ser humano entero, es decir, la persona. Por tanto, no puede morir el cuerpo y sobrevivir el alma, porque cuerpo y alma forman un solo bloque indivisible; no son dos sustancias independientes entre sí, sino que conforman los aspectos o dimensiones de la persona.

La solución bíblica al problema de la muerte, lo que Dios nos ha revelado, es la resurrección de los muertos, *"porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también **los que durmieron en Cristo perecieron**"* (1 Co. 15:16-18).

Las palabras claves – *los que durmieron en Cristo perecieron* – significan que no hay inmortalidad del alma, ni vida eterna sino es por la vida, muerte y resurrección de Cristo. Es decir, si no hubiera resurrección, todos, cuando morimos, pereceríamos para siempre, porque la inmortalidad del alma no existe, simplemente no está en la Biblia.

No podemos equiparar el concepto de vida eterna al de la inmortalidad del alma; es decir, no se puede sostener la existencia de ésta, apoyándose en la vida eterna que es un don de la gracia de Dios para los que creen en Cristo. Los que defienden la doctrina no bíblica de la inmortalidad del alma creen que el alma separada del cuerpo es inmortal, por naturaleza, con independencia de que solo existe vida eterna para los que han nacido de nuevo en Cristo, por medio de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo. De ahí, que los que sostienen esa doctrina antibíblica, no les queda otra opción, que extender esta inmortalidad del alma también a los seres que se pierden, es decir, a los injustos, los malvados; como consecuencia éstos estarán eternamente consumiéndose en el infierno. Así lo afirma la cita anterior del Catecismo de la Confesión de Fe de Westminster, extraída del libro *¿Tiene sentido la vida?*

“[...] Las almas de los malvados son arrojadas al infierno, donde permanecen en tormentos y en tenebrosidad total, reservadas para el juicio del gran día. Aparte de estos dos lugares para las almas separadas de sus cuerpos, la Biblia no reconoce ningún otro”. (172)

Se confirma entonces que la concepción errónea inicial, de que el alma es inmortal, conduce a defender teorías absurdas y crueles como la citada arriba. Es decir, ellos –los defensores de la inmortalidad del alma– creen en un Dios cruel que recompensa con un castigo de eterno tormento y sufrimiento a todos los que se pierden. Resulta evidente que ese castigo eterno que predicán los defensores de la inmortalidad es a todas luces desproporcionado e injusto, porque no se correspondería con un Dios de amor que proporcionase un castigo eterno a sus criaturas, que hayan podido vivir más o menos desordenada e impíamente durante esta vida terrenal. De ninguna manera sería justo y proporcionado que esa vida corta, efímera, con muchos condicionantes de todo tipo, genéticos o biológicos, culturales, sociales, etc., por muy malvada que hubiese sido, mereciera como castigo vivir “eternamente en tormentos y en tenebrosidad total”. (173)

¿Cuándo esperaba el apóstol Pablo recibir la vida eterna, en el momento de morir o en el día de la venida gloriosa de Cristo?

La esperanza del Apóstol no estaba puesta en la inmortalidad del alma, sino en la vida eterna, porque él dijo: “...*me está guardada **la corona de justicia**, la cual me dará el Señor Juez justo, **en aquel día**; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida*” (2 Ti. 4:8).

2 Timoteo 4:6-8: Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. (7) He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. (8) Por lo demás, me está guardada **la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día**; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

Es necesario que interpretemos correctamente qué es “la corona de justicia”; y para ello, debemos empezar por ver el contexto de este texto, y también los pasajes que pueden tener alguna relación con el mismo, como, por ejemplo: 1 Co. 9:24-25; Stgo. 1:12; 1 P. 5:4; Ap. 2:10; 3:11:

1 Corintios 9:24-27: ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. (25) Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. (26) Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, (27) sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado.

Santiago 1:12: Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.

1 Pedro 5:4: Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria.

Apocalipsis 2:10: No temas en nada lo que vas a padecer. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.

Apocalipsis 3:11: He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.

2 Timoteo 4:6-8: Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. (7) He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. (8) Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.

San Pablo utilizó esta figura de “la corona” en 1 Corintios 9:24-27, para referirse al premio que solían recibir los que “corrían en el estadio” (v.24); porque en los antiguos juegos deportivos u olímpicos se premiaba a los vencedores de las distintas pruebas, con coronas hechas “de olivo salvaje o bien de hojas de laurel” (174). Los participantes en estas competiciones deportivas debían disciplinarse, absteniéndose de todo lo que fuera perjudicial, o mermara sus fuerzas para alcanzar la meta y con ello la victoria. El apóstol compara con cierta frecuencia la carrera de esos atletas con la de los cristianos: *“Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible”* (v.25).

El apóstol Pablo nos exhorta, primero, a que hagamos como aquellos deportistas, pero en el sentido espiritual, y, en segundo lugar, siguiendo el mismo símil o figura de la carrera en el estadio para obtener un premio, nos da su ejemplo de vida, y nos muestra su meta espiritual: *“prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (Fil. 3:14); a fin de que seamos imitadores de él mismo (Fil. 3:17).

¿En qué consiste la corona incorruptible (1 Co. 9:25) que recibe el cristiano y cuándo la recibe?

Hemos visto, pues, que una corona física, es decir, material, y por tanto, corruptible era el premio del vencedor en algunas competiciones deportivas antiguas. A este objeto material, que es símbolo del premio que recibirán los creyentes en Cristo, se le aplican varios nombres o adjetivos espirituales, que conforman su definición, contribuyendo así a identificar en qué consiste este premio, que ya sabemos que no es físico sino espiritual; como, por ejemplo: Pablo habla de **“corona incorruptible”** (1 Co. 9:25), y de la **“corona de justicia”** (2 Ti. 4:8); Santiago, de la **“corona de vida”** (Stgo. 1:12); Pedro, de la **“corona incorruptible de gloria”** (1 P. 5:4), y Jesucristo, por medio de Juan, se refiere a la **“corona de la vida”** (Ap. 2:10; cf. 3:11).

Puesto que se distinguen varios tipos de “corona”: “incorruptible”, de “justicia”, de “vida”, “incorruptible de gloria”, es procedente que nos preguntemos: ¿representan, acaso, varias clases de premios que recibirán los creyentes en Cristo?

¿A qué se refiere el apóstol Pablo cuando dijo: ***“me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”*** (2 Ti. 4:8)?

Notemos que Pablo está completamente seguro de recibir **el premio de la “corona de justicia”, “en aquel día”**. Nos surgen entonces varias preguntas: ¿a qué justicia se refiere él?, ¿qué significa la corona de justicia?, ¿por qué es tan importante recibirla y en qué se basa su seguridad en obtenerla?

Con respecto a la primera pregunta, él mismo lo explicó: *“no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Fil. 3:9). Él tiene absoluta seguridad en obtener esa justicia, porque no confía alcanzarla mediante sus propias fuerzas, capacidades o méritos, sino que se fundamenta en que la da el Juez justo, que es el Señor; y él mismo también nos dijo que los cristianos somos **“hechos justicia de Dios en Cristo”** (2 Co. 5:21). Es decir, nuestra seguridad en la salvación está puesta en que *“Cristo Jesús... nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”* (1 Co. 1:30). Su importancia radica en que sin esa justicia, que solo está en Cristo, nadie podría salvarse.

Por tanto, recibir la justicia de Dios significa ser justificado ante Él (Hch. 13:38-39;15:11; Ro. 3:21-27;5:1), que es sinónimo de ser salvo; y, para los que no tenemos un alma inmortal, el premio supremo al que aspiramos, como consecuencia de ser salvos, no puede ser otro que recibir la vida eterna, para reinar con Cristo y participar de su gloria en las moradas que ha ido a preparar en la casa de Su Padre (Jn. 14:1-6). Lo que también confirma san Pablo: *“Mas*

nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; (21) el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20-21).

Sin embargo, obsérvese, que no podemos ser “ciudadanos de los cielos” hasta que aparezca “el Salvador, el Señor Jesucristo” en gloria, y transforme *“el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”*. Es decir, en Su parusía todos los muertos en Cristo serán resucitados (1 Co. 15:20-23), y transformados, *“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”* (1 Co. 15:53; cf. 1 Ts. 4:13-18).

1 Tesalonicenses 4:13-18: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. (14) Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (15) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (16) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (18) Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

De lo que antecede, se puede, pues, deducir que el apóstol Pablo usa la figura de una corona, como símbolo del premio, de la victoria que se obtiene después de pelear “la buena batalla de la fe” (1 Ti. 6:12; cf. 2 Ti. 4:7), de perseverar en la carrera cristiana, **“para expresar con ello la gloria del cielo”** (175); además, la “corona” representa no solo la gloria sino también que Cristo *“nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, Su Padre...”* (Ap. 1:6). Luego obtener “la corona de justicia” es alcanzar la salvación y la gloria para reinar con Cristo en la eternidad. Las distintas coronas no representan otros tantos tipos de premios, sino uno solo, que es la vida eterna, que se recibe, en la venida gloriosa de Jesucristo, cuando *“esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”*. (1 Co. 15:53).

¿Cuándo se recibe el premio de la vida eterna?

La respuesta de la Palabra de Dios no puede ser más explícita y clara: **“Cuando aparezca el Príncipe de los pastores”** (1 P. 5:4).

1 Pedro 5:4: Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros **recibiréis la corona incorruptible de gloria**.

1 Corintios 15:22-23: Porque así como en Adán todos mueren, también **en Cristo todos serán vivificados**. (23) Pero cada uno en su debido orden: **Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida**.

Por tanto, si el ser humano es un ser unitario –no compuesto de partes separables–, todo él es mortal, no caben divisiones en él, ni tiene sentido creer que tenga un alma inmortal, que pudiera sobrevivir, separándose en el momento de la muerte del ser humano, y que, además, tenga vida consciente.

La muerte es el fin del hombre entero

Es evidente, pues, que el ser humano es mortal; y esto es ratificado no solo por la experiencia sino también por las Sagradas Escrituras, que no conciben al hombre formado por partes, y, mucho, menos que una parte del mismo –que llaman alma– sea inmortal. Por tanto, si la muerte es el fin del hombre entero, lo que Dios resucita no son los cuerpos, no es la “carne”, como se enseña en los catecismos la doctrina de la inmortalidad del alma, sino “los muertos”, es decir, las personas muertas son las que resucitan; y no los cuerpos, porque un cuerpo no es nada, solo la persona tiene sentido. ¡Qué cosa tan absurda decir que Dios resucita la “carne”!, pues *“la carne para nada aprovecha”* (Jn. 6:63). Además el cuerpo glorioso, transformado a la semejanza del de Cristo resucitado, no es una parte del ser humano sino que es el hombre entero, y no tiene nada que ver con la materia del hombre terrenal que es de “carne y sangre” (1 Co. 15:50).

Además, Dios dijo: *“el alma que pecare, esa morirá”* (Ez. 18:4,20). Por tanto, el alma no puede ser inmortal, y el NT, lo confirma (Mt. 10:28: “[Dios] *puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno*”). Para entender correctamente este texto, no hay que olvidar que la Biblia considera “alma” el ser humano entero, es decir, la persona. La enseñanza de Jesús aquí es que los hombres solo pueden atentar a nuestro cuerpo o vida actual. Pero Dios tiene en sus manos nuestra vida eterna. A pesar de la muerte de nuestro cuerpo, Dios podrá reconstruir la integridad de nuestro ser en la resurrección (2 Ti. 1:12).

Es, pues, un grave error sostener que el alma –concebida como una parte que se separa del hombre al morir– sobrevive a la muerte, como una entidad autónoma y consciente, para encontrarse con Dios en el cielo, o con el diablo en el infierno. En cambio, la Biblia sostiene que solo hay vida eterna en la resurrección del día postrero de la venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo ((véase, entre otros, Jn. 5:28-29; 6:39,40,44).

4. ¿Qué significan el Seol o el Hades en la Santa Biblia?

Significado del Seol (AT) o el Hades (NT)

Seol (hebreo) y *Hades* (griego) tienen el mismo significado, y ambas palabras se emplean para designar la morada de los muertos en el Antiguo Testamento (AT) y Nuevo Testamento (NT) respectivamente; es decir, una figura del cementerio o del sepulcro, un lugar bajo tierra donde normalmente se entierran a los muertos. Ahora, basta comparar el Salmo mesiánico (16:10) con la interpretación

que del mismo hace el apóstol Pedro en el libro de Hechos de los Apóstoles (2:27), para comprobar que ambos términos indican un mismo lugar:

Salmos 16:10: “Porque no dejarás mi alma en el Seol, Ni permitirás que tu santo vea corrupción.”

Hechos 2:25-27: Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí; Porque está a mi diestra, no seré conmovido. (26) Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, Y aun mi carne descansará en esperanza; (27) **Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción.**

Por lo tanto, en el Antiguo Testamento, el lugar donde van los muertos se llama Seol, en hebreo. En el Nuevo Testamento este término se traduce, al griego, por Hades. Ambos términos simbolizan la morada figurada de los muertos. En nuestra cultura lo llamamos cementerio, que literalmente significa “dormitorio”. Nombre muy apropiado si consideramos, como hace la Biblia, a la muerte como un estado inconsciente, semejante a un letargo profundo. Jesucristo sencillamente le llama sepulcro que es donde se entierran, normalmente, a los muertos (Jn. 5:28-29). Como hemos visto arriba, la prueba, de que ambos términos Seol (AT) y Hades (NT) representan el mismo concepto, está en Hechos 2:22-34, porque el versículo 2:27 proviene del libro de los Salmos capítulo 16 y versículo 10. En el AT se denomina Seol y en el NT Hades.

El Seol, o Hades, simboliza, al igual que nuestro cementerio o el sepulcro, la sepultura, es decir, un lugar bajo tierra donde se entierran a los muertos. Y esto es fácil de probar en la Biblia. Comprobémoslo:

Números 16:30-33: Mas si Jehová hiciere algo nuevo, y la tierra abriere su boca y los tragare con todas sus cosas, y **descendieren vivos al Seol**, entonces conoceréis que estos hombres irritaron a Jehová. (31) Y aconteció que cuando cesó él de hablar todas estas palabras, se abrió la tierra que estaba debajo de ellos. 32 **Abrió la tierra su boca, y los tragó** a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré, y a todos sus bienes. 33 **Y ellos, con todo lo que tenían, descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron** de en medio de la congregación.

En estos textos se relata el castigo de Dios sobre Coré y sus hombres que encabezaron una rebelión contra Moisés; por eso Jehová los castiga mandando que la tierra se abriera bajo ellos y se los tragase: “Y ellos, con todo lo que tenían, ***descendieron vivos al Seol, y los cubrió la tierra, y perecieron de en medio de la congregación***” (Nm. 16:33). Aquí se identifica con claridad que se llama Seol al lugar bajo tierra donde van a parar Coré y sus hombres. Por tanto, el Seol no es otra cosa que el lugar donde fueron sepultados los que se rebelaron, o lo que es lo mismo, lo que les sirvió de sepultura. En este caso el Seol fue el instrumento ejecutor que eligió Dios para ejercer su juicio, porque al ser sepultados por la tierra, perecieron, y ahí se acabó todo; y además, se ahorraron tener que excavar una fosa para enterrarlos.

¿Puede haber algún tipo de vida espiritual en el Seol?

Eclesiastés 9:10: Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría.

En el Seol, es decir, en la sepultura donde todos tenemos que ir a parar algún día, es donde se entierran a los muertos; y no existen más misterios; todo lo demás no son más que imaginaciones truculentas de las que somos muy dados los seres humanos. El texto de arriba con rotundidad expresa que en el Seol no puede haber ningún tipo de vida; y en el supuesto que la existiera sería horrible, podríamos decir, infernal. Lugar de total oscuridad y ausencia de vida humana; simboliza también los estados de oscuridad y de angustia por los que podemos pasar las personas, como le ocurrió al rey David (Sal. 30:3) cuando fue pertinaz y cruelmente perseguido por el Rey Saúl.

Salmos 30:3: Oh Jehová, hiciste subir mi alma del Seol; Me diste vida, para que no descendiese a la sepultura.

Salmos 30:9: ¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará tu verdad?

En este Salmo (30:3), el rey David relata su experiencia de sentirse tan abatido, como si estuviera a punto de morir y en la oscuridad de la sepultura. Notemos como se equipara ésta con el Seol, porque son la misma cosa. Él siente como Dios le eleva desde la profundidad del Seol, donde se sentía sumergido, y le da vida, para que no muera y tenga que descender a la sepultura. En el siguiente Salmo (30:9), David sigue dialogando con Dios: si él moría y descendía a la sepultura o Seol ¿le alabaría el polvo—lo que uno es cuando se muere— y, lógica y naturalmente tampoco podría anunciar la verdad de Dios, porque un muerto, que es polvo, nada puede hacer.

Aunque este tema del Seol admite pocas dudas, no obstante, vamos a seguir viendo más textos acerca de él, como, por ejemplo, los siguientes: (Salmo 6:5; 49:15; Eclesiastés 9:10; Isaías 38:18; Amós 9:2):

Salmos 6:5: Porque en la muerte no hay memoria de ti; En el Seol, ¿quién te alabará?

Observemos que el Seol siempre se relaciona con la muerte, y con la sepultura, porque es el lugar donde van los muertos. Y estos ni pueden alabar a Dios, ni pensar, ni hacer nada. Veamos otro pasaje que confirma lo que antecede —el Seol y la muerte son el uno para la otra, porque sencillamente este lugar acoge a los muertos (Is. 38:18-19; Oseas 13:14; Amos 9:2)—:

Isaías 38:18-19: Porque el Seol no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. (19) El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre hará notoria tu verdad a los hijos.

Oseas 13:14: De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol; la compasión será escondida de mi vista.

Amós 9:2: Aunque cavasen hasta el Seol, de allá los tomará mi mano; y aunque subieren hasta el cielo, de allá los haré descender.

Sin duda el Seol es un lugar bajo tierra, donde se entierran a los muertos, por eso es necesario excavar la tierra porque no se encuentra en la superficie de la misma. Por eso, en la Biblia siempre se habla de “descender al Seol” (Gn. 37:33-35; 42:38; 44:29-34; 1 R. 2:6; 2:9), que se equipara con descender al sepulcro o a la sepultura. Descender al Seol equivale, pues, ir a la muerte, o morir. Librarse del Seol es librarse de la muerte, porque ser redimido o rescatado del Seol es ser librado de la muerte, como prueban los textos de arriba (Os. 13:14). Veamos otro ejemplo muy esclarecedor:

Salmos 88:3-5: Porque mi alma está hastiada de males, Y mi vida cercana al **Seol**. (4) Soy contado entre los que descienden al **sepulcro**; Soy como hombre sin fuerza, (5) Abandonado entre los muertos, Como los pasados a espada que yacen en el sepulcro, De quienes no te acuerdas ya, Y que fueron arrebatados de tu mano.

Salmos 89:48: ¿Qué hombre vivirá y no verá muerte? ¿Librará su vida del poder del Seol? Selah

Notemos el paralelismo entre la vida del salmista cercana al Seol –es decir, él se sentía cercano a la muerte– y ser contado entre los que descienden al sepulcro (Sal. 88:3). Esto demuestra una vez más la equivalencia de Seol y sepulcro o sepultura; todo ello relacionado con la muerte; porque allí –al Seol o la sepultura– es donde van a parar los muertos. El poder del Seol no es más que el poder de la muerte, que solo Dios vence, mediante Su resurrección.

¿Cómo se interpreta que varios versículos del AT (Gn:25:8,17; 37:35; Jue. 2:10; 2 R. 10:35) y también alguno del NT (Hechos 13:36) que se refieren a que al morir las personas se reúnen con sus antepasados?

Primero, voy a transcribir los citados textos del Antiguo Testamento del enunciado de arriba, para comentarlos:

Génesis 25:8: Y exhaló el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años, y fue unido a su pueblo.

Génesis 25:17: Y estos fueron los años de la vida de Ismael, ciento treinta y siete años; y exhaló el espíritu Ismael, y murió, y fue unido a su pueblo

Génesis 37:35 (RV 1960): Y se levantaron todos sus hijos y todas sus hijas para consolarlo; mas él no quiso recibir consuelo, y dijo: Descenderé enlutado a mi hijo hasta el Seol. Y lo lloró su padre.

Génesis 37:35 (NVI 1999): Todos sus hijos y sus hijas intentaban calmarlo, pero él no se dejaba consolar, sino que decía: «No. Guardaré luto hasta que descienda al sepulcro para reunirme con mi hijo.» Así Jacob siguió llorando la muerte de José.

Vemos que “murió Abraham... y fue unido a su pueblo” (Gn. 25:8), y de la misma manera sucedió cuando murió su hijo Ismael (Gn. 25:17). Analicemos ahora Génesis 37:35, y comparemos el texto de la Biblia Reina-Valera con el de la Nueva Versión Internacional de la Biblia (NVI 1999), y comprobaremos que, esta última, traduce directamente “Seol” por “sepulcro”, como ya habíamos demostrado anteriormente. Evidentemente, cuando los hermanos de José dieron la noticia a Jacob, de que aquel había muerto “despedazado por una mala bestia”

(Gn. 37:33), su padre se sintió tan mal que deseó morir e ir a reunirse con él en el Seol, o lo que es lo mismo, el sepulcro.

¿Qué significa que tanto Abraham como Ismael, cuando murieron fueron unidos a su pueblo, y que incluso Jacob pensase en morir para ir a reunirse con su hijo que él creía que estaba muerto, aunque realmente no lo estaba?

¿En el Seol o sepulcro donde van a parar cuando mueren van a ser conscientes de que se les ha reunido? Absolutamente imposible, porque cuando uno muere ya ha dejado de ser una persona, porque se convierte en polvo, materia inanimada, y hasta la resurrección no sabrán si han sido reunidos o no. Veamos un último ejemplo del AT, también en dos versiones de la Biblia:

2ª Reyes 10:35 (RV; 1960): Y durmió Jehú con sus padres, y lo sepultaron en Samaria;...

2ª Reyes 10:35 (NBJ, 1998): Jehú reposó con sus antepasados y lo enterraron en Samaria.

¿Se entiende mejor ahora: *“durmió Jehú con sus padres, y lo sepultaron”* (RV, 1960), o bien *“Jehú reposó con sus antepasados y lo enterraron”* (NBJ, 1998)?

La realidad es que Jehú, ya sea que durmiera o reposara, con sus padres o con sus antepasados, lo que le ocurrió es que murió, y lo sepultaron o enterraron; da lo mismo; y hasta que no lo despierten no volverá a vivir, es decir, a tener consciencia. A Lázaro, el hermano de Marta le resucitó Jesús, aunque esta vez no fue la definitiva, porque aquel no fue transformado en gloria:

Juan 11:11-13: Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. (12) Dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. (13) Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño.

Por tanto, Jehú y todos los que han muerto, mientras no sean despertados, permanecerán inconscientes hasta que sean resucitados en el día postrero, por nuestro Señor Jesucristo.

Todas estas frases “reunirse con los antepasados muertos”, “descender al Seol” o al sepulcro (otras versiones) para reunirse con sus parientes, o “dormir con sus padres” (2ª Reyes 10:35) no demuestran en absoluto que la reunión sea de espíritus conscientes que son llevados al paraíso o al infierno sino simplemente que descienden al Seol (AT) o al Hades (NT). La Biblia misma indica que el Seol, y por consiguiente, también el Hades, puesto que ambos nombres se refieren a lo mismo, es una fosa que se sitúa bajo tierra. La morada y reunión de los muertos es un simbolismo que manifiesta la realidad de que todos los seres humanos cuando mueren van a parar a un lugar común, la sepultura, el sepulcro, la tumba, la tierra, el mar, etc.

Por tanto, la interpretación más plausible es que las frases *“reunirse con su pueblo”* (Génesis 25:8,17; cf. Jueces 2:10), *“bajar en duelo al Seol”* (Génesis 37:35); *“Vendrás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez”*

(Génesis 15:15), son figuras o metáforas comunes del lenguaje hebreo, cuyo significado es “morir”. El “morir” también se suele equiparar en el lenguaje cotidiano como “reposar” (2ª Reyes 10:35; BJ, 1998). La Biblia suele llamar “dormir” al “morir” (2ª Reyes 10:35). Véase Juan 11:11,13; Job 7:21; Sal. 13:3; Daniel 12:2; Mr. 5:39; Lc.8:52; Hechos 7:60; 1ª Cor. 15:6, 20,51; 1 Ts. 4:13; etc.). Otra imagen poética que se repite es, por ejemplo: *“haréis descender mis canas con dolor al Seol”* (Gn. 42:38;44:29-34; cf. 1 R. 2:5,9).

Debemos tener en cuenta que la Revelación que Dios da a través de la Biblia es progresiva, y en tiempo de Abraham y de Moisés, el pueblo de Israel no disponía de una revelación específica y detallada sobre el destino de los muertos. Poco a poco todo eso se va aclarando a lo largo del resto de libros que componen la Biblia, en especial el NT. Posiblemente, Abraham y sus nietos podían haber conservado la tradición de los pueblos de donde provenían, de que el espíritu sobrevivía al cuerpo con algún tipo de vida consciente. Por eso, Jacob, quizás albergaba la esperanza de que al descender al Seol, se reuniría con el espíritu de su hijo José, al que creía muerto (Génesis 37:35).

En el siguiente texto el Nuevo Testamento también recoge una expresión igual o semejante a las anteriores del AT:

Hechos 13:36: Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción.

Este texto solo confirma que David *“durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción”*, es decir, murió y fue sepultado; pero de ninguna manera prueba que haya vida después de la muerte. Realmente está probando lo contrario, pues, como dije antes, “dormir” simboliza la inconsciencia total del ser. “Reunirse con sus padres” es claramente una figura que alude al destino común de todos los humanos cuando mueren. Todos van a un mismo lugar: la tierra:

[...] hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.” (Génesis 3:19)

Con respecto a la parte final de Hechos 13:36 que dice *“y vio corrupción”* ¿qué significa? Para responder esta cuestión, veamos primeramente el contexto, solo un verso anterior y otro posterior:

Hechos 13:35-37: Por eso dice también en otro salmo: No permitirás que tu Santo vea corrupción. (36) Porque a la verdad David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios, durmió, y fue reunido con sus padres, y vio corrupción. (37) Mas aquel [Cristo] a quien Dios levantó, no vio corrupción.

“Aquel a quien Dios levantó de los muertos” que “no vio corrupción” es, incuestionablemente, Cristo. ¿Por qué no vio corrupción Cristo? Porque resucitó al tercer día (poco más de 24 horas) y no dio tiempo a que su cuerpo se descompusiera, cosa que sí ocurrió con el de Lázaro, el hermano de María y Marta, y sucede con todos los que mueren naturalmente. En estos versos citados, la incorrupción de Cristo se contrasta con la corrupción de David. Éste sí “vio” corrupción” porque su cuerpo se descompuso y se convirtió en polvo. El verbo “ver” es una manera simbólica de hablar, para indicar que pasó por ese

estado de corrupción. Pues si el espíritu de David, que *“no subió a los cielos”* (Hechos 2:34), estuviera viviendo conscientemente en cualquier otro lugar, poco le importaría la corrupción de su cuerpo. Veamos también el contexto de este último texto:

Hechos 2:27-34 (Compárese con Salmos 16:10): **Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción.** [...] (29) Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. (30) Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, (31) viéndolo antes, **habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción.** (32) A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. [...] (34) **Porque David no subió a los cielos;** pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra,...

En resumen, los muertos van al Seol donde *“no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría”* (Eclesiastés 9: 10), es decir, ningún tipo de vida consciente. Jesús dijo que los muertos están en los sepulcros (Jn. 5:28-29), en ellos tampoco hay ningún tipo de vida.

Juan 5:28-29: No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; (29) y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

Viene muy a propósito comentar aquí la parábola del Rico y Lázaro (Lc. 16:19-31)

En el Nuevo Testamento, Jesucristo narró una parábola en el que el mendigo Lázaro, cuando murió fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; mientras que el hombre rico fue sepultado (Lc. 16:22). Analicémosla a continuación con detalle:

5. ¿Qué pretende revelarnos la parábola del rico y Lázaro (Lucas 16:19-31)? (176)

¿Nos enseña acaso que el Hades está dividido en dos partes, la una, lugar de tormento, donde está el rico, y la otra, una especie de paraíso, donde está Abraham y es llevado Lázaro?, pero, ¿cómo es posible que eso sea real, y que ahí se pueda vivir de alguna manera, si tanto un lado como el otro están bajo tierra, porque el Hades es equivalente a la sepultura?

La doctrina católica refiere que las almas o los espíritus de los muertos, inmediatamente cuando salen del cuerpo muerto, son juzgados por Dios, en un juicio particular para cada ser humano que muere, y como consecuencia del mismo, Él los envía al cielo, al infierno o a un lugar intermedio llamado Purgatorio donde las almas se terminan de purificar hasta que sean dignas de acceder al cielo.

Esta creencia católica es bastante similar a la del cristianismo evangélico, si se exceptúa el Purgatorio. Para los evangélicos, solo caben dos opciones, las almas van al cielo o al infierno. Tanto los católicos como los evangélicos consideran o

toman la parábola del Rico y Lázaro (Lucas 16:19-31) como literal. Por eso no está demás transcribirla a continuación:

Lucas 16:19-31: Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendidez. 20 Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, 21 y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas. 22 Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. 23 Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. 24 Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. 25 Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. 26 Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. 27 Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, 28 porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. 29 Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos. 30 El entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán. 31 Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.

En dicha parábola, se citan dos lugares que están separados por una “*gran sima*” (Lucas 16:26). Uno de estos lugares es llamado el Hades, un lugar donde supuestamente va a parar el espíritu del hombre rico para sufrir tormentos (Lucas 16:23,24). Sin embargo, nótese que se describe al citado espíritu del rico como teniendo ojos y lengua que necesitaba ser refrescada con agua, porque estaba siendo atormentado por una llama.

El otro lugar, adyacente al Hades, que estaba separado solo por “*una gran sima*”, es llamado el “*seno de Abraham*” (Lucas 16:22); la parábola relata que al morir el mendigo Lázaro fue llevado por los ángeles a este último lugar. Se describe un diálogo en el que el rico, al ver “*de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno* (V.23)”, le pide ayuda: “*Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado*” (Lucas 16:25).

En primer lugar, el contenido de la parábola, ya sea que corresponda a un hecho real e histórico o simplemente fruto de la tradición existente, se sitúa, evidentemente, en el pasado, en la época de Jesús o anterior, antes del juicio final por tanto. Esta ubicación en el tiempo se evidencia porque el rico ruega a Abraham para que envíe a Lázaro a testificar a sus cinco hermanos (del hombre rico), a fin de que ellos, pudiesen ser salvos, y no fuesen también a ese lugar de tormento donde estaba el rico. Claramente este ruego del rico no tendría sentido si se ubicara después del juicio final, cuando ya no hay lugar para predicar la Palabra de Dios.

Sin embargo, nótese que el relato no nos habla, en ningún momento, de las almas o espíritus del rico y de Lázaro sino de sus personas enteras con cuerpo incluido. Se nos describe al rico sufriendo, en su cuerpo físico, el tormento de una llama, lo que contradice claramente la enseñanza de la Escritura, de que los

cuerpos son resucitados en la segunda venida del Señor Jesús, que es cuando se realiza el juicio.

En segundo lugar, la figura literaria, que emplea Jesús en este relato, llamada *prosopopeya*, al igual que sus parábolas, tiene indudablemente un objetivo pedagógico, que en este caso no consiste en enseñar la existencia de vida consciente del espíritu o alma, sin el cuerpo, después de la muerte, pues ya hemos comprobado que en toda la narración no aparecen tales conceptos. Asimismo, Jesús no está confirmando la existencia real de dos lugares adonde van los muertos para desarrollar otro tipo de vida.

Según su descripción, el lugar donde es llevado Lázaro por los ángeles es denominado, **“el seno de Abraham”**, y allí reside Abraham (obsérvese que no está en el cielo). Y separado, por *“una gran sima”*, se encuentra **el otro sitio llamado el Hades**. Es curioso notar que los habitantes de uno y otro lado podían observarse y hasta comunicarse verbalmente. Por otro lado, por el resto de la Palabra de Dios sabemos que el Hades, equivalente al Seol, no es un lugar de tormentos, sino la morada de los muertos o cementerio.

¿Acaso nos dice la Biblia que el espíritu de Abraham vive en algún lugar?

Génesis 25:7-9: Y estos fueron los días que vivió Abraham: ciento setenta y cinco años. 8 Y **exhaló el espíritu**, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años, y fue unido a su pueblo. 9 Y lo sepultaron Isaac e Ismael sus hijos en la cueva de Macpela, en la heredad de Efrón hijo de Zohar heteo, que está enfrente de Mamre, 10 heredad que compró Abraham de los hijos de Het; allí fue sepultado Abraham, y Sara su mujer.”

Abraham, como le ocurre a toda persona al morir, exhaló su espíritu, y su cuerpo fue sepultado. La Biblia no dice que fue al cielo. En cambio, si tomamos las palabras literales de Jesús como si se tratase de la descripción de hechos, lugares y personajes reales, deberíamos admitir que Abraham, toda su persona -la Biblia no habla en ningún momento del alma o del espíritu de Abraham- está viviendo en un lugar llamado *“el seno de Abraham”*, donde también ha ido a parar el mendigo Lázaro, y nadie más que se sepa. En ninguna parte de la Biblia, que yo conozca, se nombra o se describe este lugar. No obstante, si realmente existiese, no estaría muy lejos del lugar llamado el Hades, puesto que están separados por *“una gran sima”*, pero que ésta no impide que el rico y Abraham, al parecer, se puedan observar y comunicar verbalmente, aunque ese obstáculo o frontera sí tiene capacidad de evitar que sus habitantes pasen de un lugar a otro.

Nótese que el rico sólo habla con Abraham para solicitarle que envíe a Lázaro a fin de prevenir a sus cinco hermanos de los tormentos a que podían verse sometidos cuando murieran si se comportaban como él mismo lo había hecho. Es evidente que todo es figurativo. Se está poniendo en boca del rico muerto una petición a un personaje histórico muerto, y que en el supuesto que el alma o espíritu de Abraham viviera de forma consciente como una persona, le resultaría imposible a él, hacer que Lázaro resucite y vuelva a la tierra sólo para informar a los hermanos del rico del castigo a que pueden estar expuestos. En la respuesta de Abraham se ve claramente que él no piensa que sea posible enviar

el espíritu de Lázaro a la Tierra sino fuese antes resucitado. Por eso le dice al rico: *“Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos”* (Lucas 16:31). “Levantarse de los muertos” sin duda significa ser resucitado. Por otra parte, la repuesta que Jesús pone en boca de Abraham a la petición de ayuda del rico no es un hecho histórico sino que forma parte de la misma escenografía, pues la razón aducida por Abraham *“recibiste tus bienes en tu vida”* no es razonable, ni lógica, ni ajustada al espíritu de la Biblia. Nadie es condenado por el hecho de ser rico y de tener muchos bienes, sino por hacer mal uso de ellos y ser inmisericorde.

Ahora vamos a tratar de identificar el lugar donde fue a parar el rico llamado el Hades. La última parte de Lucas 16: 22 dice: *“...Y murió también el rico, y fue sepultado.”*, y a continuación en el versículo 23: *“Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno”*. Notemos que la Escritura dice claramente que el rico fue sepultado. Sin embargo, no dice que su espíritu o alma fuese al Hades, sino que más bien, identifica el Hades con la sepultura (al igual que el Seol en el A.T.), pues desde allí el rico *“alza sus ojos”*. Es decir, ¿Dónde están sus ojos? En su cuerpo. ¿Dónde fue puesto su cuerpo? En la sepultura.

El relato es claramente una prosopopeya, que según alguna de las definiciones de los diccionarios, es una figura retórica consistente en presentar seres irracionales que hablan y se comportan como personas, o bien en poner el escritor o el orador palabras o discursos en boca de personas verdaderas o ficticias, vivas o muertas. Generalmente su objeto es dar una enseñanza moralizante, por medio de personajes y lugares reales o de ficción. Más adelante, pues, trataremos de identificar cual es la lección, enseñanza o doctrina que quiere mostrarnos nuestro Señor Jesús.

Lucas 16:23, 24: y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. (24) Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua”, porque estoy atormentado en esta llama.”

Nos parece una parábola, o prosopopeya, además de por las razones ya citadas, por las siguientes:

1. Es evidente que cuando alguien muere, el cuerpo queda en la sepultura, se convierte en polvo y no será recreado hasta la resurrección. En el supuesto que el alma o espíritu tuviese existencia o vida independiente del cuerpo, ¿podría tener ojos (vers. 23), lengua (vers. 24), dedos (vers.24), como se menciona en la parábola?
2. ¿Podría ser refrescado o aliviado el atormentado rico con que sólo la punta del dedo de Lázaro, mojada con agua tocase su lengua, cuando estaba siendo atormentado en una llama?
3. La parábola no nos describe el espíritu desencarnado del rico consumiéndose o ardiendo en un supuesto infierno al que se le llamaría Hades, sino a la persona entera, con su cuerpo, como si estuviera viva,

cuando sabemos que su cuerpo está en la sepultura y allí no existe un fuego eterno.

4. ¿Nos está enseñando la Palabra de Dios que las almas que están en el infierno pueden hablar o comunicarse con las que se hallan en el cielo? O bien, como se presenta en la parábola, ¿es una realidad que las almas que están en el **“Hades”**, en este caso la del rico, se pueden comunicar con las que están en el **“seno de Abraham”** donde reside, según la parábola, al menos Abraham y el mendigo Lázaro? No tiene ningún sentido, y además se contradice, como hemos visto, con otras partes de la Biblia. En mi opinión, esta narración no tiene por objeto, describirnos, el cielo, ni el infierno, ni que existe consciencia después de la muerte, sino lo que veremos más adelante. Además, si el Hades es un lugar de tormento, ahí van a parar todos los muertos, los buenos y los malos, incluso la Biblia dice que Jesús al morir fue al Hades (Hch. 2:31).
5. Aunque pudiesen haber existido los personajes citados (el rico y Lázaro), con las citadas características extremas, de riqueza por un lado, y de pobreza e indigencia por el otro, lo que no es de extrañar, pues siempre ha habido pobres y ricos, el relato, no trata de dar una descripción histórica de los personajes y de los lugares de destino, como sitios de recompensa, castigo o premio, pues el mero hecho de ser rico o pobre en esta vida no conduce necesariamente a uno de los dos lugares descritos anteriormente. Se trata, pues, de una parábola la cual debemos interpretar, y según las reglas de interpretación de las mismas, averiguar qué enseñanza o enseñanzas pretende trasmitirnos.
6. Puedo encontrar, fundamentalmente, **primero**, la enseñanza de que la salvación viene por el oír la Palabra de Dios: *“A Moisés y a sus profetas tienen; óiganlos”* (Lucas 16:29; Romanos 10:17); **segundo**, que las personas no son convertidas por ciertos acontecimientos por muy milagrosos que sean. Esto se refiere al hecho de que si las personas no llegan a creer mediante la predicación de la Palabra, tampoco creerán si vieren un milagro, como el que cita aquí, *“aunque alguno se levantara de los muertos”* (Lucas 16:31). También, podemos ver un sentido moralizante o de advertencia sobre los destinos a los que nos puede llevar nuestra conducta en esta vida: A los «fariseos, que eran avaros», como se lee poco antes (Vers. 14), Jesús enseña que en la vida futura habrá un destino diferente de acuerdo con la actitud que cada uno haya tomado en la tierra frente a Dios y a los bienes de este mundo.

Con esta parábola Jesús no confirma en absoluto que haya vida consciente sin cuerpo después de la muerte sino que, por el contrario, hace referencia a la resurrección como única posibilidad de comunicarse con los vivos: *“Si no oyen a Moisés y a los profetas tampoco se persuadirán aunque alguno **se levantara (resucite) de los muertos**”* (Vers. 31). Luego para Jesús, la única posibilidad de que alguien del más allá se comunique con los vivos de este mundo es mediante la resurrección.

La ingenuidad y sencillez del relato, el hecho de que el rico pudiera ver a Abraham y al mendigo lázaro, siendo que el primero está en un supuesto infierno temporal y los otros dos en una especie de paraíso transitorio, evidencia que se trata de una parábola, que como tal no pretende describir una realidad espiritual sino solo una enseñanza moral. Aunque parezca increíble tanto católicos como evangélicos toman este relato de Jesús como algo real.

Era importante entender bien esta parábola para interpretar adecuadamente las palabras que Cristo, en la cruz, dirige al “buen ladrón”: *Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*” (Lucas 23:43); a lo que no me referiré en esta ocasión para no ser reiterativo, pues ello fue tratado en varios artículos publicados en mi web (177).

El seno de Abraham no existe; es solo una parábola, que fue primero una tradición de los judíos; como tampoco el Seol/Hades es un lugar donde exista una separación de almas de los malvados y almas de los justos, donde estas almas desencarnadas dormitan a la espera del juicio final. Totalmente antibíblico. El Seol/Hades no es más que la sepultura o el sepulcro.

6. Habrá dos resurrecciones, una para vida eterna y otra para muerte eterna, que es la segunda muerte o infierno.

Habrá dos resurrecciones (Dn. 12:1-2; Jn. 5:28-29; Hch. 24:15), una para los justos que recibirán la vida eterna y otra para los injustos, “los cuales sufrirán pena de eterna perdición” (2 Ts. 1:8), que es el infierno, o lo que es lo mismo, la segunda muerte. Este epígrafe lo escribí, para responder a un amigo que me que me planteó la siguiente cuestión:

“Si los muertos dejan de existir hasta la resurrección, y los justos reciben entonces la recompensa de la vida eterna, pero los pecadores son aniquilados ya que el alma es mortal, en tu opinión, ¿por qué Dios resucita a los pecadores? ¿Para volverlos a matar? Si ya habían dejado de existir, ¿para qué volverlos a la existencia y después volverlos a destruir?

Mi respuesta corta fue la siguiente:

Dios resucita, en la segunda resurrección o resurrección de condenación o juicio (Dan. 12:2; Jn. 5:28-29), a los injustos muertos de todas las épocas para que sean juzgados en el juicio ante el Gran Trono blanco (Ap. 20:11-15), al final del Milenio, y “*Los muertos fueron juzgados según lo que habían hecho, conforme a lo que estaba escrito en los libros*” (Ap. 20:12 p. final); para inmediatamente recibir su recompensa: “*la pena de eterna perdición*” (2 Ts. 1:9); y “*aquel cuyo nombre no estaba escrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego*” (Ap. 20:15). Y con ello acaba el gran conflicto entre el bien y el mal, entre Dios y satanás. ¿No es esto “la Revelación de Jesucristo, que Dios le dio” (Ap. 1:1)?

No obstante, creí necesario dar una respuesta más amplia, que contuviese más detalles y textos bíblicos, pero basándome en algunos artículos que he escrito, y que publiqué recientemente en <https://amistadencristo.com>. (178)

Es innegable que la Biblia habla, en el AT y, especialmente en el NT, de dos resurrecciones, una para vida eterna y otra “*para vergüenza y confusión perpetua*” (Dan. 12:2).

William A. Orozco, el autor de “*¿Tiene sentido la vida?*”, aunque a regañadientes, no tuvo más remedio que reconocer que también en el AT, se habla de **la resurrección**, y que ésta ha sido siempre la única esperanza de la humanidad. Recordemos lo que él escribió en el citado libro:

“[...] En el AT... la idea de vida eterna no era del todo desconocida. Daniel 12:2 menciona literalmente este concepto: “*y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua*”. (179)

El autor no pudo menos que admitir y escribir lo siguiente:

“La resurrección es la piedra angular de la fe cristiana, si no hay vida futura todo el mensaje cristiano sería una farsa, la muerte de Cristo será en vano y no habría ninguna esperanza para nosotros, en palabras de Pablo: ‘*Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. (14) Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe*’ (1 Corintios 15:13-14)” (180).

Claramente, el autor afirma que “si no hay resurrección de muertos no hay vida futura y todo el mensaje cristiano sería una farsa”. Si el alma humana fuera inmortal “per se”, la vida futura después de la muerte existiría con independencia de que hubiera resurrección o no la hubiera, porque estaría basada en la propia naturaleza ontológica o antropológica del ser humano, y no en Cristo.

Sin embargo, además de la resurrección para vida eterna hay otra resurrección “*para vergüenza y confusión perpetua*” (Dan. 12:2), que se corresponde con la que anunció Jesucristo, es decir, la resurrección de “*condenación*”, o bien de “*juicio*” (en otras versiones) (Jn. 5:28-29); lo que fue ratificado también por el apóstol Pablo en el libro de Hechos de los Apóstoles: “*Teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos*” (Hch.24:15)

No es difícil deducir que las dos resurrecciones –la de los justos y la de los injustos (Dan. 12:2; Jn. 5:28-29; Hch.24:15), no se producen simultáneamente, porque el apóstol Pablo se refiere solo a la resurrección para vida eterna en 1 Co. 15:51-55 y 1 Ts. 4:13-18, porque él habla que tanto los muertos resucitados como los que permanezcan vivos en el día postrero, serán transformados o glorificados, y ambos grupos, juntamente, serán “arrebataados al encuentro de Jesús en el aire” (1 Ts. 4:17). Y naturalmente los injustos nunca serán resucitados con cuerpos glorificados e inmortales, sino con cuerpos corruptibles, similares a los que tenían en sus vidas terrenales.

Es evidente que en esta ocasión –el Día postrero, el de la segunda venida de Jesús– los injustos muertos, de todas las épocas, no son resucitados, porque nada se dice de ellos, y no tendría sentido, como bien dice mi amigo, volverlos a la vida, para a continuación darles muerte.

Sabemos – la Biblia indudablemente así lo afirma (Jn 6:39,40; 1 Ts. 4:13-18) etc.,– que la resurrección de los justos se produce al fin del mundo, en el día de la segunda venida de Cristo. Cuando eso ocurra vivirán dos grupos de personas, los injustos, es decir, “los hijos del malo”, representados por la cizaña, y los justos o hijos de Dios, simbolizados por “la buena semilla” (Mt. 13:36-43. A aquellos, los ángeles los recogerán y “los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. (Mt. 13:36-43; cf. Mt. 16:27; 24:29-51; 25:31-46).

Pues bien, estos malvados que fueron muertos por la venida en gloria de Jesucristo, junto con todos los injustos muertos de todas las épocas participarán en la segunda resurrección, es decir, serán resucitados, después del Milenio, solo para condenación o juicio, y recibirán el justo juicio de Dios ante el Gran Trono blanco y su recompensa –“la pena de eterna perdición” (2 Ts. 1:9)–, que es la muerte segunda (Ap. 20:5-6,11-15). Y esto ocurrirá después del Milenio – *“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años”* (Ap. 20:5)– .

No puede haber duda alguna que “los otros muertos” son todos los que no participarán de la primera resurrección, que habrá en la venida gloriosa de nuestro Señor, antes de la inauguración del Reino milenario. Y esto no puede ser de otra forma, porque la Palabra de Dios declara: *“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”* (Ap. 20:6). Es decir, “los otros muertos” no son resucitados en la primera resurrección (Jn 5:28-29; 1 Co. 15:51-56; 1 Ts. 4:13-18) sino en la segunda resurrección, que es solo para juicio y “pena de perdición eterna” (1 Ts. 1:9)

A continuación explico lo anterior con algo más de detalle:

El Nuevo Testamento se refiere a que habrá dos resurrecciones

La Palabra de Dios nos habla de que habrá dos resurrecciones: una resurrección para vida eterna y otra, muy distinta, resurrección para condenación (Jn. 5:28-29; cf. Dan. 12:2) y muerte segunda (Ap. 2:11; 20:14; 21:8), es decir, dos resurrecciones *“así de justos como de injustos”* (Hch. 24:15; cf. Ap. 20:5), pero no simultáneas en el tiempo, sino separadas por un lapso de tiempo de mil años, como comprobamos en el texto anterior de Apocalipsis 20: 5: *“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años...”*. Parece claro que *“los otros muertos”*, que ahora vuelven a vivir –lo que es lo mismo que resucitar– son todos los que no tuvieron parte en la primera resurrección, que se produjo con la venida gloriosa de Cristo.

Juan 5:24-29 De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. (25) De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. (26) Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; (27) y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. (28) No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; (29) y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

Hechos 24:15: Teniendo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.

Cuando aparezca nuestro Señor Jesucristo en las nubes resucitará a los santos muertos de todas las épocas en cuerpos gloriosos; y a los santos que vivan en ese momento, los transformará dándoles cuerpos incorruptibles y eternos, y “seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (1 Tes. 4:17).

El anterior párrafo resaltado trata de resumir lo que expresa la Palabra de Dios, mediante el apóstol Pablo, en la primera carta que dirige a los Tesalonicenses (1 Tes. 4:13-18), como podemos comprobar a continuación:

1 Tesalonicenses 4:13-18: Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. (14) Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. (15) Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. (16) Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. (17) Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. (A) (18) Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

En la explicación del capítulo 15 de la primera carta a los Corintios (15:51-58), vimos que *“No todos dormiremos”* (1 Co. 15:51), significa que no todos estaremos muertos cuando regrese nuestro Señor Jesús en gloria. Y, también, comprobamos que, en aquel día glorioso, *“los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros [los salvos que vivamos cuando Jesús aparezca en gloria] seremos transformados”* (1 Co. 15:52). Y ahora, en su primera carta a los Tesalonicenses, san Pablo también habla *“de los que duermen”* (1 Tes. 4:13), que es lo mismo que decir: “los que han muerto”. Pero ahora especifica que no son todos, los que han muerto, los que resucitarán en el Día del Señor, sino solamente *“los que durmieron en Él [Cristo]”* (1 Tes. 4:14). Es decir, los que “traerá Dios” (1 Tes. 4:14) a la vida son todos los muertos, que habiendo creído en Jesucristo –y habiendo sido consecuentes con esa creencia–, “oirán la voz del Hijo de Dios” (Jn.5:28), porque *“el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero”* (1 Tes. 4:16).

Vimos, pues, que los únicos que resucitan son los que “durmieron en Jesús” (1 Tes. 4:14), y éstos coinciden con, o son los mismos que, *“los muertos en Cristo”* [que] *resucitarán primero*” (1 Tes. 4:16).

Ahora cabe preguntarse, ¿son “los muertos en Cristo”, resucitados en el día de la Parusía, solo los creyentes santificados de la Era Cristiana?

Si respondemos afirmativamente, tendremos que explicar por qué Dios iba a dejar en “el polvo” (Gn. 3:19), o bien, en sus sepulcros, a todos los millones de creyentes santos, que vivieron antes de Cristo, y que abarcan desde Adán hasta,

por ejemplo, Juan el Bautista, es decir, la historia del mundo que Dios nos ha revelado en el Antiguo Testamento.

¿Acaso Cristo solo redime a los de la Era Cristiana?

La Palabra de Dios tiene una sola respuesta: Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo (1 Jn. 4:14). Eso significa que *“en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hechos 4:12); porque *“Él [Cristo] es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”* (1 Juan 2:2).

1 Corintios 15:20-26 Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. (21) Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. (22) **Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.** (23) Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; **luego los que son de Cristo, en su venida.**

1 Timoteo 2:5-6 Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, (6) **el cual se dio a sí mismo en rescate por todos,** de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.

Los textos citados arriba prueban suficientemente que la Redención de Cristo abarca o incluye a los muertos en el Señor Jesús de todas las épocas, no solo de la Era Cristiana.

La Biblia habla que Dios destruye a los malvados

También, en muchas ocasiones se utiliza el verbo “destruir” para significar la acción final que Dios opera con los impíos (Sal. 92:7; 1 Co. 3:17; 2 Ts. 2:8; Judas 5; Apoc. 11:18). Esto debería ser suficiente prueba de la mortalidad del alma o espíritu. Los textos citados hablan que Dios puede destruir –no solo el cuerpo sino también el alma– la totalidad del ser humano, en el infierno, que, como veremos más abajo, se trata de la *gehenna*, símbolo de la segunda muerte.

Salmos 92:7: Cuando brotan los impíos como la hierba, Y florecen todos los que hacen iniquidad, **Es para ser destruidos eternamente.**

1 Corintios 3:16-17: ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? (17) Si alguno destruyere el templo de Dios, **Dios le destruirá a él;** porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.

2 Tesalonicenses 2:8: Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien **el Señor** matará con el espíritu de su boca, y **destruirá con el resplandor de su venida;**

Judas 1:5: Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que **el Señor,** habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después **destruyó a los que no creyeron.**

Apocalipsis 11:17-18: diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. (18) Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que

temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, **y de destruir a los que destruyen la tierra.**

Mateo 10:28: Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a **aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.**

El texto anterior (Mt. 10:28) merece una explicación, porque muchos han querido ver en él, la confirmación del dualismo cuerpo-alma de la cultura y tradición griega y pagana. Sin embargo, alma, como ya sabemos, es la totalidad del ser humano, es decir, la persona. En cambio, el cuerpo aquí representa la vida física y psíquica –la vida terrenal– que posee el ser humano, puesto que no existe cuerpo sin vida, porque si así fuera, ya no podríamos hablar de cuerpo sino de cadáver, que es materia inerte.

Por tanto, a los humanos nos pueden matar el cuerpo que es temporal y terrestre, es decir, destruir nuestra vida humana, pero eso no significa ser destruidos para siempre, porque no pueden destruir la persona que somos, que pertenece a Dios, porque *“nuestra/vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”* (Col. 3:3). De ahí que tengamos *“esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos”* (Hch. 24:15). Por consiguiente, todos los que mueren, ya sea por causas naturales, accidentes, etc., o asesinados, Dios les resucitará cuando corresponda, los justos en el día de la venida gloriosa de Cristo, y los injustos, después del Milenio, para juicio y destrucción eterna o muerte segunda.

Pero nadie puede negar, que Dios es el único que tiene la prerrogativa de decidir destruirnos por la eternidad, si así lo considera justo; o como dijo Jesús: *“E irán éstos [los injustos] al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”* (Mt. 25:46); es decir, una destrucción que tiene consecuencias eternas, perdición para los injustos, porque ellos *“sufrirán pena de eterna perdición”* (2 Ts. 1:9). Por eso, el texto en cuestión dice, que solo Dios es el que *“puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”* (Mt. 10:28). La palabra original, que se ha traducido por “infierno”, en el griego, es *“gehenna”*, que es el lugar donde, en las afueras de Jerusalén, se quemaba la basura de forma permanente, y representa a la “segunda muerte” o destrucción de consecuencias eternas.

Veamos la nota que la Biblia de las Américas (LBLA) inserta, como comentario al vocablo infierno, que aparece también en Mateo 5:22.

“Infierno de fuego. El término *infierno* (gr.*guéenna*) se refería a un valle fuera de Jerusalén (heb., *gue-hinnom*, i.e., valle de Hinom), donde algunos de los reyes de Judá adoraban ídolos. Esta adoración incluía sacrificios humanos por fuego (2 Cr 28:3; 33:6; Jer 7:31; 32:35). Más tarde el valle se usaba como lugar para quemar basura, y se convirtió en un símbolo del lugar de castigo eterno, debido a los fuegos que ardían allí constantemente” ((La Biblia de las Américas (LBLA), nota o comentario al vocablo “infierno” de Mateo 5:22) (181)

Su fuego casi permanente fue la razón de que se convirtiera en una figura de la segunda muerte –el castigo eterno–, que es “*el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda*” (Ap. 21:8; cf. Ap. 20:14). Aunque el apóstol Juan identifica el lago de fuego con la segunda muerte, ambos son símbolos del castigo eterno, perdición eterna, o destrucción eterna. Porque realmente no importa el medio que Dios use para castigar a los malvados, sino que su destino es el de “eterna perdición” (2 Ts. 1:9). Comprobemos que en Apocalipsis 20:9, Dios ejecuta a todos los injustos, que fueron resucitados en la segunda resurrección, al final del Milenio, haciendo descender fuego del cielo sobre ellos. Leamos el texto que lo prueba:

Apocalipsis 20:9: Y subieron sobre la anchura de la tierra [los que fueron resucitados al fin del Milenio], y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió” (Ap. 20:9).

La esperanza de los creyentes de la Biblia nunca estuvo puesta en la inmortalidad del alma, sino en la resurrección y en adquirir la ciudadanía celestial – *Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo*, (Filipense 3:20)–. Es, solo entonces, cuando Él venga en gloria en su segunda venida (1ª Ts. 4:13-18), que todos los salvos serán acogidos en las moradas celestiales que Cristo fue a preparar (Jn 14:1-3) para ellos.

Para terminar esta objeción, es interesante la siguiente cita del libro *El dualismo en la antropología de la cristiandad*:

“R. Schnackenburg (*Christliche Existenz nach dem Neuen Testament*, Munich, 1967, pp. 13 ss.) se apoya en el texto de Mateo 10, 28, donde se habla de alma-cuerpo que pueden ser arrojados al infierno. ¿Sería dualismo? Se distinguen, es verdad, pero no se separan. Se afirma por otra parte la resurrección pero no la inmortalidad. Si no puede matarse el alma es porque nos es vedado (Mateo 6, 25), pero no por ser inmortal.” (182).

Apéndice 4

Objeciones a la mortalidad del alma

1. Objeciones a la doctrina bíblica de la mortalidad del ser humano entero

El autor, Juan Luis Ruiz de la Peña, en su obra *Imagen de Dios*, de la que hemos ido citando varios párrafos que han argumentado en pro de la unidad del ser humano y en contra del dualismo helénico – alma-cuerpo–, sorprende que sea él mismo el que nos plantee la siguiente objeción a la doctrina bíblica que sostiene que la muerte es el fin del hombre entero:

“Ahora bien, para poder hablar de resurrección del *mismo* sujeto personal de la existencia histórica tiene que haber en tal sujeto *algo* que sobreviva a la muerte, que actúe como nexo entre las dos formas de existencia (la histórica y la metahistórica), sin lo que no se daría, en rigor, resurrección, sino creación de la nada. De otro modo, si la muerte se entiende como aniquilación, en la que muere el hombre *entero* y muere *enteramente*, habría que barajar la idea, absurda desde el punto de vista metafísico, de que Dios crea dos veces a un mismo y único ser humano, del que, por otra parte, se dice que, en cuanto valor absoluto, es irrepetible. Nótese además que el crear por segunda vez a dicho ser implicaría no sólo replicar una determinada estructura ontológica singular, sino además introyectarle una completa dotación de recuerdos, vivencias, sentimientos, etc.; sólo así, en efecto, se obtendría *el mismo* yo humano. La inverosimilitud de esta operación es harto obvia”. p. 150 (183)

Analicemos si esos argumentos basados en nuestra miopía y limitación humanas tienen visos de ser reales aplicados al Dios omnipotente, *el Todopoderoso* (Ap. 1:8), *Rey de reyes y Señor de señores* (Ap. 20: 15-16). Para ello hagámonos preguntas acerca de si las varias dificultades que plantea en este denso párrafo, son problemas reales para Dios, o postulados que contradigan la lógica o la racionalidad humana.

Primero, ¿por qué, “para poder hablar de resurrección del *mismo* sujeto personal de la existencia histórica”, “tiene que haber en tal sujeto *algo* que sobreviva a la muerte, que actúe como nexo entre las dos formas de existencia (la histórica y la metahistórica), sin lo que no se daría, en rigor, resurrección, sino creación de la nada” (184)?

Segundo, ¿por qué si “muere el hombre *entero* y muere *enteramente*, habría que barajar la idea, absurda desde el punto de vista metafísico, de que Dios crea dos veces a un mismo y único ser humano” (185)?

Tercero, ¿Qué dificultad o problema tendría Dios por el hecho que “el crear por segunda vez a dicho ser implique no sólo replicar una determinada estructura ontológica singular, sino además introyectarle una completa dotación de recuerdos, vivencias, sentimientos, etc.; (186) [porque] sólo así, en efecto, se obtendría *el mismo* yo humano”? ¿Por qué “la inverosimilitud de esta operación es harto obvia” (187)?

Es decir, aquí se nos plantean varias cuestiones que precisamos responder:

- 1) ¿Qué es ese *algo* que sobrevive a la muerte del ser humano?
- 2) ¿Por qué sería “creación de la nada” considerar que Dios resucitará de la muerte al hombre *entero*, no solo una parte del mismo, porque si murió *enteramente*, lo lógico y normal es que no resucite solo su cuerpo, porque el ser humano es una totalidad no solo es cuerpo?
- 3) ¿Por qué el autor dice que es absurda la idea que Dios cree dos veces a un mismo y único ser humano, por el hecho que resucite al hombre entero muerto, no separado de su cuerpo?
- 4) ¿Qué dificultad para Dios representa, que en la segunda creación del hombre, es decir, la recreación que supone toda resurrección –que parte de alguien que existió, pero que dejó de ser–, replique no sólo una determinada estructura ontológica singular, sino además le introyecte o infunda una completa dotación de recuerdos, vivencias, sentimientos, etc.; porque sólo así, en efecto, se obtendría *el mismo* yo humano? ¿Es realmente esta operación inverosímil para Dios?

Vayamos, pues, a tratar de responder a las preguntas que nuestro autor nos ha suscitado:

1) ¿Qué es ese *algo* que sobrevive a la muerte del ser humano?

Necesitamos comprender bien el alcance de lo que se quiere significar con la frase: “tiene que haber en tal sujeto *algo* que sobreviva a la muerte, que actúe como nexo entre las dos formas de existencia (la histórica y la metahistórica)” (188).

¿Qué es ese “*algo* de tal sujeto que tiene que sobrevivir a la muerte, que actúe como nexo entre las dos formas de existencia (la histórica y la metahistórica)” (189)? ¿Es acaso, el alma del pensamiento helénico, el espíritu desencarnado del muerto, una entidad con vida consciente y autónoma? Si fuera esto lo que el autor quiere significar volveríamos al dualismo platónico tan denostado, por la mayoría de los eruditos y teólogos cristianos modernos e incluso por él mismo.

Quizá el autor no tuviera la intención de llegar tan lejos como ha llegado la tradición cristiana, que cree ciegamente en la inmortalidad de las almas, según el pensamiento griego. Pero, en cualquier caso, nuestra tarea es tratar de averiguar qué es ese “algo” o esencia que somos, y que Dios preserva de la muerte, hasta donde podamos, basándonos en la Palabra de Dios, la razón y el sentido común.

Para ello, vamos a analizar qué quiere expresar, el citado autor, con el verbo “sobrevivir”; porque ese “algo de tal sujeto”, digamos su esencial y característica identidad, puede perfectamente sobrevivir a la muerte sin que dicho individuo sea consciente de que “Alguien todopoderoso” haya grabado toda su esencia, la totalidad de su ser, en su infinita Memoria. Para que todo lo que hemos llegado a ser a lo largo de toda nuestra vida perviva, basta con que alguien capaz, con medios adecuados lo haya recogido y guardado de forma segura. Los seres humanos, limitados como somos, en el tiempo y en el espacio, sin embargo, hemos sido capaces de elaborar biografías completas de personajes históricos que han destacado en alguna rama del saber, o por sus méritos o valores humanos, etc.

Sin embargo, lo que Dios guarda de todos los seres humanos, es mucho más que las biografías de ellos; porque Él, en primer lugar, nos conoce a todos perfectamente desde la eternidad (Ro. 8:28-30; Ef. 1:4; 1 P. 1:2-5; cf. Hch. 2:22-23, 47; 4:27-28):

Romanos 8:28-30: Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. (29) Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. (30) Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

Efesios 1:3-5: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, (4) según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, (5) en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad,

1 Pedro 1:2-5: elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas. (3) Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, (4) para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, (5) que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.

Notemos que Dios para elegir y predestinar a los que habían de ser salvos, los ha tenido que conocer antes de la fundación del mundo, o sea, antes que nacieran o llegaran a existir. A todos esos también los **“hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”** (1 P. 1:3); porque **“el que no naciere de nuevo, no puede ver, o entrar en, el Reino de Dios”** (Jn. 3:3-6).

Juan 3:3-6: Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. (4) Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? (5) Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. (6) Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

Fijémonos que **“la esperanza viva”** (1 P. 1:3), la única esperanza del cristiano está puesta, no en la inmortalidad del alma, sino en **“la resurrección de Jesucristo de los muertos”** (1 P. 1:3), es decir, en la vida eterna que se obtiene con la resurrección del día postrero. Y esto solo será posible por **“la resurrección de Jesucristo de los muertos”**, por la cual igualmente todos los muertos en Cristo serán resucitados (1 Co. 15:21-23), para recibir **“la herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible”** (1 P. 1:4), que es la vida eterna, **“reservada en los cielos para vosotros,** (5) **que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”** (1 P. 1:5). Pero observemos, que lo que seremos en la resurrección —esa “herencia incorruptible”—, 1) está “reservada en los cielos”; 2) somos guardados por “el poder de Dios mediante la fe”; 3) **“la salvación ... está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”** (1 P. 1:5), o sea, el día de la venida gloriosa de Jesucristo.

En segundo lugar, también Dios sabe todo lo que hemos hecho a lo largo de la vida, y las metas que hemos alcanzado, ¿por qué, pues, Dios no podría recrear, en la resurrección, al ser humano histórico, sin necesidad de que el alma o espíritu desencarnado del hombre sobreviviera a la muerte, de manera consciente?

¿Por qué no creer lo que afirma la Biblia que nuestra “vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:4)?

Lo que sobrevive, pues, del ser humano es su “vida [que] está escondida con Cristo en Dios”, que no tiene nada que ver, o no se corresponde en absoluto, con espíritus desencarnados que conscientemente están viviendo con Dios en el cielo; sino que es simplemente nuestra vida, la esencia de todo lo que somos o hemos llegado a ser al final de nuestras vidas, lo que está en el cielo con Cristo. Es un registro completo de no solo lo que hemos llegado a ser, toda nuestra verdadera esencia que solo el Eterno conoce, sino también todos nuestros

hechos, nuestra vidas enteras está guardadas y registradas por Dios en el Cielo. Por tanto, en ningún caso se tratará de una entidad consciente, hasta que Dios convierta esos “registros” o “imágenes” completas de lo que somos en una Nueva Creación mediante la resurrección en el día postrero.

¿Por qué no somos capaces de creer que *“el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”* (Ef. 1:3), que por Su presciencia (1 P. 1:2), nos conoció (Ro. 8:29), –**que “nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo, para que fuésemos hechos santos y sin mancha delante de Él”** (Ef. 1:4), que *“nos predestinó para que fuésemos hechos conformes a la imagen de Su Hijo”* (Ro. 8:29)–, es también **“poderoso para guardar mi/nuestro depósito para aquel día”** (2 Ti. 1:12)?

Nuestro autor ha olvidado que Dios nos ha conocido desde, incluso, antes que estuviéramos en el vientre de nuestras madres, antes de haber sido engendrados. Además Él nos cuida a lo largo de toda nuestra vida terrena, nos da el nuevo nacimiento, convirtiéndonos en nuevos seres humanos.

¿Por qué no pueden creer Ruiz de la Peña y otros, que nuestra/*“vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (4) Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”* (Col 3:3)

2) ¿Por qué sería “creación de la nada” considerar que Dios resucitará de la muerte al hombre *entero*, no solo una parte del mismo; porque si murió *enteramente*, lo lógico y normal es que no resucite solo su cuerpo, sino el ser humano en su totalidad, y no solo resucite un “cuerpo sin alma”?

Tiene razón nuestro autor – Ruiz de la Peña–, cuando dice que la resurrección no es “creación desde la nada” (190); sino que, realmente, se trata de una nueva creación o recreación del hombre terrestre o histórico, que respeta totalmente su identidad, para ser plenamente fiel a la personalidad alcanzada por él mismo durante toda su vida. Es decir, en la resurrección, Dios no crea desde la nada, – y sería de un absurdo absoluto, que Él tomara el espíritu desencarnado del que murió, que supuestamente está con Él en el cielo, y lo infundiera en un cuerpo de la nueva creación, que va a ser recreado totalmente, para ser transformado en glorioso y espiritual–; sino que Él recrea la totalidad del hombre que está guardado en Cristo, en su memoria infinita.

Natural y lógicamente, cuando Dios resucite a los muertos, no creará seres humanos que nunca existieron; porque eso sí significaría “creación de la nada”; sino que Él recreará a todas las personas muertas, y también recreará y transformará a las que aún vivan en Su venida gloriosa (1 Co. 15:51-55; cf. 1 Ts. 4:13-18), reproduciendo en ellos, en ambos grupos –los muertos y los que vivan

en la Parusía– todos sus rasgos de carácter y personalidad, todo lo que configure su identidad.

3) ¿Por qué el autor dice que es absurda la idea que Dios cree dos veces a un mismo y único ser humano, por el hecho que resucite al hombre entero muerto, y no solo su cuerpo?

En lo que antecede hemos visto que la resurrección de los muertos es realmente una Nueva Creación (Gá. 6:15; cf. 1 Co. 15:36-38,42-50), pero no “creación de la nada”; porque Dios no parte de cero, es decir, de “la nada”, sino que toma a la humanidad terrestre e histórica y, basándose en la imagen de Cristo que ella haya alcanzado, la transforma en una nueva humanidad; en donde el “viejo hombre” ya ha desaparecido por completo y es sustituido por el “nuevo hombre en Cristo”.

En esta vida terrestre, el ser humano nunca llega a alcanzar la imagen de Cristo a la perfección, porque nuestro viejo hombre, o ser carnal, no desaparece completamente. Por eso, Dios en la resurrección nos recreará enteramente, para que tengamos “la imagen del celestial” [Cristo] (1 Co. 15:49). Lo que no pudimos alcanzar más que parcialmente en esta vida terrestre, Él lo recreará hasta la perfección completa. Es decir, la imagen de Cristo que hayamos alcanzado en la vida terrestre es la que Dios completará y perfeccionará en la consumación de la “Nueva Creación” que es la que se produce en la resurrección; mediante la cual, pasaremos de criaturas imperfectas y corruptibles a criaturas perfectas incorruptibles y gloriosas.

Gálatas 6:15: Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.

1 Corintios 15:35-38: Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? (36) Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. (37) Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; (38) pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. [...] (42) Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. (43) Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. (44) Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. (45) Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. (46) Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. (47) El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. (48) Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. (49) Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial. (50) Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.

¿No es esto una nueva creación? ¿Por qué, pues, es absurda la idea que Dios cree dos veces a un mismo y único ser humano?

Dios crea al hombre, la primera vez, indirectamente, a través de sus padres terrenales. Es decir, crea la primera pareja humana de la que descendemos todos (Gn. 1:27-28; 5:3).

Podemos, pues, entender que Dios crea la primera pareja humana, y la dota de la capacidad procreadora, para que de aquella proceda toda la humanidad (Gn. 1:27-28; 5:3). Luego el resto de la humanidad es una creación indirecta, mediante segundas causas, a través de los descendientes de Adán y Eva. Sin embargo, los seres humanos cuando nacen físicamente aún no han sido *“hechos conformes a la imagen del Hijo de Dios”* (Ro. 8:29); por tanto, al que Dios resucita –en su venida gloriosa– no es al hombre natural, sino al que ha nacido de nuevo (Jn. 3:3-5), el que ha sido engendrado por el Espíritu Santo (Jn. 1:12-13), el “nuevo hombre” en Cristo (2 Co. 5:17; cf. Ez. 36:26; Ef. 4:24; Col. 3:10). Más adelante veremos cómo Dios crea al nuevo hombre partiendo del hombre natural.

Por tanto, Dios toma al hombre natural existente, y lo convierte en el “nuevo hombre”, u hombre espiritual, cuando le resucita, dándole la vida espiritual (Ef. 2:1-2,4-7). Pero no debemos confundir esta resurrección espiritual del hombre natural, con la resurrección física de la totalidad del hombre en el día del fin del mundo.

Efesios 2:1-2: Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, (2) en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia,

Efesios 2:4-7: Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, (5) aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), (6) y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, (7) para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Esta segunda intervención suya es fundamental para la salvación de la humanidad; pero su obra no se completa hasta la resurrección de los muertos en el día postrero.

En esto consiste el nuevo nacimiento, mediante el cual el ser carnal se convierte en ser espiritual (Jn. 3:3-5), el “nuevo hombre” en Cristo (2 Co. 5:17; cf. Ez. 36:26; Ef. 4:24; Col. 3:10); y todo ello porque ha sido engendrado y sellado por el Espíritu Santo (Jn. 1:12-13; cf. Ef. 1:13-14), y, desde ese momento, el Espíritu santo mora en el cristiano (1 Co. 6:19-20), y Dios le adopta como hijo (Gá. 4:5-7; cf. Ro. 8:13-17).

Sin embargo, la vida eterna –don de la salvación en Cristo–, que es la promesa que obtiene el creyente en Él, desde el mismo instante de su nuevo nacimiento, es lo que se espera con fe, y que se consumará, o se llevará a cabo, en la resurrección del día postrero, “*en el siglo venidero*”. Así lo confirma un gran número de textos de la Biblia, como, por ejemplo, los siguientes que transcribo y comento abajo: (Mt. 19:28-30; cf. Mr. 10:29-31; Lc. 18:29-30):

Mateo 19:28-30: Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. (29) Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. (30) Pero muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros.

¿Dijo Jesús que los creyentes “heredarán la vida eterna” (Mt. 19:29) en este mundo? No, porque la vida eterna se hereda en la “*regeneración*”, que aquí significa “*en la resurrección*”. Ahora veamos los pasajes paralelos de los Evangelios de san Marcos y san Lucas, que lo confirman:

Marcos 10:29-31: Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, (30) que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna. (31) Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros.

Lucas 18:29-30: Y él les dijo: De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, (30) que no haya de recibir mucho más en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna.

No dejan lugar a dudas estos pasajes respecto a cuándo heredarán la vida eterna los creyentes. En el Evangelio de san Marcos: “*en el siglo venidero la vida eterna*” (Mr. 10:30); e igualmente lo confirma el Evangelio de san Lucas: “*en el siglo venidero la vida eterna*” (Lc. 18:30). Notemos que se distingue perfectamente entre “*en este tiempo*”, el terrestre, y “*en el siglo venidero*”, que será después de la resurrección del último día, en la Nueva Tierra y Nuevos Cielos (1 P. 3:13; cf. Ap. 21:1).

Sin embargo, recordemos que, como ya hicimos notar, Jesucristo no nos libra de la muerte ordinaria, que la Biblia solo considera que es un estado inconsciente, en espera de la resurrección: “*muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua*” (Daniel 12:2). Esta muerte es producto del pecado original (Ro. 5:12; 1 Co. 15:21) es un estado pasajero hasta la resurrección del día postrero.

Romanos 5:12: Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

1 Corintios 15:20-23: Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. (21) Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. (22) Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. (23) Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; **luego los que son de Cristo, en su venida.**

Jesucristo obtuvo para los creyentes la vida eterna, al vencer a la muerte segunda, mediante su sacrificio expiatorio de su muerte en la cruz (Heb. 2:14-18; cf. Jn. 3:14-16); y esta vida eterna la recibirán, en el día de la resurrección, todos los que creen en Dios y en Jesucristo como Salvador y Redentor, y escuchan y obedecen Su Palabra.

Juan 3:14-16: Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, (15) **para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.** (16) Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Juan 5:24: De cierto, de cierto os digo: **El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna;** y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

La vida eterna está completamente asociada a la resurrección del día postrero, como lo demuestran los siguientes textos; si no hubiera resurrección tampoco habría vida eterna:

Juan 6:39-40,44,47-48,50-51,54: Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, **sino que lo resucite en el día postrero.** (40) Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, **y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.** [...]. (44) Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y **yo le resucitaré en el día postrero.** [...] (47) De cierto, de cierto os digo: **El que cree en mí, tiene vida eterna.** (48) Yo soy el pan de vida. [...] (50) Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. (51) Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo. [...] (54) El que come mi carne y bebe mi sangre, **tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.**

Juan 8:51-52: De cierto, de cierto os digo, que **el que guarda mi palabra, nunca verá muerte.** (52) Entonces los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: **El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte.**

Juan 10:28-30: y **yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás,** ni nadie las arrebatará de mi mano. (29) Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. (30) Yo y el Padre uno somos.

Todos los creyentes, puesto que han sido salvados por Dios en Cristo, reciben la promesa de vida eterna en el Reino celestial; y esto será posible si participan de la primera resurrección, porque, desde ese momento, *“la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y*

reinarán con él mil años” (Ap. 20:6); ese es el motivo por el que Jesús les promete que *“no perecerán jamás”* (Jn. 10:28); también en otra ocasión, Jesús les reitera la misma verdad, pero con parecidas palabras: *“el que guarda mi palabra, nunca verá muerte”* (Jn. 8:51), o como bien interpretan sus oyentes judíos: *“nunca sufrirá muerte”* (Jn. 8:52). Sin duda esa muerte que nunca verá, o sufrirá, el que guarda la Palabra de Cristo, **es la muerte segunda o eterna**; porque evidentemente, todos los seres humanos verán o sufrirán la primera muerte o muerte ordinaria, excepto si llegan vivos al día de la venida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

¿Significa esta promesa o anuncio de vida eterna, o de que “nunca verán muerte”, que los creyentes no pasarán por la muerte primera?

En absoluto. En lo que antecede hemos visto, que Jesucristo nos libra no de la muerte primera, sino de la muerte segunda, que es la muerte eterna.

Algunos van mucho más lejos y piensan que desde el momento en que el creyente es nacido de nuevo, recibe la vida eterna, y su alma de la filosofía griega se convierte en inmortal, y sin necesidad de pasar por un estado inconsciente pasajero, va directamente a vivir, con toda consciencia al Cielo. Sin embargo, esta creencia está en absoluta contradicción con la Palabra de Dios, como se ha podido comprobar en los textos aportados arriba, a los que añadimos algunos más a continuación:

Juan 12:25: El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, **para vida eterna la guardará.**

Observemos que el creyente es poseedor de la vida eterna como un depósito guardado en Dios para el día de la resurrección. Pero veamos los siguientes textos que deberían aclarar si aún queda alguna duda:

Tito 1:1-2: Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y el conocimiento de la verdad que es según la piedad, (2) **en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos,**

La vida eterna es la esperanza de todo creyente, pero no es aún una realidad consumada; puesto que no se experimentará hasta que entremos en el Reino celestial de Cristo.

1 Juan 1:2: (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó);

1 Juan 2:25: Y **esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna.**

Todo cristiano tiene la firme esperanza de la vida eterna, porque Dios así lo ha prometido, y Él no puede mentir. Además Cristo es la vida eterna (1 Jn. 1:2); nuestra mayor garantía y seguridad; *“Dios nos ha dado vida eterna”*; *“y esta vida está en su Hijo”*; porque *“el que tiene al Hijo, tiene la vida”* (1 J. 5:11-12). Él es

“la esperanza puesta delante de nosotros. (19) La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, (20) donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Heb. 6:18-20). Leamos los citados textos completos:

Hebreos 6:17-20: Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; (18) para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. (19) La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, (20) donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

1 Juan 5:11-12: Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. (12) El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

4) ¿Por qué Dios no sería capaz de reproducir al nuevo hombre, en la resurrección, y “replicar una determinada estructura ontológica singular”, y “además introyectarle una completa dotación de recuerdos, vivencias, sentimientos, etc.; [porque} sólo así, en efecto, se obtendría *el mismo* yo humano (191)?

¿Qué dificultad representa para que, Dios, en la segunda creación del hombre, es decir, la recreación que supone toda resurrección –que parte de alguien que existió, pero que dejó de ser–, “replice no sólo una determinada estructura ontológica singular, sino además le introyecte o infunda una completa dotación de recuerdos, vivencias, sentimientos, etc.; [porque] sólo así, en efecto, se obtendría *el mismo* yo humano”? ¿Por qué “la inverosimilitud de esta operación es harto obvia? (192)

Ya vimos que estas objeciones son fruto de nuestras miopías y limitaciones humanas. Además mostramos que la resurrección realmente es una recreación del hombre nuevo, es decir, una Nueva Creación, que completa y lleva a la perfección la imagen de Cristo, que en la efímera vida terrestre no es posible alcanzar, por las lógicas limitaciones, imperfecciones genéticas heredadas con que nacemos, a lo que hay que añadir, los efectos de nuestros transgresiones o pecados, acumulados a lo largo de la vida, y la influencia mayormente maléfica del mundo que nos rodea. Tengamos en cuenta que el “nuevo hombre” en Cristo no sería perfecto si Dios no lo recreara en la resurrección, eliminando y purificando, entonces, todos los efectos malignos del pecado.

¿Qué sería más “difícil” para Dios, en la resurrección, “replicar” al ser humano entero, o, por el contrario, crear solo el cuerpo glorioso, a la semejanza del de Jesucristo resucitado, y luego tomar el yo espiritual del hombre que

supuestamente habrá sobrevivido a la muerte, y estaría viviendo con Él en el cielo, y acto seguido infundir ese yo, o espíritu dentro de aquel “cuerpo espiritual” (1 Co. 15:44) que Dios habría previamente recreado sin el alma griega?

Recordemos que *“lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; (38) pero **Dios le da el cuerpo como él quiso**, y a cada semilla su propio cuerpo [...] (42) Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. (43) Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. (44) Se siembra cuerpo animal, **resucitará cuerpo espiritual**”* (1 Co. 15: 37-38, 42-44).

Cuando el apóstol Pablo nos revela que Dios, en *“la resurrección de los muertos”*, a la totalidad del hombre muerto, *“le da el cuerpo como él quiso*, resucitándole en **“cuerpo espiritual”** (1 Co. 15: 37-38, 42-44), pensamos, por influencia de la filosofía griega y tradición cristiana, que se está refiriendo solo a la parte material del hombre, y que Dios luego le infunde el alma que está viviendo conscientemente en el cielo. Esta es la consecuencia del gran error de creer como verdad que el ser humano sea un compuesto de carne –materia– y espíritu o alma del pensamiento griego, que ha asimilado y heredado la tradición cristiana. Esa tremenda influencia tan arraigada en toda nuestra cultura y educación, nos mediatiza de tal manera, que cuando Dios nos revela que en la resurrección seremos transformados en “cuerpos espirituales”, enseguida pensamos que se nos está hablando solo de la parte material del ser humano, y que Él, en una segunda fase o inmediatamente, infundirá en los mismos nuestros espíritus o almas griegas. Esa idea no es bíblica; porque ese cuerpo espiritual resucitado es el hombre entero, incluido su “yo” o “alma”; es la recreación del ser humano histórico, pero hecho perfecto, como corresponde en la Nueva Creación.

Aclarado que san Pablo, cuando habla de que Dios “en la resurrección de los muertos resucitará en cuerpo espiritual”, se refiere al hombre entero histórico, y no a su cuerpo; es natural, lógico, y aun conveniente que nos preguntemos ¿cómo será el “cuerpo espiritual” que “resucitará” (1 Co. 15: 44)?

Se nos han revelado solo dos características del “cuerpo espiritual” que “resucitará”. Lo siguiente es todo lo que sabemos:

Primera: *“así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”* (1 Co. 15:49).

Segunda: *“...la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”* (1 Co. 15:49).

Con respecto a la primera, se infiere que el “cuerpo espiritual” del ser humano resucitado será semejante al de Jesucristo resucitado. Y de la segunda

característica, deducimos que no estaremos constituidos de la misma materia actual –carne y sangre–, porque éstas son corruptibles, y, como tales, “*no pueden heredar el reino de Dios*”, porque allí no podrá haber nada corruptible.

Sin embargo, Jesucristo cuando, después de resucitar, se apareció, de repente, a sus discípulos, éstos “*espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu*” (Lc. 24:37). Es decir, su aparición repentina, colocándose “*en medio de ellos*” (v.36), junto con una lógica transformación operada en Él, por su resurrección, les hizo pensar que el ser que tenían delante no era el mismo Jesucristo, o que no era real, sino solo una aparición fantasmagórica. “*Pero él les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? (39) Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; **porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.** (40) Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. (41) Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? (42) Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. (43) Y él lo tomó, **y comió delante de ellos**” (Lc. 24:38-40; cf. Jn. 21:4-14). Leamos también otro relato, el del apóstol Juan, en que Jesús se manifiesta a los apóstoles, por tercera vez:*

Juan 21:4-14: Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa; mas los discípulos no sabían que era Jesús. (5) Y les dijo: Hijitos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. (6) El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. Entonces la echaron, y ya no la podían sacar, por la gran cantidad de peces. (7) Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: ¡Es el Señor! Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la ropa (porque se había despojado de ella), y se echó al mar. (8) Y los otros discípulos vinieron con la barca, arrastrando la red de peces, pues no distaban de tierra sino como doscientos codos. (9) Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan. (10) Jesús les dijo: Traed de los peces que acabáis de pescar. (11) Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra, llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres; y aun siendo tantos, la red no se rompió. (12) Les dijo Jesús: Venid, comed. Y ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Tú, quién eres? sabiendo que era el Señor. (13) Vino, pues, Jesús, y tomó el pan y les dio, y asimismo del pescado. (14) Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos.

Si Jesucristo resucitado tenía manos y pies, en un cuerpo de carne y huesos, y lógicamente un rostro, para ser reconocido, y una boca por la que demostró que pudo comer “*un pez asado, y un panal de miel*” (Lc.24:43), ¿qué clase de materia conformaba aquel cuerpo espiritual que, como veremos más abajo, le permitió entrar en el aposento donde estaban reunidos los apóstoles, estando las puertas cerradas (véase Jn. 20:19, 26)?

Ciertamente, Jesucristo pudo ser resucitado con un cuerpo semejante al que tenía cuando murió en la cruz, a fin de que los discípulos pudieran reconocerle e identificarle fácil e inconfundiblemente por sus heridas. “*Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo*” (Jn.20:24) no hubiera creído sino hubiera visto las señales

en el cuerpo de Jesús, porque él *“no estaba con ellos cuando Jesús vino”* (Jn. 20:24) la primera vez. La primera vez que Jesús se apareció a sus discípulos cuando estaban reunidos en un aposento, les pidió, *“Mirad mis manos y mis pies”* (Lc. 20:39), *que yo mismo soy; palpad, y ved”*. Y lo mismo nos relata el apóstol Juan: *“cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado”* (Jn. 20:20). Su intención y objetivo claramente fue que reconocieran que era Él mismo, que había sido crucificado, muerto y resucitado. Es decir, lo primero que hizo Jesús es identificarse señalándoles sus marcas de haber sido crucificado. Por eso, cuando, a los ocho días siguientes, los apóstoles se reunieron de nuevo, Tomás – que en esta ocasión estaba con ellos– *“les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré”* (Jn.20:25). 27).

Esta es la razón por la que, en la segunda ocasión, Jesús se dirige directamente a Tomás: *“Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. (28) Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! (29) Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”* (Jn. 20:27-29). Por tanto, si Jesucristo no hubiera mostrado sus heridas y llagas de su crucifixión, no solo no le habría creído Tomás, sino que tampoco el resto de sus discípulos; éstos ya habían visto sus marcas la primera vez cuando no estaba Tomás con ellos, y por eso fueron propicios a creer que aquella aparición era el mismo Jesús con el que habían convivido poco más de tres años.

Por lo que antecede, cabe pensar que Jesucristo resucitó en “un cuerpo de carne y hueso” – como corresponde a esta vida terrestre–, a fin de que todos pudieran identificarle sin lugar a dudas. Aunque no veo problema para Dios que Su “cuerpo de carne y hueso” fuera ya de una materia especial incorruptible, que mantenía el aspecto exterior; y más tarde Él sería **“transformado”** en cuerpo espiritual glorioso, *“en un abrir y cerrar de ojos”* (1 Co. 15:52), en el momento de su ascensión al cielo (Hch. 1:3,9,11).

Hechos 1:2-11: hasta el día en que [Jesús] fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; (3) a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. (4) Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. (5) Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo(C) dentro de no muchos días. (6) Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? (7) Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; (8) pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. (9) **Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.** (10) Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, (11) los cuales también les dijeron:

Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? **Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.**

A esta aparición de Jesús resucitado, narrada por san Lucas, debemos añadir, para tener el cuadro completo de sus apariciones, las descritas por el apóstol Juan: *“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, **estando las puertas cerradas** en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros. (20) Y cuando les hubo dicho esto, **les mostró las manos y el costado**. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor”* (Juan 20:19-20).

En primer lugar, notemos cómo san Juan destaca, como haciendo hincapié, un detalle: **estando las puertas cerradas** en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio” (Jn. 20:19). Es lógico y natural que, la habitación donde los discípulos estaban reunidos, tuviera la puerta cerrada, y con más motivo: “por miedo de los judíos”. Todos hubiéramos esperado que Jesús llamara a la puerta para que alguno de los discípulos le abriera, a continuación se identificara, y luego, una vez abierta la puerta, entrara normalmente. Sin embargo, no sucedió así. Y, el apóstol Juan, para que no pensáramos que hemos entendido mal, cuando ocho días más tarde –el siguiente domingo– vuelven a reunirse, el mismo hecho misterioso se repite: *“Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. **Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio** y les dijo: Paz a vosotros”* (Jn. 20:26).

Ese simple detalle que san Juan nos desvela, encierra un gran misterio, porque ¿cómo pudo entrar Jesús en ese recinto o local, que se supone, cerrado por cuatro paredes y un techo? Aunque no se nos dice si había ventanas, es de suponer que si las hubiera habido, también estarían cerradas. Observemos que Jesús no tuvo necesidad de llamar a la puerta para que le abrieran y así poder entrar, sino que se presentó directamente en medio de donde estaban reunidos los discípulos; y ocurrió de la misma manera en dos domingos consecutivos.

Solo dos posibilidades se me ocurren: 1) Jesús hizo un milagro por medio de Su poder divino; 2) la materia corporal de Jesús posee unas propiedades desconocidas hasta ahora, que le permitieron, primero, desplazarse a voluntad por el espacio sin límites de velocidad, y segundo, atravesar cualquier tipo de barreras por muy sólidas que fueren. Si esa aparición repentina de Jesús fue posible por el segundo supuesto, podríamos preguntarnos: ¿tendrán los cuerpos espirituales de los resucitados esas propiedades que les permitirán desplazarse por el espacio a cualquier velocidad que lo deseen, incluso igual o mayor que la velocidad de la luz, al tiempo de ser capaces de infiltrarse a través de cualquier obstáculo por muy sólido que sea?

Puesto que, al parecer, los ángeles, que son *“espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación”* (Heb. 1:13,14), tienen esas facultades de forma natural, –es decir, por su misma naturaleza

espiritual—, ¿por qué Dios no podría, si ese fuera su propósito, recrear al nuevo hombre en la resurrección, semejante al cuerpo resucitado de Jesucristo, que, aunque distinto de un ángel, no por eso sería inferior a éste?

Por cierto, en relación con la resurrección de los muertos, hay unos reveladores pasajes en el Evangelio de san Lucas, en los que Jesús nos desvela que los hijos de la resurrección serán ***“iguales a los ángeles”***: ***“mas los que fueren tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo y la resurrección de entre los muertos, ni se casan, ni se dan en casamiento. (36) Porque no pueden ya más morir, pues son iguales a los ángeles, y son hijos de Dios, al ser hijos de la resurrección”*** (Lc. 20:35-36).

No obstante, es cierto que también puede entenderse que ***“los hijos de la resurrección”*** serán ***“iguales a los ángeles”*** solo en el hecho de que ***“no pueden ya más morir”***; porque ***“Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”*** (Ap. 20:6). Lo cual confirma una vez más que no existe inmortalidad del alma —del pensamiento griego— separada del cuerpo; porque la inmortalidad humana no existe, sino la vida eterna, que se inicia el día de la venida gloriosa de Cristo, cuando ***“los muertos serán resucitados incorruptibles [...] (53) Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”*** (1 Co. 15:52-53).

Con relación al misterioso hecho, en el que incide especialmente el apóstol Juan, cuando nos relata, en dos ocasiones distintas, que ***“Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio”*** (Jn. 20:19,26), expresé arriba, las dos posibilidades que era capaz de imaginar: 1) Jesús hizo un milagro por medio de Su poder divino; 2) la materia corporal de Jesús posee unas propiedades desconocidas hasta ahora. Esto último debe ser cierto, si atendemos a lo que nos revela el apóstol Pablo: ***“lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; (38) pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. (39) No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. (1 Co. 15:37-39)***. Jesucristo pudo también ser resucitado con “carne y huesos” distintos al resto de los humanos, y ser posteriormente glorificado en el momento de Su ascensión al Cielo (Hch. 1:9). Puede también que las marcas en su cuerpo que le produjo la crucifixión, aunque cauterizadas, queden, a propósito, indeleblemente fijadas en su cuerpo, a fin de que jamás nadie olvide las consecuencias del pecado.

5) ¿Cómo crea Dios al nuevo hombre partiendo del hombre natural?

Dios resucita —en su venida gloriosa— no al hombre natural, sino al que ha nacido de nuevo (Jn. 3:3-5), el que ha sido engendrado por el Espíritu Santo (Jn. 1:12-13). Pero, además, es necesario que Dios complete y perfeccione en aquel día

“la imagen del celestial” (1 Co. 15:49), que hayamos alcanzado en la vida terrestre; porque *“La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”* (1 Co. 15:50).

Ahora debemos limitarnos a recordar que solo los que reciben a Cristo son hechos hijos de Dios, es decir, engendrados por el Espíritu de Dios.

Juan 1:12-13: Mas a todos los que le recibieron [a Cristo], a los que creen en su nombre [Cristo], les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; (13) los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

“Si alguno está en Cristo nueva criatura es” (2 Co. 5:17), y, por tanto, pertenece a la Nueva Creación, que se consumará en la resurrección del día postrero de la venida gloriosa del Salvador.

2 Corintios 5:17: De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.

En esta vida terrestre, Dios obra en el hombre natural, para transformar su duro corazón de piedra en corazón de carne, para convertir a los seres humanos carnales en seres espirituales, por medio de Su Palabra y de Su Espíritu.

Ezequiel 36:26-27: Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. (27) Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.

En algún momento de nuestra vida terrestre, *“Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, (5) aun estando nosotros muertos en pecados, **nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), (6) y juntamente con él nos resucitó**, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, (7) para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”* (Efesios 2:4-7). Es decir, Dios obra en nosotros proporcionándonos la vida en Cristo, que significa una resurrección espiritual, o nuevo nacimiento del Espíritu Santo, que hemos visto que se completará y perfeccionará en la resurrección física del día postrero.

Esta es la parte que le corresponde realizar a Dios; pero a partir de ese momento, somos responsables de nuestra decisión personal, en el crecimiento espiritual en Cristo: *“Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna”* (Ro. 6:22).

Efesios 4:22-24: En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, (24) y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Esta es la razón por la que la Palabra de Dios insiste en: *“despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, (24) y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”* (Ef. 4:22-24). Ese nuevo hombre creado por Dios no puede crecer en Cristo y en santidad si no colaboramos con Él diariamente, eligiendo siempre Su voluntad y, decidiendo obedecer Su Palabra.

Notemos como el apóstol Pablo insiste en que nos despojemos del hombre viejo, y nos revistamos del nuevo, que tiene la imagen de Dios. Esa, pues, debe ser nuestra tarea diaria; imitando a san Pablo: *“prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. [...] (17) Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros. (18) Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; (19) el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal. (20) Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; (21) el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria”* (Fil. 3:14,17-21)

Colosenses 3:9-11: No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, (10) y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, (11) donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos.

1 Corintios 15:50: Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.

Debemos reconocer que nos cuesta creer a Jesucristo cuando dijo: *“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu espíritu es”* (Jn 3:6); que significa simplemente algo que parece obvio pero que no lo es: *“Lo que es nacido de la carne, es carnal; y lo que es nacido del Espíritu es espiritual”*. Es decir, se nace biológicamente ser humano carnal u “hombre natural” o “anímico” que *“no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”* (1 Co. 2:14), que es nuestro *“viejo hombre”*, el cual cuando uno es nacido de nuevo por la Palabra de Dios y por Su Espíritu, *“fue crucificado juntamente con Cristo”* (Ro. 6:6), porque *“si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con Él”* (Ro. 6:8). *“Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia”* (Ro. 8:10).

En el último texto citado arriba, cuando san Pablo expresa “*si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto*” (Romanos 8:10), la tradición cristiana e influencia helénica nos impide comprender que san Pablo no se refiere al “cuerpo sin alma” del pensamiento filosófico griego, sino al hombre entero, que necesita “hacer morir lo terrenal” –*fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia*”, etc. (Col. 3:5). Lo que el apóstol quiere que comprendamos es que si realmente Dios nos ha hecho “nuevas criaturas en Cristo”, ahora empieza realmente nuestra tarea, para que, ejerciendo nuestra voluntad en armonía con la de Dios, nos despojemos “*del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, (23) y renovaos en el espíritu de vuestra mente, (24) y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*” (Ef. 4:22-24). Y todo esto es posible porque primero, Dios, “*de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas*” (Stgo. 1:18). Así también lo expresa el apóstol Pedro: “***siendo renacidos**, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, **por la palabra de Dios** que vive y permanece para siempre*” (1 Pedro 1:23).

Carlos Aracil Orts

www.amistadencristo.com

Referencias bibliográficas

*Las referencias bíblicas están tomadas de la versión Reina Valera de 1960 de la Biblia, salvo cuando se indique expresamente otra versión. Las negrillas y los subrayados realizados al texto bíblico son nuestros.

Abreviaturas frecuentemente empleadas:

AT = Antiguo Testamento

NT = Nuevo Testamento

AP = Antiguo Pacto

NP = Nuevo Pacto

Las abreviaturas de los libros de la Biblia corresponden con las empleadas en la versión de la Biblia de Reina-Valera, 1960 (RV, 1960)

pp, pc, pú referidas a un versículo bíblico representan "parte primera, central o última del mismo".

Abreviaturas empleadas para diversas traducciones de la Biblia:

NBJ: Nueva Biblia de Jerusalén, 1998.

BTX: Biblia Textual

Jünemann: Sagrada Biblia-Versión de la LXX al español por Guillermo Jüneman

N-C: Sagrada Biblia- Nacar Colunga-1994

JER 2001: *Biblia de Jerusalén, 3ª Edición 2001

BLA95, BL95: Biblia Latinoamericana, 1995

BNP: La Biblia de Nuestro Pueblo

NVI 1999: Nueva Versión Internacional 1999

Las abreviaturas de los libros de la Biblia corresponden con las empleadas en la versión de la Biblia de Reina-Valera, 1960 (RV, 1960)

Bibliografía citada

(1) Aguirre Rodríguez, Juan, *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, p. 15, Ediciones Paulinas, La Florida (Stgo.), Chile, 8/1988, [el autor es licenciado en Teología, Profesor de Estado, Orientador Profesional y Psicólogo].

(2) *Ibíd.* P. 15.

(3) *Ibíd.* P. 17.

(4) *Ibíd.* P. 28.

(5) *Ibíd.* P. 36.

(6) *Ibíd.* P. 37

(7) *Ibíd.* P. 39.

(8) Dussel, Enrique, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p. 47.

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20120130111139/ANTROPOLOGIA.pdf>

- (9) *Ibíd.* P. 45-46.
- (10) *Ibíd.* P. 46.
- (11) *Ibíd.* P. 47.
- (12) *Ibíd.* P. 49.
- (13) *Ibíd.* P. 50.
- (14) *Ibíd.* P. 51
- (15) Strong's Hebrew and Greek Dictionaries (G5591).
- (16) Douglas, J.D. y Tenney, Merrill C., Diccionario bíblico, Editorial Mundo Hispano, 2003.
- (17) Bonnet, L. y Schroeder, A., Comentario del Nuevo Testamento, Tomo IV, Pág. 111; Editorial Evangélica Bautista (Buenos Aires), 1952.
- (18) Aguirre Rodríguez, Juan, *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, p. 13, Ediciones Paulinas, La Florida (Stgo.), Chile, 8/1988,
- (19) *Ibíd.* P. 33
- (20) *Ibíd.* P. 35-36
- (21) *Ibíd.* P. 37
- (22) *Ibíd.* P. 40
- (23) *Ibíd.* P. 40-41
- (24) *Ibíd.* P. 41
- (25) *Ibíd.* P. 37
- (26) Dussel, Enrique, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p. 45.
<<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20120130111139/ANTROPOLOGIA.pdf>>
- (27) *Ibíd.* P. 47
- (28) *Ibíd.* P. 48
- (29) Aguirre Rodríguez, Juan, *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, p. 38, Ediciones Paulinas, La Florida (Stgo.), Chile, 8/1988,
- (30) *Ibíd.* P. 35-36
- (31) *Ibíd.* P. 39-40
- (32) Dussel, Enrique, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p. 47.
<<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20120130111139/ANTROPOLOGIA.pdf>>
- (33) *Ibíd.* P. 47.
- (34) *Ibíd.* P. 49.

(35) *Ibíd.* P. 50.

(36) *Ibíd.* P. 51

(37) Aguirre Rodríguez, Juan, *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, p. 13, Ediciones Paulinas, La Florida (Stgo.), Chile, 8/1988,

(38) *Ibíd.* P. 40

(39) *Ibíd.* P. 40-41

(40) *Ibíd.* P. 41

(41) Douglas, J.D. y Tenney, Merrill C. Diccionario bíblico, Editorial Mundo Hispano, 2003.

(42) Diccionario Bíblico, Editorial Caribe, p.37 (significado de alma).

(43) *Ibíd.* P. 37

(44) Felipe del Rey, Pedro de, *“El alma humana ¿Mortal o inmortal?”*, Ediciones ALYMAR, 2006, p. 11

(45) Douglas, J.D. y Tenney, Merrill C. Diccionario bíblico, Editorial Mundo Hispano, 2003, (significado de “alma”).

(46) *Ibíd.*

(47) Diccionario Bíblico, Editorial Caribe, pág. 37 (significado de “alma”).

(48) Felipe del Rey, Pedro de, *“El alma humana ¿Mortal o inmortal?”*, Ediciones ALYMAR, 2006, p. 21

(49) Diccionario Bíblico, Editorial Caribe, p.37, (significado de “alma”).

(50) *Ibíd.*

(51) *Ibíd.*

(52) *Ibíd.*

(53) *Ibíd.*

(54) *Ibíd.*

(55) *Ibíd.*

(56) Souchon, Michel (padre jesuita). *¿En qué se convierten el alma y el espíritu después de la muerte?* <https://es.la-croix.com/glosario/en-que-se-convierten-el-alma-y-el-espiritu-despues-de-la-muerte>

(57) Douglas, J.D. y Tenney, Merrill C. Diccionario bíblico, Editorial Mundo Hispano, 2003. (significado de “espíritu”).

(58) Diccionario Bíblico, Editorial Caribe, p. 258-259 (significado de “espíritu”).

(59) *Ibíd.*

(60) Diccionario Bíblico, Editorial Caribe, p.37 (significado de “alma”).

(61) Ibíd, P. 259

(62) Ibíd.

(63) Souchon, Michel (padre jesuita). *¿En qué se convierten el alma y el espíritu después de la muerte?* <<https://es.la-croix.com/glosario/en-que-se-convierten-el-alma-y-el-espiritu-despues-de-la-muerte>>

(64) La Biblia de las Américas (LBLA), nota o comentario al vocablo “infierno” de Mateo 5:22.

(65) Dussel, Enrique, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p. 51.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20120130111139/ANTROPOLOGIA.pdf>

(66) Aracil, Orts, Carlos. Artículos relacionados con el día de la muerte de Jesucristo en <https://amistadencristo.com>

<[¿Qué día murió Jesucristo?>](#)

<[¿Hubo dos celebraciones de Pascua en el año de la muerte de Jesús?>](#)

<[Nacimiento-muerte de Jesús y la profecía de las setenta semanas de Daniel](#)>

(67) Aracil, Orts, Carlos, *La verdad sobre el libro "Las leyes espirituales" de Vicent Guillem*
 <[https://amistadencristo.com/respuestas/ la_verdad_sobre_las_leyes_espirituales.php](https://amistadencristo.com/respuestas/la_verdad_sobre_las_leyes_espirituales.php)>

(68) Vídeos vistos en Internet, experiencias fuera del cuerpo, en las siguientes URL de Youtbe consultadas en 01/2017:

<<https://www.youtube.com/watch?v=kjvepgZeugg>>

<<https://www.youtube.com/watch?v=mR5C5vfspEM>>

<<https://www.youtube.com/watch?v=cYi2ugsQ3cs>>

(69) Dussel, Enrique, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p. 47.
 <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20120130111139/ANTROPOLOGIA.pdf>>

(70) Ibíd. P. 52

(71) Ibíd. P. 52-53

(72) Ibíd. P. 45

(73) Ibíd. P. 45-46

(74) Ibíd. P. 47

(75) Ibíd. P. 49

(76) Ibíd. P. 58

(77) Ibíd. P. 58-59

(78) Bentué, Antonio, *Introducción a la historia de las religiones*, Proyecto Fondedoc 2002, p.194

(79) Dussel, Enrique, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p. 49.
 <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20120130111139/ANTROPOLOGIA.pdf>>

(80) Ibíd. P. 51

(81) Aguirre Rodríguez, Juan, *La muerte, ¿tabú del siglo XXI?*, p.37, Ediciones Paulinas, La Florida (Stgo.), Chile, 8/1988,

(**) Aracil, Orts, Carlos, <<https://amistadencristo.com>>. La tercera parte de este estudio –[Solo hay vida eterna en Cristo](#)–, contiene algunos párrafos extraídos de algunos de los siguientes artículos relacionados con el tema en cuestión:

<[Estudio 1. Sobre el estado de los muertos](#)>
 <[1. Objeciones sobre el estado inconsciente de los muertos](#)>
 <[2. Objeciones sobre el estado inconsciente de los muertos: El Rico y Lázaro.](#)>
 <[3. Objeciones sobre el estado inconsciente de los muertos: el rey Saúl y la pitonisa de Endor](#)>
 <[Cuando Jesucristo murió, ¿fue su espíritu al Hades a predicar a los espíritus encarcelados de los días de Noé?](#)>
 <[¿Fue Jesús al paraíso el mismo día que murió en la cruz o fue al Hades?](#)>
 <[¿Existe vida humana consciente fuera del cuerpo después de la muerte?](#)>
 <[¿Qué es el Infierno, el Seol o Hades y la segunda Muerte?](#)>
 <[¿Los que mueren pasan a mejor vida?](#)>
 <[¿Fue el espíritu de Jesús al Paraíso el día que murió en la cruz?](#)>
 <[¿Quiénes son los “espíritus encarcelados”?](#)>
 <[¿Es una parábola el relato de Jesús sobre el Rico y Lázaro?](#)>
 <[¿Jesús mintió al buen ladrón en la cruz?](#)>
 <[¿Es el alma humana inmortal?](#)>
 <[Las tres dimensiones del ser humano: espíritu, alma y cuerpo](#)>
 <[La verdad sobre las apariciones marianas y de espíritus de difuntos](#)>
 <[¿Apoya la Biblia que hay vida consciente después de la muerte?](#)>
 <[¿Viven los espíritus de los muertos en el Seol?](#)>
 <[¿Existe un lugar en el fondo de la tierra de tormentos?](#)>
 <[¿Están siendo torturados los malvados en el Hades?](#)>
 <[¿Están los fieles muertos viviendo en el cielo?](#)>
 <[¿Bajó Jesús al Hades cuando murió?](#)>
 <[¿Dónde está el infierno?](#)>
 <[¿Por qué se abrieron los sepulcros cuando Jesús murió?](#)>
 <[¿Reinarán Cristo y sus santos un Milenio en la Tierra restaurada?](#)>

(Apéndice 1

[El insoluble problema filosófico de la unión cuerpo-alma](#)

(82) <https://es.wikipedia.org/wiki/Platón>

(83) *Ibíd.*

(84) [Historia de la Filosofía](https://eukeniacebal.net/historia-de-la-filosofa/2014/10/6/platn-56-dualismo-antropolgico-cuerpo-y-alma-teora-del-alma)
<https://eukeniacebal.net/historia-de-la-filosofa/2014/10/6/platn-56-dualismo-antropolgico-cuerpo-y-alma-teora-del-alma>

(85) *Ibíd.*

(86) *Ibíd.*

(87) Valverde Carlos, Antropología filosófica, p. 244-245
https://www.mercaba.org/Filosofia/Valverde/indice_antropologia_filosofica.htm

(88) <https://es.wikipedia.org/wiki/Aristóteles>

(89) *Ibíd.*

(90) Valverde Carlos, Antropología filosófica, p. 46

https://www.mercaba.org/Filosofia/Valverde/indice_antropologia_filosofica.htm

(91) Ibíd., p.53

(92) Ibíd., p.53

(93) Ibíd., p.54

(94) Ibíd., p.246

(95) Ibíd., p.257

(96) Ibíd., p.273

(97) Ibíd., p.272

(98) Ibíd., p.270

(99) Ibíd., p.270

(100) Ibíd., p.269

(101) Ibíd., p.270

(102) Ibíd., p.271

Apéndice 2

El origen del ser humano

(103) Ruiz de la Peña, Juan Luis, Imagen de Dios (Antropología teológica fundamental), Sal Terrae, Tercera Edición, 1996, p.22.

(104) Ibíd., p.23

(105) Ibíd., ps.30-31

(106) Ibíd., p.31

(107) Ibíd., p.72

(108) Ibíd., p.72

(109) Ibíd., p.72-73

(110) Ibíd., p.24

(111) Ibíd., p.24-25

(112) Ibíd., p.25

(113) Ibíd., p.71

(114) Valverde Carlos, Antropología filosófica, p. 270

https://www.mercaba.org/Filosofia/Valverde/indice_antropologia_filosofica.htm

(115) Ruiz de la Peña, Juan Luis, Imagen de Dios (Antropología teológica fundamental), Sal Terrae, Tercera Edición, 1996, p.74.

(116) *Ibíd.*, p. 74-75

(117) *Ibíd.*, p. 70

(118) *Ibíd.*, p. 70-71

(119) *Ibíd.*, p. 77

(120) *Ibíd.*, p. 77-78

(121) Valverde Carlos, Antropología filosófica, p. 273

https://www.mercaba.org/Filosofia/Valverde/indice_antropologia_filosofica.htm

(122) *Ibíd.*, p. 272

(123) Ruiz de la Peña, Juan Luis, Imagen de Dios (Antropología teológica fundamental), Sal Terrae, Tercera Edición, 1996, p.130-131

(124) *Ibíd.*, p. 134

(125) *Ibíd.*, p. 144

(126) Valverde Carlos, Antropología filosófica, p. 272

https://www.mercaba.org/Filosofia/Valverde/indice_antropologia_filosofica.htm

(127) *Cómo son creadas las almas humanas.* <https://www.gotquestions.org/Espanol/creacion-almas-humanas.html>)

(128) Ruiz de la Peña, Juan Luis, Imagen de Dios (Antropología teológica fundamental), Sal Terrae, Tercera Edición, 1996, p.255

(129) *Ibíd.*, p. 256

(130) *Ibíd.*, p. 257-258

(131) *Ibíd.*, p. 92-93

Apéndice 3

Resurrección versus inmortalidad del alma

(132) *Ibíd.*, p. 104

(133) *Ibíd.*, p. 104-105

(134) *Ibíd.*, p. 105

(135) *Ibíd.*, p. 106-107

(136) *Ibíd.*, p. 136

(137) Aracil Orts, Carlos. Capítulo 3 [¿Es el ser humano un compuesto de espíritu, alma y cuerpo?](#) del libro [¿Cuál es la naturaleza del ser humano?](#)

(138) Ruiz de la Peña, Juan Luis, *Imagen de Dios (Antropología teológica fundamental)*, Sal Terrae, Tercera Edición, 1996, p.63

(139) *Ibíd.*, p. 63-64

(140) *Ibíd.*, p. 64

(141) *Ibíd.*, p. 64

(142) *Ibíd.*, p. 65

(143) *Ibíd.*, p. 65-66

(144) *Ibíd.*, p. 66

(145) *Ibíd.*, p. 66-67

(146) *Ibíd.*, p.67

(147) *Ibíd.*, p. 66-67

(148) *Ibíd.*, p. 67

(149) *Ibíd.*, p. 67

(150) *Ibíd.*, p.67

(151) *Ibíd.*, p. 67

(152) *Ibíd.*, p. 67-68

(153) *Ibíd.*, p. 68

(154) *Ibíd.*, p. 68

(155) *Ibíd.*, p. 68

(156) *Ibíd.*, p. 69

(157) *Ibíd.*, p. 69

(158) *Ibíd.*, p. 69

(159) *Ibíd.*, p. 70

(160) *Ibíd.*, p. 71

(161) *Ibíd.*, p.149

(162) *Ibíd.*, p.150

(163) Aracil Orts, Carlos. <https://amistadencristo.com>: [Por qué Jesucristo puede salvarnos de la muerte](#)

(164) Orozco Henao, William A. *¿Tiene sentido la vida?*, Logos Ediciones, 2018, p.150

(165) *Ibíd.*, p.151-152

(166) *Ibíd.*, p.163

(167) *Ibíd.*, p.157

(168) *Ibíd.*, p.158

(169) *Ibíd.*, p.159

(170) *Ibíd.*, p.159

(171) *Ibíd.*, p.158

(172) *Ibíd.*, p.158

(173) *Ibíd.*, p.158

(174) https://es.wikipedia.org/wiki/Juegos_Olímpicos_en_la_Antigüedad

(175) Bonnet, L. y Schroeder, A., Comentario del Nuevo Testamento, Tomo IV, Pág. 786; Editorial Evangélica Bautista (Buenos Aires), 1952

(176) Aracil Orts, Carlos. <https://amistadencristo.com>: [¿Los que mueren pasan a mejor vida?](#), [¿Es una parábola el relato de Jesús sobre el Rico y Lázaro?](#), [2. Objeciones sobre el estado inconsciente de los muertos: El Rico y Lázaro.](#)

(177) Aracil Orts, Carlos. <https://amistadencristo.com>: [¿Fue el espíritu de Jesús al Paraíso el día que murió en la cruz?](#), [¿Fue Jesús al paraíso el mismo día que murió en la cruz o fue al Hades?](#), [¿Jesús mintió al buen ladrón en la cruz?](#), [Cuando Jesucristo murió, ¿fue su espíritu al Hades a predicar a los espíritus encarcelados de los días de Noé?](#)

(178) Aracil Orts, Carlos. <https://amistadencristo.com>: [¿Reinarán Cristo y sus santos un Milenio en la Tierra restaurada?](#), [¿El Milenio transcurre antes o después de la Parusía gloriosa del Señor?](#)

(179) Orozco Henao, William A. *¿Tiene sentido la vida?*, Logos Ediciones, 2018, p.157

(180) *Ibíd.*, p.159

(181) La Biblia de las Américas (LBLA), nota o comentario al vocablo “infierno” de Mateo 5:22.

(182) Dussel, Enrique, *El dualismo en la Antropología de la cristiandad*, Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p. 51.

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/otros/20120130111139/ANTROPOLOGIA.pdf>

Apéndice 4

Objeciones a la mortalidad del alma

(183) Ruiz de la Peña, Juan Luis, Imagen de Dios (Antropología teológica fundamental), Sal Terrae, Tercera Edición, 1996, p.150

(184) Ibíd., p.150

(185) Ibíd., p.150

(186) Ibíd., p.150

(187) Ibíd., p.150

(188) Ibíd., p.150

(189) Ibíd., p.150

(190) Ibíd., p.150

(191) Ibíd., p.150

(192) Ibíd., p.150

Artículos más recientemente publicados que abordan específicamente la doctrina del infierno:

Aracil Orts, Carlos, 2021. <https://amistadencristo.com>: ¿Es eterno el fuego del infierno? Y ¿Es compatible Dios de Amor con infierno eterno?

© Carlos Aracil Orts. Derechos reservados. No obstante, se concede permiso de reproducir cualquier contenido de este sitio Web, con las siguientes condiciones: (1) Que no sea usado con objetivos comerciales. No se permite la venta de este material. (2) En todo caso, se debe incluir claramente la dirección de este sitio web: www.amistadencristo.com, y el nombre del autor o autores que figuren en cada estudio o artículo publicado en esta web. (3) Se ha de dar reconocimiento también a otros autores y a sus respectivas fuentes originales del material que se haya usado en la composición y redacción del contenido de esta web, manteniendo las referencias textuales con derechos de autor (copyright).

Carlos Aracil Orts
www.amistadencristo.com